



concurso nacional de obras de teatro
-dramaturgia regional-

teatro/16

Colección Premios



Héctor Hugo Trotta
Alejandro Boim
Luis Ignacio Serradori
Fernando José Pasarín

Carlos Guillermo Correa
Mario Costello
Sergio Omar Lupardo
María Elvira Guitart

Luis Fernando Quinteros
Sandra Ester Franzen
Mauricio Martín Funes
Mariela A. Domínguez Houlli

teatro/16

*concurso nacional de obras de teatro
-dramaturgia regional-*

16° Concurso Nacional de Obras de Teatro : dramaturgia regional /
Héctor Hugo Trotta ... [et.al.] ; ilustrado por oscar Ortiz. 1a ed. Ciudad Autónoma
de Buenos Aires : Inteatro, 2015.
402 p. ; 22x15 cm.

ISBN 9789873811166

1. Teatro Argentino. I. Trotta, Héctor Hugo II. Ortiz, oscar, ilus.
CDD A862

Fecha de catalogación: 21/07/2015

Esta edición fue aprobada por el Consejo de Dirección del INT en Acta N° 486/15

C O N S E J O E D I T O R I A L

- > Carlos Pacheco
- > Rodolfo Pacheco
- > Federico Irazábal

S T A F F E D I T O R I A L

- > Carlos Pacheco
- > Graciela Holfeltz
- > Florencia Aroldi
- > Fernando Montes Vera (*Corrección*)
- > Mariana Rovito (*Diseño*)
- > Gabriel D'Alessandro (*Diagramación*)
- > Oscar Grillo Ortiz (*Ilustración de tapa*)
- > Teresa Calero (*Distribución*)

© Inteatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro
ISBN 9789873811166

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina.
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Reservados todos los derechos.

Edición a cargo de Eudeba. Impreso en Buenos Aires, Septiembre de 2016.
Primera edición: 2.500 ejemplares

utracán

Omar Lopardo

OMAR LOPARDO

Formado en la Escuela Metropolitana de Arte Dramático (EMAD) ha transitado todos los géneros dramáticos. Coprotagonista de los primeros espectáculos de Enrique Pinti: *Pan y circo*, *Salsa criolla*, *El infierno del Pinti*. Fue compañero de escenario del humorista durante 16 años. Hizo comedia musical: *West side story* (teatro Alvear) con Susan Ferrer, *Sweet Charity* (con Florencia Peña). Infantiles musicales *Crema rusa* (teatro Maipo). Y Formó parte del elenco del teatro San Martín: *Mil años un día*, con dirección de Alejandra Boero, con Walter Santa Ana y Alejandra Da Passano, *Primaveras*, de Aída Bornik, con Roberto Carnaghi, Elena Tasisto, Juana Hidalgo.

Actuó en Nueva York en el Public Theater junto a Gasalla y Pinti, en el marco del New York Shakespeare Festival.

Fue premiado con el Estrella de Mar como Mejor Actor de Reparto por el drama *Van Gogh*, de Pacho O'Donnell, con dirección de Daniel Marcove.

Otras obras: *Hoy estás de* y con Ricardo Talesnik, *Mi bello dragón* (teatro Maipo).

En televisión ha participado en numerosos programas: *22, el loco*, canal 13; *Videomatch*, canal 11; *Muñeca brava*, canal 11; *Agrandaditos*, canal 13; *Por ese palpar*, canal 2; *El show de Antonio Gasalla*, canal 9; *Chiquititas*, canal 11; *Libremente*, canal 2, entre otros.

Como autor ha escrito numerosas obras que se representan en todo el país.

Ha ganado premios de Argentores (*¿Y usted de qué murió?*, *Fatigatti y Purichelli*), del Instituto Nacional del Teatro (*Mishifuces*), Primer Premio del Quinto Festival Nacional de Obras de Humor, Argentores-Instituto Nacional del Teatro, Fundación Somigliana, Biblioteca Hueney (*Bon jur Tailandia*). Primer Premio del certamen Vivir en democracia (*Trilogía de ausencias*). Mención de Honor del certamen Metrovias (*Expiación*).

Autor y director del programa infantil *Memukis*, canal 13, y de *Libremente*, América, con dirección de Mario Sábato.

Actualmente está en gira nacional con su comedia 14 millones (Premio Carlos a la mejor comedia Carlos Paz 2012), protagonizada por Grecia Colmenares, René Bertrand, Matías Alé, Paula Volpe.

Dedicada a la memoria de mis ancestros italianos.

*A la memoria de Fora y Carlo
de quienes me hubiera gustado saberlo todo.*

DOS HOMBRES MIRAN AL FRENTE, HACIA LO LEJOS. ESTÁN VESTIDOS CON ROPAS SIMPLES, MODERNAS, PERO LLEVAN UN PONCHO SOBRE EL HOMBRO IZQUIERDO. A LA MANERA DE LOS GAUCHOS. UNO DE ELLOS TIENE EN SUS MANOS DOS FACONES DE MANGO DE PLATA Y ORO. LOS FACONES ESTÁN ENFUNDADOS EN SUS VAINAS DE IGUAL HECHURA. SE ESCUCHA EL SILBAR DEL VIENTO.

HOMBRE 1: Esto es la pampa amigo... Aquí la vista pide ayuda para mirar, es que todo, ella solita no lo puede abarcar...

HOMBRE 2: Se la ve con las narices también...se la huele a la pampa...

HOMBRE 1: Es cierto, se la huele...

HOMBRE 2: Y se la escucha...

HOMBRE 1: *(Asintiendo)* Y se la escucha... Se la escucha en el viento que la cruza como un fantasma que ha perdido el rumbo al camposanto...

HOMBRE 2: Al viento también se lo siente en la carne que lastima...

HOMBRE 1: A la pampa se la escucha en el rumor ausente del agua que no llega...

HOMBRE 2: ...Y a veces, se la sabe en la lengua... A veces, la jarilla, el piquillín, el pasto puna, la arena, el caldenal, todo misturado, es un sabor amargo que aturde la lengua...a donde no se sabe cómo, pero trepa...

El Hombre 1 desenfunda un puñal y lo mira..

HOMBRE 1: Dicen que todo puñal lleva, encerrado en su corazón de acero, el nombre del hombre al que va a lacerar...

HOMBRE 2: ...Quién pudiera saber, qué nombres de muerte llevan escrito en algún laberinto del hierro, estos puñales... Tal vez el suyo...

- HOMBRE 1: O el suyo.
- HOMBRE 2: El facón es al gaucho lo que la azada es al labrador.
- HOMBRE 1: El gaucho es a la pampa lo que la sal es a la mar...
- HOMBRE 2: La pampa es la mar...
- HOMBRE 1: Una mar inconmensurable... seca y amarga... (*Envaina el puñal y se lo tira al otro hombre que lo ataja con pericia en el aire*). ...¿Se anima a un lance paisano?... “Vistemos” un rato...
- HOMBRE 2: Y dele...”vistemos”...
Cada uno saca su poncho del hombro y se lo enrolla en el brazo izquierdo.
- HOMBRE 1: ... Se enrolla el poncho en la mano izquierda a la altura de la vista y se deja caer el restante con los flecos, se tapa, se cubre y se engaña. Y relegada y más baja, la mano con el facón...
- HOMBRE 2: ... El poncho no protege la mano que esgrime la daga sino al corazón...
- HOMBRE 1: El gaucho lleva bien puesto, dentro del pecho... su gran corazón... por eso lo cuida como se cuida un niño...
Con los facones envainados comienzan un lento y cauteloso duelo a cuchillo.
- HOMBRE 1: Un duelo a cuchillo exige virtudes cardinales en los hombres que se enfrentan...
- HOMBRE 2: ... Coraje..
- HOMBRE 1: ... Así es, el cuchillo no es para cobardes...
- HOMBRE 2: ... Para ellos se inventó la pólvora..
- HOMBRE 1: ... Pero también exige honor... honrar a la muerte, la ajena o la propia, que es la misma, solo cambia la circunstancia y algún nombre propio...
Es una coreografía ceremoniosa y severa. no se tocan.
- HOMBRE 1: El facón en la diestra... apunta al cuello del rival odiado y siempre en movimiento...
- HOMBRE 2: Y siempre abajo... nunca tapando la vista...

Cada estoque, cada avance es esquivado por el otro. hablan mientras visten.

HOMBRE 1: “Al barbijo” será un lance tirado al rostro.

Lo hace , el otro lo esquiva. jadean.

HOMBRE 2: También llamado “el benteveo”... por la marca que deja si tiene éxito...

HOMBRE 1: ¡”A las tripas”!...

Se lanza a fondo y es evitado por el otro que lo golpea.

HOMBRE 2: Lance muy difícil y peligroso, descuida la propia guardia. Pero cuando se logra es mortal...

El hombre 2 lanza un alarido, embiste con el poncho y empuja al hombre 1 que trastabilla y tal vez cae.

HOMBRE 2: “La topada” evita el uso del cuchillo y apabulla al oponente ...

El hombre 1 se recompone, muestra un golpe al aire.

HOMBRE 1: “EL planchazo” no hiera pero ofende de muerte.

HOMBRE 2: “El hachazo” o “Dios te guarde”... es el final para quien no lo esquive...

Muestra otro golpe. sucesivamente van mostrando los lances que anuncian.

HOMBRE 1: “El revés...”

HOMBRE 2: “La puñalada”...

HOMBRE 1: Y las tretas del viejo Vizcacha...

HOMBRE 2: Picardías criminales del gaucho.

Se ríen.

HOMBRE 1: “El amago”... ¡Amago una cuerpeada pero punzo la mano del oponente!..

HOMBRE 2: “El flecazo” ¡Le tiro el poncho a la cara y contraataco en el mismo momento! Mortal confusión del rival...

HOMBRE 1: “Pisar el poncho”. Se lo hago pisar y al tirar lo derribo, solo sirve si el rival es medio abombao...

HOMBRE 2: Y “la mantecada”... la treta condescendiente... el uso del

rebenque, con fuerza y baquía, que evita el inútil derramamiento de sangre.

HOMBRE 1: Eso se usa solo cuando el adversario es despreciable...

HOMBRE 2: ¡O poca cosa!!

Se ríen los dos.

HOMBRE 1:

Tira el facón al piso.

¡A este duelo le está faltando el odio amigo!... Así no sirve...

HOMBRE 2: ¡Deme razones...! No puedo sentir el odio de pronto, de la nada...

HOMBRE 1: Me pide algo imposible... e innecesario... El odio, como el amor, no necesita de razones...

HOMBRE 2: Pero yo sí las necesito...

HOMBRE 1: Será porque no tiene imaginación...

HOMBRE 2: Será, pero usted sí la tiene, la necesita para hacer su oficio...

HOMBRE 1: Tal vez... o tal vez la he perdido... Hace tanto que no invento historias...

HOMBRE 2: No creo que la haya perdido... La imaginación, cuando se la ha poseído, se queda con uno para siempre, como las mujeres feas...

HOMBRE 1: No conocía sus dotes de poeta...

HOMBRE 2: Recorra a ella, edifique una patraña sólida... ¡Constrúyame un motivo que me inunde de ese sentimiento cálido y placentero que es el odio!

HOMBRE 1: Tal vez no necesite tanto esfuerzo, tal vez la que nos fogonee el odio... no sea la inventiva sino la memoria... deme tiempo...

HOMBRE 2: Lo que usted diga... Lo espero... Un duelo sin odio, sin desprecio, es como una noche de amor... sin noche...

HOMBRE 1: Pero va a necesitar desempolvar las reglas de su oficio... El arte de vivir vidas ajenas... ¿Se anima?

HOMBRE 2: Yo abrí esta caja de Pandora... No hay mal al que no le tema... Pero me animo...

HOMBRE 1: ¡Valiente!

HOMBRE 2: Si habré de vivir otra vida que sustituya la mía, una vida más rica, más fogosa, y gozar o morir en el experimento... no me importa... que así sea...

HOMBRE 1: Venga, armemos un fuego, que en él crepita el pulso del leño que acelera la memoria y alrededor del fogón merodea lo elemental del universo...

HOMBRE 2: Usted manda... Es el maestro... Lo sigo...

Caminan hacia el fondo. Se oscurece. El viento silba. Al rato un fogón ilumina el centro de la escena, a sendos costados del fuego, los hombres.

El hombre 1 tiene una guitarra en sus manos. interpreta una melodía triste. Al fondo, expectantes, un grupo de personajes. Todos con ropas claras. Se ve una mujer con un bebé en brazos. Tres hombres de miradas torvas. Una muchacha joven y bella y un muchacho igualmente bello.

HOMBRE 1: A todo cuento hay que ponerle fecha... a este pongámosle algún año de los primeros del 900... entre el 10 y el 20... y recuerde estos nombres, porque sobre ellos se recuesta el drama: Carlo Lombardo.

HOMBRE 2: El Tano...

HOMBRE 1: E Iñigo Izubarreta...

HOMBRE 2: El Vasco...

HOMBRE 1: Y un lugar... el valle del Utracán... un valle perdido en el medio de la pampa...

HOMBRE 2: Toda tragedia necesita una geografía áspera...

HOMBRE 1: Y un elemento fantástico...

HOMBRE 2: El viento. El viento en el Valle del Utracán... es la voz ululante de las ánimas en pena... Nace allá en la planicie... baja al valle, se enzarza en los magros hierros negros de las cruces del cementerio... deshoja las flores marchitas de las tumbas ya anónimas y luego, de un manotón inquieto,

desparrama la arena de las calles sobre las paredes y las ventanas de las casas del pueblo...

HOMBRE 1: Con ese viento y esa arena envejecieron los ojos celestes de Carlo Lombardo, el italiano, que deberían haber envejecido en el azul del Adriático... amando un pueblo blanco de sol y mar...

Del grupo del fondo se desprende la mujer joven y bella, María, la sigue el joven, Humberto. Ella le quita la gorra y corre. Él la persigue, riendo.

HUMBERTO: ¡Deme, deme eso!... Mi tata me espera...

MARÍA: ¡Ay! ¡El gurisito todavía le teme al tata! ¿No le da vergüenza?

HUMBERTO: ¡Deme eso, le ruego!...

MARÍA: ¡Agarreló usted mismo si puede!... *(Ríe)*

HUMBERTO: ¡Claro que puedo! ¡Si será creida! *(La corre y la alcanza, forcejean y caen los dos al suelo. Se entrelazan amorosamente, se besan).*

Los hombres se acercan. Los dos jóvenes no notan su presencia. Mientras habla, el hombre 1 se coloca atuendos que definirán su personaje.

HOMBRE 1: Ella, la hija del Vasco, era hermosa y sólida como una moneda de oro antigua... daban ganas de poseerla...

HOMBRE 2: Y él, el único hijo del Tano, no le iba a menos. Acero y fuego. Un dios en ropas de peón de campo. Se amaban libres bajo el cielo.

HOMBRE 1: Pero la tragedia, como la pasión, anida enroscada como una serpiente bajo la carne joven... esperando el momento de emponzoñar con su veneno...

En el personaje de Don Carlo Lombardo. Grita y sorprende a los jóvenes.

DON CARLO: ¡Humberto!...

HUMBERTO: ¡Tata!...

Los dos jóvenes se levantan y se separan. Avergonzados.

DON CARLO: Compóngase m'hijo... No me falte... Y usted mocita, vaya que su padre la debe estar buscando.

- MARÍA: Hace años que mi padre me mira pero no me ve, Don Carlo. Me oye pero no me entiende... me habla, pero no me responde... Desde que mi madre murió... no le importa saber dónde ando, ni qué hago, ni si estoy mal o bien...
- DON CARLO: No son cosas que tenga yo que saber m'hijita... Vaya pa'sus casas...
La joven mira a Humberto y sale.
- DON CARLO: ¿Por qué justo con ella se ha venido a acollarar m'hijo?... Acaso no sabe de dónde viene su sangre? ¿Acaso no sabe de qué laya es esta muchacha?
- HUMBERTO: Ella no tiene la culpa de quien le ha dado la vida, tata, ella es buena...
- DON CARLO: ¿Buena? ¿Y cómo lo sabe usted?... ¿Solo porque le sonrío y le abre las piernas la cree capaz de aguantar la vida que usted le puede dar...? ¿Solo porque le juega como gurisa la cree inocente? La maldad se lleva en la sangre, de tal palo tal astilla, dice el refrán..
- JOVEN: Ella es buena, tata...
- DON CARLO: Aunque lo fuera... ¿Se olvida usted quién es su padre?... Su padre fue el que nos sumió en la pobreza... el que le hizo faltar el pan en su mesa y el que causó la muerte de su madre. Porque cuando la pobreza se sienta a la mesa del hombre no hay comida ni remedios... no los hubo para su madre. Humberto... Se nos murió por pobre... porque no le pudimos pagar ni médicos ni medicinas... A usted y a mí se nos murió... No solo a mí... Y si en mi pecho hay una garra negra de odio, si escupo el nombre del Vasco cada madrugada, si maldigo su vida y la de su descendencia, ¿cómo puede usted portarse como un cordero guacho con ella? Carne de la carne que nos desgracia. Sangre de la sangre que nos condena...
- HUMBERTO: Yo no puedo odiar tanto como usted, tata... Yo era chico cuando murió la mama, tata. Si casi ni recuerdo su cara, a veces pienso en ella y la cara que se aparece es la de la virgen en la estampita, y a veces... la cara de esta muchacha, la María... Tengo que ir corriendo y buscar ese

medallón chiquito en donde está usted y la mama... solo así la recuerdo... Yo sé que el Vasco no es trigo limpio... si usted me lo pidiera le clavaría una daga en el pecho... Porque es mi tata y le obedezco... Pero no puedo culparlo de lo que nos pasó... son cosas de los negocios...

DON CARLO: ¿Y usted qué sabe, mocosó? Los negocios no se hacen solos, los manejan los hombres. Si un hombre es bueno, sus negocios no le darán tristeza a otros hombres, pero si un hombre tiene el diablo en el corazón, si la codicia le enmierda el seso, entonces todo lo que haga será ruina para otros, dolor, miseria y muerte... Yo tenía el trabajo... y él me lo quitó... ¿Con qué derecho?

HUMBERTO: ¿Y qué iba a hacer el hombre, tata? Cuando la pampa dejó de ser solo campo, cuando se abrieron los primeros caminos ya había caído del lado del culo para usted, la taba... era solo cuestión de tiempo... Si no era el Vasco hubiera sido otro el que trajera los primeros vehículos... Son cosas de los tiempos, tata... es el progreso...

DON CARLO: ¡El progreso...! Qué bosta ha de ser el progreso si tanto daño me ha hecho. Si me ha dejado de lado como perro viejo... Yo estaba primero... llegué con mis carros cuando apenas nacía el siglo y armé el negocio, yo junté los clientes, como un perro ovejero los fui juntando... Yo, con mis carros. Todos me esperaban, todos me querían, yo era la salvación para todos, la vida misma pasaba por mis dedos... y luego... él vino y se quedó con lo que yo había construido con tanto esfuerzo... Vino con su dinero, con sus camiones modernos... y no se contentó con su ración del asado... lo escupió sin asco, de zaino nomás... y se quedó con todo... Eso no se hace... no lo hace un hombre nacido de cristiano...

HUMBERTO: Usted tiene el rencor empacado como mula vieja, tata y eso no es bueno...

Don Carlo le cruza la cara de una bofetada al joven. Se sorprende él mismo de su acto.

DON CARLO: ¡Cállese borrego!

El hombre joven sale corriendo.

¡Humberto...! ¡Hijo...!

HOMBRE 2:

Se acerca. El Hombre 1 comienza a despojarse de los atuendos del personaje de Don Carlo.

...Los jóvenes no entienden el odio...

HOMBRE 1: Es que la primera construcción de la existencia es el amor... se necesita hender más la vida para construir el odio. Por eso es patrimonio casi exclusivo de los viejos. ¿Y usted? ¿Va aprehendiendo la historia?...

HOMBRE 2: Casi... me cuesta entender tanto encono...deme más datos...

HOMBRE 2: Apenas llegado de su Italia... el Tano había arrendado una chacra en Berisso, pero la tierra, como una mujer fría, le cerró las piernas... y no hubo frutos ni cosechas...

HOMBRE 2: Hay que saber tratarla a la tierra... y tenerle paciencia...

HOMBRE 1: Paciencia no le tuvo... enseguida juntó a sus hermanos y se vino a este valle... de sal y caldén.

HOMBRE 2: ¿A sembrar en el desierto?

HOMBRE 1: ¡Bueno sería! ¡No!... Con tres carros primero y algunos más después... lleva los cueros curtidos de las estancias a las terminales del tren y de ahí mercadería a los ramos generales de los pueblos... Se hace de clientes y un nombre a fuerza de cuchillo... Son tiempos buenos, una india hermosa le da un hijo... el Humberto...

HOMBRE 2: Hasta acá, miel sobre hojuelas... ¿Y cuándo se le da vuelta la tortilla..?

HOMBRE 1: Cuando a la pampa le abren los primeros caminos, su suerte está echada. El progreso tiene facones terribles... no se le puede hacer frente... Detrás de esos camiones Ford que pasan tronando ante el asombro de los paisanos, llega el Vasco Izubarreta... Y comienza a anidar como una culebra ciega, la tragedia...

El Hombre 1 sale y deja solo al Hombre 2, que lentamente se coloca los atuendos que lo identifican como el Vasco Izubarreta. Aparece la joven. Lo ve y hace ademán de irse.

DON IÑIGO: ¿Dónde va m'hija...? ¿Por qué se me escapa? ¿Me tiene miedo?

- MARÍA: ¿Miedo? ¿A usted?... ¡Ni que fuera la luz mala!
- DON IÑIGO: Pareciera... Hace rato que ni la veo en las casas...No ha tocado el bordado... Las mujeres me dicen que no ayuda en la cocina...
- MARÍA: ¡Lenguaraces!...
- DON IÑIGO: Como sea... No es conducta la de una buena hija...
- MARÍA: Tata, no me hable de conducta. Justo usted.
- DON IÑIGO: ¿Y eso? ¿Qué quiere decir? ¿Acaso le ha faltado el pan? ¿El abrigo?¿El techo?
- MARÍA: No, no justo eso...
- DON IÑIGO: ¿Acaso ha tenido alguna vez que ir a lavar ropa ajena para remendar la propia?
- MARÍA: Sabe usted bien que no.
- DON IÑIGO: ¿Entonces de ande reprueba mi conducta de padre...? ¡Diga...!
- MARÍA: Tata, no me haga decir cosas, que como hija no debo...
- DON IÑIGO: ¡Diga! No se quede con el entripao que lo que se queda adentro se pudre y dá mal olor...
- MARÍA: No hay nada que decirle...
- DON IÑIGO: ¡Entonces cálese la boca y no hable al garete porque se va a ligar un sopapo!...
- MARÍA: ¿Me va a levantar la mano? ¿Como cuando era chica?
- DON IÑIGO: Si es necesario...
- MARÍA: Entonces me callo. Solo pa'no ofenderlo...
- DON IÑIGO: Sea. Pero yo no me callo... tengo cosas para decirle... Cosas que me avergüenzan...Me han dicho que la vieron con el Humberto...
- MARÍA: Sí... es cierto...y de ai? No hice nada malo... solo paseamos por el pueblo...
- DON IÑIGO: ¿Nada malo? ¿No sabe quién es el padre? No se da cuenta de que la lleva pa' mal camino?
- MARÍA: ¿Que está diciendo?

DON IÑIGO: ¡Que usted es de otra clase... Le espera otra vida... usted fue a la escuela...!

MARÍA: ¡Ay tata!...¡Acá todos estamos cortados por la misma tijera...!

DON IÑIGO: ¡No es así, no! Yo no quiero que esté en la boca de todos, ni que la basureen como si fuera una cualquiera... Que le pase lo mismo que a ...

MARÍA: ¿Que a quién? Iba a nombrar a mama? Dígalo sin miedo nomás... que de eso sí me he enterado...

DON IÑIGO: ¿Qué caracho está diciendo?

MARÍA: Por más que hayan querido taparlo... de esas cosas una se entera...

DON IÑIGO: No diga pavadas... su madre murió hace tiempo...

MARÍA: Sí, eso me han dicho, que una noche la llevaron para el hospital de Bahía Blanca, y que allá quedó nomás, que se murió allá, que estaba muy enferma... pero dicen las malas lenguas, las de las viejas, cuando recuerdan, que antes se fue con otro, una noche también... y lo dejó a usted esperando que vuelva...

DON IÑIGO: ¡De dónde ha sacado tanta basural! ¡Me está ofendiendo...! ¡Y a su madre también!... Se está ganado ese sopapo... ¿Quién le ha dicho esas zonceras?

MARÍA: No importa... Son chismes de las viejas...

DON IÑIGO: ¡No deje que esas guasadas le pudran el entendimiento, que le llenen la cabeza...!... Usted era chica... Su madre murió hace tiempo... y ya... ¡No hay más nada para saber...!

MARÍA: También dicen que no murió de vieja, ni enferma... que es sospechoso lo que pasó con ella...

DON IÑIGO: ¿Va a seguir con la misma cantinela...?

MARÍA: Dicen las viejas que para la misma época, en que murió la mama, encontraron una mujer muerta, flotando en la laguna negra, una mujer que era muy parecida a ella...

Don Iñigo ríe.

- DON IÑIGO: Hija, le han confundido el seso. Le han llenado la cabeza de leyendas. No se comporte así... No me llene de vergüenza...
- MARÍA: A mí también hay cosas que me avergüenzan... tanto que a veces quisiera llamarme de otra manera... haber tenido otra vida, eso quisiera.
- MARÍA: ¿De qué me culpa?... No me he portado de mala manera...
- MARÍA: ¿Está seguro? La gente habla, y cuando el río suena...
- DON IÑIGO: ¿Y de qué más hablan si se puede saber...?
- MARÍA: Y, por ejemplo... de cómo hizo su plata, tata... de la gente armada con la que se rodea...
- DON IÑIGO: La plata la hice trabajando... como se debe... de sol a sol, por eso pasé mucho tiempo fuera... y la gente que me rodea es para cuidar lo que tengo y que va a ser suyo algún día... a la gente le fastidia el que saca la cabeza fuera del charco... por eso inventan...
- MARÍA: Hay cosas que una ve y que no se olvidan...
- DON IÑIGO: ¡Que sabrá usted de las cosas de la vida! Las cosas parecen terribles cuando se las ve desde la altura de una niña.
- MARÍA: Fui chica pero nunca tonta, y mi memoria recuerda... una madre llorando, que cuando pedía lo que era justo, la callaba la caricia del rebenque, que en eso, usted hace escuela...
- DON IÑIGO: Un hombre no puede permitir que se le falte...
- MARÍA: Un hombre debe cuidar su compañera...Y usted no lo hizo... por eso mamá se fue... con otro, podría haber sido con cualquiera.
- DON IÑIGO: ¡Hija... no! No crea en esas cosas que inventa la gente que me desprecia, yo la quería a su madre, fue una buena mujer, y ahora me queda solo usted. Usted es mi única familia... Yo a usted la quiero...
- MARÍA: ¿Cómo la quería a la mamá? ¿A los golpes o desde lejos? Eso no sirve...
- DON IÑIGO: ¡No diga esas cosas, hija, por dios no las diga! Yo a usted la quiero bien y quiero lo mejor para su vida, por eso la cuido, usted todavía es una niña...

- MARÍA: Soy una mujer por si no se dio cuenta... y puedo valerme sola...
- DON IÑIGO: Usted necesita todavía de su padre... Hagamos las paces...
Venga y deme un abrazo...
Se acerca a María.
- MARÍA: No me toque, tata... no se acerque... Si no me ve en la casa es porque ya no quiero ser parte de nada que le pertenezca... no quiero respirar el aire que usted respira... No quiero tocar los alimentos que lo alimentan... Y si pudiera, me borraría el apellido y de mi cabeza todo lo que a usted me recuerda...
- DON IÑIGO: Hija...
María se aleja rápidamente.
Don Iñigo cae de rodillas, gimiendo. Se toma el pecho. Aparece el Hombre 1.
- HOMBRE 1: ...¿Duele, no?
- HOMBRE 2: *(Desde el suelo).* Quema. Un dolor que quema como cien soles. Uno siente que el pecho se incendia.
- HOMBRE 1: Sí, lo sé. Y lo extraño es que ni siquiera es propio. Es un dolor ajeno. Como ajena es la historia.
- HOMBRE 2: Ese es el misterio del teatro... vivir lo de otro como tragedia, cuando lo mismo, en uno, apenas llega a ser un mal sueño.
- HOMBRE 1: ¡Ah sí! ¡El teatro! Junto con la rueda, el mayor invento del hombre...
- HOMBRE 2: Y el menos práctico...
El Hombre 1 le tiende una mano al Hombre 2.
- HOMBRE 1: ¿Lo ayudo...?
- HOMBRE 2: *(Rechazándolo con cierta violencia).* ¡Deje, puedo solo...!
El Hombre 2 se levanta lentamente mientras el Hombre 1 mira. Se marchan por distinto lado. Se oscurece. Se escucha el lento tañir de la guitarra. Es un estilo (estilo pampeno, Abel Fleury). La luz vuelve lentamente. En el centro Humberto y la joven bailan amorosa y tristemente la danza sureña. El ritmo es

más lento de lo que indica la pieza. Sus voces suenan sin que ellos hablen (off).

MARÍA: Me he disgraciao con mi tata... le he faltado...

HUMBERTO: Y yo al mío...

MARÍA: Me ha querido levantar la mano...

HUMBERTO: ¡La sacó barata! El mío lo ha conseguido...

MARÍA: ¡Ay! Pobre, lo compadezco...

HUMBERTO: No hay cuidao, no me ha dolido...

MARÍA: Es que usted es tan fuerte...

HUMBERTO: No es eso... es que el tata ya no tiene la mano pesada... Si cuando se calienta, apenas le da el resuello...

MARÍA: ¿Y por qué ha sido?

HUMBERTO: Por defender su nombre...

MARÍA: Gracias...

HUMBERTO: ¿Y usted?

MARÍA: Algo parecido... No quiero volver a las casas...

HUMBERTO: ¡No vuelva!... Véngase conmigo...

MARÍA: ¿A su casa? Su tata me odia...

HUMBERTO: Él odia al Vasco, a su padre...

MARÍA: Y mi padre lo odia a él... Si no fuera tan feo daría risa ver a estos dos viejos mirarse con furia desde lejos... Igual... su tata, cada vez que me cruza en el pueblo, me mira torcido... se le ladea la boca, en un gesto de desprecio...

HUMBERTO: Es que no la conoce... Él odia a su padre, no a usted... Venga... estoy seguro que le va a ladrar un tiempo, pero después se va a aquerenciar... es un hombre bueno... al que la vida lo ha dejado un poco maltrecho...

MARÍA: Me pide mucho Humberto...yo tengo mi orgullo también... y no quiero que nadie, ni por un instante, me trate como un trapo viejo...

HUMBERTO: Tiene razón... No le puedo pedir eso... Entonces nos vamos los dos... Juntos... lejos... Donde no nos lleguen

ni los ecos de ese rencor de perros... Puedo hacer un rancho, pedir conchabo... No le va a faltar nada y le van a sobrar atenciones y cuidados... ¿Qué le parece?

MARÍA: La oferta es buena... Hay que ver el precio...

HUMBERTO: No piense ahora en eso... venga, duérmase en mi pecho...

Quedan amorosamente abrazados. Sus figuras se desvanecen. Emerge la figura de Iñigo. Viene ofuscado. Llama hacia un lateral.

DON IÑIGO: ¡María! ¡María! Salga de ahí... ¡Venga para acá!... ¡María!

DON CARLO: *(Saliendo)* ¿A quién busca?

DON IÑIGO: ¡Lo sabe muy bien! ¡A mi hija!...

DON CARLO: Esta es mi casa. No ha venido por aquí esa mocita...

DON IÑIGO: ¡No te hagás el abombao che Tano...! Mandaste a tu hijo a que le caliente el seso... y me la ha llevado... me la querés ensuciar, como lo hiciste vos mismo antes con la madre...

DON CARLO: ¡Está hablando pavadas hombre!... ¡No se deje llevar por lo que le han chusmeao las viejas!

DON IÑIGO: ¡No son pavadas!... Lo sabés muy bien... vos entraste como una urraca a nido ajeno...

DON CARLO: No sea necio hombre... Esas son patrañas...

DON IÑIGO: Vos rondabas mi casa... Vos te aprovechabas de mis ausencias cuando a mí me tapaba el trabajo y vos andabas al pedo y no traías ni un cacho de carne seca para matar el hambre de tu familia...

DON CARLO: Yo no tengo la culpa si su mujer no le respondía... o peor... *(Con ironía)*... no tengo la culpa si usted no le cumplía... Y si no teníamos ni un mendrugo para tapar el agujero que nos hacía en las tripas el hambre, habrá sido por su culpa... ¡por haberme quitado el trabajo que por ley me pertenecía...! no son cosas de las que pueda presumir un hombre... ¡Pero usted qué sabrá de hombría...!

DON IÑIGO: ¿Y vos? ¿Qué te pensás que es la hombría? No haberle podido dar ni una vida y ni una muerte digna a tu mujer

que aún flaca y desnutrida iba de sirvienta a buscar algo de sustento para tu hijo, mientras vos te floreamos como gallo joven... o te empedabas en el boliche del turco...

DON CARLO: *(Amenazante)* Me está faltando, pero lo que es peor, le está faltando a una difunta, que fue mi esposa.

DON IÑIGO: ¿Y ahora te acordás de tu esposa? ¿Por qué no te acordaste antes... cuando se moría tísica mientras vos te sacabas el afrecho con las negras de la pulpería?

DON CARLO: ¡Hijunigranputa! ¡Aura vas a saber cuántos pares son tres botas...! ¡Capón de mierda...!

Don Carlo saca su talero y arremete contra don Iñigo que saca su daga e intenta defenderse pero recibe una andanada de golpes. El puñal cae al piso y el hombre atina solo a cubrirse la cara para evitar los golpes. Aparecen María y Humberto. Corren a separar a sus padres. María se interpone entre los dos y ayuda a su padre. Humberto sujeta al suyo.

HUMBERTO: ¡Tata! ¡Pare la mano!

MARÍA: ¡Basta!... ¡Parece mentira...!

DON CARLO: *(A Humberto)*... Si tuvieras sangre en las venas, si no te la hubiera aguado la cháchara de esta borrega... en vez de separarme harías justicia ensartando a este carnero que se ha llenado la boca insultando a tus padres...

DON IÑIGO: ¡Esto lo empezó usted, empezó primero...!

MARÍA: ¡Por favor, basta! ¿No les parece que ya habido mucho dolor como para que provoquen mas..? ¿De qué están hechos?...¡Tan agrios...Tan cizañeros...!

DON CARLOS: No me hice solo mocita... me hicieron... este acíbar, este calvario que llevo adentro es un regalo que le debo a su padre...

DON IÑIGO: Y yo no te voy en menos... por eso me he jurado, algún día matarte...

DON CARLO: Te voy a estar esperando... ¡Pero si no te da el cuero...! Lo que veo cuando te miro parece un hombre pero son solo restos... no te alcanzan los cojones para empuñar un

hierro y partirme el pecho... pero yo sí que puedo, a ojos cerrados y sin esfuerzo, puedo quebrarte el cuello.

MARÍA: Basta... No merecen ni que los escuchemos.

HUMBERTO: Vamos María. Esto ya no tiene remedio...

Se alejan desvaneciéndose entre las sombras del fondo. Los hombres los miran marchar, mirando hacia el fondo, por donde se han alejado. Clamando sus nombres.

DON CARLO: ¡Humberto... muchacho!

DON IÑIGO: ¡María...! ¡hija... hija...!

Los hombres se despojan lentamente de lo que los identifica con los personajes de Don Iñigo y Don Carlo. giran y miran hacia adelante.

HOMBRE 1: Y se fueron. Con esa indiferencia hacia lo que los precede, propia de los jóvenes. Y no se supo más de ellos.

HOMBRE 2: ¿Y los hombres?

HOMBRE 1: Se pusieron a distancia, con feroz respeto.

HOMBRE 2: ¿Y el odio?

HOMBRE 1: Les crecía por dentro... ¿Se da cuenta cómo, lento pero fuerte, engorda el huevo de la serpiente...?

HOMBRE 2: ¿El odio anuncia la tragedia o viceversa?

HOMBRE 1: A veces el odio es como un alfa y un omega... encierra a la vida que son las otras letras... recibe y despide a la tragedia...

HOMBRE 2: Y esta necesita tiempo para empollar el dolor, la muerte. Como gallina clueca.

HOMBRE 1: El tiempo... otro misterio... como los sentimientos... ¿Lo hacemos? ¿O ya está hecho?

HOMBRE 2: No lo sé. Ni lo sabremos. Solo puedo decir que en un segundo cabe una vida, con sus cuitas y deseos, que el peso de un minuto es el de todo el universo, con sus soles y planetas. Que un día de gloria vale un siglo de festejos y un instante de dolor es una eternidad de ayes que replican en el cielo... Que el tiempo es dios... Que tal vez, todo se reduce a entender eso...

HOMBRE 1: Sepa entonces que por esta historia pasa Dios en este momento.

Hacen silencio. Luego de unos instantes se escucha un grito desgarrador. El Hombre 1 se coloca lentamente los atuendos de Don Carlo. El Hombre 2 sale. María irrumpe ensangrentada y con la ropa desgarrada. Su vientre abultado muestra un estado avanzado de embarazo. Se tira a los pies de Don Carlo.

DON CARLO: ¡María!... ¿Que ha pasao?

MARÍA: ¡Ayúdeme Don Carlo! ¡Se lo ruego!... ¡Ayúdeme!!... Que llevo adentro un hijo del Humberto...

DON CARLO: ¿Dónde se habían metido...? ¿Dónde estuvieron todo este tiempo?

MARÍA: A unas leguas al norte, Humberto consiguió conchabo como peón en la estancia de los Mason..

DON CARLO: ¿Y mi hijo? ¿Y el Humberto?

MARÍA: ...Teníamos nuestro ranchito... Pero mi tata mando a sus laderos a buscarme... A la fuerza me querían llevar...

DON CARLO: ¿Y mi hijo? ¿Dónde está el Humberto? ¡Decime María!!

MARÍA: Se quedó peleando... defendiendo lo que era nuestro, para cubrirme, me escapé mientras los frenaba a todos...Mande alguien a ayudarlo, se lo ruego... ¡Esos hombres son pájaros de avería... ya han trabajado pa' mi tata en otros tiempos...

DON CARLO: *(Llamando hacia adentro)*. ¡Anselmo! ¡Martín! Vayan a la estancia de los Mason. Busquen al Humberto.

¡Hermana! ¡Hermana!... ¡Venga!

Aparece una mujer.

MUJER: ¿Qué pasa hermano? ¿Qué es tanto grito?

DON CARLO: Llévase a esta mujer... ayúdela, dele algo caliente...tiene un hijo del Humberto en su vientre...

MUJER: Esta mujer está pariendo... Me la llevo adentro...

La mujer lleva trabajosamente a María hacia el fondo por donde desaparecen. El Hombre 1 deja de ser Don Carlo. Aparece el Hombre 2.

- HOMBRE 2: Voy entendiendo para dónde rumbea este drama.
- HOMBRE 1: Una línea delicada y cruel, une los puntos de dolor. Es una artista impasible la tragedia. Dibuja sobre la carne viva. Cincela sobre el campo sensible del dolor y los sentimientos.
- HOMBRE 2: ¿Y el Humberto?
- HOMBRE 1: Luego de buscarlo un tiempo... Los hombres lo encontraron muerto boca abajo en un charco de barro, teñido de rojo con su propia sangre...
- HOMBRE 2: ¿El Vasco lo mandó a matar?
- HOMBRE 1: Según se dijo, y no hay por qué dudar... que él solo quería a la hija de vuelta... Solo quería asustarlo, torcerle el brazo, quebrarle la voluntad... dejar que abriera la jaula y retornara la paloma... pero el hombre propone...
- HOMBRE 2: ...Y el diablo juega sus cartas...
- HOMBRE 1: No será la vez primera ni la última, que un hombre tira una piedra... y se cae una montaña...
- HOMBRE 2: ¿Y Don Carlo?
- HOMBRE 1: Don Carlo ya no es un hombre... es una herida en la cara, una llaga sangrante, una antorcha de dolor y fiereza...
- El Hombre 1 se queda callado con un rictus de sufrimiento en su rostro*
- HOMBRE 2: Parece que a usted, el recordar lo afecta...
- HOMBRE 1: Duele tener memoria... el olvido evita esos problemas...
- HOMBRE 2: Su memoria me sirve para el duelo, me despierta los sentimientos...
- HOMBRE 1: ¿Los malos? ¿O los buenos?
- HOMBRE 2: Juzgue usted... siento odio, tristeza, desprecio...
- HOMBRE 1: Para una pendencia, ¡esos son los buenos...!
- El Hombre 1 se coloca el atuendo de Don Carlo. El Hombre 2 se retira. Aparece la mujer vieja corriendo*
- MUJER: ¡Hermano! La María está pariendo, pero no está nada bien... hay que llamar a un médico... se necesitan medicinas... a mí no me alcanza la ciencia, yo soy solo una partera...

DON CARLO: ¿Un médico? ¿Medicinas? ¿Y con qué lo pagamos si no tenemos?

MUJER: Entonces hay que llevarla a algún lado a que la atiendan si queremos que madre e hijo vivan...

DON CARLO: De acá no se mueve nadie...

MUJER: ¡Acá se nos muere hermano... Los dos no viven, o es ella o el chico...! ¡No quiera tomar usted esa decisión difícil...!

DON CARLO: ¿Difícil?... ¿De ande?... Usted salve al chico... que Dios se encargue de ella... ¡Si la precisa que se la lleve, y si le estorba arriba que la deje...!

MUJER: Carlo... ¿Vos sabés qué estás haciendo? ¿No tenés miedo?

DON CARLO: ¿Miedo? No será la primera vez que una china muere en un rancho, sucia y pobre porque no puede pagar un médico... los pobres no le importan a la ley...

MUJER: No hablo de la ley... hablo del que mira tus acciones, del que las sopesa... Carlo...

DON CARLO: ¿Habla de Dios? Dios no existe... Estamos solos... Y si existiera... ¿Pa' qué sirve? Se emperrea con nosotros. Se emperrea en mandarnos solo penas... Si pagamos los pecados nos deja eternamente las condenas... y si somos buenos, no nos premia... ¿Dios? Pa' qué sirve Dios si no es pa' hacernos más duro el paso por esta tierra... Vaya y salve al chico... se lo ordeno... Es sangre de mi sangre... Me va a recordar al Humberto... es lo único que me consuela...

MUJER: Que el de arriba lo perdone...

DON CARLO: No creo... pero ya no me importa... ¡Qué más puede hacerme!...

Don Carlo queda parado en el centro del espacio. Como ausente. Se escucha una guitarra. Es una música triste. Se escuchan ayes de mujer. Un grito, silencio y luego el llanto de un bebé. por un lateral vienen dos hombres cargando el cuerpo ensangrentado del Humberto. Don Carlo se acerca y lo acaricia ensuciándose con su sangre. Del fondo aparece la mujer vieja con un bebé envuelto en mantas y un hombre trayendo alzado el cuerpo inerte de María. Don Carlo la mira.

DON CARLO: A él entiérrenmelo cerca por favor... y a ella... tírenla en la puerta de la casa del padre... Para que sepa que acá se lee la Biblia... ojo por ojo... diente por diente... Así dice ese libro santo y bueno...

Los cuerpos muertos, alzados, se cruzan en el centro de la escena. y salen. Queda Don Carlo de rodillas. Gimiendo. Al fondo la mujer vieja mira y reza.

La luz desciende. Sigue la música un tiempo más. Cuando vuelve la luz los dos hombres están como al principio mirando al frente. Hablan sin mirarse.

HOMBRE 1: Y nuevamente Dios se hace presente.

HOMBRE 2: El tiempo...

HOMBRE 1: El tiempo. Implacable, abre surcos dolientes en el alma pobre de los que sufren, clava su azada y raspa la tierra de los sentimientos... Pero no deja ninguna simiente... Arrasa la vida, deja pelado el esqueleto...

HOMBRE 2: ¿Qué fue de los hombres?

HOMBRE 1: El dolor los ha amansado. Hasta este momento no se han buscado... Tal vez una noción primitiva de justicia bruta los ha sosegado. Han ido perdiendo vida, pulso, parientes, vista, amigos, y hasta el aliento... Un día Don Carlo está más que nunca, solo, viejo y enfermo... y el crío ha crecido. Callado, mustio... triste, y bello...

HOMBRE 2: Si se muere el Tano... ¿Quién cuidará de él?....

HOMBRE 1: ¡Eso es lo que le quita el sueño...! El futuro de su nieto... Una mañana se decide. Deja durmiendo al muchacho y sale. En la calle el viento le arroja arena a los ojos. Lagrimea. Es una buena excusa para llorar sin vergüenza... Camina unas cuantas cuadras y llega a la casa grande y señorial donde vive todavía, amargado, el Vasco Izubarreta. Cuando golpea a su puerta ya tiene, otra vez, la mirada seca.

Mientras hablan, otros personajes comienzan a vestirlos ceremoniosamente con los atuendos de Don Carlo y Don Iñigo respectivamente.

- HOMBRE 2: *(Como el vasco)*...Lo vide entrar y la mano se fue a buscar el 38 corto que estaba en la gaveta...
- DON CARLO: Espere hombre, que no vengo a buscar pelea...
- DON IÑIGO: ¿Y qué quiere?
- DON CARLO: Hacer un trato...
- DON IÑIGO: El único trato que podés hacer conmigo es aquel que te lleve patas pa'adelante, al camposanto.
- DON CARLO: Ni que fuera brujo... si de eso se trata... ¿me va escuchar?
- DON IÑIGO: Hablá rápido, no sé qué se te dio ahora después de que tanta agua ha corrido bajo el puente, pa' que me vengas a increpar y pedir trato... Y además... ¿qué te hace pensar que podés hacer arreglos conmigo?
- DON CARLO: Porque te conozco... sos un hijo de puta, pero de palabra... Además, mal que nos pese, hay un gurí guacho que nos tiende un lazo...
- DON IÑIGO: Ni lo conozco... ni me importa...
- DON CARLO: No te creo che Vasco... si no... ¿por qué habrías mandado a las comadronas a chusmear de vez en cuando a mi rancho...? También te pica el zurdo... y si no es eso será la curiosidá... algo sacó de la madre... mal que me pese... y algo del padre, aunque te reviente...
- DON IÑIGO: ¿Qué quiere?... ¡Hable rápido!... hay una bala que lo está esperando hace tiempo...
- DON CARLO: ¿Y por qué una bala? ¿No querría que fuera su puñal ensartado bien adentro? ¿No querría que fuera ese facón de mango de plata que lleva sus iniciales el que quedara clavado en mi pecho? Y que cuando vieran los chusmas del pueblo mi cuerpo muerto, dijeran sacándose el sombrero: ¡lo mató el Vasco!... ¿y de ahí en más te miraran con respeto? El respeto que hoy te retacean...
- DON IÑIGO: Me estás contando mi sueño...
- DON CARLO: Y bueno... ¿Entonces...? Eso te propongo che Vasco, abrí la orejas y el entendimiento... Un duelo gaucho como los de otros tiempos... nos vamos a la cantera abandonada y hacemos como que peleamos... total, todo es cierto, es

cierto el odio y el desprecio, son ciertas las ganas de revancha y el miedo... solo será falso el lance, pero eso, es un detalle pequeño... En algún momento, bajo la guardia, dejo los brazos caídos a los costados del cuerpo y ahí clavás tu daga, bien adentro...

DON IÑIGO: ¿Y eso por qué?... Para tanto premio, debe de ser alto el precio...¿Qué te traés bajo el poncho, Tano?

DON CARLO: El muchacho... Si me muero queda desamparao... vos tenés plata... protegelo, prometeme que le vas a dar cuidaos, sustento... no quiero que ande penando en esta pampa como anduvimos vos y yo, sufriendo... que tenga educación. Que sea alguien... dotor o maestro... que sea un hombre de bien... no como nosotros que hemos sido bosta en este campo muerto... Ese es el trato... Vos te ocupás del muchacho y yo te doy un duelo justo. Un duelo justo pero arreglao el muerto... el que te habla. Nadie te va a pedir cuentas... ha de ser duelo entre machos, hasta la ley respeta eso...

DON IÑIGO: Dar tu vida por la del muchacho... ¿Y si no cumplo mi parte del trato?...

DON CARLO: Vas a cumplir... Porque tenés creencias... Crees en Dios, y en tu corazón pesa el remordimiento. Por eso vas los domingos a la iglesia a pedir perdón y a confesar tuito el daño que has hecho. Y si no, en tu palabra sí que crees al menos...

Hay un momento interminable de silencio.

DON IÑIGO: Hecho... acepto el arreglo... ¿Nos damos la mano?

DON CARLO: No creo que haga falta. Ya nos conocemos. Yo estaré preparao en la cantera abandonada. Cuando sienta que ha llegao el tiempo vaya. Allí lo espero...

El Tano sale. El Vasco mira hacia adelante. La luz desciende. Crece la música de la guitarra. Un viento silba violento y angustioso.

Al subir la luz. Los hombres están luchando. Facón en mano. El duelo es parejo y ninguno saca ventaja. Tanspiran y jadean. Murmuran insultos.

DON IÑIGO: ¿Qué te pasa Tano? ¿Tas' arrepentido? ¿Le tenés julepe a la guësuda!?

DON CARLO: ¡Cállese la boca y pelee, arrastrao!

Hay momentos en que el Tano tiene la oportunidad de matar a su rival pero no lo hace. Eso envalentona al Vasco que en determinado momento ve que el otro baja la guardia.

DON IÑIGO: ¿Te cansaste hijunagranputa?

DON CARLO: ¡¡Mate hombre, mate!!

El Vasco gritando y sonriendo se lanza a fondo y clava su daga en el Tano, que cae al suelo. El facón queda cavado en el hombre que cae con los ojos abiertos. El Vasco queda parado y sin resuello al lado del cuerpo inerte. Se hace un momento interminable de silencio. Luego lanza un alarido que parece un llanto. Luego calla.

Un niño aparece y se acerca al hombre muerto. Lo mira. El Vasco se acerca y le extiende la mano. El niño intenta huir pero el Vasco lo agarra de la ropa y se lo lleva, casi a la rastra. Sin palabras. Mientras la música trata infructuosamente de tapar el silbido del viento. La oscuridad inunda la escena paulatinamente.

Cuando la luz vuelve están los hombres como al principio, cada uno tiene un facón en la mano. Se escucha silbar al viento.

HOMBRE 1: Como el mar, que en su fondo tiene barcos partidos en naufragios, la pampa tiene historias quebradas, hundidas en sus médanos...

HOMBRE 2: Hay que rascar un poco la arena y salen a brillar al sol, a encegucernos los sentidos como centellas...

HOMBRE 1: Ahora sabemos qué nombre llevaba grabado este facón...

HOMBRE 2: Falta saber el otro...

HOMBRE 1: No quiera saberlo... tal vez todavía no está escrito... tal vez no nació todavía el hombre cuyo nombre irá a esconderse entre los pliegues del acero... Ese puñal tiene todo el tiempo del mundo... puede esperar, va a vivir más tiempo que usted y que yo...

HOMBRE 2: ¿Y esta historia es cierta?

HOMBRE 1: En parte... y en parte fruto de la entelequia. Como la vida, que tiene su tajada de realidad y su lonja de sueños...

HOMBRE 2: ¿Y cómo llegó hasta usted?

HOMBRE 1: Ese niño fue mi abuelo...

Se oscurece. Se escucha el silbar el viento.

FIN

otro país.
el mundo de los trebejos

Mariela Alejandra Domínguez Houlli

MARIELA A. D. HOUILLI

Nací en Buenos Aires en 1975. A los doce años con mi familia nos trasladamos a la provincia de San Luis, donde descubrí el teatro al formar parte del Taller Infante-Juvenil de la Provincia. A los diecisiete años fui convocada por el grupo de teatro Teatro Estudio Arte, del que formé parte en diferentes roles hasta el año 1998, cuando me voy a vivir a Tucumán con el objetivo de poder estudiar de forma sistemática el arte teatral, por lo que ingreso en la Licenciatura en Teatro de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Tucumán, al mismo tiempo que conformo, junto a Alejandro Ochoa, el grupo La Valija, con el que estrenamos varias producciones y recorremos muchas ciudades del norte argentino.

En 2002 vuelvo a radicarme en San Luis, ya con el título de intérprete dramático, y constituimos con otros compañeros el grupo La Tía Tota, al que actualmente pertenezco y con el que sostenemos el espacio La Papelería Centro Cultural. En estos diez años hemos estrenado trece producciones teatrales, la mayoría de mi autoría, en las que me desempeñé en diferentes roles, dictando talleres, gestionado giras y festivales, participando de festivales provinciales, nacionales e internacionales.

Actualmente además de integrar el grupo La Tía Tota trabajo como profesora de Estética Teatral, Actuación III, Lenguaje y Comunicación Teatral, y Teatro de Objetos del Instituto de Formación Docente Continua de Villa Mercedes. Algunas de mis obras estrenadas: *Un poeta recién llegado* (2008), *Caramelos en las tazas* (2009), *El olor del miedo* (2012), *Té ¿querés?* (2012), *La tierra contrataca en el agua* (2013).

PERSONAJES

ÉL

ELLA

OTRO

OTRA

*LA OBRA TRANSCURRE EN UN TIEMPO NO DEFINIDO.
LA ACCIÓN SE DESARROLLA DENTRO DE UNA CASA QUE A
LO LARGO DE LA OBRA SE VA DESTRUYENDO.
LOS ACTORES NO RESPETAN LA CUARTA PARED.*

Comienzo...

- OTRO: Estas palabras que se escribieron y las acciones que vemos ahora son solo ficción.
- OTRA: Mentiras, burdos inventos, infamias, calumnias, versiones de versiones sin fuentes certeras, anécdotas contadas en la madrugada y empañadas por el alcohol.
- OTRO: Fragmentos esquizofrénicos de locos mal pensados.
- OTRA: Como se darán cuenta los personajes no tienen nombres. Son cualquier nombre ya que estas personas jamás existieron.
- OTRO: Palabras escritas por extranjeros, invasores, exiliados económicos y culturales, que vinieron a cuestionar lo incuestionable, que se convirtieron de aliados en enemigos y que estarán condenados a padecer el más implacable de los castigos: el silencio... el olvido.

- OTRA: Haremos todo lo posible para demostrar que esto no sucedió. No hay pruebas razonables.
- OTRO: Repetimos: todo es ficción, nada es real, todo es mentira.
- OTRA: Les rogamos que cuando salgan de aquí no comenten nada de lo que acá sucede ya que se los tratará de locos. Nosotros no defenderemos lo dicho, solo somos actores.
- OTRO: La historia transcurre en un universo lejano, muy lejano, digamos en otro país.
- OTRA: En una casa, como cualquier casa. Una casa.
- OTRO: Una casa rodeada de casas, justo aquí. Una casa con paredes, piso, techo, ventanas y puertas. Una casa con una cocina donde se cocinaba.
- OTRA: Un dormitorio donde se dormía y se amaba.
- OTRO: Una biblioteca donde se leía, se charlaba, se escribía.
- OTRA: Una casa asediada por los ruidos de una pala mecánica que iba demoliendo todo lo que lo rodeaba.
- OTRO: Una casa donde los vasos se rompían por las vibraciones.
- ELLA: Pero conseguimos vasos de plástico.
- ÉL: ¡Gran manera de resistir!
- ELLA: Él fumaba. Fumaba y escribía, escribía y fumaba. El tiki tiki de la máquina de escribir, que antes parecía seductor, musical, ahora se volvía insoportable, como la constancia de una gota que cae de la canilla rota. Tiki tiki en el cerebro. Tiki tiki en la piel, en la cabeza en los huesos, en el corazón. Fumaba y escribía. Antes escribía, digamos, con humor, ahora escribía en blanco. No escribía, solo fumaba y presionaba cada tecla sin razón.
- ÉL: Ella cocinaba. Llenaba la casa de conservas. Toda esta casa que temblaba sostenida por frascos con tomates. Escondidas entre los libros que caían aparecían berenjenas en escabeche... o en el baño una conserva de pimientos rojos. Todo había perdido su lugar, todo había encontrado otra lógica. Aparecían quinotos en almíbar en las macetas. Ya no había platos, no había espejos. En esta casa que

temblaba, los frascos parecían ser los únicos que no se trizaban. Las personas no teníamos esa misma suerte.

Antes del comienzo...

OTRO: Llegaron con bombos y platillos.

OTRA: Llegaron traídos por “Él”, el ideólogo de todas las cosas.

OTRO: Vinieron como ciudadanos ilustres.

OTRA: Llegaron maravillados por el avance.

OTRO: Por el progreso.

OTRA: Por las autopistas.

OTRO: Por la industria.

OTRA: Enceguecidos por las luces que los deslumbraron.

OTRO: Que los devoraron.

OTRA: Que en esa casa temblorosa se terminó extinguiendo.

OTRO: Por falta de pago.

OTRA: Vinieron a jugar un juego de estrategia.

OTRO: Pero no contaban con que les cambiarían las reglas.

ÉL: Si voy a contar esta historia lo haré como quiera y quiero ser el rey. El rey negro que avanza paso por paso para lograr el jaque mate. El rey que espera. El rey que establece estrategias. El rey que sacrifica sus piezas solo si es necesario.

OTRA: En un reino debe haber un rey.

OTRO: Pero solo puede haber uno... y este reino ya tenía un rey.

ÉL: Si voy a contar esta historia lo haré como quiera y quiero ser el rey. El rey negro que avanza paso por paso para lograr el jaque mate...

OTRA: Para jugar este juego hay que respetar las reglas.

OTRO: Cuando las reglas cambian, el juego pierde sentido.

ELLA: Entonces fue que te convertiste en el peón. El peón sacrificado por el jugador inexperto que abre la partida y espera ser devorado por el caballo. En cambio yo nunca quise ser reina. Solo me convertí en heroína a la fuerza por no querer ceder ni un milímetro. Hay veces que pienso que solo te arrastré en mi terquedad.

OTRO: La curiosidad... ¿para qué develar lo oculto? Nadie quiere saber más de lo que sabe.

OTRA: Finalmente no eran más que papeles.

OTRO: Papeles escritos.

OTRA: Cifras.

OTRO: Nombres.

OTRA: Nombres con precio.

OTRO: Precios de nombres.

OTRA: Secretos, secretos dichos a voces.

OTRO: Que nadie quería oír.

ELLA: ¡Que grité!

ÉL: ¡Que gritamos!

OTRO: Los quisieron callar.

OTRA: Primero con cifras.

ELLA: Subastaron nuestro silencio.

OTRA: Lógicamente, al comienzo enviaron a peones obsecuentes, sin ningún poder de negociación

ÉL: Ni de entendimiento.

ELLA: Querían convencernos de respetar el juramento tácito, al rey no se lo traiciona.

OTRO: Tenés que entender, las cosas son así, y así funciona todo en el mundo.

ELLA: Le hablaban a él, a mí no me hablaban.

ÉL: Nos negamos.

ELLA: A mí me ignoraban.

- OTRO: ¡Vamos...! Esto pasa en todas partes. Si viniste hasta acá sabés cómo son las cosas. No te hagás el boludo justo ahora.
- ELLA: Yo no existía.
- ÉL: Habían reconocido la falla. Según las reglas dejaron en descubierto al rey, con pocos movimientos lograría un jaque. Pero les respondí: “No entiendo de lo que me estás hablando, estás dentro o fuera de la Ley, no hay otra”.
- OTRO: Acá la Ley son ellos.
- ELLA: Y yo parada invisible, impávida, con la taza de café en la mano. Comenzaba a sentir los primeros temblores en la casa.
- OTRA: Luego vinieron los caballos y los alfiles, todos funcionarios, funcionales al reino pero prescindibles.
- ELLA: Actuaban como nuevos ricos. Compinches, autoritarios, soberbios, no disimulaban, derrochaban palabras, halagos, insultos, autos nuevos, perfumes persistentes que anunciaban su llegada y permanecían aun cuando ya habían partido. Yo seguía siendo invisible.
- ÉL: Llegaron con sobres blancos llenos de malas intenciones.
- OTRO: Vamos, no armemos quilombo, en realidad a ninguno le conviene. Vos seguí con las cositas esas que viniste a hacer y hacerte el boludo... nosotros te seguimos pagando.
- ÉL: Yo esquivaba los movimientos de esta partida extraña, fuera de toda lógica, solo contestando secamente: “No, prefiero ir a la justicia”.
- OTRO: Acá al rey no se lo traiciona, la justicia son ellos.
- ELLA: Y se fueron dejando la casa inundada de olor a perfume comprado en aeropuerto, y la casa volvió a temblar. Esta vez tembló desde adentro.
- ÉL: La partida se dilató. el rey blanco parecía haber entendido el mensaje. Reinaba una calma tensa, un vacío intrigante que nadie se atrevía a llenar.

Después del comienzo...

ELLA: Casi que nos acostumbramos. Él seguía escribiendo y fumando, y a mí se me dio por cocinar; no me acuerdo en qué momento me habían echado del trabajo y había plantado en el patio unos tomates que habían dado. Decidí hacer conservas.

OTRA: Rin, rin, rin, comenzaron las llamadas. Rin, rin, a cualquier hora. Rin rin rin en cualquier momento. Rin rin rin constantemente. Rin rin rin como un castigo.

ELLA: Y al otro lado del teléfono... nadie. Nadie contesta.

ÉL: Yo sabía que eran ellos, las fieles torres, los amigos, los que cuidan sus tierras, sus casas, sus cosas, su culo, ahora pondría al descubierto su jugada, solo le quedan las torres.

OTRO: Rinrrrrrr. Al rey no se lo traiciona...

ELLA: Cuelga.

OTRO: Rinrrrr, la pena por traición es la más alta...

ÉL: Cuelga.

OTRA: Rinrrrr vas a terminar en una fosa...

ELLA: Cuelga.

OTRO: Rinrrrr ¡...por qué no te vas a jugar de salvador a la puta madre que te parió!

ÉL: Cuelga.

OTRA: Rinrrrr ¡...si no te gusta cómo son las cosas, devolvé le casa, devolvé las cosas y mandate a mudar!

ÉL: Que lo decida la justicia.

OTRA: ¡La justicia son ellos!

ELLA: Cuelga.

ÉL: A este insoportable ruido le siguió el silencio... ¡Silencio... bendito silencio!... aturdidor silencio. Solo se escuchaba eso: un profundo y aterrador silencio. Fumaba como si el humo del tabaco pudiera romper con el silencio, en el patio se veían las estrellas. Nunca había visto las estrellas

tan de cerca, esa inmensidad, ese olor a jazmín que ponía el aire espeso... analizaba las jugadas. No entendía. Intentaba comprender para anticipar pero no podía. Mis piezas quedaban estáticas, repetía la misma jugada. Solo restaba fumar... y fumaba. Fumaba en silencio. Fumaba casi como un reflejo. Con la colilla de uno encendía el otro. Las cenizas caían: sobre mi brazo, sobre mi camisa, sobre el pantalón, sobre el pasto... todo era gris cuando me miré en el vidrio tembloroso de esa casa que vibraba y pensé que, realmente, no recuerdo en qué momento envejecí.

OTRO: Entonces, después de un prolongado silencio, hizo su entrada “la Reina”. Con la calma de las mujeres poderosas y la seguridad de tener todo controlado, se sentó en la silla.

ELLA: Mi silla.

OTRA: (*Sentándose*)... Bastante incómoda por cierto, esta situación es incómoda. La cosa es fácil. Acá todavía no pasó nada y en este papelito está la solución. Yo pongo un número, un número cualquiera... si están de acuerdo, lo dejamos así y acá no pasó nada.

ELLA: Papeles, más papeles y números.

OTRA: ¿Y?

ELLA: ¿Y qué?

OTRA: Está bien, sumémosle un cero, dos ceros, mil ceros... ¿Cuántos?

ELLA: Ninguno.

OTRA: ¿Cuánto?

ÉL: No, no hay ceros que alcancen.

OTRA: Soy dueña de todos los ceros.

ELLA: No. No nos estás entendiendo.

OTRA: No, vos no entendés... ¿Cuánto?

ÉL: No hay trato, continuamos la partida.

OTRA: Pensalo.

ELLA: No hay nada que pensar.
ÉL: Que lo decida la justicia.
OTRA: Acá la justicia somos nosotros.
ELLA: La casa tembló.
OTRA: El castigo por traición es la muerte o el destierro.
ÉL: No comprendo.
OTRA: Ya vas a comprender. *(Sale)*.

Las decisiones...

ELLA: Y cuando se fue comprendí. Comprendí que esa era la última negociación, ahora venían las acciones. No fue coincidencia que al cerrar la puerta tras de sí, las copas se comenzaban a romper porque la casa temblaba y yo temblaba... y vos comenzaste a temblar. Te miré. Nos miramos con terror, sin aliento, sabiendo que habían cambiado las reglas, sabiendo y no sé si quería saber tanto. Hace días que los días no eran días, habíamos perdido la noción del tiempo. Nos movíamos por la casa como sonámbulos. No sabía si iba a soportarlo, lo primero que dije con un hilo de voz fue: “¡Vayámonos! no vale la pena”.

ÉL: Ahora nos quedamos.

ELLA: ¿A qué?

ÉL: A que ellos no ganen.

ELLA: ¿A quién le importa?

ÉL: A mí. A vos.

ELLA: ¡Tengo mucho miedo!

ÉL: ¡Mirame! Mirame a los ojos... *(Ve su cara de terror)*. ¡Nos vamos!

ELLA: ¡No! Nos quedamos.

ÉL: ¿Por qué?

ELLA: Quiero volver a mirarte a los ojos... quiero poder mirarte a los ojos.

ÉL: No importa.

ELLA: ¡Sí que importa!

ÉL: ¿Qué nos pueden hacer?

ELLA: Nada, solo asustarnos.

ÉL: Entonces que no lo logren.

ELLA: La gente, los demás, los otros nos van a creer... nos tienen que creer... les tiene que importar... es la verdad.

ÉL: Cuando se les caiga la máscara no les va a quedar ganas de asustar a nadie.

ELLA: Hay que gritarlo.

ÉL: Y lo gritamos. Nos sacamos ese nudo en la garganta que no nos dejaba respirar. Lo gritamos en horario central en el canal del mismo rey.

OTRO: Pero se borraron todas las huellas.

OTRA: Nada quedó de aquel grito.

OTRO: A esa misma hora y por ese mismo canal al otro día...

OTRA: Una película.

ELLA: Entonces no volviste... y la casa que se desarmaba. Te busqué. Te busqué por todas partes... Te busqué en los hospitales, en las calles, en la plaza. Te busqué en la copa de los árboles, en los patios, en los baldíos. Te busqué en la cara de la gente. Te busqué en público y en privado... y tus cigarrillos estaban intactos. Te busqué en los colectivos, en los nidos de los pájaros negros que surcaban el cielo al atardecer, en el espejo. Busqué entre tu ropa, en las hojas secas, en los pedazos de vidrio roto de las copas y los platos de la casa temblorosa. Te busqué en tinieblas, tanteando tu ausencia, en los lugares comunes, en almuerzos televisados, te busqué en mi cabeza, en el silencio y en el barullo, sin descanso y entonces grité tu nombre como si fuera el último nombre del mundo pronunciado en el último grito... y fue entonces cuando escuché en un murmullo la primera pista.

OTRA: Una *traffic* blanca...

OTRO: Sin ninguna identificación.

OTRA: Paró en una esquina.

OTRO: En cualquier esquina.

OTRA: Lo subieron, sin parar la camioneta.

OTRO: Estaban sin uniforme.

OTRA: Todos saben que fue la policía.

OTRO: Pero nadie lo dice.

ELLA: ¡Lo secuestraron!

OTRA: ¡¡Shhh!!

ELLA: ¡Esto es privación ilegítima de la libertad!

OTRO: ¡¡Shhhh!!

ELLA: ¡Lo hicieron desaparecer!

OTRA: ¡¡Shhh!!

ÉL: Averiguación de antecedentes.

ELLA: Era tu voz... más cansada, afectada por la falta de tabaco, pero era tu voz que sonaba desde el televisor en un canal extranjero. Era tu voz.

ÉL: Convencer al guardia no fue tan difícil como no llamarte inmediatamente... pero debía hacerlo público. Esa era la jugada y la única manera de salvar al rey negro. Canté “enroque”, moví las piezas, me arriesgué.

ELLA: Entonces fue que te vi. El silencio se había vuelto insoportable... silencio estúpido, adormecido por la siesta de un pueblo calmo, acostumbrado. Silencio atemorizante profundamente silencioso, el silencio cómplice entumecido... y vos doblando la esquina descalzo. Nunca te había visto tan viejo ni tan decidido... y yo que pensaba que habían logrado ganar la partida, que te habían cantado “jaque mate”.

ÉL: Te vi apenas doblé la esquina. Yo venía descalzo, cansado, vencido. En cuanto te vi supe que no habían ganado. Estabas agotada y radiante, esperando. Nunca te había

visto tan segura. Entonces supe que quedaban piezas por jugar. Entré a la casa, que por primera vez en mucho tiempo había dejado de temblar, y comencé a escribir.

ELLA: Fumabas. Fumabas y escribías, escribías y fumabas. El tiki tiki de la máquina de escribir volvió a ser seductor, musical. Traía esperanza, escribías la verdad. Tiki tiki en el cerebro, tiki tiki en la piel, en la cabeza, en los huesos, en el corazón. Fumabas y escribías. Escribías, digamos, con pasión; poniéndole el peso a cada palabra. Ahora escribías y fumabas y presionabas cada tecla con tanta precisión que en esos tiempos la casa dejó de temblar.

ÉL: Pensaba que escribiendo ganaba la partida. Fuimos invencibles. El poder de la palabra contra la barbarie. Fuimos quiijotescos... no quisimos ver a los molinos, no quisimos escuchar las advertencias, nos bastaba con la aparente calma de la casa. Estaba seguro que ya no podían tener piezas que poner en juego. ¡La partida estaba ganada! Y canté “jaque mate”.

El exilio...

OTRA: Luego vino un silencio pronunciado... Otro silencio, no fue una pausa, solo un silencio calmo... Y después el exilio del rey negro.

OTRO: Un exilio quieto, inmóvil, sin irse a ningún lado. Ya se habían jugado todas las jugadas y las palabras estaban dichas.

ELLA: Al principio no entendíamos qué pasaba, sabíamos que el rey blanco embestiría, pero no creímos que hasta los peones lucharían de tal forma.

ÉL: Fue nuevamente el silencio, la acusación ciega, la falta de justicia, la justicia comprada. Las palabras rebotaban en el aire y volvían contra nosotros de tal forma, que parecían nunca habernos pertenecido. Nos estaba exiliando el

desconcierto, la cita descontextualizada, la falta de ironía, pero sobre todo el miedo a un rey, al rey blanco que representaba cada cosa que tenían, cada cosa que proyectaban. Comprendí que el poder era absoluto pero debíamos encontrar la fisura. Si lo hacíamos aún teníamos esperanza.

OTRO: Se metieron con todo, hasta con lo innombrable, con nuestra forma de ser. Se metieron en nuestras casas, que habíamos abierto a esos extranjeros.

OTRA: Se metieron en nuestras mesas. Revolvieron la ropa sucia. Se metieron en nuestros estofados, en nuestras realidades.

OTRO: Se metieron en nuestros silencios, con nuestro futuro y nuestro pasado. ¿Qué conocían? Eran de otro lado.

OTRA: Se metieron con nuestros hijos, con nuestros esposos, con nuestros hermanos, con nuestro orden, con nuestras formas y después de todo... ¿quiénes eran ellos? ¿A qué habían venido? Mordieron la mano de quien les daba de comer.

OTRO: Se metieron hasta con lo más íntimo, nos desnudaron, nos denunciaron, nos injuriaron.

OTRA: Se metieron con lo que no se tenían que meter, se metieron hasta con nuestra fe.

OTRO: Y cerramos puertas y ventanas.

OTRA: No queríamos saber nada más.

OTRO: Cerramos nuestros ojos y nuestras bocas.

OTRA: No queríamos verlos más.

OTRO: Cerramos nuestros almacenes y nuestras mesas.

OTRA: No queríamos que nos involucraran en nada más.

OTRO: Cerramos nuestras manos y nuestros oídos.

OTRA: Ya no teníamos nada que escuchar.

ELLA: Y comenzó el exilio.

ÉL: Fue un exilio, lento, pausado, casi imperceptible... Cuando quisimos ver estábamos expulsados del tablero. Habíamos sido desterrados.

ELLA: Este destierro no precisaba pasaportes, ni cruce de fronteras a la medianoche, sin aduanas ni papeles: era un destierro común. Comienzo, como cualquier exilio, yendo a la carnicería y no saber qué corte de carne pedir. El destierro de pararte en una esquina y que nadie te salude, de no encontrar caras amigables, de no saber qué línea de colectivo te deja cerca, de no entender. El destierro de la soledad más sola.

ÉL: Ser desterrado de los olores y los sabores, de las rutinas habituales, de los códigos asumidos, desterrados de las palabras conocidas, del café familiar de la mañana. Aprender a vivir siendo un extraño. Pero estabas vos que eras mi referencia.

ELLA: Hasta que una noche comenzó el humo, un humo espeso, gris. El humo que no era más que la señal del fuego. Nos despertó la asfixia y el sueño liviano que habitaba la casa. Desesperadamente buscamos el fuego en cada posible lugar. Salimos con prisa al patio y... enmudecimos.

ÉL: Las llamas que nos rodeaban eran enormes, el calor nos sofocaba a pesar de la fría noche, no entendíamos qué pasaba. La casa temblorosa parecía defenderse de las llamas de forma pacífica, quieta, implacable.

OTRA: Fue un accidente. Todas las casas linderas comenzaron a arder... al mismo tiempo.

OTRO: Las casas se estaban revelando solas. Nadie ya los quería ahí.

OTRA: Fue un accidente. Nunca se supo cómo comenzó.

OTRO: El fuego surgió sin razón aparente.

ÉL: Y nosotros ahí parados en el patio, inmóviles... iluminados por las bocas de miles de dragones que nos acechaban. Los dragones no eran parte del juego. En el ajedrez no hay dragones. Comprendí que les importaban poco las reglas. Para ellos solo era cuestión de ganar.

OTRA: Por suerte todos los habitantes de las casas ya se habían mudado.

- OTRO: ¿Quedaba una? ¿Con gente adentro?, no sé, la verdad es que no me acordaba de que quedara alguien viviendo ahí.
- OTRA: Los habíamos olvidado, no creímos que en realidad viviera alguien allí, nos sorprendió el fuego, que no dejaba de ser un espectáculo hipnótico.
- OTRO: Los bomberos tardaron en llegar. Aparecieron cuando todas las casas solo eran cenizas de lo que habían sido.
- OTRA: Nadie salió de la casa que dicen que estaba habitada. En realidad yo dudo que haya habido alguien.
- ÉL: Nosotros seguíamos en el patio, nuestra casa había dado resistencia, no se había quemado un solo ladrillo. Los pocos vidrios que quedaban habían explotado, se desintegraron en fragmentos minúsculos que no podíamos reconocer. Fue imposible juntarlos para reconstruir algo... un plato, una copa, un espejo, un recuerdo.
- ELLA: Comenzamos entonces a oler a humo. Ese olor aún me persigue en la ropa, en el pelo, en los libros, en el alma. Fue su forma de hacernos recordar las cosas. Por más que me refriegue, me bañe o intente tapanlo con otros olores, mi piel huele a humo. Desde aquella noche, lo único que huelo es humo. El olor resistente tapó todo, inundó nuestra vida, produjo la grieta.

Hacia el final...

- OTRA: Vimos venir las máquinas: limpiaban los escombros, removían los cimientos, acarreaban la tierra acumulada.
- ÉL: La casa cada vez temblaba más, pero permanecía en pie.
- OTRO: Los ruidos se escuchaban desde lejos. El paisaje cambiaba, se abría paso al progreso.
- ELLA: La casa seguía temblando, veía los brazos mecánicos por encima de la pared, nos amenazan, nos intimidaban.
- ÉL: La casa se retorció, se movía, sufría, la vibración era

constante, el piso, las paredes, la alacena, el baño, el techo, los cuadros, nosotros, todo temblaba, todo se resquebrajaba, se trizaba, se rompía. No pude más.

ELLA: Los frascos aún sobrevivían. Estaban intactos.

ÉL: Habíamos perdido, estábamos perdidos en un reino extraño, en otro país.

ELLA: Debe existir alguna jugada, arremeter inesperadamente.

ÉL: Ya no quedan piezas.

ELLA: ¡No! No pueden ganar...

ÉL: La casa se desmorona, fuimos expulsados del tablero.

ELLA: ¡Aún estamos acá, debe haber una forma, no pueden ganar!

ÉL: Ya ganaron. Es hora de partir.

ELLA: ¡No! Debemos intentarlo.

ÉL: Ya no queda resto, es el final de la partida. Es un final de rey contra peones y él aún conserva sus piezas. Ganó, hay que saber perder.

ELLA: No quiero.

ÉL: Yo tampoco quería, pero no podemos hacer nada, solo retirarnos, tal vez para preparar la embestida.

ELLA: ¿Te vas?

ÉL: Vámonos los dos.

ELLA: ¿Te vas?

ÉL: Hay que abrir alguna jugada en otro tablero.

ELLA: ¿Te vas?

ÉL: Vení conmigo. No hay nada que hacer.

ELLA: ¿Te vas?

ÉL: Regresaré a buscarte.

ELLA: Y me quedé sola con los poros empapados de olor a humo, caminando entre los vidrios, los vidrios rotos. Las únicas sobrevivientes éramos la casa y yo. Me quedé. Me quedé hasta donde pude, mejor dicho me quedé hasta donde me dejaron.

ÉL: No quería la derrota pero sabía que no había mucho más que hacer, salvo retroceder y planear una estrategia. En el preciso momento que cerré la puerta sabía que solo regresaría para buscarte, pero ya no podía soportar más. Te vi tan fuerte, tan decidida que no me atreví a insistir lo suficiente. Estábamos naufragando y te ataste al mástil con tanta fuerza que no supe de dónde sacar voluntad para llevarte conmigo.

ELLA: Debía ver todo. Tenía que quedarme hasta el final.

ÉL: Los finales suelen ser desgarradores.

OTRO: Este fue un final común que pasó inadvertido.

OTRA: Unos pocos recuerdan esta historia y lo hacen con cierta incredulidad, pensando que en realidad nunca sucedió.

OTRO: No existe prueba alguna que la confirme.

OTRA: Nosotros lo dudamos... es más, aseguramos que esto es ficción.

OTRO: Que esto es solo fruto de la imaginación de unos locos.

OTRA: Malintencionados.

OTRO: Desagradecidos.

OTRA: No comenten nada. Los tomarán a ustedes por lo mismo.

OTRO: Y recuerden: al Rey no se lo traiciona.

OTRA: El castigo para el traidor es la muerte o el destierro.

OTRO: Es imposible pensar que el rey negro sufrió persecución aún expulsado del tablero.

OTRA: ¿Y con Ella qué paso?

ELLA: Ellos llegaron un día... un día como cualquier otro. Golpearon la puerta casi con amabilidad, tenían la dirección equivocada, pero ya no importaba... ya nada importaba. Me quedé sentada en mi silla, mirando cómo sacaban de mi casa temblorosa, nuestras fotos, nuestra ropa, nuestros recuerdos, nuestros muebles, nuestras miserias, nuestros libros, nuestros pedazos de felicidad, nuestro colchón, nuestra esperanza. Lo sacaban y lo desparramaban en el medio de la calle, a la intemperie. En

el medio de la calle. Vi cómo nos desterraban, nos echaban, nos denigraban. Lo vi sin gritos, sin sobresaltos, sin resistencia. Lo vi frente a la mirada de los otros que ya no nos recordaban, que se sorprendían ante la existencia de vida en esa casa... en esa casa temblorosa. Los vi sentada, impávida, profundamente derrotada. Los vi mientras prendía un cigarrillo de esos que habías olvidado. Cuando ya no quedó nada agarré el último frasco de conservas y cerré la puerta. Entonces la casa se derrumbó por completo y comprendí que solo estaba esta en pie por nuestra obstinación. Vos volviste pero solo quedaban los escombros. Habíamos desaparecido y estábamos condenados al olvido.

FIN

el vals del plomero

Sandra Franzen

SANDRA FRANZEN

Dramaturga, directora y actriz. Integra el equipo Teatro Llanura de la ciudad de Santa Fe. En 1996 gana la beca de la Dirección de Cultura de la Provincia de Santa Fe y estudia con Mauricio Kartun. Docente del Taller de Teatro de la UNL durante los años 1997, 1998 y 1999; y del Taller de Teatro de la ciudad de Avellaneda en 1999 a 2002. Como dramaturga se destacan sus obras *Opus* que participó del ENTU 90, *Una guerra de segunda* seleccionada para participar de la Fiesta Nacional de Teatro en 1992; *En el baldío*, publicada por la UNL en 1995; *El museo de las legítimas* estrenada y publicada por Argentores en 2008. Con *Las flores contadas* gana la V Bienal Internacional de Dramaturgia; *La scrittura de la differenza* se estrena en Santiago de Cuba, temporada en La Habana, Cuba y la editorial Metec Allegre de Nápoles, Italia, la publica y traduce al italiano. Escribe con Patricia Suárez *Una cruz en el mapa* que dirige en la Comedia Universitaria 2012 UNL, y *El corazón del incaut* estrenada en Buenos Aires, temporada 2014 y Mar del Plata. temporada 2015. Dirige entre otros *La chatita empantanada* de su autoría y *La mirada en el agua* de Jorge Ricci, con las que participa de numerosos festivales nacionales e internacionales (Mercosur, Córdoba, Colombia y España). Entre sus trabajos actorales se destacan *El encanto de las palabras*, *El que quiere perpetuarse en el poder*, *La cantante calva*, obra con la que participó de la II Mostra Iberoamericana de Teatro de Galicia, España.

> **el vals del plomero.**

(Sobre algunas escabrosas formas de lo humano)

PERSONAJES

SEÑORA GABART

SEÑOR GABART / PEDRO AUGUSTO, EL PLOMERO

SEÑOR LENGUITA

ESPACIO ESCÉNICO. EL DEPARTAMENTO DE LOS ESPOSOS GABART, EL PALIER Y EL DEPARTAMENTO DEL SR. LENGUITA.

Escena 1

De cómo se bebe una caña Legui en pareja

Departamento de los esposos Gabart. Todo muy pulcro pero decadente, con signos de un pasado de esplendor que ya no existe. El señor y la señora Gabart beben sendas copas de licor. En un fonógrafo suena "La Flauta Mágica" de Mozart, aria interpretada por María Callas.

SRA. GABART: Así no se bebe la caña Legui.

El señor Gabart bebe un largo sorbo.

No, no. Apenas si se mojan los labios, con un mínimo contacto entre el labio inferior y la copa. Si por un descuido los labios aprisionan el cristal, el licor queda atrapado y los alcoholes se desprenden antes de llegar a la boca, y el sabor no será el mismo. El señor Lenguita lo toma así.

El señor Gabart levanta la vista, la mira y bebe otro largo sorbo.

No, no. Se acerca la copa a los labios y se gira suavemente para que los azúcares del licor se desparramen en forma pareja sobre sus paredes. Si no se toma cualquier cosa.

El señor Gabart bebe un último sorbo de la copa.

Hay que saber beber una caña.

SR. GABART: No es caña. Es bourbon.

Pausa.

SRA. GABART: Lo hacés a propósito. Para no tener de qué hablar. Como no sé nada de whiskys, no tengo qué decir y entonces enmudecés detrás de tu copa.

Silencio. Miradas. La ópera gana la habitación.

SR. GABART: Hablemos del Sr. Lenguita, entonces.

SRA. GABART: Si no estás tomando caña, no veo qué podríamos decir sobre él.

SR. GABART: Yo no tomo caña. Sin embargo en tu copa sí la hay. ¿Verdad?

Ella asiente.

Eso habilita nuestra conversación. De hecho no es a propósito que tomo bourbon, porque antes tomábamos una copa de bourbon a esta hora y no precisamente de caña. La caña es una bebida de otros. En aquellas tardes, cuando los dos tomábamos bourbon, tenías mucho que decir, yo que replicar y nuestras charlas eran al menos entretenidas. (*Pausa*). A propósito, ¿desde cuándo se toma caña en esta casa?

SRA. GABART: Me querés incomodar.

SR. GABART: En absoluto, querida.

La Señora Gabart suspira. Juega con un dedo en su pelo.

SRA. GABART: ¿Y ese pañuelo en tu cuello?

SR. GABART: Seda con estampado búlgaro.

SRA. GABART: Lo sé. Lo tomé para mí.

SR. GABART: Oh, querida. Es que me agrada muchísimo.

SRA. GABART: Tanto como a mí beber esta caña.

SR. GABART: *Touché. (Bebe. Mueve su copa).* De hecho solo me interesé por saber desde cuándo hay una botella de caña Legui en nuestra sala.

SRA. GABART: No fue eso lo que dijiste.

SR. GABART: ¿No? Sin embargo esa era mi intención. *(Pausa).* Entonces, ¿desde cuándo hay caña en tu copa en lugar de bourbon?

SRA. GABART: Desde hace tres meses.

SR. GABART: Qué curioso, ¿no fue esa la fecha en que se mudó el Sr. Lenguita?

SRA. GABART: No, eso fue hace cuatro meses.

SR. GABART: *(Ríe)* Cierto. Su personalidad nos invade con contundencia. Cuatro meses del Sr. Lenguita es bastante.

SRA. GABART: Depende, querido. El tiempo nos engaña con sus formas. Gente como nosotros no elige de qué modo pasar la vida. Se deja llevar. Ahora invadidos por los aromas y los licores del Sr. Lenguita, antes por los perfumes baratos y los taconeos de la Srta. Pickart, mucho antes por los libros y las conversaciones del Sr. Canelo...

SR. GABART: Los nombrás como si fueran nuestros primos.

SRA. GABART: Tenemos sus perfumes, tacones, pañuelos, tabacos, licores, libros y discos. No veo por qué no nombrarlos a veces.

SR. GABART: Cierto querida. Un homenaje. *(Cierra los ojos y se deleita con la música).*

La Sra. Gabart gira su copa mientras observa el licor.

Deberías invitarme una copa de caña, para sentir que nos acompañamos, aunque más no sea con la bebida preferida del Sr. Lenguita. *(Ríe).*

La Sra. Gabart hace una mueca y luego sirve dos copas.

Eso sí, voy a beberla a mi manera.

Los dos beben.

Hoy salió muy temprano.

SRA. GABART: No lo oí.

SR. GABART: La cañería de su baño hace ruidos. Chilla y se queja como una vieja malhumorada. Deberíamos llamar a Pedro Augusto para que lo revise todo.

SRA. GABART: *(Molesta)* No aún. Es temprano para Pedro Augusto.

SR. GABART: *(Tuerce su boca en disconformidad)* No estoy tan seguro. *(Entusiasmado)* La experticia de Pedro Augusto es asombrosa. Se entiende mejor con las tuberías, filtraciones y desagües, que con las personas. Solo un semidiós como Pedro Augusto puede resolver todos esos temas tan desagradablemente domésticos. Los detesto, pero Pedro Augusto hace de ello un arte. Y eso es lo que lo tiñe de divinidad. Cuando las casas comienzan a crujir nos están queriendo decir algo. ¿No lo crees? De hecho, hace ya como cuatro meses que empezaron estos extraños ruidos.

SRA. GABART: Será en la casa de él. No en la nuestra.

SR. GABART: Nuestra casa cruje desde mucho antes.

SRA. GABART: Estás intratable, hoy. Pero aún no es tiempo de llamar al plomero.

Los dos giran sus copas mirando moverse el licor.

SR. GABART: Luego escuché cómo golpeaba la puerta al cerrarla. Sabe tomar su copa de caña pero es despreocupado en lo cotidiano. Encendió un cigarrillo en el palier, el humo del tabaco llegó hasta nuestra sala.

SRA. GABART: El Sr. Lenguita no fuma, solo bebe su caña.

SR. GABART: Entonces estaría acompañado por otra persona.

SRA. GABART: ¿Quién sería?

SR. GABART: Algún amigo.

SRA. GABART: Él no tiene amigos.

SR. GABART: Sin embargo escucho voces a veces. Definitivamente es el Sr. Lenguita hablando con alguien.

SRA. GABART: No era conmigo.

SR. GABART: No dije eso.

Silencio. Otra vez la ópera se adueña.

El próximo sábado podríamos invitarlo a tomar una copa... de caña, por supuesto. (*Ríe*) Así aprendo a beberla. Quizá haga una demostración para mí. Además tenemos ahora esa botella de caña Legui. La caña es una bebida tan, tan, de otros. Sería una gran oportunidad para beberla y que se acabe rápidamente. Confieso que la existencia de esa botella en esta casa, me aturde.

SRA. GABART: Me puedo deshacer de ella ahora mismo.

SR. GABART: No es tan sencillo.

SRA. GABART: Es solo una botella de licor.

SR. GABART: No. Es una botella de caña Legui. Una bebida que jamás existió en nuestro hogar, hasta ahora. Bueno, desde hace tres meses. Pero yo lo he notado ahora.

SRA. GABART: No es cierto. Lo notaste desde el primer día. Voy a tirarla ahora mismo.

SR. GABART: Desechás lo que te molesta con una naturalidad envidiable.

SRA. GABART: No es a mí a quien le molesta, querido. De hecho, yo la disfruto. (*Bebe un trago*). Anhelaba este dulzor, el bourbon es tan, tan... seco.

Suena el teléfono. Se miran. Suspiran con fastidio. Ninguno quiere atender, finalmente la Sra. Gabart levanta el tubo. Escucha unos segundos sin decir una palabra.

No sabemos nada de ella, Gamberra... Gamburra... Sí, Gamarra. (*Escucha unos segundos más*). Lo mismo le dije la semana pasada. No la vemos hace ya...

SR. GABART: (*Susurra*) Un año.

SRA. GABART: Más de un año, Gamberra, digo Gamarra o como sea. No intimamos con nuestros vecinos. También ya se lo dije. Nada sabemos de lo que ellos hacen con sus vidas mientras existen, mucho menos mientras desaparecen. Y sepa que nos molesta con sus preguntas, oficial. Buenos días. (*Bebe un trago de caña*). Se está volviendo insistente.

- SR. GABART: Llamará una o dos veces más y se dará por vencido. Como ya sucedió con el Sr. Canelo. La impericia del oficial Gamberra, me exaspera.
- SRA. GABART: Gamarra.
- SR. GABART: Da igual.
Pausa. Se observan. Sonríen.
- SRA. GABART: No deberías usar ese pañuelo.
- SR. GABART: Tramposa. En el instante que lo suelte te lo vas a llevar al cuello. Te gusta tanto como a mí.
- SRA. GABART: Es su olor. La seda italiana huele a distinguido. Además aún conserva su cautivante perfume.
- SR. GABART: (*Extasiado*) Una esencia francesa carísima. Reminiscencias de algún tiempo esplendoroso en la vida del pobre Sr. Canelo.
- SRA. GABART: (*Pausa*) Deberíamos guardarlo con nuestros otros tesoros.
- SR. GABART: Entonces ya no uses sus zapatos rojos.
La Sra. Gabart mira sus zapatos. Suspira.
- SRA. GABART: Son mi debilidad. Lo único atractivo que tenía esa mujer.
- SR. GABART: La Srta. Pickart...
- SRA. GABART: Hablábamos del señor Lenguita.
- SR. GABART: Solo quería decir que no era lo único atractivo en ella.
- SRA. GABART: Dios.
El Sr. Gabart ríe estruendosamente, se dirige al fonógrafo y cambia el disco. Ahora suena el típico vals de Strauss "El Danubio Azul".
- SR. GABART: ¿Bailamos querida?
- SRA. GABART: Por supuesto querido.
Bailan
- SR. GABART: El vals es un ritmo magnífico, de tres tiempos en un compás. El baile por excelencia de los salones, de las fiestas imperiales, de las grandes bodas. Para bailarlo adecuadamente es necesaria una pose elegante y erguida.

Se debe estar completamente recto, y tratando de no mover ni los hombros, ni los brazos, ni las caderas. La mano derecha del caballero se sitúa en la espalda de la dama y su mano izquierda sujeta a la mano izquierda de ella, que apoya su brazo sobre el del caballero. ¡Vamos, querida! a mantener la espalda erguida, si no es un mamarracho.

SRA. GABART: En el tango también se mantiene la espalda erguida.

SR. GABART: ¡Tango! Una danza de malevos en los suburbios.

SRA. GABART: El vals también era una danza inmoral. La bailaban los montañeses y campesinos, los más rústicos del sur de Alemania y Austria. Recién llega a los salones de los burgueses y nobles en el siglo XVIII y fue aceptada con todo su esplendor no hace tanto, después de la Segunda Guerra.

SR. GABART: Qué ilustrada estás últimamente.

SRA. GABART: Está todo en los libros del Sr. Canelo, no solo usaba pañuelos de seda importados, también era un hombre culto. Podrías leer alguno, están guardados junto a sus corbatas italianas...

SR. GABART: ¡Cómo un hombre con tan buen gusto, era tan aburrido!

SRA. GABART: Aprendí mucho con él.

SR. GABART: Dios.

Giran con vehemencia.

SRA. GABART: ¡Querido! No tan rápido.

SR. GABART: El vals proviene de la palabra wälzen, que en alemán significa girar, hacer rodar, arrollar... arrollar, arrollar, arrollar...

SRA. GABART: ¡Estoy mareada!

SR. GABART: ¡El vienés es el más rápido de todos, sesenta compases por minuto!

SRA. GABART: ¡No puedo seguir!

Se sueltan. Están agotados. Se miran a la distancia. Resuellan. Finalmente el Sr. Gabart se acerca jadeando a la Sra. Gabart. Ambos han perdido la compostura.

SR. GABART: Es el conjunto lo que me excita: la botella de caña Legui, los ruidos de las cañerías, la puerta golpeando al cerrarse, el humo del tabaco, las voces en el palier, los zapatos rojos, la seda importada, los libros que nunca leeré, todo aquello que era de otros, todo aquello que ahora es nuestro...

SRA. GABART: Oh, ¡querido!

Se besan apasionadamente. Él le arranca el vestido y comienza a besarle el cuello con desesperación.

Escena 2

De cómo se fuma tabaco turco... con el vecino.

Departamento del Sr. Lenguita. Todo muy desordenado. La Sra. Gabart y el Sr. Lenguita fuman.

De un viejo tocadiscos se escucha a la orquesta de Troilo.

SRA. GABART: Hubiese jurado que no fumaba.

SR. LENGUITA: Tabaco turco, del bueno.

SRA. GABART: *(Tose)*. Raspa, un poco.

El Sr. Lenguita canturrea por lo bajo y exhala una bocanada de humo. Ella tose otra vez.

SR. LENGUITA: “La noche que te fuiste” de Maderna y Contursi. Por la orquesta de Pichuco. *(Cierra los ojos, sigue el ritmo)* No hay cantante como Florial Ruiz. Algunos creen que los cantantes en el tango son una desgracia. Ya no se arma el bailongo en los cabarutes, ahora todos se quedan acodados escuchando. ¿Usted qué piensa, Aurelia?

SRA. GABART: Que el tango es cosa de hombres.

SR. LENGUITA: No digo su marido, le pregunto a usted.

SRA. GABART: Que es como un lamento sensual.

SR. LENGUITA: *(Le roza la mejilla con un dedo)*.

Ella se estremece

¿Es mi dedo o es la voz de Florial? Puedo soportar que lo prefiera. Un señor cantor. Nadie lo valora, está opacado por Alberto Marino. Otro grande. Pero el tiempo le dará a cada uno su lugar. Escuche, Aurelia (*Canturrea la canción*). escuche... Qué belleza... ¡Qué voz inconfundible!

SRA. GABART: Mi marido lo invita a una copa de licor el sábado a la tarde.

SR. LENGUITA: Hay milonga el sábado, en el salón dorado del Club Social de Barracas. ¿Me acompaña? Me gustaría entrar del brazo con un pimpollo como usted. Y largarla entre la muchachada para que se pasee esquivando el piropo.

SRA. GABART: Piropos a mí, ¿le parece?

SR. LENGUITA: Una minerva como usted despierta las más profundas pasiones.

SRA. GABART: (*Se sonroja*). ¿Una qué?

SR. LENGUITA: No tiene importancia.

Pausa. Se miran.

SRA. GABART: ¿Y qué le diríamos a mi marido?

SR. LENGUITA: Ese es su problema, Aurelia.

SRA. GABART: (*Ronroneando*) Hágalo suyo.

SR. LENGUITA: Prefiero mantenerme al margen.

SRA. GABART: Juegue un poquito, Sr. Lenguita. No sea aguafiestas.

SR. LENGUITA: Muñeca mala.

SRA. GABART: Tibio.

El tango llega a su final. Chirrido del disco. Silencio. Ella pita su cigarrillo profundamente y luego exhala lentamente. Mira el humo fundirse en el aire. Ya no tose.

SRA. GABART: ¿Usted cree que fumar es de mujeres de mala vida? De esas que andan en los cabarets y salones de baile...

SR. LENGUITA: No sé. Ahora solo quiero conocer mujeres como usted, de su casa y con marido. Dígame, Aurelia, cómo son esas mujeres... las de su clase.

SRA. GABART: No fumamos, no bebemos licor por las tardes, ni hablamos con otro hombre que no sea nuestro esposo... *(Ríe)*.

El Sr. Lenguita la besa apasionadamente. Ella se deja. Caee de sus brazos como un muñeco flácido.

No se aproveche, Señor Lenguita...

SR. LENGUITA: Norberto. Decime Norberto, Aurelia.

SRA. GABART: *(Contrariada)* De ninguna manera. Por su nombre, no. ¡Qué manía esa de decir nuestros nombres! Sra. Gabart, para usted. *(Pausa. Se recompone)*. Sería tomarme confianzas indebidas. Señor Lenguita, es lo correcto. Así trata una mujer de mi clase a su vecino. Por cierto, vine a decirle que las cañerías de su baño hacen ruido.

SR. LENGUITA: ¿Qué dice?

SRA. GABART: Las cañerías de su baño hacen ruido.

SR. LENGUITA: Yo nunca escuché nada.

SRA. GABART: El Sr. Gabart, mi esposo, lo escucha cada mañana.

SR. LENGUITA: ¿Ah, sí? Tiene buen oído el señorito.

SRA. GABART: Pedro Augusto, nuestro hombre de confianza en los temas de plomería, opina que algo no está bien en su baño.

SR. LENGUITA: ¿Pedro Augusto? Nombre de emperador. Demasiado para un plomero.

SRA. GABART: No es cualquier plomero.

SR. LENGUITA: ¿Y qué tiene de especial?

SRA. GABART: El Sr. Gabart dice que es un artista.

SR. LENGUITA: Mire, Aurelia, un plomero es un plomero, un cantante es un cantante, yo soy yo y su marido es un "Rufino".

SRA. GABART: *(Ríe estruendosamente. Se recompone)*. Yo creo lo mismo. *(Ríe más. Avergonzada)* Disculpe. Un "Rufino". Qué palabra tan.... ¿Qué significa?

SR. LENGUITA: No tiene importancia. *(El Sr. Lenguita coloca otro disco. Se escucha otra vez a Floreal Ruiz pero interpretando "Amor y tango". Parafraseando)* "El tiempo pasa de largo cuando te abrazo en un tango. Y estoy muriendo de antojos por

besarte en esos ojos / que al mirar me están quemando”.

SRA. GABART: ¡Ay! Usted dice de una forma que... *(Se sonroja)* Disculpe.

SR. LENGUITA: No soy yo, es Floreal.

SRA. GABART: Insiste en llamar a todos por su nombre.

SR. LENGUITA: Floreal es Floreal. Enamora a novias y madres, y a mujeres de su clase, también.

SRA. GABART: No. No es el cantor es usted. Béseme, Sr. Lenguita.

El Sr. Lenguita la besa apasionadamente, la aprieta contra su cuerpo y bailotea con ella.

SRA. GABART: *(Ruborizada)* Este baile es más comprometido que el vals.

SR. LENGUITA: El vals es de cajetilla.

SRA. GABART: ¿Cómo dice?

SR. LENGUITA: Espalda erguida. *(La aprieta con más fuerza contra su cuerpo. Apoya su cara contra la de ella).*

SRA. GABART: No tan apretado, vecino.

SR. LENGUITA: Déjese llevar, vecina.

Golpean a la puerta. Del otro lado de la misma, en el palier, el Sr. Gabart personificado como el plomero Pedro Augusto. Se sueltan.

SRA. GABART: *(Ingenua)* ¿Quién puede ser?

SR. LENGUITA: ¿El Sr. Gabart?

SRA. GABART: No creo. ¿Será un amigo de usted?

SR. LENGUITA: No tengo amigos.

SRA. GABART: Lo sabía.

Golpean nuevamente.

SR. LENGUITA: *(Grita)*. ¿Quién llama?

PEDRO AUGUSTO: Pedro Augusto.

SR. LENGUITA: *(A la Sra. Gabart)* ¿El emperador de los caños?

SRA. GABART: No le abra. Lo mandó mi marido.

SR. LENGUITA: *(A Pedro Augusto)* ¿A quién busca?

SR. GABART: Tengo una denuncia de cañerías en mal estado.

SRA. GABART: Se lo dije.

SR. LENGUITA: *(A Pedro Augusto)* Será en la casa de al lado.
Pausa. La interpretación de Floreal Ruiz se hace protagonista.

PEDRO AUGUSTO: ¿Es tango eso que se escucha?

SR. LENGUITA: Sí, Fiorial Ruiz acompañado por la orquesta de Troilo.
Silencio.

¿Y?
Silencio.

PEDRO AUGUSTO: Vuelvo mañana.
El Sr. Gabart/Pedro Augusto se retira de la puerta.

SR. LENGUITA: Ese plomero me da mala espina.

SRA. GABART: Pedro Augusto es un militante de su oficio. Si tiene una denuncia de cañerías averiadas no se dará por vencido. Vendrá hasta que usted lo deje pasar. Las tuberías en mal estado son su obsesión.

SR. LENGUITA: Pero acá todo está en buen estado.
Se escucha un ruido extraño.

SRA. GABART: Ahí está. A eso se refiere el Sr. Gabart.

SR. LENGUITA: Aurelia, ese ruido proviene de la pared de su departamento.

SRA. GABART: ¿Le parece?

SR. LENGUITA: Estoy seguro.

SRA. GABART: ¿Cómo saberlo si se trata de una pared “medianera” como la llama Pedro Augusto? Él revisa semanalmente las instalaciones y sostiene que las nuestras están en perfecto funcionamiento.

SR. LENGUITA: Es lo que digo. ¿Cómo saber si es su caño o el mío? Es una pared que se comparte, puede ser un caño que se comparte. O puede ser un caño que esté más de su lado que del mío. *(Pausa)*. El plomero ese, amigo de ustedes, puede ser un charlatán.

SRA. GABART: Es un especialista.

SR. LENGUITA: Usted propone los temas de una manera que lo confunde todo.

SRA. GABART: La próxima vez debería dejarlo pasar.

SR. LENGUITA: ¿Por qué mejor no se fuma otro cigarro y nos *chamuyamos* al oído cosas nuestras?

SRA. GABART: Es un buen tabaco, solo que me marea un poco. O quizás es el licor...

SR. LENGUITA: *(La toma de la cintura)* O es el tango que nos embriaga...
La Sra. Gabart se suelta y se dirige a la puerta.

SRA. GABART: Suficiente por hoy, ya se ha tomado muchas confianzas conmigo, Sr. Lenguita. Mañana. Mañana vuelvo. Se lo prometo.

SR. LENGUITA: Aquí estaré soñándola, Sra. Gabart.

La Sra. Gabart sale y se dirige a su departamento donde la espera su esposo.

Escena 3

De cómo un plomero interviene en la vida cotidiana.

Departamento de los esposos Gabart. Él con su copa de bourbon. Ella entra, lo mira y se sirve también. Mueven sus copas, se miran, miran otra vez sus copas, beben, se miran.

SR. GABART: Al Sr. Lenguita le gusta el tango. Qué ingrediente más atractivo.

SRA. GABART: ¿Ah, sí?

SR. GABART: Pedro Augusto lo escuchó a través de la puerta.

SRA. GABART: ¡Qué vergüenza, Sr. Gabart, chismosear con el plomero!

SR. GABART: Una práctica atribuida a sirvientes e intrigantes. Sin embargo se han iniciado guerras y azuzado revoluciones

escuchando a través de las puertas. Grandes hombres de la historia universal decidieron destinos de países, reinos, imperios, escuchando rumores, llevando y trayendo cuentos, difamando, tejiendo fábulas... En fin, una habilidad que da poder. ¿No lo crees así, querida? O debo recordarte cuando escuchabas mis entretenidas conversaciones con la succulenta Srta. Pickart.

SRA. GABART: No traigas a la Srta. Pickart a nuestro hogar.

SR. GABART: Tan deliciosa.

SRA. GABART: Solo perfume barato.

SR. GABART: Sin embargo adorarás sus zapatos.

SRA. GABART: Una distinción en tanta vulgaridad.

SR. GABART: No era vulgar, solo estridente e inquieta.

SRA. GABART: Labios rojos, casi obscenos.

SR. GABART: Rió sin parar hasta el final.

SRA. GABART: No fue sencillo con ella.

SR. GABART: Ciertamente. No lo fue.

Pausa. Sorben su licor.

SRA. GABART: No vuelvas a mencionarla.

SR. GABART: Lo prometo, querida.

Pausa. Ambos se miran lujuriosamente.

SR. GABART: Es solo que su recuerdo me estimula.

SRA. GABART: ¡Sr. Gabart, basta! Estamos avocados a nuevos estímulos.

SR. GABART: Lo siento. *(Desabrocha su camisa y resopla. Está visiblemente excitado).*

Ella se pasa la mano por el cuello.

SRA. GABART: Por Dios, querido. Es temprano para todo eso.

SR. GABART: Sí, claro. *(Coloca un disco en el fonógrafo. Se escucha a María Callas en "Habanera", de la ópera "Carmen" de Bizet).*

SRA. GABART: La Callas es siempre aire fresco.

SR. GABART: No tanto como la Srta. Pi...

La Sra. Gabart arroja su resto de licor a la cara del Sr. Gabart.

SR. GABART: (*Divertido*) ¡Qué grosería! Un acto propio de las mujeres que frecuentan los cabarets que visita el Sr. Lenguita.

SRA. GABART: Si no te podés controlar, será mejor dejar esta conversación para mañana.

SR. GABART: Hablemos del vecino entonces.

SRA. GABART: Bien.

Pausa.

SR. GABART: ¿Qué es eso de Pichuco, Floreal Ruiz y Alberto Marino?

SRA. GABART: (*Entusiasmada*) La típica de Troilo y sus cantantes fetiches. Siempre un dúo. Como era la modalidad de Canaro. Pichuco la tomó de él. Empezó con dos “estribillistas” y después siguió con cantores. Dice el Sr. Lenguita que los cantores mataron el tango bailado. ¿Qué pensás?

SR. GABART: ¿¡De qué hablás mujer!?

SRA. GABART: Del Sr. Lenguita y sus gustos.

SR. GABART: Veo que te ha despertado algunas pasiones.

SRA. GABART: Bueno, la versión de “Amor y tango” de Floreal es devastadoramente emocional. Puede conmover hasta a un ... plomero...

SR. GABART: Te sorprendería la sensibilidad de Pedro Augusto, hablando de plomeros.

SRA. GABART: Sí, claro.

SR. GABART: Estuvo en el edificio.

SRA. GABART: ¿Quién?

SR. GABART: Pedro Augusto. ¿De qué estamos hablando?

SRA. GABART: ¡Del Sr. Lenguita!

SR. GABART: No, del plomero.

SRA. GABART: ¿Y entonces?

SR. GABART: Me vi obligado a contarle lo de las tuberías.

SRA. GABART: Ya veo.

SR. GABART: Golpeó su puerta pero él no lo dejó pasar.

SRA. GABART: Es muy pronto.

SR. GABART: Quizá. El pasillo estaba inundado de tango y humo.

SRA. GABART: Estaría con alguien.

SR. GABART: Sería una mujer.

SRA. GABART: Una de su clase.

SR. GABART: No tornes incontrolables las conversaciones, querida. Es una práctica que ya he advertido en otras oportunidades. Tu sutileza no me engaña. Es tiempo de hablar seriamente de Pedro Augusto.

SRA. GABART: Me parece muy pronto. Si lo estamos disfrutando...

SR. GABART: Ya lo veo. Las tertulias con Lenguita te agradan.

SRA. GABART: Ya no es más señor. Ahora es Lenguita nada más. Y también te agradan.

SR. GABART: Lo estás haciendo otra vez. Desviando la conversación y haciéndote la desentendida, como una niñita a la que atrapan robando caramelos. Tu ingenuidad me conmueve.

Pausa. Se miran.

Es más grave de lo pensado. Realmente estás disfrutando del vecino.

SRA. GABART: Qué vulgaridad.

SR. GABART: ¡Oh!, cielos, cariño, solo digo que te divierte.

SRA. GABART: ¡Tanto como te divertía la Srta. Pickart! De eso se trata, ¿no?

SR. GABART: Sí, de eso, de nuestros vecinos, y del plomero.

SRA. GABART: *(Aniñada)* No soy yo quien enreda las conversaciones. No sé cómo, pero siempre volvemos al recuerdo de la rubicunda Srta. Pickart.

SR. GABART: ¡Querida, esta noche estás espléndida! Siento deseos de lanzarme sobre tu cuerpo y devorarte a besos.

Ella lo frena con la mano.

Esta bien, me recompongo. Como quieras, dejaremos para más adelante la intervención de Pedro Augusto. Extasiémonos un poco más en el Sr. Lenguita, entonces.

SRA. GABART: ¡Sí querido!

Suena el teléfono. Se miran contrariados. Ella hace señas para que atienda el Sr. Gabart. Se niega. Finalmente lo hace. Escucha unos segundos.

SR. GABART: Mi esposa ya le dijo que nada sabemos de la Srta. Pickart. Ni su recuerdo tenemos. Mucho menos del Sr. Canelo a quien no vemos desde hace al menos dos años, oficial. *(Escucha. Hace gestos)*. Es extraño que desaparezcan sin dejar rastros. Pero a la Sra. Gabart y a mí no nos incumbe la vida de nuestros vecinos. Se lo hemos dicho hasta el hartazgo, oficial. Si tiene algo concreto dígallo y si no, haga su trabajo y no moleste. *(Cuelga ofuscado)* ¡Qué descaro tanta insistencia! Importunar así a la gente sin prueba alguna.

SRA. GABART: Fuera ese malhumor, querido. Que la torpeza policíaca no te quite la alegría. Estabas delicioso hace unos instantes...

SR. GABART: *(Ofuscado)* Ni quiero pensar cuando noten la ausencia del señor... Comenzarán a molestarnos a diario. Qué fastidio.

SRA. GABART: Su inoperancia será aún peor que su insistencia.

La Sra. Gabart va al fonógrafo y coloca un disco. Suena "Garúa" por la Orquesta de Troilo, interpretado por Francisco Fiorentino.

De Troilo y Cadícamo. El Fiore, uno de los cantantes más populares.

SR. GABART: ¿Qué se supone que debemos hacer con esto? No sé qué es peor, si el oficial de policía al teléfono cada semana o esa música de arrabaleros.

SRA. GABART: *(Ensimismada)* ¡Cuánta poesía! *(Parafrasea)* "Solo y triste por la acera / va este corazón transido / con tristeza de tapera. / Sintiendo tu hielo / porque aquella, con su olvido / hoy le ha abierto una gotera".

SR. GABART: Bueno, hablando de goteras...

SRA. GABART: Acordamos que Pedro Augusto debía esperar. ¿Una copita de caña?

SR. GABART: ¡Oh, sí claro! De modo que tomamos caña Legui y escuchamos tango.

SRA. GABART: ¡Por supuesto Sr. Gabart! Le recuerdo que en los tiempos de la Srta. Pic... mm, mm, mm, ya sabemos quién, escuchábamos a ¡Feliciano Brunelli y su orquesta característica! Aún están sus discos por ahí! Qué espanto.

SR. GABART: (*Entusiasmado*) Su Cuarteto Criollo con Elvino Bardaro en violín, Vicente Spina en guitarra y Alcides Fertoni como segundo acordeón, una delicia. (*Más entusiasmado*) Durante un mes escuchamos cada una de sus presentaciones por Radio Splendid, en horario central, los tres en el comfortable living de nuestra vecina.

¿Lo recordás?

SRA. GABART: Jamás.

SR. GABART: ¡Qué preciosas veladas! (*Extasiado. Toma de las caderas por detrás a la Sra. Gabart*).

Ella se incomoda notablemente.

Esa falda corta, de colores vivos, ceñida a sus muslos redondos y firmes. Sonaban los primeros acordes del acordeón de Brunelli y la Srta. Pickart se lanzaba al medio de la sala a bailar como loca, sacudiéndose y estremeciéndose al ritmo de la orquesta.

SRA. GABART: Dios. Qué desagradable imagen.

SR. GABART: No fui yo quien trajo a Nancy otra vez.

La Sra. Gabart queda congelada. El Sr. Gabart se lleva la mano a la boca.

SRA. GABART: Señor Nicasio Gabart, esta conversación ha terminado. Qué vergüenza. Jamás llamamos por sus nombres a nuestros vecinos. Nunca sus nombres, ¡Nicasio! ¡Vas a echar a perder todo! Llamarlos por su nombre les da familiaridad. Son solo vecinos. Vecinos, con apellido solamente. Son los otros, los que están del otro lado de la pared.

SR. GABART: Medianera.

SRA. GABART: Medianera en los términos de Vélez Sarfield, ¡sí!

SR. GABART: Tampoco te pongas académica, querida.

SRA. GABART: Cuerpos, con sus vicios, sus virtudes, sus inmoralidades, sus cosas naturales, vidas opacas y aburridas. Pero sin nombres, Nicasio. Son una designación, una imagen en todo caso. Nuestra imagen. Sr. Lenguita, Srta. Pickart, y antes Sr. Canelo, pero jamás un nombre. El nombre les da entidad, vida, razón de ser. Si les das un nombre, entonces existen, y si existen todo se vuelve confuso y escabroso. Imposible de sobrellevar.

SR. GABART: Es que ellos existen, querida.

SRA. GABART: Lo sé. Veo sus cosas todos los días.

SR. GABART: Nuestras cosas.

SRA. GABART: Ya no lo hagas, Sr. Gabart.

SR. GABART: Lamento el exabrupto.

Pausa.

En mi defensa diré que nombraste a ese Floreal.

SRA. GABART: ¡Por Dios! Floreal Ruiz no cuenta. No es nuestro vecino. Solo es un cantor.

Beben su caña. Se miran. Ella hace una mueca. Tambalea.

SR. GABART: Sus zapatos te aprietan. Y te ponen de mal humor.

SRA. GABART: Los usaré hasta el final.

SR. GABART: Sus pies eran más pequeños.

SRA. GABART: No es cierto.

SR. GABART: Lo eran.

SRA. GABART: No.

La Sra. Gabart tambalea otra vez. Beben.

Definitivamente ya es tiempo que entre el plomero.

SR. GABART: Lo es.

María Callas se adueña del espacio.

Escena 4

De cómo el amor asusta... a veces.

Departamento del Sr. Lenguita. Algunos días después.

Suena en el tocadiscos Alberto Marino interpretando "Canzoneta".

La Sra. Gabart y el Sr. Lenguita fuman y bailan unos pasos mientras ríen y se hablan al oído.

Al costado el Sr. Gabart personificado como Pedro Augusto, el plomero, manipula su caja de herramientas.

SR. LENGUITA: Alberto, Alberto... ¿Le dice algo? Le estoy dando una gran ayuda... piense. Alberto... Vamos, pitusa, usted puede.

SRA. GABART: Ay, no sé, Sr. Lenguita. Deme otra pista. No le puedo atinar.

Pedro Augusto suelta una herramienta y cae ruidosa en el piso.

SR. LENGUITA: *(A Pedro Augusto)* ¡Más respeto, emperador, que estamos escuchando a la voz de oro del tango! Ahí le tiré otra, doña.

SRA. GABART: Tal vez Pedro Augusto puede ayudarnos.

SR. LENGUITA: *(Ríe)* Este tiene menos tango que las pitucas que pasean por Recoleta. Ya le dije Aurelia, que cada cosa es cada cosa. Un plomero es un plomero, un cantante un cantante y ¡un cornudo es un cornudo!

Ríen los tres.

"Canzoneta" letra de Enrique Lary y música de Erma Suárez. (Escucha embelesado). La orquesta de Troilo.... No se puede confundir, vecina.

SRA. GABART: ¡Alberto Marino!

SR. LENGUITA: ¡Bravo señora! ¿Vio como va aprendiendo? (*La besa premiándola por el acierto*).

Ambos ríen y se abrazan.

PEDRO AUGUSTO: (*Blandiendo un caño*) Plumbum, plomo, elemento químico de símbolo Pb y número atómico 82, metal denso, blando y de color gris azulado, muy maleable, dúctil y poco conductor del calor y la electricidad, que se oxida fácilmente en contacto con el aire. Se usa principalmente para fabricar tubos, pinturas y balas para las armas de fuego. (*Ríe por su ocurrencia*). Ya los romanos lo utilizaban para las tuberías en sus famosos sistemas de desagües en los baños públicos. Sin embargo el agua las corroe y el plomo las contamina. Es un metal peligroso. El envenenamiento por plomo produce diversos síntomas, entre ellos se debilitan las articulaciones y se endurece el abdomen. ¿Cómo se siente usted hoy, Sr. Lenguita?

SR. LENGUITA: Sabelotodo resultó el plomero. Y confanzudo.

PEDRO AUGUSTO: Revisar los caños de la gente, le da a uno cierta audacia.

SR. LENGUITA: A mí la audacia me la da saber quién soy.

PEDRO AUGUSTO: ¡Qué maravilla! Un hombre que se conoce a sí mismo. ¿No lo asusta eso un poco?

SR. LENGUITA: Me reconforta.

PEDRO AUGUSTO: ¡Oh! Un hombre con alta estima.

SR. LENGUITA: Es ridículo hablar de estos temas con el plomero.

PEDRO AUGUSTO: Escarbar en el inodoro de su baño, en la pileta de su cocina, su lavadero, desagüe, pozo ciego, cloaca, y no sigo porque hay damas presentes, hace que me se sienta como en su casa.

SR. LENGUITA: Es usted raro, Pedro Augusto. Extraña forma de entender las relaciones humanas.

PEDRO AUGUSTO: Es que luego de revisar su baño siento que ya puedo hablar con usted de cualquier tema, incluso tomar una copa o hasta dar unos pasos de baile. El vals es mi preferido. Le sorprendería saber cómo dos tubos bien encastrados y

ubicados en el lugar correcto de la pared, aportan lo necesario para una relación larga y duradera entre el dueño de casa y su plomero. *(Alegre)* Nosotros.

SR. LENGUITA: Usted y yo no tendremos ninguna relación. Jamás.

SRA. GABART: No sea descortés con Pedro Augusto.

SR. LENGUITA: Este muñeco me crispa. Solo lo dejé pasar porque usted insistió, Aurelia. Parece ser un obstáculo entre nosotros, los ruidos en las paredes y los caños mal encastrados. Aunque sigo creyendo que el problema está en la casa de su marido, no en la mía. *(A Pedro Augusto)* Apure con lo suyo, jefe.

PEDRO AUGUSTO: Fumaría uno de sus tabacos, parecen buenos.

SRA. GABART: Tabaco turco. El mejor, dice el Sr. Lenguita.

SR. LENGUITA: No es correcto que se fume mis cigarros.

SRA. GABART: *(Ríe)* De todos modos, se quedará con todo.

SR. LENGUITA: ¿Cómo dice?

SRA. GABART: No tiene ninguna importancia.

La Sra. Gabart y Pedro Augusto ríen estruendosamente. Este saca un soplete a gas de su caja de herramientas y lo hace funcionar. El Sr. Lenguita retrocede un paso.

SR. LENGUITA: ¡Epa! Cuidado con eso.

SRA. GABART: ¿Qué puede hacer con ese soplete, Pedro Augusto?

PEDRO AUGUSTO: Bueno, una de las formas de ensamblar las tuberías es mediante la soldadura. Hay que emparedar el tubo mediante una técnica para lo cual se requiere este artefacto. Porque hay técnicas para todo. Para tomar un licor, soldar un caño, vivir mejor. *(Enciende nuevamente el soplete).*

SR. LENGUITA: Apague el cusifai ese y cierre el pico.

SRA. GABART: Sr. Lenguita, Pedro Augusto solo hace su trabajo. Bailemos. Está muy nervioso.

La Sra. Gabart abraza al Sr. Lenguita e intenta hacer unos pasos de baile. Él accede contrariado. El tango hace rato terminó y solo se oye el chirrido del disco. Los dos bailan como robots. Pedro Augusto se acerca hacia ellos sorpresivamente.

PEDRO AUGUSTO: Desconfío de los hombres como usted.

SR. LENGUITA: Yo soy un muchacho de barrio.

PEDRO AUGUSTO: Qué pintoresco. Hace un rato dijo que lo reconfortaba saber quién era. Como si eso le hiciera sentir orgullo.

SR. LENGUITA: Así es. Me agrada ser quien soy. ¿A usted, no?

PEDRO AUGUSTO: *(Titubea)* A mí, sí, claro. *(Se lleva la mano a la boca como ahogando un sollozo).*

La Sra. Gabart amaga ir hacia él pero se detiene.

SR. LENGUITA: *(Expansivo)* Mi vecino, por ejemplo. Ya que estamos en confianza como usted dice, el marido de la señora aquí presente, el Sr. Gabart, es un pobre tipo. Sin personalidad, débil, afeminado. *(Toma de la cintura a la Sra. Gabart).* Por eso ella se refugia en estos brazos, boca aliento a tabaco y licor, estirpe de malevo. Macho.

SRA. GABART: No lo trate así. ¿No ve que lo ofende?

SR. LENGUITA: ¿Por qué? ¿Es el noviecito de su marido? *(Ríe estruendosamente).*

Pedro Augusto se hincha de furia y levanta su soplete accionándolo.

SRA. GABART: No lo provoque, ni se imagina cómo maneja ese soplete.

SR. LENGUITA: *(Burlándose)* ¡Qué susto! Hablo de su marido, no de él. Parece que el plomero y su esposo, Aurelia, tienen una relación muy estrecha. ¡No se lo tome a mal, Pedro Augusto!... *(Pausa. Lo mira fijo)* ¿Quién es usted realmente? ¿Qué es?

PEDRO AUGUSTO: *(Recomponiéndose)* Soy el plomero.

SR. LENGUITA: Es el plomero.

SRA. GABART: ¡Claro! ¡Un hombre experto admirado por todos! *(Aplaude).*

Pedro Augusto inclina su cabeza recibiendo el aplauso complacido.

SR. LENGUITA: ¡Bue! A ver si vamos terminando que se nos hace tarde para el danzante vespertino.

Pedro Augusto revuelve entre sus herramientas con

seguridad. Activa el soplete y hecha fuego. Manipula caños y cables.

SRA. GABART: En tanto, ¿por qué no hacemos rodar uno de sus discos?

SR. LENGUITA: *(Pellizcándole el trasero)* ¡Te está gustando el tango, Aurelia!

SRA. GABART: ¡Chist! ¡No me llame más Aurelia! Y menos delante de extraños. ¡Qué manía la suya! *(Ríe y corre a poner un disco).*

Los dos hombres se miran a la distancia. Ella toma de la cintura al Sr. Lenguita y lo empuja a bailar. Suena una milonga.

Pedro Augusto solo hace su trabajo, con disciplina y eficiencia. Hoy día no es fácil conseguir un plomero avezado en las artes de las instalaciones. ¡Y lo que cobran! Como si su trabajo fuese un cuadro de Rembrandt. Y a los pocos días andan perdiendo las canillas y retorciéndose en ruidos las cañerías. Cada caño que toca Pedro Augusto es como si fuese la cuerda de un violín. Los afina, les saca música. Hace que el agua se deslice con tanta naturalidad que pareciese que las tuberías fuesen su cause natural. ¡Pedro Augusto!, ¿por qué no le enseña a mi vecino cómo se ensamblan dos caños?

SR. LENGUITA: *(Ofuscado)* No es necesario, Aurelia.

SRA. GABART: *(Firme)* Lo es.

SR. LENGUITA: Le digo que no.

SRA. GABART: Sí. Una forma de ensamblar caños es la soldadura y la otra el encastre. ¿Verdad, Pedro Augusto?

PEDRO AUGUSTO: *(Entusiasmado)* Hay que tomar la parte del tubo en la que tiene una protuberancia, una prominencia, una turgencia. ¿Lo nota? ¿Quiere tocar, Sr. Lenguita?

El Sr. Lenguita niega con la cabeza.

No quiere. Muy bien. Le decía, sobre esta parte del tubo la del sobrerrelieve, se debe encastrar la otra parte, la lisa, la llana, la aplanada. *(Une violentamente los dos extremos).* Las encastramos así. ¿Lo notó? *(Se dirige hacia el Sr. Lenguita amenazador, sosteniendo en alto el caño ensamblado).*

Este retrocede y choca con la Sra. Gabart que lo rodea por detrás. Trastabilla y cae al suelo.

¡Ensamble perfecto!

SR. LENGUITA: Tenga cuidado. No se acerque así.

PEDRO AUGUSTO: Uno adentro del otro, uno recibe y el otro da. Uno tiene y el otro lo toma. La naturaleza misma. Pero ahí no termina todo. Porque el caño luego va en la pared y las paredes tienen vida. ¿No lo cree? Estas paredes respiran, contienen, estas paredes...

SRA. GABART: ¡Ay! ¡Si estas paredes hablaran! Pedro Augusto no es solo experto en caños también en paredes. Medianeras, claro.

SR. LENGUITA: Aurelia, sáqueme el plomero de encima.

PEDRO AUGUSTO: *(Lo burla)* ¡Sáqueme el plomero de encima!

SRA. GABART: El plomero es mi debilidad. Nada puedo hacer.

El Sr. Lenguita intenta incorporarse pero la Sra. Gabart pisa su mano y se lo impide. El Sr. Lenguita grita y forcejea sin éxito.

PEDRO AUGUSTO: Qué imagen tan poco arrabalera. Tango, tabaco, caña Legui... es lo que lo define. Llorisquea como una nena. Deplorable, sin embargo a la Sra. Gabart la excita y si ella se excita, también yo. No lo podemos evitar. Perdón querida, pero nombraré una vez más a la Srta. Pickart para decir que de ella me volvía completamente loco su seno derecho, notablemente más grande que el izquierdo, y un seseo apenas detectable. Eso me ponía tan ardiente, que la Sra. Gabart me lo agradecía cada tarde. Así nos amamos nosotros, Sr. Lenguita...

El Sr. Lenguita se reincorpora finalmente. Lentamente intenta dirigirse hacia la puerta de salida.

SR. LENGUITA: *(A Pedro Augusto)* No se acerque... no sé de qué habla, no lo comprendo. ¿Por qué mejor no se retira de mi casa?

PEDRO AUGUSTO: ¿Su casa? Bueno eso es relativo. Qué es suyo, qué es mío, o nuestro.

SR. LENGUITA: ¿Qué es lo que pasa Aurelia?

PEDRO AUGUSTO: Es solo una de las formas del amor.

SRA. GABART: Eso, lo relativo del amor.

SR. LENGUITA: Usted no es el plomero... ¿usted quién es?

PEDRO AUGUSTO: *(Histérico)* ¡Claro que soy el plomero!

SRA. GABART: ¡Lo es, lo es! *(Calmando al Sr. Gabart)* Tranquilo, querido.

Pedro Augusto empuja al Sr. Lenguita blandiendo el caño y la Sra. Gabart por detrás, con el soplete. El Sr. Lenguita grita y tira golpes al aire.

SRA. GABART: *(Lo azuza con el soplete)* ¡Compórtese! O nos obligará a apurarlo todo...Haga rodar algo de Floreal Ruiz, ¡me fascina!

PEDRO AUGUSTO: No es el momento, querida. Ahora es el momento de Pedro Augusto.

SRA. GABART: *(Socarrona, al Sr. Gabart)* Solo un baile más con el Sr. Lenguita, cariño y te prometo una noche como no hemos tenido...

SR. LENGUITA: *(Toma a la Sra. Gabart y la abraza)* Sí, unos pasos más de baile. Es una buena idea, así nos calmamos un poco. Coloque usted el disco que más le guste y sírvase uno de mis cigarros. Los de la caja dorada son los mejores, Sr. Gabart.

SRA. GABART: *(Llevándose la mano a la boca)* Qué imprudencia.

PEDRO AUGUSTO: Pedro Augusto, si no le molesta.

SR. LENGUITA: Sí, claro, Pedro Augusto.

Pedro Augusto se dirige a colocar el disco.

SR. LENGUITA: Esto es un disparate, Aurelia. ¿Él la somete? ¿La obliga a esto? Vámonos ahora, su marido está completamente loco. Véngase conmigo, vamos... *(Intenta arrastrarla pero ella se resiste con firmeza).*

SRA. GABART: ¡Insiste en llamarme Aurelia! ¡Pedro Augusto!, el Sr. Lenguita quiere que me vaya con él. Qué rico. No termina de comprender qué está sucediendo aquí, ¿verdad? Eso asusta un poco, lo comprendo. Usted no es más que nuestro vecino, de hecho fue usted quien eligió serlo.

Nosotros ya vivíamos aquí y usted con sus discos, su tabaco, sus licores se mudó pared por medio. Nos sedujo un mundo tan distinto al nuestro, tan particular... (*Ríe*) Imagínese, ¡caña Legui!... ¡Pedro Augusto! ¡¡¡Nuestro vecino está temblando!!! Como todos los otros. Recuerdo que el Sr. Canelo coleccionaba etiquetas de cigarrillos, un pasatiempo estúpido por cierto, sin embargo lo estúpido lo volvía atractivo. Fue más fácil deshacerse del Sr. Canelo que de sus etiquetas. Seguramente hay algunas por ahí...

SR. LENGUITA: ¿Qué le hicieron al Sr. Canelo?

SRA. GABART: (*Ríe*) ¡Pedro Augusto! Pregunta qué le pasó al Sr. Canelo. ¿No lo habrá mandado el oficial Gamarra a usted?

SR. LENGUITA: ¿Quién? ¿Qué?

Suena "El ocaso de los dioses" de "El Anillo de los Nibelungos", de Wagner.

SRA. GABART: ¡Escuche, Sr. Lenguita! Qué maravilla. El creador se desvanece ante la belleza de la creación. A Canelo le pasó lo que a Sigfrido en "El ocaso de los dioses". Escuche, este es el momento en que Brunilda, ciega de dolor por el abandono de Sigfrido, lo mata.

El Sr. Lenguita corre a la puerta, intenta abrirla con desesperación, pero está cerrada. Forcejea y golpea sin éxito.

SR. LENGUITA: ¡Abran la puerta! ¡Ábrala, le digo! ¡Auxilio! ¡Alguien que me ayude!

SRA. GABART: (*Se acerca con el soplete lanzando fuego*) Estese quieto, hombre. ¿Dónde va a ir? Bailemos, se sentirá mejor... Espalda erguida, mejilla con mejilla... ¡si no, es un mamarracho!... (*Aniñada*) ¡Pedro Augusto!, el Sr. Lenguita no quiere bailar! Qué maravilla la ópera. El Sr. Canelo nos introdujo en su conocimiento. Esta era su preferida. Una ópera tan amoral como la vida misma. En su último suspiro dijo que yo era su Brunilda... Qué romántico...

El Sr. Lenguita se abalanza sobre la Sra. Gabart intentando estrangularla, pero esta con habilidad le propina un golpe en el bajo vientre, que lo inmoviliza.

Le decía que el Sr. Canelo escuchaba ópera sentado en aquel rincón mientras bebía su copa de bourbon y contemplaba réplicas casi perfectas de pinturas renacentistas. Son sus discos. Qué raro es el ser humano. Ópera y etiquetas de cigarrillos. Una incongruencia. Pero así era el Sr. Canelo. Subí el volumen, querido. Esta es mi parte preferida...

El Sr. Lenguita empuja a la Sra. Gabart y va nuevamente hacia la puerta. Grita y golpea con fuerza.

PEDRO AUGUSTO: *(Grandilocuente. Blandiendo un caño)* Pasen y vean el triste espectáculo de un hombre seguro de sí que se ha convertido en un gusano llorón.

SRA. GABART: Me desilusiona, Sr. Lenguita. Pensé que pelearía como los guapos esos de los que me hablaba, no como una muñequita de repisa.

El Sr. Lenguita tira otro golpe a Pedro Augusto. Este lo esquiva con gran habilidad y le pega con el caño. El Sr. Lenguita cae malherido

SRA. GABART: ¡Ay, Pedro Augusto! Quería bailar un poco más. Es su culpa, Sr. Lenguita. Con su comportamiento inapropiado, lo ha acelerado todo.

SR. LENGUITA: Por favor... por favor....

SRA. GABART: Esta rogando, Pedro Augusto... *(Refunfuña)*.

Pedro Augusto se acerca al Sr. Lenguita y en un movimiento inesperado azota el caño en su cabeza. La Sra. Gabart bailotea unos pasos más en el lugar como hipnotizada.

PEDRO AUGUSTO: *(Se acerca al cuerpo del Sr. Lenguita, lo toca con el caño como para comprobar si no se mueve. Un charco de sangre aparece debajo de su cabeza)* En estos momentos me siento el mejor plomero del mundo... Es un hombrecito pequeño. Será más sencillo que con la Srta. Pickart. Cuidado querida, no te acerques tanto que mancharás tus zapatos rojos.

SRA. GABART: ¡Ya no la nombres! Que me da náuseas. *(Se tapa la cara para no ver el cuerpo muerto)*. Deberíamos conversar Pedro Augusto sobre esto. *(Señala al muerto)*. Quizá a futuro no

sea necesario. Si tan solo los sacáramos de nuestras vidas, cuando ya empezamos a desencantarnos, sin tener que... bueno... eliminarlos, por decirlo de alguna manera. Ese oficial Gamarra, Gambarro, Gam... no recuerdo, llama cada vez más seguido...

Pedro Augusto se desdibuja unos instantes y aparece el Sr. Gabart.

SR. GABART: Pedro Augusto necesita hacerlo. Y tiene tanta fuerza su deseo que yo no puedo controlarlo. No me avergüences, querida. Él es poderoso, mejor que yo, siempre se impone en mi cabeza, se apodera de mí, me domina... *(Solloza)*, Terminarás prefiriéndolo... yo soy tan ordinario, tan parecido a nuestros vecinos...

La Sra. Gabart lo abraza con ternura.

SRA. GABART: No quise indisponerte, querido. No, no, solo quería ayudarte.

Sr. Gabart saca una sierra de su caja. Ella retrocede. Nuevamente es Pedro Augusto.

SRA. GABART: Recogeré algunos discos y algo de tabaco. Es tan bueno su tabaco. Las botellas de caña las dejaré, entiendo que no te agradan.

PEDRO AUGUSTO: ¡Magnífico! Ya era tiempo de recuperar nuestro bourbon. *(Blande la sierra. Mira el cuerpo del vecino muerto)* No me tardo, querida.

SRA. GABART: *(Pícaro)* Termine con lo suyo, Pedro Augusto. Iré a esperar a mi marido con mi mejor satén y una copa de ese bourbon que tanto extraña. El que por cierto era del distinguido Sr. Canelo.

PEDRO AUGUSTO: Una pena, solo queda una botella.

SRA. GABART: Entonces mejor llevo la caña.

PEDRO AUGUSTO: Mejor. *(Saca un pequeño disco de su caja y se lo extiende)*.
¿Podría por favor, Sra. Gabart?

SRA. GABART: Por supuesto, Pedro Augusto.

La Sra. Gabart coloca el disco. Suena un vals de Strauss. Pedro Augusto se estremece de placer. La Sra. Gabart sale y él se abalanza sobre el cuerpo.

Escena 5

De cómo la rutina se apodera de la vida... casi siempre.

Departamento de los Gabart. Ella en ropa interior de satén blanco y él con una robe de chambre roja. Ambos beben sendas copas de bourbon. En el fonógrafo suena Haendel. Se acercan con sensualidad, se huelen, se besan en los cuellos. Beben.

SRA. GABART: ¿Entonces querido?

SR. GABART: Pedro Augusto debió ingeniárselas esta vez para deshacerse del Sr. Lenguita. Quedó agotado.

SRA. GABART: El pasado me aburre... Ahora Lenguita me parece tan vulgar.

SR. GABART: Te lo dije desde el principio, pero insistías en que todo en él era virtuoso.

SRA. GABART: La poesía del tango, lo es.

SR. GABART: Poesía fue lo que hizo Pedro Augusto. Ya no hay pared que pueda recibir otro cuerpo. Te lo advierto.

SRA. GABART: Es lo que intenté decirte hace unas horas.

SR. GABART: Sería a Pedro Augusto.

SRA. GABART: No, fue a... Bueno, sí, fue a Pedro Augusto.

SR. GABART: No me gusta que me hables de esas cosas tan propias del plomero.

SRA. GABART: *(Resignada)* Está bien, las hablaré con él cuando venga a controlar nuestras cañerías.

SR. GABART: Vendrá muy pronto. Es un obsesivo de su trabajo. *(Pausa)*. Pedro Augusto es un mago, pero definitivamente ya no hay lugar entre los caños, querida.

- SRA. GABART: Lo mismo dijiste luego de “ubicar” a la abundante Srta. Pickart... Sin embargo ahí está, emparedada en el lavadero.
- SR. GABART: Aurelia, no me gusta que hables así.
Se oye un ruido extraño. Ambos se sobresaltan.
- SR. GABART: Te lo vengo diciendo, nuestras paredes se quejan.
- SRA. GABART: O nuestros muertos.
- SR. GABART: Estás desbocada.
- SRA. GABART: Lo siento, un exabrupto. ¿Más bourbon?
- SR. GABART: Por supuesto.
La Sra. Gabart sirve nuevamente. Beben. Cierran sus ojos dejándose llevar por la música
- SRA. GABART: Un tabaco, cariño.
- SR. GABART: *(Ambos encienden un cigarrillo).* Estos sí que son buenos.
- SRA. GABART: ¿Cómo será nuestro próximo vecino?
- SR. GABART: O vecina. Eso espero. Es mi turno.
- SRA. GABART: *(Ríe)* Sr. Canelo, Srta. Pickart, Sr. Lenguita... Tic, tac, tic, tac, como un reloj. Perfecto y constante. Rutinario. Imagino que ya pusiste el aviso en el diario. *(Suspira)* Es que estoy un poco aburrida.
- SR. GABART: ¡Oh! Era eso.
- SRA. GABART: Lo cotidiano me fastidia.
- SR. GABART: Lo sé.
- SRA. GABART: Estaba pensando en...
- SR. GABART: No sé por qué intuyo que Pedro Augusto tendrá más trabajo que nunca.
- SRA. GABART: No puedo evitarlo, querido, Pedro Augusto me excita especialmente sobre todo cuando tiene que poner en juego toda su experticia. Adoro su talento. Me seduce. Un hombre desarrollando su saber me estimula, mi incita. Con solo pensarlo me acaloro...
- SR. GABART: Estás deliciosa, como para comerte con la mano.

SRA. GABART: A veces pienso cómo sería nuestra vida sin el plomero. Solo nosotros.

SR. GABART: *(Serio)* Ni lo pienses, querida.

SRA. GABART: Solo rutina. Tedio. El fin del amor. *(Pausa)*. ¿Será que cada pareja tiene su plomero?

Pausa. Se miran.

SR. GABART: *(Acercándose a ella)* Frotémonos.

SRA. GABART: Eso es tan animal.

SR. GABART: *(Se acerca por detrás y la toma del cuello, besándola)*. Tu piel huele a sexo.

SRA. GABART: *(Se frotran)*. Quiero que cambies el aviso del diario.

SR. GABART: ...

SRA. GABART: “Habitación disponible para matrimonio joven”.

SR. GABART: *(La toca en la entrepierna)*. Tu audacia me pone duro.

SRA. GABART: Tus dedos me estremecen.

SR. GABART: Voy a meter mi pija en tu culo.

SRA. GABART: *(Se tapa los ojos)*. ¡Los modos, Sr. Gabart!

SR. GABART: Mis disculpas, querida.

SRA. GABART: No es necesario que lo anuncies, solo hazlo, cariño.

Suena el teléfono. Se miran. Resoplan. Finalmente la Sra. Gabart atiende. Escucha unos segundos.

Sí, creo que ese era su apellido. No recuerdo muy bien los apellidos de nuestros vecinos...

SR. GABART: *(En voz baja)* ¿¡El policía!?

Ella asiente. El Sr. Gabart bufá.

SRA. GABART: Hace varios meses que se fue, oficial. ¿Esta tarde? El Sr. Gabart y yo saldremos esta tarde. *(Tapa el audífono, al Sr. Gabart)* Quiere venir a interrogarnos. Dice que es muy sospechoso tantas desapariciones y que nosotros algo debemos saber. Te dije que el idiota oficial Gamberro, Gambarra, o como se llame, está muy insistente.

El Sr. Gabart le hace señas que no.

Como le decía, por las tardes mi marido y yo damos un paseo. ¡No!, ¿como se le ocurre? (*Tapa el audífono, al Sr. Gabart*) Quiere acompañarnos para que hablemos.

El Sr. Gabart insiste negando.

No, de ninguna manera. Nuestros paseos son... ¿Pasar por la comisaría? ¡Qué ganas de molestar a la gente, oficial Gamarra! Cómo se le ocurre que vamos a desviar nuestro paseo para pasar por su comisaría. Qué incomodidad. ¡Un disparate! Seguramente ni siquiera tiene una copa de buen bourbon para invitar... ¿Ah, la tiene? (*Tapa el auricular, al Sr. Gabart*) Dice que tiene un bourbon de Kentucky...

SR. GABART: ¿¡De Kentucky!?

La Sra. Gabart asiente entusiasmada. Vuelve al teléfono.

SRA. GABART: ¿De Kentucky, oficial? ¿No me engaña? (*Silencio*) Bueno, tal vez nos damos una vuelta por ahí con el Sr. Gabart. ¿Está seguro que es de Kentucky? Porque no es fácil de conseguir... (*Tapa al auricular otra vez*) Dice que sí, añejado en una novel barrica que luego se deshecha, fabricado de un trigo rojizo de invierno, bla, bla, bla...

SR. GABART: Datos precisos. Sabe de lo que habla. Sí, sí, vamos a pasar, quiero degustar ese bourbon de Kentucky.

SRA. GABART: ¿No es peligroso, querido?

SR. GABART: Un whisky así, bien vale el riesgo.

SRA. GABART: (*Vuelve al teléfono*) Ya le dije que hace tiempo no vemos a la Srta. Pickart. ¿Cómo cree posible que hayamos tenido una relación con esa mujer? Apenas si nos saludábamos en el pasillo, a veces... ¡Mucho menos con sus familiares! (*Escucha*). ¿Qué, qué clase de amigos podría tener una mujercita como ella? Masculinos y complacientes. (*Al Sr. Gabart*) Insiste con la gordinflona. Imposible imaginar que alguien se preocupe tanto por ella. (*Vuelve al teléfono*) Sí, complacientes, de billete en la mesa de luz... ¿Comprende?... (*Al Sr. Gabart*) Confieso que siento cierto placer al difamarla. Pero de algo tendremos que hablar con Gamberro mientras nos tomamos el whisky...

- SR. GABART: Que prepare los vasos adecuados.
- SRA. GABART: *(Al Sr. Gabart)* ¡Sí, sí! *(Al teléfono)* Exacto. Es lo que imagina. Debe estar con algún millonario paseando en un gran barco por el Nilo... riéndose de nosotros.... Sí, el Nilo, el río más largo del mundo. O el más ancho. Bueno, no sé... Sí, Cleopatra, Egipto. *(Al Sr. Gabart)* El bruto no sabe dónde está el Nilo. Qué horror. Espero que sea realmente bueno ese whisky de Kentucky. *(Al teléfono)* Es esa clase de mujer, oficial. La que está pensando. Y usted preocupándose por ella.... Sí, ya sé que es su deber y todo eso... *(Al Sr. Gabart)* Qué pesado. Tanta ineficiencia me aturde. *(Suspira cansada)*. Después la seguimos, oficial, con una copita de ese bourbon que dice tener...
- SR. GABART: *(Entusiasmado)* De Kentucky.
Cuelga el teléfono. La Sra. Gabart se sienta y mueves sus pies. Mueca de dolor.
- SRA. GABART: Un barco por el Nilo... *(Ríe)*. ¿No te parece una genialidad?...
- SR. GABART: Es tan excitante que el oficial ese, el tal Gambarra, Gambera o como se llame, se interese por la sanguínea Srta. Pickart. Llevaré un poco de tabaco del Sr. Lenguita para convidarle. Es de buena educación, ¿no lo crees querida? *(Pausa)*. Tenés hinchados los pies.
- SRA. GABART: No lo creo.
- SR. GABART: Es notorio.
- SRA. GABART: No lo es. Y ya no me molestes, que nada digo sobre la robe de chambre que te queda visiblemente holgada.
- SR. GABART: Cómoda de hombros.
- SRA. GABART: El Sr. Canelo tenía una espalda como Tarzán.
- SR. GABART: Y los piecitos de la Srta. Pickart, eran como los de Cenicienta.
- SRA. GABART: Qué fastidio. Lo cotidiano me aburre tanto.
- SR. GABART: Lo sé muy bien.

SRA. GABART: Definitivamente necesitamos a Pedro Augusto en nuestras vidas.

SR. GABART: Es lo que digo.

Exhalan humo, beben sus copas, suspiran.

SRA. GABART: Si no aparece un nuevo vecino rápidamente, desfalleceré.

SR. GABART: Quizá dos. Ojalá gusten de los buenos licores y de la buena música. Se nos están acabando nuestras provisiones.

SRA. GABART: Ojalá.

SR. GABART: Me excita de solo pensarlo.

SRA. GABART: Más excitante será lo que traigan con ellos.

Suena el timbre de la puerta. Los dos se miran y sonríen.

FIN

el viaje de Clara

Mauricio Martín Funes

MAU FUNES

Titiritero. En la actualidad, participa como intérprete y constructor en los unipersonales *Sueños de antes* (Enclenque, títeres) dirección de Ósjar Navarro Correa, *Poste restante* (Enclenque, lambe-lambe) y *El enciclopédico mundo de Damián* (Enclenque, libro-lambe). De igual modo trabaja en la obra *Woyzeck, Pájaro negro, sombras*, dirección de Pablo Longo, y participa regularmente en ciclos de narración oral escénica (cuentaría). Ha sido intérprete en obras de los grupos: La Gloriosa Niní, Giraluna Títeres, De la Acequia Pa' Fuera, La Araña Galponera, entre otros. Junto al Colectivo Armando un Diego, dirección María José Concati, ha escrito y estrenado las obras *Barrilete cósmico*, en el ciclo Cortodramas, y *¡Suyai, campeón!* coproducción con el Espacio Cultural Julio Le Parc. Actualmente se encuentra en la producción de sus textos *La biblioteca de Alejandrita* y *Cabral in mymind*.

Estudia Licenciatura de Arte Dramático y Licenciatura en Comunicación Social en la UNCuyo y se ha perfeccionado en numerosos seminarios. Como docente, ha dictado cursos y talleres de Títeres, Teatro, Literatura, Narración Oral, Plástica y TICs.

El viaje de Clara surgió como resultado de un proceso de creación acompañado por el profesor Julio Millares y en el marco de la cátedra de Dramaturgia de la Licenciatura en Arte Dramático.

EN LA ESCENA HAY POR LO MENOS TRES ESPACIOS BIEN DELIMITADOS. ADEMÁS DEL PLATÓ CENTRAL, A LA IZQUIERDA ENCONTRAMOS UN PEQUEÑO (O PEQUEÑOS) SET DE FILMACIÓN DONDE TRANSCURREN LAS ENTREVISTAS. A LA DERECHA SE DESARROLLA EL VIAJE DE CLARA (A TRAVÉS DE TEATRO DE TÍTERES PANTOMÍMICO). LOS ESPACIOS APARECEN EN FORMA SUCESIVA Y NO SIMULTÁNEA (CADA ENTREVISTA INTERRUMPIRÍA LA ESCENA), SALVO QUE LA ACOTACIÓN INDIQUE LO CONTRARIO. LOS HECHOS NARRADOS DURANTE LAS ENTREVISTAS HAN OCURRIDO DOS DÉCADAS ATRÁS, Y POR TANTO, LOS PERSONAJES SON LOS MISMOS PERO REALIZADOS POR INTÉRPRETES DIFERENTES, CON 20 AÑOS DE DIFERENCIA ENTRE SÍ.

CUADRO 1

**Entrevista a Orfeo.*

ORFEO: *(Respondiendo)* ¡Vaya si lo he pensado! *(Pausa)*. Para mí, la sensación es como la de estar en una pequeña fiesta en un departamento, con música linda, luces de colores... de estar ahí con toda la gente que uno ama, la gente que a uno le hace bien y que en definitiva necesita. Cinco, seis personas, no más... tres. Uno hasta se anima a hacer monicacadas, a contar chistes sin saber rematarlos bien... No le importa nada. De pronto nos da sed, vamos a buscar una copa de vino a la mesa, que está dispuesta en un rincón, contra la pared. Nos servimos, tomamos un sorbo y desde ahí contemplamos ese instante, lo fotografiamos con la mirada. Somos espectadores de esa música, de esa gente que amamos, de ese clima sepia que nos rodea. Por

qué no, nos decimos. Bien, pero qué sucede. Bajamos la mirada y descubrimos delante nuestro una línea de puntos formada por las baldosas, un dibujo casual, imperceptible, un límite cartográfico entre esa vasta e indelimitada humanidad, los “ellos” y mi pequeña isla conformada por mi persona. Por este cuerpo medio gastado que me conforma, mi humor podrido, lo bien que me siento cuando me quedo en casa tomando un té en la cama y viendo una película... Si yo fuera mujer, este es el momento que me doy cuenta que me vino. Entonces uno, parado en ese rincón, como un boludo, con la copa de vino en la mano, levanta la mirada nuevamente. Los ve, están riendo exageradamente de algún suceso que no alcanzamos a oír por culpa de la música y por estar como menso mirando las baldosas. Se ríen de algo que, por más que nos lo vengan a contar, no va a ser tan gracioso... Por allí pasa... No sé si responde a la pregunta, eso es para mí la soledad. (*Pausa*). Igual, seamos sinceros, quién no se ha acostumbrado alguna vez a estar solo. Probablemente está bien, aunque suene poco sensato y el sentido común nos quiera hacer huir de todo lo que se parezca a la soledad. Quizás es sano tam bién acostumbrarse a esas cosas.

Primero, porque atarse a ciertas ausencias, a pesadas ausencias y arrojarse al mar no es una elección. Uno no puede decidir, como quien pide comida en un restorán, extrañar a tal o cual persona. Uno se siente chupado, absorbido por esas ausencias. Segundo, porque uno lleva a las personas adentro, uno no es la persona que es, es todas las personas que tiene adentro... y también todas las que le faltan. Saberse solo es saberse incompleto. Yo a la flaca la extrañé muchísimo, con las entrañas... me hizo mucha falta. Muchísima. ¡Mierda, si hasta tenía un tatuaje en la frente que decía “Clara”! Si mi ceño fruncido hablara diría “Clara”. Y no estoy hablando solo de letras, de “ce”, “ele”, “a”... estoy hablando del invierno, de dormir plácidamente en mi cama de dos plazas y en un arrebato de inconsciencia estirar la pierna derecha hacia el continente helado de la cama... Clara era el escalofrío, la ausencia caminando por mi cuerpo... Levantarme a la mañana, mirar el espejo y la

máquina de afeitar acariciándome el cuello. Sentir alrededor, en el rabillo del ojo, que ahí está su cepillo violeta, saludándome; que ahí hay un colín amarillo; que en aquella otra punta están esas dos calcomanías asquerosas que pegó su sobrinita y que yo siempre quise sacar pero que ella nunca me dejó... Acostumbrarse a la soledad es una pequeña gota de sangre en la pera. Vivir, porque para vivir parece que solo hace falta respirar, pero hacerlo como un instrumento desafinado. Ir sin embargo a las reuniones familiares y hasta ponerse camisa, estar en un almuerzo laboral en que hablan de un nuevo modelo de auto y simular una pequeña cuota de interés... Cuando Clara desapareció se me fue la mitad. Hace un buen tiempo escuché una cursilería barata de que recordar es volver a pasar por el corazón... de que la palabra recordar significa etimológicamente volver a pasar por el corazón. Eso es una burrada. Un día, de niño, me caí... no recuerdo bien cómo, pero me raspé toda la rodilla. Era verano y yo, como durante casi toda mi infancia, a la hora de la siesta me sentaba en un banco que había en el patio. En los días siguientes al golpe me ponía ahí, me sacaba el algodón y dejaba que la brisa me pegara sobre la herida. La sensación era muy rara. Era un dolor cosquillado, un dolor bonito. Llamé a este fenómeno "hipersensibilidad" y llegué a pensar que mientras más grande la lastimadura más hipersensible sería. En casa había una enciclopedia, la Enciclopedia del Estudiante, que tenía una imagen que se parecía mucho a lo que me pasaba cuando recordaba a Clara. Lo traigo a colación porque cuando era chico y me sentaba ahí en el patio a orear la herida, siempre pensaba cómo sería sentirse así. Acompañando la explicación de los músculos del cuerpo humano, se veía el dibujo de una persona sin la piel y con flechitas explicando qué es cada cosa, una persona desollada, cien por ciento hipersensible. ¡El menjunje de recordar no pasa por el corazón sino por los sentidos! Los recuerdos nos envuelven, constituyen una segunda piel, pero cuando nos sueltan perdemos el equilibrio, caemos, irremediables, al piso. Cuántos recuerdos pueden soportar nuestras rodillas antes de perder todo tipo de sensibilidad. Siempre pasa igual, uno arranca inocentemente

pensando en alguien y cuando se quiere dar cuenta está, como un imbécil, llorando sobre la alfombra, en la habitación de un motel santafesino. *(Pausa)*. Lo que pasó con Clara empezó una noche en el teatro. Hace casi... ¡uf! ¡Dos décadas! Acá, en Mendoza.

CUADRO 2

Teatro. El mago Benigno trata de sacarse un chaleco de fuerza mientras su asistente Almendra sostiene un reloj de bolsillo. Un Participante del público está en escena con un sobre levantado.

ALMENDRA: Siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos...

BENIGNO: ¡Listo!

Aplausos. Esta, como en el resto de las ocasiones, son grabados en off.

Gracias. Ahora a lo que estábamos. Daniel, tenés un sobre en la mano. ¿No se te ha acalambrado el brazo?

PARTICIPANTE: *(Tímidamente y hablando a través de un micrófono que sostiene Almendra)* No.

BENIGNO: Vas a abrir el sobre y decirme qué hay en su interior.

El Participante empieza a abrir el sobre, cuando lo hace descubre que no hay nada en su interior. Mira extrañado a Almendra.

Bien Daniel, ¿qué hay en su interior?

PARTICIPANTE: Nada.

BENIGNO: ¿Cómo que nada? *(Toma el sobre vacío y lo revisa)* Muy bien. Esto forma parte del procedimiento normal. Necesito concentración. *(Camina por el escenario. Agarra un mazo de cartas que estaba sobre una mesa y comienza a sacar de a una)* ¿Es esta?

PARTICIPANTE: No.

BENIGNO: ¿Esta?

PARTICIPANTE: No.

BENIGNO: No puedo creerlo Daniel, no me imaginé que vos... que justamente vos ibas a ser de esa clase de personas... Encima entre amigos... *(Se señala a sí mismo y al participante. Pausa)* ¿Daniel, podrías mostrarnos el contenido del bolsillo trasero de tu pantalón?

El participante lo hace y saca un as de corazones firmado con una fibra. Aplausos.

**Entrevista a Benigno y Almendra.*

BENIGNO: Nos preparamos para hacer una gira por todo el país, era la segunda que queríamos hacer. Nos dijeron que el público mendocino es medio agreta y si algo funciona ahí: funciona. Como no conocíamos la provincia, aprovechamos empezar por Mendoza. Habíamos renovado completamente los números, teníamos trucos nuevos que íbamos a probar por primera vez, de hecho el Encuentratutti era uno de ellos... Habíamos conseguido, a través de un amigo cordobés, un teatro genial que estaba a culo de gente. Los trucos estaban saliendo como relojito, perfectos, ¡recontrarrebien! Te digo la verdad, por cómo venía la noche nunca jamás me imaginé que fuese a terminar de esa manera. Nunca, ni antes ni después de esa presentación nos pasó algo similar.

Ha pasado un breve tiempo. El participante ya no está en escena.

BENIGNO: Ahora vamos a hacer un truco único en su tipo. Señora, le voy a hablar a usted, sí a usted. No pierda ningún cachivache más, recupere esas cosas que ya consideraba olvidadas, en otro tiempo. Cuántas veces ha dicho frases del tipo “¿te acordás de esa foto en que estábamos con mamá y papá en el parque... que nos sacó un fotógrafo...? la he estado buscando para escanearla y mandársela a la Camila por Skype, pero no la encuentro por ningún lado”. O esta otra, “¡Santiago! ¡Cómo que perdiste nuestro anillo de bodas! ¡Nadie se mueve de acá hasta que no aparezca!”.

También podemos pensar en cosas más cotidianas (*Saca unas llaves de auto*). Las llaves del auto. Las pierde todo el tiempo y cada vez que lo hace piensa: “Cómo me gustaría que las llaves del auto sean como el celular para llamarles y que suenen”. Señora, ¡no sufra nunca más las pérdidas! Hoy hemos venido a presentarle un invento que va a revolucionar su vida. El fantástico Encuentratutti System.

Almendra descubre un gran mueble de mago. Mientras Benigno habla, Almendra lo gira, abre la puerta, toca las paredes por dentro... finalmente lo vuelve a dejar cerrado.

¿Cómo funciona? Cada vez que se le extravía algo no tiene más que pensar muy fuerte en ello, con mucho deseo y al abrir la puerta el Encuentratutti System lo trae de regreso. Para mejor prueba, sus ojos. (*Mira al Encuentratutti con extrema concentración*).

Almendra abre la puerta y sale un perro que se abalanza sobre los brazos de Benigno.

¡Pucheta! ¿Dónde habías estado? Aplausos por favor
Aplausos.

Encuentratutti System, un invento para usted. (*Da el perro a Almendra para que lo saque de escena*). Qué pasa... veo en sus ojos un hilo de desconfianza. ¿Qué, no confía en mi palabra? Se lo voy a demostrar. Luces de sala por favor. Almendra.

ALMENDRA: Sí señor Benigno.

BENIGNO: Voy a dar media vuelta para que le des estas llaves a alguna mujer del público.

Almendra toma las llaves, avanza por el pasillo central y divisa a Clara entre las butacas.

¿Listo?

ALMENDRA: Un momento Señor Benigno... (*Le da las llaves y la hace parar con estas en la mano*).

BENIGNO: Como ustedes pueden apreciar no tengo nada en las manos, la caja siempre ha estado ahí y las llaves en poder

de Almendra. Voy a usar todo el poder de mi concentración.
¿Listo?

ALMENDRA: Listo, señor Benigno.

BENIGNO: *(Sin darse vuelta)* ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

CLARA: *(Habla a través de un micrófono que sostiene Almendra).*
Clara.

**Entrevista a Benigno y Almendra.*

ALMENDRA: Yo elegí a Clara. No lo hice por nada en particular. Vi en ella un cierto perfil al de las chicas que elegimos siempre... Quizás fue el pañuelo, ella tenía una especie de pañuelo muy lindo que me llamó la atención. Creo que era turquesa... Cuando uno busca a una persona del público intenta que tenga algo de eso. Una prenda de vestir pregnante, que llame mucho la atención. Para mí eso es lo más importante, no tanto el rostro en sí sino como ese algo que la rodea... el envase... Alguna prenda de vestir, un chaleco, unos aros, una calza... ¿Por qué la elegí a ella? No sé bien... Si hubiese buscado por la fila de enfrente seguro que elegía a otra...

BENIGNO: Clara, ¿me haría el favor de meter esas llaves que tiene en la mano dentro de su cartera.?

Clara lo hace.

¿Listo?

ALMENDRA: Sí señor Benigno, las llaves están dentro.

BENIGNO: *(Dando media vuelta)* Almendra, ¿podrías hacer pasar a la señorita al escenario?

Clara va a pasar. Orfeo, sentado a su lado, le dice algo al oído, ella lo mira, le toca la mejilla y le sonríe. Almendra toma a Clara de la mano y la acompaña al escenario. Mientras suben, Benigno habla a la platea.

Señora, sé lo que está pensando y lo sé perfectamente. La veo a usted saliendo del supermercado, en la playa de estacionamiento, frente al auto, el changuito repleto de mercadería. Usted, la cartera. Las llaves en su interior, en algún recóndito escondrijo. La veo... desalentada, la

mirada perdida, su mano agitándose con desesperación por el interior de la cartera. ¿Dónde están esas benditas llaves? O mejor ¿qué condenado motivo le hizo meterlas dentro de la cartera? Su mano toca algo, algo duro, frío... lo saca. Una pinza de depilar. Mira el changuito, mira la calle, empieza a calcular cuántas cuerdas la separan de su casa. Podría irse caminando. No. ¿Para qué ha metido ahí tantas cosas inservibles? ¿En qué momento? Me la imagino mirando el cielo, diciéndose por enésima vez “por qué no le hice caso al mago Benigno, por qué no compré el Encuentratutti System”.

Llega Clara al escenario.

(Benigno le dirige la palabra.) Buenas noches. Clara, ¿cierto?

CLARA: *(Habla por el micrófono)* Sí.

BENIGNO: Cuéntenos algo de usted. ¿A qué se dedica? ¿Con quién vino?

CLARA: Soy maestra. Vine con mi novio, Orfeo. *(Lo señala).*

BENIGNO: *(Busca a Orfeo con la mirada).* Orfeo no se preocupe, se la vamos a cuidar. *(Al público)* Quiero que den un enorme aplauso para Clara que va a cumplir el papel de sujeto de experimentación esta noche.

**Entrevista a Orfeo.*

ORFEO: Los trucos me parecieron geniales, pero cuando eligieron a Clara yo le dije que no fuera... Ella pasó igual, obvio si estaba encantada con toda esa parafernalia.

Ha pasado un breve tiempo. Clara busca dentro de la cartera.

BENIGNO: Hay dos juegos de llaves, las mías y las tuyas, Clara, cualquiera que encuentres está bien. ¿Qué pasó?

CLARA: No las encuentro.

BENIGNO: ¿Nos podrías contar cómo es el llavero de tu casa?

Almendra toma la cartera y la coloca sobre un plinto.

CLARA: Tiene dos llaves y una...

BENIGNO: *(La interrumpe)* Hable al micrófono por favor.

CLARA: Sí. Tiene dos llaves y una pata de conejo.

BENIGNO: *(Al público)* Dos llaves y una patita de conejo. Señora quiero que preste especial atención a este artefacto que tengo detrás de mí, el Encuentratutti System. Clara nos vamos a poner aquí para no tapar *(La toma por la cintura y la lleva hacia un costado)*. Voy a querer que mires el Encuentratutti System, pienses en las llaves y cuentes hasta tres. ¿Tenés las llaves en la mente?

Clara asiente con la cabeza.

Vamos, entonces, sin miedo: uno dos y... tres.

CLARA: Uno, dos, tres...

BENIGNO: Esta bien Clara, muy bien para ser la primera vez. Pero ahora le vamos a poner también un poco de onda. No como si quisieras sacártelo de encima. Hay que decirlo como si verdaderamente fuesen a aparecer las llaves en ese lugar. Un poco de intriga, “y... tres”, suspenso... Tampoco una película de Hitchcock... ¿Vamos? ¿Lista?

CLARA: Sí.

BENIGNO: Con fuerza, vos podés, yo confío en vos Clara. Si el truco sale voy a pedirles a todos un fuerte aplauso. ¡Vamos Clara!

CLARA: Uno, dos y...

BENIGNO: *(Susurrando)* Hitchcock, Hitchcock... *(En voz normal)* Vos seguí tranquila, yo estoy acá haciendo el aguante psicológico. Vamos: “y... tres”.

CLARA: Y... tres.

Almendra abre lentamente la puerta del Encuentratutti, de su interior sale el perro Pucheta con las llaves agarradas al collar. El perro se abalanza sobre Benigno. Aplausos.

BENIGNO: Clara, ¿podrías decirle a la gente qué tiene Pucheta en su collar?

Clara se acerca y toma dos juegos de llaves.

CLARA: Tiene los dos juegos de llaves, las mías y las tuyas.

BENIGNO: Quiero que den un fuerte aplauso para Clara y otro para nuestro bienamado Encuentratutti System, un invento para usted.

Aplausos. Almendra da la cartera a Clara, toma a Pucheta y se lo lleva.

Muchas gracias Clara, no quisiera que te vayas sin darte una señal de agradecimiento. *(Busca a Orfeo con la mirada).* Permiso. *(Hace aparecer una flor amarilla y se la da a Clara).*

La gente aplaude.

Clara, ¿Cómo estás? ¿Estás cómoda?

CLARA: Bien, sí.

BENIGNO: ¿Te animarías a hacer un último truco?

CLARA: Sí, por mí...

BENIGNO: Vamos a hacer un truco, con este ya nos vamos a despedir, ha sido todo por hoy. Nos hemos sentido tan bien esta noche en Mendoza, hablo por Almendra y por mí. Queremos agradecer el habernos recibido así, a la gente del teatro, al gobierno de la provincia que nos ha facilitado muchas cosas. Nos hemos sentido muy a gusto. Y muchísimas pero muchísimas gracias a todos ustedes que han sido un público maravilloso, para quien pido un fuertísimo aplauso.

Aplausos.

Como decía, vamos a hacer aquí con Clara un truco nunca antes visto, es la primera vez que lo realizamos así que vamos a ver qué pasa... ¿Nerviosa?

CLARA: No.

BENIGNO: ¡Ah, muy bien! Vamos a pedirle a Clara que ingrese al Encuentratutti y vamos a hacerla desaparecer, a transportarla a la dimensión de lo desconocido. ¿Te animarías Clara?

CLARA: Sí.

BENIGNO: Con un poco más de convencimiento Clara, me estoy jugando la carrera con esto...

CLARA: Sí, quiero hacerlo.

BENIGNO: Almendra, ¿podrías acompañar a Clara al Encuentratutti?
Almendra la acerca hasta la puerta del aparato. Se retira.

Muy bien. ¿Estás lista Clara? ¿Preparada para la cuenta regresiva?

CLARA: Sí.

BENIGNO: Más fuerte, con más convicción... ¿Estás lista Clara?

CLARA: ¡Sí, estoy lista!

BENIGNO: Perfecto.

Almendra regresa con una pesada caja. Benigno saca un block anotador, lo hojea hasta que parece encontrar algo.

En la última convención de magos celebrada en Estocolmo se ha establecido cierto protocolo mínimo a cumplimentar antes de realizar el truco con el Encuentratutti System. *(Lee)*. “Debido a la cantidad de reclamos... *(Lee por arriba)* ciertas normas: Paso uno, colocar los protectores de seguridad aprobados por el consejo de magos”.

Almendra saca de la caja que trajo un casco de bicicleta, un chaleco inflable, una espada de madera, una ristra de ajo... se dirige a donde está Clara y le ayuda a ponérselos.

Hemos traído la mejor tecnología del mundo en lo referente a viajes interdimensionales. Ese juego de casco y chaleco que se está poniendo Clara ha sido traído, sin intermediarios, desde Las Bahamas. Recordemos que este país, capital del Triángulo de las Bermudas, es donde se confecciona el instrumental más seguro para todo lo referente a desapariciones, ya sea de objetos, fuga de capitales o cirugías reductoras de nariz. De hecho, y no sé si alguno de los presentes ha tenido el placer de ir a Las Bahamas... ¿Nadie? Cuando uno baja del avión, allí apenas sale del aeropuerto, justo en la vereda de enfrente hay una estatua de... o mejor dicho había una estatua, porque misteriosamente ha desaparecido... *(Ve que Almendra le da la espada de madera)*. También tenemos esa

hermosa espadita traída de Mina Clavero. Me la trajo mi tía Estela, que fue a vacacionar este verano y parece que había un artesano, el que hacía las espaditas, del cual mi tía se había medio enamorado...

Almendra carraspea la voz, le hace entender que ya terminó.

Muy bien. Seguimos (*Lee*). “Paso dos, solicitud la conformidad del viajante”. Eso ya lo hicimos. (*A Clara*)
¿Sí?

Clara asiente con la cabeza.

“Tres...”, “Cuatro...” Clara, ¿Tenés contigo el documento de identidad?

CLARA: Sí.

BENIGNO: “Saludar a los seres queridos” Clara, ¿le querés decirle algo a tu novio? Unas palabras.

CLARA: No sé... que lo amo.

BENIGNO: Vamos Clara, estoy seguro que podés decirle algo mejor que eso. Estamos por meterte en el Encuentratutti para que desaparezcas. ¿Cómo se llamaba tu novio?

CLARA: Orfeo.

BENIGNO: Algo como “Orfeo, te amo... porque en noches como esta te tuve entre mis brazos, mi alma no se contenta con haberte perdido...” Mejor esa no. Clara, a lo tuyo.

Almendra empieza a tocar un valsecito con un acordeón.

**Entrevista a Orfeo.*

Mientras Clara habla, permanece Orfeo mirando al frente en silencio.

CLARA: Orfeo te amo... No sé... todas las cosas que se me ocurren son muy ñoñas... Que te amo. Que sos lo más bonito que me pasó en la vida, estoy muy feliz de haberte conocido, caminar a tu lado...

De la escena que transcurre en el plató central solo se mantiene la sonoridad del acordeón. Benigno, articulando como en mute, hace entrar a Clara dentro de la caja, la

cierra, la gira y, junto con el público, efectúa el conteo regresivo. Al llegar a cero caen los cuatro paneles laterales, quedando solo en pie el esqueleto del Encuentratutti. Este movimiento coincide con el final del parlamento de Orfeo.

ORFEO: Con todo eso que le habían puesto encima parecía un marcianito. Era graciosa después de todo. Ella siempre fue así, cuando se reía, de los ojos le salían chispitas de colores y la perita se le arrugaba como una pasita de uva. Se la veía feliz. Tenía puesto un pañuelo verde que yo le había regalado el día anterior. A ella le encantaban esas cosas, a mí en verdad no tanto. *(Pausa)* El pañuelo... Cuando se cerró la puerta estaba pensando en su pañuelo. Lo que le pasó a Clara empezó ahí, sobre el escenario, con cientos de personas al lado. A veces para mirar no solo hacen falta ojos. Cuando me quise acordar ya se me había escapado de la mirada, se me nubló. La puerta se cerró y yo me quedé pensando en su estúpido pañuelo verde.

Aplausos. Tanto música como luces indican que el show ha terminado.

BENIGNO: Gracias Mendoza por este inmenso cariño que nos han dado. Han hecho de esta una función preciosa. Muchas gracias a los técnicos del teatro y al personal administrativo. Mil gracias a ustedes, esperamos vernos la próxima. Almendra y yo, Benigno, les damos la despedida. Y recuerden, que la magia no la hace el mago sino quien cree en ella. Chau, hasta siempre.

Mientras ellos siguen saludando, las luces del escenario y el volumen de los aplausos empiezan a menguar. El telón cierra.

CUADRO 3

Fusionado al cuadro anterior. Orfeo se dirige al escenario en medio de una platea vacía.

ORFEO: ¿Hola? *(Tímidamente abre el telón)* Permiso... Clara... *(Ingresa al escenario, a través del telón, habla desde dentro).*

Clara... Hola... ¿Hay alguien por allí? La luz. ¿Podrían prender la luz?

Se acciona el motor que abre el telón. Al abrirse notamos que Orfeo está hablando desde fuera del escenario.

Perdón, perdón... pensé que era la luz... ¿Clara? Permiso. *(Entra al escenario. Se acerca al Encuentratutti que ya está armado nuevamente, lo revisa).* ¿Clara estás acá?

Se encienden las luces de la escena y entran, riendo, varios integrantes de la compañía. Entre ellos, Almendra y Benigno, quienes ya se han sacado sus prendas de magia y cargan dos perritos idénticos, dos Puchetas. Se sorprenden al ver a Orfeo. Benigno y Almendra conversan con él mientras el resto empieza a embalar y cargar cosas para sacarlas.

BENIGNO: ¿Qué está haciendo acá?

ALMENDRA: No puede estar acá señor. Tenemos que desarmar y hemos pedido al teatro que no haya nadie presente cuando lo hacemos. No podemos dejar que la gente vea nuestro trabajo. Si quiere puede esperarnos en la puerta y conversamos algo cuando acabemos.

ORFEO: Disculpen, es que yo buscaba a Clara, no salió.

ALMENDRA: ¿Cómo que no salió?

ORFEO: Yo soy Orfeo el novio de Clara, el que... *(Pausa)* Estaba esperándola en el hall de entrada y ella no salió.

ALMENDRA: A ver... ella salió por la puerta de acá del costado hace como media hora, por la que ingresan los artistas. Usted me dice que la ha estado esperando en el hall.

Se ríen.

ORFEO: Sí, pero yo me pegué una vuelta por ahí, por esa puerta que usted me dice y ella no estaba.

BENIGNO: Se habrá ido a comprar algo.

ALMENDRA: Seguro.

BENIGNO: Le digo más, cuando nosotros terminamos de saludar al público, vio que salimos varias veces, llegamos acá atrás y ella ya se había ido. A mí me sorprendió porque la gente

que participa del último número generalmente se queda a saludar, a veces hasta vamos a tomar algo. Parece que estaba apurada, no sé.

ALMENDRA: Pero sí, se fue. Si no, estaría acá. ¿No cree que nos habríamos dado cuenta?

ORFEO: No sé... ella no haría eso.

BENIGNO: ¿“Eso” qué? *(Se dirige a unos asistentes que están guardando las cosas, hace evidente la incomodidad que genera la presencia de Orfeo)* Daniel, eso no. ¿No te das cuenta que tenemos que guardarlo después? Ponete con aquello. *(Nuevamente a Orfeo)* Nosotros tenemos que desarmar, si quiere puede quedarse en el hall. Nosotros avisamos acá en la entrada, preguntamos si la vieron salir, si dijo algo... y cualquier cosa le avisamos. Le pido mil disculpas, pero tenemos muchísimo por desarmar, hoy ha sido como un estreno para nosotros, estamos fusilados. Y encima mañana ya tenemos que estar partiendo para Neuquén.

ALMENDRA: Cualquier cosa, cuando llegue Clara avisenos así nos quedamos tranquilos. Mientras, nosotros tenemos que desarmar y no podemos hacerlo con alguien que no sea de la compañía.

ORFEO: *(Mira el Encuentratutti)* ¿Eso es de verdad?

ALMENDRA: ¿Usted cree en la magia?

ORFEO: Sí eso anda...

ALMENDRA: ¿Quiere que le dé un consejo de asistenta de mago?, vaya a buscar a su novia que se debe estar congelando en la puerta.

ORFEO: No, no voy a ir, porque yo vengo de afuera y ella afuera no está. Ustedes se creen mucho nomás porque mueven las cosas más rápido que los ojos, pero a mí no me agarran. Yo seré un imbécil, pero sí que estas cositas no me gustan. *(Grita)* ¡Clara! ¡Listo ya pasó el chiste! ¡Vení!

**Entrevista a Benigno y Almendra.*

ALMENDRA: Yo entiendo la pobre desesperación del hombre, pero era evidente que quería encontrar respuestas en el lugar

equivocado. Clara no estaba y una escena de violencia gratuita no la iba a traer.

BENIGNO: Disculpe señor, nosotros lo hemos tratado con todo respeto, así que exigimos lo mismo. Clara no está acá. Se lo dijo Almendra, se lo digo yo y si quiere ponerse a revisar tampoco la va a encontrar. Le repito que si usted se ha desengañado con su novia no es asunto nuestro. Podemos poner la mayor voluntad, pero vaya a buscarla a donde esté, en el hall, en el café de la esquina o donde sea, nosotros estamos trabajando y tenemos que desarmar.

ORFEO: Vos querés que busque en donde ella está. Yo vi que ella se metió en esa caja y desapareció, así que el primer sitio que busco es ese o adonde ese conduzca.

ALMENDRA: ¡Por favor! Esa caja no lo va a llevar a ninguna parte.

ORFEO: Está bien. Recién me preguntaste si creo en la magia. Está bien, sí creo. Quiero que me metan en esa caja y me manden a donde sea que mandaron a Clara.

BENIGNO: Ah, perfecto... Lo que faltaba. Por favor, mírenos, ¿usted nos ve con sombrero de punta y viajando en escoba voladora? A ella y a mí. Mírenos. ¿Somos buenos en lo que hacemos? Puede ser, podría ser... ¿Construimos mundos de fantasía? Sí, seguro que sí... ¿Somos magos? Mmm... Esa caja la construyó un ingeniero amigo, el mismo que construyó casi todo esto. Está recién salida del horno, es la primer función que la usamos. Está preciosa, mire si hasta tiene algunos detallitos, estos de por acá, que el público ni ve. Pero así y todo... y no es que no me sienta halagado un poco cuando usted dice que cree que sí, que yo haciendo un pase mágico pude efectivamente hacer desaparecer a una persona, pero no. Lamento decepcionarlo, Ni yo soy mago, ni Papá Noel existe, ni el Ratón Pérez...

**Entrevista a Benigno y Almendra*

BENIGNO: Admito que dije un par de cosas de más, pero es que el hombre estaba atando cabos en otro plano de la realidad.

ALMENDRA: Te fuiste al carajo.

BENIGNO: Sí, pero... vos estabas allí. Quería que nos hiciéramos cargo de cosas de las que no teníamos nada que ver. Porque

además eso que empezó allí siguió mucho tiempo... no nos dejó tranquilos nunca más. Nos perseguía, nos acosaba... Lo del juicio fue... el bonus track... Una causa judicial por... no sé... porque su mundo interno así lo dictamina.

Continúa por donde venía.

Orfeo da un par de pasos para atrás, mira a Benigno. De pronto se abalanza sobre la Encuentratutti. Benigno y Almendra forcejean con él.

ORFEO: ¡A ver qué es esto!

BENIGNO: ¡Espera! ¡Tranquilízate, flaco! ¡No! ¡No! ¡Eso no lo toqués!

ALMENDRA: ¡Salí de acá loco de mierda! ¡Seguridad! ¡Seguridad!

ORFEO: ¡Clara! ¡Clara! ¡¿Dónde estás Clara?!

Regresan los demás integrantes de la compañía desde fuera de escena. La pelea se intensifica. Orfeo tira todo lo que tiene a su paso y ellos tratan de impedirlo. En un movimiento desafortunado empuja el Encuentratutti, que cae al piso y estalla en pedazos. Cuando lo hace todos quedan conmocionados, como conteniendo la respiración. Lo miran.

(Gateando por el piso, sigue buscando mientras murmura)
Clara... Clara... ¿Dónde estás? Clara...

Llegan unos guardias de seguridad del teatro que al ver la situación, toman a Orfeo de los hombros y se lo llevan arrastrándolo.

¿Dónde estás Clara? *(Gritando)* ¡¿Dónde estás?! ¡Clara!

**Entrevista a Orfeo.*

(Sollozando) Perdón Clara... te dejé escapar... Apenas te rocé con los dedos y te dejé escapar.

CUADRO 4

**El Viaje de Clara. La escena representa un bosque, es de día. Clara duerme entre la maleza, permanece unos segundos allí. Despierta y mira a su alrededor intentando*

descubrir su paradero. Da unos pasos, mira entre el follaje, trepa a un árbol... nada le da indicios de su paradero. Camina y al hacerlo, como en los dibujos animados, ella permanece en el centro mientras el fondo avanza. Se sienta sobre una piedra. Empieza a atardecer y Clara a llorar. En el lugar que caen sus lágrimas crece una espada de madera. Clara limpia sus ojos, la toma para colocarla en su cintura. Sigue adelante. Encuentra una flor amarilla, la huele, la toca. La flor sufre una transformación, lentamente pasa a ser un pájaro. A Clara le parece divertido e intenta atraparlo, pero aquel siempre está fuera de alcance. Clara lo corre. El ave entra por la puerta de una fortaleza. Clara duda, pero finalmente también lo hace. La puerta comienza a cerrarse, para luego, desaparecer. Como si no hubiese sido más que pared y esa entrada un espejismo en la piedra. La escena se traslada al interior del fuerte cuyo clima se asemeja al de unas catacumbas. Clara descubre una jaula colgando, hay alguien dentro. Salta y corta la soga que la sostiene. La jaula, cuando cae al piso, se abre. De su interior sale una mujer exactamente igual a Clara pero con el cabello blanco. Quedan frente a frente, mirándose a los ojos.

CUADRO 5

**Entrevista a Orfeo.*

ORFEO: *(Tomando un vaso de agua que le han pasado)* Me llevaron a la comisaría. Quise efectuar la denuncia por la desaparición, pero no me la quisieron tomar. Me decían que la situación era ridícula. Se burlaban de mí, pensaban que yo medio drogado, así caliente como estaba, me agarré a trompadas en el teatro y ella, de la pura vergüenza, se había ido. En sus maquinaciones todo estaba muy claro. Me metieron en un calabozo, obvio. Pasé la noche incomunicado y por el mediodía me dejaron salir. Fui a su casa, tengo una llave de su departamento, pero ella nunca volvió del teatro: la gata estaba en el balcón. Tampoco estaba en la mía. En casa pude llamar a algunos conocidos

desde el hijo. En esa época no había celular... o sí... no sé, yo no tenía. Hablé con un par de amigas, no tenía el número de muchas más, también llamé a su trabajo, nadie sabía nada. Volví a la comisaría y no me quisieron tomar la denuncia, amenazaron con volver a meterme si seguía insistiendo, que la dejara en paz, que debía de estar con algún noviecito. Que por lo menos esperara hasta la noche.

**Entrevista al comisario.*

COMISARIO: Eso pasó hace muchos años. Yo era cabo y me tocó trabajar allí mismo, en la tercera, ese día. Visto a la distancia y con toda la tecnología actual, en ese momento todo lo que hacíamos parecía de cavernícolas. A pesar de ello, el procedimiento sigue siendo el mismo: para efectuar una denuncia por la desaparición de un adulto hay que esperar al menos veinticuatro horas. En ese caso particular la denuncia se quiso radicar pasada solo una hora de lo acontecido en el show. A esto se sumó el agravante de que el individuo llegó a la comisaría después de ser detenido por disturbios. Todo nos indicaba que no había desaparecido, sino más bien que ella se alejó de él a causa justamente de estos incidentes. Quizás el nuestro no sea el mejor sistema y pueda ser ampliamente perfectible. La realidad es que ningún cuerpo policial del mundo, ni hoy ni en aquel entonces, habría hecho caso a una denuncia de ese tipo.

**Entrevista a Orfeo.*

ORFEO: Regresé al teatro, pero no me dejaron entrar. Me encontré con algunos amigos, míos y de ella, que me ayudaron a dar unas vueltas. Buscamos por el parque, por el centro... en todos lados. Averigüé dónde paraba la compañía de magos y fui a su hotel. Me dijeron que ya habían partido.

**Entrevista a Benigno y Almendra.*

BENIGNO: Lo de esta chica fue una lástima. Después, mucho después, caímos en el peso de lo que sucedió aquella noche. En ese instante no. Nuestra realidad nos decía que primero, teníamos que reformular nuestro espectáculo, y segundo,

la gira tan largamente planeada se había arruinado por completo. El chiste nos salió carísimo.

ALMENDRA: Yo, por mi parte, no me arrepiento de irme. ¿Qué podíamos solucionar nosotros? Nada. ¿Nos hubiésemos puesto a mirar? ¿Cuánto ayuda eso? Si volviera a pasar volvería a hacer lo mismo.

**Entrevista a Orfeo.*

ORFEO: Una amiga de Clara me avisa que en la terminal no le querían dar datos de los pasajeros sin la orden de un fiscal. Me fui para allá. Después de insistir un rato, y de casi embocar a uno de la TAC, nos dijeron que Clara no estaba registrada en ningún pasaje. Cuando se hizo de noche pudimos hacer la denuncia. Mandamos fotos a los diarios y a la televisión. Esperé recién hasta ese momento para llamar a La Plata y avisarle a su familia.

**Entrevista a Ramiro.*

RAMIRO: Quedamos petrificados. Hacía como una semana que no sabíamos de ella y Alma ya se estaba inquietando demasiado. Desde que se fue Clara, mi mujer se sintió como indefensa, no había día que no esperara su llamado. Aunque siempre decía “Clarita debe estar muy ocupada... yo no quiero joderla...”. Clara siempre fue muy independiente así que de tanto en tanto me iba al quiosco de la esquina y le pegaba un tubazo para que se acordara de hablar con su madre. Cuando llegó la noticia viajé de inmediato para acá, a Mendoza. Alma se quedó allá, estaba muy enferma y su hermana se ofreció a cuidarla. A veces pienso que todo este asunto terminó de consumirla... No quiero pensar así, porque también un poco es depositar demasiada responsabilidad en Clara... pero es lo que siento. Me estaba esperando afuera el remis que me llevaba para Retiro y Alma me pide que me acerque, como para decirme algo. Medio apurado me arrimo y ella me dice: “No te olvides de darle un beso de mi parte”. “Sí, mi Almita”, le dije. Fue la última conversación que tuvimos. *(Pausa)*. Ya en Mendoza me dirigí a la casa de Orfeo, me

encontré con varios amigos de él y de mi hija, que me estaban esperando con la cena. Orfeo ya se había ido de la provincia.

**Entrevista a Orfeo.*

ORFEO: A la mañana volví a ir al teatro, esta vez me dejaron pasar a la sala para ver. Recorrí el escenario y la platea de una punta a la otra y hablé con algunos empleados de allí pero no encontré nada. En un momento de distracción del tipo de la seguridad me metí en los camarines. En uno de ellos encontré esto. (*Muestra el pañuelo turquesa*).

**Entrevista al comisario.*

COMISARIO: No se puede aceptar cualquier cosa que traigan como evidencia. Para eso hay un fiscal, peritos, la científica... Lo que hacía este muc hacho parecía una burla. Si esa supuesta evidencia verdaderamente estuvo en el lugar que él dijo, no pudimos hacer más que lamentarnos. En el instante que él la recogió la arruinó.

**Entrevista a Orfeo.*

ORFEO: El cana hijo de puta... ¡Me indigna que encima sean tan evidentes! ¡Todos esos hijos de puta son cómplices! En fin... Volví a ir al hotel, me dieron el teléfono de un productor que estuvo trabajando con la compañía de magos. A través de él averigüé que su camión había partido a Santiago del Estero. Tuve una corazonada, no me podía quedar quieto acá en Mendoza, necesitaba moverme. Compré un pasaje y me fui.

CUADRO 6

La escena transcurre en un billar. Almendra juega una partida contra Segundo. Benigno, sentado en una mesa, hace crucigramas en una revista mientras come unas papas fritas y toma fernet. En la pared que da al foro se ubica una puerta que conduce a los baños.

- SEGUNDO: El compadre me mira con cara de perro degollado, como buscando no sé qué. Yo me paro, medio así como puedo, me sacudo la ropa y le digo: “Mirá Chenguita de mi alma...”. Me miraba con ojos de huevo. Y transpiraba... no de acá o de acá... no, de todo esto. Parecía como si le hubieran descargado un sifón de soda en la cabeza. ¡Así! Le digo: “Mirá Chenguita de mi alma, yo sé que vos no tenés nada que ver en todo esto, pero te voy a pedir el reverendo favor de que rajés ya de acá...”. Y el tipo encaró como para la camioneta. “¡Pelotudo!”, le grité así cuando se estaba subiendo. Creo que ni me escuchó esa. Entonces me quedo ahí, solo, unos grillitos se escuchaban por allá, una cascadita, porque estaba el río cerca. Miro las estrellas, me meto la mano al bolsillo como para sacar los puchos y qué encuentro.
- ALMENDRA: El cartucho...
- SEGUNDO: *(Afirmando con la cabeza)*
Almendra ríe.
- ¿Lo podés creer? Después le intenté llamar al gordo, pero viste cómo es esto... Es por eso que te decía que ahora me mido un poco más... Pobre gordo... Ahora sí, hay cualquier pelotudo que se asusta con cualquier bolazo, sin ir más lejos, ustedes...
- BENIGNO: *(Interrumpe)* Che... Vos Segundo no digás nada. *(Leyendo)* “Acometerlo por sorpresa”, nueve letras. La tercera es una “a” y termina en “lo”.
- ALMENDRA: ¿Cómo? *(Se acerca)*.
- BENIGNO: “Acometerlo por sorpresa”, en la veinte, acá... horizontal...
- ALMENDRA: “Asustarlo” *(Lo dice contando las letras con los dedos)* “A-s-u-s-t-a-r-l-o”. Poné: “Asustarlo”.
- SEGUNDO: *(Mientras mira el reloj)* Son las nueve y cuarto pasadas.
- BENIGNO: No, no es. Porque la tercer letra es “a” y “a-s-U...”
- ALMENDRA: A ver vos ¿cuál es?
- SEGUNDO: “Asaltarlo”.

- BENIGNO: No seas moquera, no le preguntés a él. ¡Qué aburrida!
- ALMENDRA: Bueno, perdón...
- BENIGNO: A ver esta... “Remar hacia atrás”, empieza con “c” y son...
- SEGUNDO: “Ciar”. (*Tira y hace carambola*).
- BENIGNO: Segundo, cortala... vos no respondás. ¿Cómo era?
- SEGUNDO: “Ciar”. “Ce”, “i”, “a”, “erre”.
- BENIGNO: Almendra, escuchate esta. “Duque legítimo de Milán, padre de Miranda.”... 8 letras.
- SEGUNDO: Son las nueve y veinte. Dejen de romper las pelotas con eso y miren acá. (*Saca un block anotador, se los muestra y señala algunas cosas mientras habla*). ¿Ven esto? Hay doce pulgadas, de ahí hasta ahí. Yo puedo hacer lo mejor que pueda, pero las planchuelas que se consiguen acá, esas que hablamos, vienen de diez, y de diez saltan a trece.
- ALMENDRA: ¿Cuánto espacio decís que hay acá?
- SEGUNDO: Doce. Comprar la de trece es un despropósito porque el corte nunca nos va a salir tan exacto... La otra es hacerla de diez, pero ¿entra una persona en diez pulgadas? Almendra y Benigno se miran.
- BENIGNO: Diez pulgadas está bien. (*A Almendra*) ¿Sí?
- ALMENDRA: Yo creo que sí... pero... ¿y hacerla de trece?
- BENIGNO Y SEGUNDO:
(Responden casi a la vez) No entra.
- SEGUNDO: Porque justamente el espacio que queda entre la cabina y...
Entra Orfeo. Ellos se quedan callados. Segundo guarda el anotador en el bolsillo.
- ALMENDRA: ¿Qué hacés? Nos estás persiguiendo... (*A Benigno*) Benigno, llamá a la policía.
- SEGUNDO: No, esperá. Por qué a la policía. ¿Qué pasa? ¿Quién sos vos?
- ORFEO: Orfeo.

SEGUNDO: Segundo, mucho gusto. Orfeo... me suena.

BENIGNO: Es el tipo del que te hablamos, el pelotudo que destruyó el Encuentratutti. Tomatelás de acá si no querés que te rompa la jeta.

SEGUNDO: Acá nadie le va a romper la jeta a nadie. *(A Orfeo)* Por favor, tomá asiento.

Benigno se enoja.

Benigno, me hacés el favor de ir al baño a mojar te un poco la cara. A ver si así se te pasa un poco.

Benigno va.

¡Y no volvá hasta que no te hayas mojado la cara, eh! *(A Orfeo)* Sentate por favor que no puedo seguirte hablando si estás allí como un recién arrimado con el abrigo todo puesto.

Segundo y Almendra se sientan. Orfeo, después de sacarse el abrigo y dejarlo en un perchero, también lo hace.

Bien. ¿Qué buscás?

ORFEO: *(Escrutándolo)* A Clara. Busco a Clara.

SEGUNDO: ¿Tu novia? ¿No la has encontrado ya?

ORFEO: ¿Por qué dice eso? ¿Quién es usted?

SEGUNDO: Perdón, no me he presentado. Yo soy Segundo, soy mago... algo así como mago... Los magos me piden cosas y yo se las hago aparecer.

Ocurren varios trucos de magia a medida que Segundo habla. Ninguno posee una adecuada presentación: hace aparecer un cigarrillo prendido, lo levita; baraja un mazo de cartas y siempre saca el comodín... Algo de rareza rodea su decir.

El Encuentratutti es un invento mío. Después de años de trabajo logré que algo que está ahí, de pronto deje de estarlo. Que las cosas perdidas regresen a nosotros. Me costó mucho... exageradamente mucho, pero lo conseguí. ¿Y sabe algo?, después de tanto tiempo, de tanto recorrido,

descubrí cuál fue mi principal error. Yo creía que con las manos, con estas dos manos que tengo acá, sería suficiente, pero no. La cáscara, lo palpable, es lo de menos; los mecanismos ocultan lo que manifiestan. ¿Cómo se llama la chica esta que vos nombraste...?

ORFEO: Clara.

SEGUNDO: ¿Vos querés encontrar a Clara? Quiero decir... Estoy seguro de que la vas a encontrar, cualquiera que te mire a los ojos dudaría que la hayás perdido. (*A Almendra*) ¿Sabés cuál es la manifestación más genuina del deseo, el deseo en su más pura expresión?

ALMENDRA: No.

SEGUNDO: Estoy en el colectivo, mirando por la ventana como un pajarón... bah, como siempre... tranqui, levanto la mirada y, de pronto, siento una sensación rara, como si yo estuviese dentro de una burbuja que se está por romper. Todo está como igual, pero rodeado de una gelatina espesa. El instinto me hace girar velozmente la cabeza para el interior del bondi y veo, en el asiento de enfrente, así como en diagonal, a una mina que parte la tierra en dos. Mi movimiento es tan repentino que a ella, sin quererlo, le llama la atención. Nuestras miradas se juntan, todo lo que nos rodea, colectivo, ruidos, se apagan. La burbuja se rompe. Solo existe ella y yo, en el instante previo a ponerse a la defensiva, de interponer la cabeza. Nosotros, genuinamente nosotros. ¡El deseo en su esplendor, mierda! Son centésimas de segundo porque, y mirá si no seremos hijos de puta con nosotros mismos, inmediatamente nos volvemos a meter en la coraza, desviamos la mirada, volvemos a mirar para afuera, un “acá no ha pasado nada”, o un “voy a labrar una estrategia” pero un volver al orden en definitiva... Empezamos a meter la cabeza entre nosotros y nuestros deseos. (*A Orfeo*) Te digo algo, vos la estás buscando a ella como si se te hubiese perdido, pero no. Ella está allí, viviendo en tus ojos. Demasiado en tus ojos. Cuando ellos me contaron lo que sucedió en Mendoza yo, perdón, me cagué de la risa, pero ahora te veo acá y noto que “la cosa” sucedió en serio.

(Toma un trago de fernet). Va a llegar un momento en que, para recuperarla vas a tener que sacarla de tu mirada, borrarla. Te doy un consejo, cuando vuelvas la cabeza y ella esté allí, no pierdas las ganas de desearla.

Regresa Benigno, tiene la cara recién lavada. Segundo lo ve, se para y va a buscar su abrigo.

SEGUNDO: Vamos, tenemos que ir al taller. *(Mira a Orfeo)* Hay que traerla. *(A Benigno)* ¿Por qué calle nos conviene ir?

BENIGNO: Por Olaechea.
Se abrigan.

CUADRO 7

Fusionado al cuadro anterior. La pared de fondo, mesa, sillas y billar salen de escena. Ellos caminan en el lugar. Van por la calle y en silencio. Hace mucho frío.

BENIGNO: Por acá.

Salen a su encuentro tres ladrones, son grandotes y visten camperas de cuero. Están muy exaltados y exigen dinero. Empiezan a darles todo sin oponer resistencia. Uno de ellos golpea a Orfeo en la cabeza y este cae. Se apaga la luz.

**Entrevista a Orfeo.*

ORFEO: Desperté en un hospital, no entendía nada. A Benigno y Almendra no volví a verlos sino mucho tiempo después. A decir verdad los encontró la policía, yo recién tuve oportunidad de enfrentarlos durante el juicio. Al viejo charlatán no lo vi más... se esfumó.

CUADRO 8

**El viaje de Clara. Orfeo camina, sucesivos cambios escenográficos indican que el tiempo y la distancia transcurren a su paso. Intenta seguir rastros, pero nada parece llamarle especialmente la atención. En primera instancia está en un bosque arrasado, después pasa a estar en una ciudad, es hora pico y la gente va atropellándose. Un tren gana la escena, en una de las ventanas se lo puede divisar a él. Interior de la fortaleza. Las dos Claras caminan agarradas de la mano. Son interceptadas por el pájaro. La Clara Morocha quiere que las atrapen, pero la Canosa no, le tiene mucho miedo, desconfianza. El pájaro les da vueltas y sale. La Morocha se lanza a perseguirlo, por lo que la otra se aferra a su mano. Corren ambas por ese espacio, saltan trampas, pinches, pozos, esquivan cosas que caen, la Morocha saca la espada y lucha con algunos bichos que las atacan. El pájaro las termina conduciendo a una habitación diferente, un lugar con mucho lujo para, en él, posarse sobre el respaldo de una silla. La Clara Canosa permanece en un rincón observando lo que sucede, está de espaldas al público. La Morocha se acerca y empieza a hacerle cariños. Da media vuelta, quiere convencer a la otra para que también haga lo mismo. Mientras lo intenta, el pájaro troca su fisonomía por la de un lobo de ojos amarillos, el cual abre la mandíbula exageradamente para deglutir a la muchacha. Cuando finaliza se incorpora y camina erguido hacia la Clara que queda. Pone una mano en su hombro, con la otra le acaricia el rostro. La luz empieza a menguar, pero sus ojos amarillos quedan encendidos.*

CUADRO 9

**Entrevista a Orfeo.*

ORFEO: Cuando se hicieron las primeras manifestaciones en Mendoza, yo no estaba, andaba por Chubut. Fueron como... diez años. Uno se encuentra con mucha gente, gente que pasa por delante de uno, como fotos, como fantasmas que prometen cosas... funcionarios, policías,

jueces, organismos de derechos humanos... Sin embargo nada parece ser suficiente. Con Ramiro, el padre de Clara, empezamos a recorrer gran parte del país buscándola, siguiendo pistas. Rescatamos a muchas chicas, pudimos liberar a doce... Doce mujeres que atrás tienen a doce familias, muchísimas personas liberadas... Nada en comparación con las que había, y aun hay, retenidas... Y nada para nosotros, que buscábamos a Clara con desesperación. Es como si ella nos fuera esquivada. Diez años. Con su padre recorriamos prostíbulos, legales, clandestinos, los que sean, con la triste esperanza de encontrarnos con ella. Nos alimentábamos de algunos testimonios que afirmaban haberla visto en las cercanías de Rafaela, una localidad a dos horas de Rosario. Una noche de verano logramos dar con el dato de una casa en las afueras de Santa Fe capital, era una noche de luna rosada, nos costó mucho dar con esta información así que fuimos.

Prostíbulo ubicado en una casa de adobe. La sala de estar tiene luces violetas y rojas aunque la mayoría son blancas. Hay flores de plástico, cortinas con cuentas y tres puertas, dos sobre el foro a la derecha que comunican con las habitaciones y otra a la izquierda que da al exterior. Es verano y esta última es de tela mosquitera. Sentado en un banco alto, delante de un pequeño ventilador, se encuentra el Gordo Hendrix. Oímos un auto estacionar fuera y el tipo va a ver por la puerta quién llega. Del cinturón, en su espalda, asoma el mango de un revólver. Mientras busca un block anotador entran Orfeo y Ramiro (sus aspectos dan cuenta que ha pasado el tiempo en ellos).

**Entrevista a Ramiro.*

RAMIRO: Lo que no me voy a poder sacar nunca es el olor de esos lugares... Olor a semen... olor a muerte...

RAMIRO: Buenas noches.

Hendrix no responde.

Hola. Disculpe... porque quizás nos hemos confundido... nos dijeron que acá hay un... bueno... que aquí hay un lugar para pasarla bien.

HENDRIX: ¿Quién les dijo eso?

RAMIRO: El Chenga.

HENDRIX: ¿Y algo más?

ORFEO: Sí, y nos dio esto. *(Saca de su bolsillo un papel y se lo da a Hendrix. Mientras lo lee, Orfeo y Ramiro se miran).*

**Entrevista a Ramiro.*

RAMIRO: Siempre empezaba preguntando yo. Supongo que para los tipos era más cómodo que un viejo medio impotente se pusiera quisquilloso con los gustos a la hora de buscar compañía. Lo que seguía a continuación era la descripción, a groso modo, de Clara.

HENDRIX: Está bien. Disculpen que me ponga así, pero es que acá llega cualquier salame y se arma un lío bárbaro. ¿El Chenga les contó cómo funciona?

RAMIRO: Sí, algo nos dijo... si es por el precio no importa yo...

HENDRIX: *(Interrumpiéndolo)* ¡Ja! ¡Si es por el precio no importa! *(A Orfeo, cómplice)* ¡Buena el viejito platudo!

ORFEO: *(Ríe)*. Es que rompió el chanchito.

HENDRIX: ¡Y ahora viene a romper culos! *(Ríe exageradamente)*.

RAMIRO: Digo que eso a mí no me importa, lo que sí es que... ¿Yo podría como... elegir?

HENDRIX: ¿Cómo que no papi? ¿Cómo la querés?

RAMIRO: Yo pensaba que por allí... alguna chica de la edad de mi hijo... *(Señala a Orfeo)*.

HENDRIX: Buena el viejito pajero. Ta bien, sí, hay peluditas acá de eso no te preocupés...

RAMIRO: También que tenga los ojos claros y... perdón, pero si es morocha, o rubia teñida mejor. Perdón.

HENDRIX: Mirá que me habían tocado tipos hinchapelotas pero vos te ganás el Oscar. *(Lo mira, le da una palmada en la espalda)*. Bueno viejito ponele un poco de onda. Ríen los tres.

¿La maquinaria funciona?

- RAMIRO: Sí... todavía.
- HENDRIX: Mirá que si querés yo te puedo vender unas...
- RAMIRO: *(Lo interrumpe)* Gracias, pero por ahora estamos bien.
El Gordo Hendrix consulta su anotador.
- HENDRIX: Allí vengo. *(Sale)*.
Orfeo y Ramiro observan el lugar. Se miran. Pausa. El Gordo regresa.
- Mirá viejito, morocha no tengo. Tengo dos que son una divinura. Pero morocha ninguna. ¿Todo bien?
- RAMIRO: Sí.
- HENDRIX: Hay una pelirroja y una paya. A vos por las canas me parece que te queda mejor la paya.
- RAMIRO: *(Mira a Orfeo)* No, prefiero la pelirroja.
- HENDRIX: ¿Y vos mudito? ¿Sos igual de hinchapelotas que este?
- ORFEO: Yo me quedo con la paya.
- HENDRIX: *(A Ramiro)* Ves viejito, hay que aprender de los pibes... Así, sin vueltas...
**Entrevista a Ramiro.*
- RAMIRO: La única ventaja que me daba mi aspecto de viejo impotente era justamente esa. No necesitaba acostarme con ellas. Me echaba en la cama en calzoncillos y decía que solo quería charlar. Me hubiese dado mucha repugnancia hacerlo. En la mitad del turno les preguntaba por una tal Clara, como al pasar. Generalmente no se animaban a decir mucho, les daba miedo. Yo, preguntando, les daba miedo.

CUADRO 10

Habitación. Orfeo espera. Se sienta en la cama de espaldas a la puerta, se saca las zapatillas. Entra Clara y él da media vuelta, la mira. Se reconocen.

ORFEO: Clara...

CLARA: Orfeo ¿qué hacés acá?

Se miran. Pausa.

¿Cómo llegaste?

ORFEO: Clara, vengo a buscarte.

CLARA: Viniste... *(Corre a la ventana, la cierra)*. Perdón, es que...
(Pausa). Perdoname... *(Cae de rodillas al piso y llora)*.

Orfeo intenta consolarla pero ella lo aparta con el brazo.

Perdón... andate, te van a lastimar.

ORFEO: Clara, mirame. Vine a buscarte. *(Pausa)*. Cuando venía para acá la luna estaba hermosa, era rosada. La veía y me acordaba de ese verano que pasamos en el dique...

¿Te acordás de esa luna?

Clara asiente con la mirada. Se miran. Pausa.

Seguís arrugando la pera.

CLARA: Que tonto que sos.

Orfeo se acerca y ella lo rechaza.

No. Perdón.

ORFEO: *(Saca un revólver)* Vámonos Clara

CLARA: ¡Que hacés!

ORFEO: Vine a sacarte de acá. Tu papá está en la habitación de al lado.

CLARA: Papá...

ORFEO: También está armado. Tenemos el auto acá en la puerta, conocemos un atajo...

CLARA: Pero vos con un arma...

ORFEO: Sí, yo con un arma, y tu papá también. He cambiado mucho en este tiempo, pero te juro que solo por fuera, esta coraza que me he armado... Te sigo amando como ayer y como antesdeayer... Mirame Clara... Yo también te necesito.

Se abrazan.

**Entrevista a Orfeo.*

Orfeo en silencio. Ella lo separa.

CLARA: No puedo irme. No sola. Llévanos a todas. Llegué hace tres semanas acá y conmigo somos seis... No me lleves a mí y las dejes a ellas por favor.

ORFEO: ¿Cómo?

CLARA: Vayansé como si nada, sin que sospechen...

ORFEO: *(Interrumpiendo)* ¡Eso no!

CLARA: Por favor. He pasado muchas noches en la oscuridad, qué más quisiera que irme con vos. El mundo dejó de existir para mí hace mucho tiempo y siempre pensé que cuando estuviera a un paso de la libertad, si en algún momento lo estaba, me iba a desmoronar, me iba a debilitar completamente. Siempre pensé que no lo lograría. Pero no, porque te veo a los ojos y me siento como en casa... recuerdo que no soy un sueño, que me amás y que siempre me has llevado contigo... que siempre me has llevado contigo... Puedo soportar una noche más si sé que estoy en vos.

ORFEO: Clara...

CLARA: Que no sospechen quiénes son ustedes, si los ven dudar pueden desmontar todo esto en minutos. Vayan lejos, la policía de la zona trabaja en conjunto con el bulo. No sé, vayan a otra jurisdicción. ¿Tenés amigos?

ORFEO: Sí.

CLARA: ¿De confianza?

ORFEO: Sí, en Rosario, como a cuatro horas. Si me voy ahora estoy llegando allá al amanecer.

CLARA: Andá para allá, sin mirar para atrás, sin hablar con nadie, si viniste con papá ni a él le dirijás la palabra... Quién sabe si te han puesto micrófonos en el auto.

ORFEO: Está bien. *(Corre a ponerse las zapatillas).*

CLARA: Tranquilo. (*Pausa*). Todavía nos queda un tiempito.
Se abrazan.

** Entrevista a Orfeo.*

ORFEO: ¡La flaquita más valiente del mundo!

CUADRO FINAL

El viaje de Clara. Vemos la misma secuencia de Orfeo caminando por diferentes espacios, esta vez los planos además de transcurrir más rápidamente, son todos nocturnos: el bosque arrasado, la ciudad con sus carteles de neón, el tren. Orfeo va por un páramo. Amanece y él mira el cielo. Sigue camino. Descubre una pequeña puerta, la observa. Ingresamos en cuclillas por ella. Orfeo aparece en el interior del mismo castillo donde estaba Clara. Recorre por su interior. Se encuentra con la jaula vacía tirada en el piso.

**Entrevista a Orfeo.*

ORFEO: ¿Cómo salir de ella, desconocer que sus brazos me rodearon? ¿Cómo hacer si se me sale de la cara, se me cae por los poros? Llegué al auto. Ramiro estaba en el asiento trasero, dormía. La ruta pasaba, la eterna ruta. El silencio. Tuve noches duras pero ninguna como esa. Saberla cada vez más atrás, alejarme y sin embargo sentirla... Por lo demás, ¿en quién buscar apoyo? ¿Cómo saber que la gente con la que me comunicaba era la correcta? El tiempo parecía largo, pero pensé “cuando se sufre, el tiempo siempre pasa largo”. Si llegaba y el prostíbulo no estaba me moría, la piel se me secaba como una pasa y me moría en vida. Finalmente hice lo que ella me dijo, fui muy lejos y me vine acompañado con un puñado de personas en las que podía confiar.

Orfeo llega a la sala lujosa, mira un espejo. Escucha un ruido y se pone en guardia, pero al ver que es un pájaro no le da mucha importancia. Sin embargo este, que lo

busca, consigue que Orfeo le ofrezca la mano para posarse sobre ella. Orfeo sonríe. En ese instante, escucha una voz muy débil que grita su nombre, entonces apoya su oído en el pecho del ave, la voz sale de su interior. Orfeo mira extrañado, de a poco el pájaro empieza a volverse lobo. Orfeo lo suelta, da un par de pasos hacia atrás. Toma valor y lo ataca. Pelean. Salta sangre. Orfeo cae malherido. El lobo se acerca y deglute tal cual lo hizo con Clara. La escena, dentro del lobo, simula el fondo del océano. Orfeo cae inconsciente, se hunde.

Aparece Clara con su pelo canoso desatado, lo atrapa. Saca la espada de madera y empieza a nadar con él en brazos hacia arriba. El lobo está en la habitación, sentado. De pronto su panza se abre en dos y sale Clara llevando en andas a Orfeo. Otras mujeres escapan volando por el mismo orificio. Clara hace respiración boca a boca a Orfeo, el cual vuelve en sí. El lobo, moribundo, levanta la cabeza, los ve. Alza su garra. La luz desciende mientras sus ojos quedan brillantemente encendidos.

**Entrevista a Orfeo.*

ORFEO: Lo mío fue una bala perdida, no se supo bien de qué lado y tampoco me interesa saberlo. Lo de la flaca fue otra cosa. Cuando recibí el impacto, por acá, empecé a perder sangre y no me podía tener en pie. Ella me alzó y empezó a correr conmigo a cuestas. Hizo un buen trecho pero no se dio cuenta que había unos alambres de pua tirados en el piso. Se le enredó un pie, cayó y caímos. Como me cargaba no pudo caer bien. ¡Esta flaca es lo más valiente del mundo! ¡Te lo juro!

**Entrevista a Ramiro.*

RAMIRO: Cuando me enteré perdí el conocimiento, me desmayé... Fui fuerte todo el tiempo, menos en ese momento. En el hospital no me la querían dejar ver, parece que al golpe en la cabeza se había sumado su terrible estado de anemia... Tuve que esperar como cuatro días para poder darle un beso en la frente, decirle “esto te lo envía tu madre”. Estaba como perdida, era otra persona. No me reconoció...

Me miraba y me sonreía, pero cuando miraba a Orfeo le preguntaba quién era yo.

¿Dónde se había quedado mi hija?

**Entrevista a Benigno y Almendra.*

ALMENDRA: Fue terrible lo que le pasó a esa chica, yo te lo puedo decir porque soy mujer. En cierta medida entendí, por su desesperación y falta de respuestas... que nos hayan metido a nosotros en todo esto... En lo del juicio digo. Por suerte todo se aclaró pudieron dar condena a los verdaderos culpables... Una se siente inocente, en la casa y los círculos íntimos, pero otra cosa es darse cuenta que la sociedad piensa lo mismo.

BENIGNO: Sí, nosotros también de a poco fuimos recuperando nuestro trabajo, lo que hacemos, que es la magia. Fue muy fuerte todo lo que pasó y además se nos cerraron muchas puertas... Nosotros ya lo hemos hablado un montón, y no hay vuelta que darle, a la Argentina no pensamos volver más.

ALMENDRA: No, estamos bien acá en Sao Pablo. De a poco hemos logrado rearmar nuestra vida, ser felices, trabajar.

**Entrevista a Ramiro.*

RAMIRO: Y... fue una victoria a medias... como todo. Algunos de los acusados quedaron completamente eximidos. De los quince imputados condenaron a siete, les dieron de cuatro a trece años. El resto quedó libre... el resto de los imputados y obviamente todos los clientes. Esto fue hace diez años... Claro, ahora se cumplen diez años del juicio... De los siete culpables tres ya salieron, están caminando lo más campantes por la calle; a uno lo asesinaron como a los dos meses de estar adentro; a otro, por buen comportamiento, lo estarían por dejar libre dentro de un par de meses; y al resto... bueno, a ellos les quedan unos años más.

**Entrevista a Orfeo.*

ORFEO: Mucho de todo esto regresa a uno permanentemente,

como una pesadilla. Sobre todo en esos pequeños momentos que uno está solo, en el trabajo, al andar por la vereda. En casa no lloro, es una decisión personal. Si todo esto fue como una pesadilla, estar en casa debería ser como estar despierto. No voy a decir que no me conmuevo cada vez que veo sus ojos ausentes, sus ojos de vidrio biselado, planeando entre sombras... perdidos. Parece que la vida sigue después de todo. La flaca es lo más valiente del mundo, me salvó la vida... No quiero decir con ello que evitó mi muerte, aunque también, ella le da sentido a estar vivo, hace que valga la pena. *(Pausa)*. Encontré en ella mi casa. Caminé mucho, mucho tiempo y ya no puedo caminar más, llegué a ella y llegué a mi hogar.

CUADRO EPÍLOGO

Esta escena se fusiona con la anterior.

ORFEO: Creo que eso es todo.

Entra Orfeo, el que hemos visto en el resto de las escenas, está enrollando un cable. Detrás de él entra Clara, está morocha. Ella está muy emocionada, mira al que acaba de entrar y después al que sentado acaba de concluir la Entrevista. Le cuesta hablarle.

CLARA: Disculpe, señor...

ORFEO: ¿Estás bien?

CLARA: Sí, es solo que... no importa.

ORFEO: Por favor... podés contarme con confianza.

Se miran. Pausa.

CLARA: Que quizás usted ya se haya acostumbrado a lo que pasó... Una lo escucha hablar y no puede entender cómo hace para estar entero, para no desmoronarse. *(Pausa)* El micrófono...

ORFEO: *(Mientras se saca el micrófono de solapa que tiene puesto para dárselo)*. ¿Vos vas a hacer de Clara?

ACTRIZ QUE HACÍA DE CLARA:

Sí.

Se genera un pequeño barullo de gente guardando equipos: apagan y retiran las luces del set de filmación, sacan el boom, las cámaras... Reconocemos entre esta gente a varios de los que han aparecido durante la historia.

ORFEO: Nunca olvides que ella es muy valiente.

DIRECTORA: Muchas gracias por habernos abierto las puertas de su casa, por haber hablado con tanta franqueza.

ORFEO: Gracias a ustedes.

Alguien le trae un té.

Gracias.

DIRECTORA: No, por favor. Nosotros vamos a comunicarnos con usted cuando todo el material esté editado. Para nosotros es muy importante que usted nos dé el ok para poder seguir...

ORFEO: No hace falta. Confío en su criterio.

DIRECTORA: Quería presentarle a Bruno. *(Llama hacia afuera de escena)*
¡Bruno!

Entra la Actriz que hacía de Clara con una silla de ruedas.

ACTRIZ QUE HACÍA DE CLARA:

¿Quiere que le ayude?

ORFEO: Gracias, puedo yo. *(Se pasa del sillón a la silla de ruedas).*

Entra el Actor que hacía de Orfeo.

DIRECTORA: Quiero presentarle a Bruno, él va a hacer de usted en las partes de dramatización de las que le hablé recién cuando le presenté a los otros chicos.

ACTOR QUE HACÍA DE ORFEO:

Un gusto señor, es usted muy valiente.

ORFEO: El gusto es mío.

DIRECTORA: De nuevo gracias por todo. Nos encantaría quedarnos un

rato más pero ha visto cómo es el cine...

Orfeo la mira sin entender,

Tenemos que ir a otra locación para seguir rodando. A pesar de que usted me diga que confía en mi criterio yo le voy a enviar la entrevista igual... Eh...

ORFEO: ¿Los acompaño?

DIRECTORA: Bueno... *(Sigue hablando hasta salir de escena)*. Ahora vemos a Pedro Molina hablar con su suegro, no queremos llegar tan tarde...

Salen. Orfeo regresa. Suspira.

ORFEO: Clara. ¡Clara!

Entra Clara, a pesar de tener la misma edad de Orfeo su cabello es completamente canoso. Entra tímidamente, pero al ver que no hay nadie se siente a gusto. Conversan a la distancia.

Hoy he estado hablando mucho de mi flaquita valiente.

CLARA: ¿Ah sí?

ORFEO: Sí, y hasta me presentaron a una actriz que va a hacer de vos en esas partes que son medio como ficcionales.

CLARA: Mirá vos... ¿y qué tal estaba? Digo... ¿era linda?

ORFEO: Nunca me han gustado las *remake*.

CLARA: ¿Y qué más...?

ORFEO: Dije que, después de que me dieron el tiro en la espalda, vos me sacaste alzado.

CLARA: Lo que es relativamente cierto.

ORFEO: En la medida que entendamos alzar como sinónimo de medio ir arrastrándome los pies por toda la tierra... Pero estuvo bien, porque así le daba un tinte épico. Además reforzaba el concepto de flaquita valiente que venía desarrollando.

CLARA: ¿Dijiste flaquita valiente en la entrevista?

ORFEO: En varias oportunidades. Y dije que sos mi casa, que he caminado mucho, viajado mucho y todos los caminos me conducían a vos, que cuando llegué me metí dentro tuyo y ahora nada puede hacerme daño. Nunca más.

CLARA: Vos sos mi casa.

ORFEO: No, vos.

CLARA: Vos. *(Se ríe)* Vos sos mi casa rodante
Se ríen.

¿Vamos a tomar unos mates?

Orfeo asiente con la cabeza. Clara se le acerca, le da un beso y se sienta en su falda. Salen.

FIN

Esta obra surgió como resultado de un proceso de creación acompañado por el profesor Julio Millares y en el marco de la cátedra de Dramaturgia de la Licenciatura en Arte Dramático (UNCuyo).

Obtuvo el Primer Premio en el Concurso Nacional de Obras de Teatro 2013 -Dramaturgia Regional- organizado por el Instituto Nacional del Teatro. Dicha distinción correspondió a la Región Nuevo Cuyo. El Jurado estuvo integrado por José Luis Valenzuela, Juan Cruz Sarmiento y Jorge Accame.

los paraguas son más
caros cuando llueve

Héctor Trotta

HÉCTOR HUGO TROTTA

Nace en Buenos Aires, en 1972. Es graduado de la Escuela Municipal de Arte Dramático en la carrera Formación del Actor, licenciado en Psicología (UBA) y profesor de Enseñanza Media y Superior en Psicología (UBA). Actualmente retirado del ejercicio profesional como psicólogo, se aboca a la dirección y la escritura teatral. En el presente integra el grupo de teatro Animula Vagula. Encabezando este grupo dirigió las obras de su autoría *Otro sábado por la noche*, en escena en 2011 y 2012; *La respiración del vacío-trash*, 2009; *La nieta del pogo*, 2008; *De espaldas a mis ojos*, *La noche transparente*, 2007; *Anomalía de la tristeza*, 2006. *Los paraguas son más caros cuando llueve* se estrena en 2014 y continúa en 2015 con el sello del grupo y bajo su dirección.

PERSONAJES

ÉL

ELLA

OTRO

OTRA

*LA OBRA TRANSCURRE EN UN TIEMPO NO DEFINIDO.
LA ACCIÓN SE DESARROLLA DENTRO DE UNA CASA QUE A
LO LARGO DE LA OBRA SE VA DESTRUYENDO.
LOS ACTORES NO RESPETAN LA CUARTA PARED.*

Ana y Tomás. Tomás sentado a la mesa, trabaja en la computadora; cada tanto apunta algo en una carpeta. Ana se prueba indumentaria, buscando dar con la apropiada.

ANA: ¿Por qué será que me pasa siempre lo mismo los días libres? La noche anterior siento que voy a tener una oportunidad extraordinaria para hacer todo lo que quiero. Pero por la mañana hago otras cosas que inevitablemente terminan desperdiciándola. A la tarde me digo, bueno, hay tiempo todavía, después de comer, un café, un cigarrillo... y me pongo a hacer lo planeado. Pero algo me desvía y vuelvo a hacer otra cosa distinta. ¿Escuchás?

TOMÁS: Sí.

ANA: Finalmente, ya casi de noche, se vuelve una cuestión de vida o muerte, o de culpa. Sí, de culpa. Entonces me apuro y trato de hacer lo que me propuse, pero ya es tarde, porque tenemos que irnos.

TOMÁS: ¿Es tan indispensable?

ANA: ¿Quedarnos?

TOMÁS: Irnos. Ir a un lugar al que no tenemos ganas de ir.

ANA: Te pregunté.

TOMÁS: ¿Cuándo?

ANA: El lunes.

TOMÁS: ¿El lunes? No recuerdo.

ANA: Ahora ya nos comprometí.

TOMÁS: Podés decirle a Catalina que estás enferma. (*Por lo que está escribiendo*). Esto no está mal.

ANA: (*Por la ropa*) ¿Qué te parece?

TOMÁS: (*Mirándola apenas*) Bien.

ANA: Estuve todo el sábado pensando ¿para qué editar un libro? A nadie le interesa la ciencia ficción. Además del detalle de quién va a leerlo.

TOMÁS: Tu padre, tu madre quizá. No son muy lectores. Tendrían que terminarlo antes de morirse.

ANA: Pienso que mamá te aceptaría un poco si te quedaras pelado de una vez.

TOMÁS: ¿Y papá?

ANA: No, papá no. Catalina jura que el libro no está mal, que tengo que editarlo sin pensar más.

TOMÁS: Pensar no ayuda a veces.

ANA: Coincidencia.

TOMÁS: Hay quien hace muchas estupideces...

ANA: (*Va hacia la computadora*). ¿A ver?

TOMÁS: ... Porque no puede dejar de ser inteligente. Cuando termine te muestro.

ANA: Quiero ver.

TOMÁS: No.

ANA: Un poco.

TOMÁS: No.

ANA: Un poquito.

TOMÁS: No.

Ana se aparta.

Hay situaciones que exigen inteligencia y otras que no
¿Qué coincidencia?

ANA: Es una obra de teatro, son muy complicadas tus obras.

TOMÁS: Las personas somos muy complicadas. Tus padres por ahí
no, pero ellos son una excepción.

ANA: La coincidencia es que dijiste lo mismo que Catalina.

TOMÁS: ¿Qué hubiera pasado si cuando nos conocimos hubiera
dicho algo inteligente?

ANA: Tal vez no lo dijiste, pero hiciste algo inteligente.

TOMÁS: ¿Sí?

ANA: Hablarme a mí. Creo que me voy a poner esto finalmente,
¿cómo me ves?

TOMÁS: Ya te dije.

ANA: Decidido, me pongo esto. ¿Tomamos algo?

TOMÁS: ¿Ahora?

ANA: ¿Te parece tarde?

TOMÁS: No, solo que vamos a llegar a destiempo, ¿y si los
encontramos ya borrachos?

ANA: Podemos salir borrachos desde acá.

TOMÁS: Para un whisky es temprano, ¿no?

ANA: Maso. Más o menos.

TOMÁS: ¿Tomamos algo entonces?

ANA: No sé, no tengo muchas ganas en verdad ¿Me das un beso?
Se besan.

¿Un whisky?

TOMÁS: Un whisky puede ser.

ANA: Yo lo preparo.

TOMÁS: Uno y nos vamos, eh. Un whisky cuanto más rápido mejor. Ana.

ANA: ¿Qué?

TOMÁS: ¿Me das un beso?

ANA: No.

TOMÁS: Estaba leyendo un artículo.

ANA: ¿Cuándo?

TOMÁS: Hace un rato.

ANA: No te vi leyendo.

TOMÁS: No me viste pero lo hice igual. Un artículo sobre Truffaut que decía que la película *La piel dulce* tenía un final muy poco creíble, lo que le valió una opinión desfavorable de la crítica y poco acompañamiento del público.

ANA: ¿La vimos?

TOMÁS: La vimos.

ANA: ¿Cuál es?

TOMÁS: La de la azafata, que amé en cuanto la vi...

ANA: Como a mí.

TOMÁS: ¿Eh?

ANA: A mí me dijiste te vi y te amé.

TOMÁS: ... La de la azafata y el viejo.

ANA: Qué extraño.

TOMÁS: ¿Qué cosa?

ANA: Que el público no acompañe una película por su final... para que no te convenza el final tenés que ver la película...

Toman whisky. Tomás ríe pensando en el final de la película.

Cuando te reís se te ilumina la cara.

TOMÁS: ¿Me queda bien?

ANA: Te arrugás pero te ves más luminoso.

TOMÁS: Termina que la mujer engañada agarra una escopeta y

mata al marido infiel. *(Ríe más)*. Es un gran final.

ANA: No.

TOMÁS: ¿No qué?

ANA: No la vimos.

TOMÁS: Sí. A mí me parece muy creíble.

ANA: La habrás visto con otra.

TOMÁS: No... no.

ANA: En otra época. Salud.

TOMÁS: Salud.

ANA: ¿Vos creés que nos damos cuenta de lo que hacemos?
(Cómplice, en un susurro). Sería muy excitante.

TOMÁS: ¿Qué?

ANA: Apostar la suerte en secreto... para una misma.

TOMÁS: No tiene nada de excitante. En cuanto me recibí me dediqué a la docencia pensando que así podía tener más tiempo para escribir. Jamás advertí que me estaba condenando a la pobreza. Ese es uno de mis grandes temores.

ANA: Hay varios.

TOMÁS: Claro.

ANA: Pero no los compartís.

TOMÁS: Temo desperdiciar mi vida.

ANA: Si edito mi libro sé que voy a sentir que la desperdicio menos. *(Toma un libro viejo, anota algo en él)*.

TOMÁS: ¿Qué hacés?

ANA: Anoto lo que dijiste, y lo que me hiciste decir.

TOMÁS: Hasta cuando me escuchás te aprovechás de mí.

ANA: Pobrecito, sos capaz de llegar a la conclusión de que a veces te violo. *(Queda con el libro, lo huele cada tanto)*.

TOMÁS: El artículo me siguió dando vueltas en la cabeza, ¿por qué lo mató si, aun engañada, ella era feliz a su lado? El

hombre adecuado es el que proporciona placer pero solo en la medida de lo soportable. Más sería como tener diez puertas de salida en un monoambiente. Las posibilidades terminarían tragándose la casa.

Quizá por eso cierta mujer adora ser abrazada autoritariamente, ser maltratada por períodos, calculadamente ignorada, sutil pero resueltamente sometida.

ANA: Qué aburrido sos cuando creés que reflexionás.

TOMÁS: Quizá porque su naturaleza pertenece a un reino y no a una democracia. ¿Tomamos otro?

ANA: Puede ser.

TOMÁS: ¿Sí o no?

ANA: Sí.

Tomás va a preparar los tragos.

Cada vez estoy más convencida de que abrir una editorial con Catalina me benefició más a mí que a ella.

TOMÁS: ¿Está lloviendo, no?

ANA: Desde la tarde que está lloviendo. Cuando le pasé el libro para que lo corrigiera lo devolvió no mejor sino más audaz.

TOMÁS: Con razón la odiás sin confesártelo. El lunes hablaste en sueños, nombrabas a Catalina y repetías una catarata de insultos.

Tomás le pasa el vaso, nueva ronda.

ANA: Imposible.

TOMÁS: Sí. A propósito, yo no recuerdo que me hayas avisado de esta reunión el lunes.

ANA: ¿No?

TOMÁS: No.

ANA: Quizá te avisé el martes. Salud.

TOMÁS: Salud.

Se recuestan, ella prende un cigarrillo.

Cuanto más tarde salgamos más tarde vamos a volver.

ANA: Estoy tratando de dejar de fumar.

TOMÁS: ¿Desde cuándo?

ANA: Hace dos meses.

TOMÁS: No me dijiste.

ANA: ¿Cómo que no?

TOMÁS: No sé cómo no, pero no. Yo debería hacer lo mismo.

ANA: Dejar de fumar, sí, aunque no sé para qué si es tan lindo... además el miedo a morirme va a ser rápidamente sustituido por otro miedo. ¿De todos los miedos cuál elegís?

TOMÁS: El problema de fumar es que todo me recuerda el miedo al cáncer. Siempre gana el miedo, ¿me convidás uno?

Ana le da un cigarrillo, le pasa el encendedor. Él enciende su cigarrillo y lo guarda.

Elijo el miedo a la muerte lenta.

ANA: *(Ríe)*. O a morir de amor.

TOMÁS: ¿De amor? ¿No son los pobres los que mueren de amor?

ANA: Yo creo que alguna vez se amaron. Mis padres.

TOMÁS: Ya me haré rico.

ANA: ¿Con obras de teatro que nadie entiende? *(Ríe burlonamente)*. Nunca me van a perdonar. Tomás.

TOMÁS: Sí.

ANA: El encendedor.

TOMÁS: Ah. *(Lo devuelve)*. Hay que alegar en mi humilde favor que ser buen amante no está mal.

ANA: Para nada.

TOMÁS: ¿Saben eso tus padres?

ANA: No están al tanto.

TOMÁS: La mentalidad capitalista no termina de comprender que el porvenir depende menos del dinero que del buen sexo. Un padre debería asegurarse de que su hija esté aproximadamente satisfecha. Sin placer no es posible dar

dos pasos coherentes en esta vida.

ANA: Voy a planteárselo a papá. A diferencia de la película ninguno de los dos va a matar al otro.

TOMÁS: No, ninguno de los dos va a dejar de fallar.

ANA: ¿Sabés qué me gustaría?

TOMÁS: Dejar el cigarrillo.

ANA: No, que tuviéramos sexo antes de salir.

TOMÁS: ¿Y vas a poder?

ANA: ¿Qué es esto? (*Inicia juego de representar pinturas*).

TOMÁS: La Gioconda.

ANA: Sí.

TOMÁS: ¿Y esto?

ANA: El grito.

TOMÁS: Sí.

ANA: ¿Y esto?

TOMÁS: Campo de trigo... con cuervos.

ANA: Sí.

TOMÁS: ¿Y esto?

ANA: No sé.

TOMÁS: Autorretrato.

Catalina y Víctor.

VÍCTOR: Me lo dijiste ayer.

CATALINA: ¿Ayer?

VÍCTOR: Ayer.

CATALINA: ¿Ayer cuándo?

VÍCTOR: ¿No te acordás? Sí.

CATALINA: No es que no me acuerdo.

VÍCTOR: ¿Entonces?

CATALINA: Es que no lo dije.

VÍCTOR: Lo escuché claramente... mientras teníamos sexo.

CATALINA: De eso me acuerdo.

VÍCTOR: Mientras cogíamos, me dijiste "te amo".

CATALINA: *(Ríe)*. Yo no pude haber dicho eso... cómo voy a decir una cosa así.

VÍCTOR: Que yo sepa eras vos.

CATALINA: Habré dicho algo, otra cosa ¿pero te amo? No, te amo no pude haber dicho.

VÍCTOR: ¿No tendrían que haber llegado?

CATALINA: Esos sí que se aman.

VÍCTOR: Me acuerdo perfectamente.

CATALINA: Te acordás lo que escuchaste, no lo que dije.

VÍCTOR: ¿Qué dijiste entonces?

CATALINA: Bueno, basta.

VÍCTOR: ¿Qué dijiste?

CATALINA: Shhh, no grites, basta.

VÍCTOR: ¿Te llamo?... ¿nos vamos?... ¿nos mudamos? A veces me parece que tenés una verdadera pasión por sacarme de quicio. ¿Grito, yo?

CATALINA: Levantaste la voz, te perdono.

VÍCTOR: ¿En serio?

CATALINA: Hoy es sábado. Si no puede gritar un sábado el dueño de casa cuándo lo va a poder hacer. Mañana no porque duermo hasta tarde.

VÍCTOR: ¿En la pieza de servicio o en la cocina?

CATALINA: ¿Me servirías otro whisky por favor? Depende de donde duermas vos.

VÍCTOR: ¿Otro?

CATALINA: Lo que quede más lejos de tu cuarto. ¿Voy a tener que servírmelo yo?

VÍCTOR: Soy un esclavo de la persuasión femenina. (*Va a preparar dos whiskies*).

CATALINA: Qué mal gritás ahora que te escucho.

VÍCTOR: Tengo que dejar de fumar.

CATALINA: Sin hielo.

VÍCTOR: ¿Cómo?

CATALINA: El whisky digo, como vos sabés. No pienses que haciendo lo contrario a lo que quiero voy a creer en la existencia de algo que vos conocés y yo no. Se debería haber limpiado...

VÍCTOR: Y nos tendríamos que haber cambiado.

CATALINA: Igual Ana no se fija en los detalles domésticos, relax.

VÍCTOR: ¿Y él?

CATALINA: ¿Tomás?

VÍCTOR: Sí, no sé, él.

CATALINA: Tomás no importa, es a la mujer a la que hay que caerle bien. Sin empleada debería haberlo hecho yo. Pero recién llego, ¿no?

VÍCTOR: No tengo la menor duda.

CATALINA: Además no puedo escuchar a mis invitados hasta la madrugada si me desgasto con cuestiones domésticas. A propósito, hay algo de la cena...

VÍCTOR: Te pusiste el calzado de la lluvia.

CATALINA: ¿Eh?

VÍCTOR: El calzado de la lluvia. Cada vez que llueve fuerte te ponés esos.

CATALINA: ¿Sí? No me había dado cuenta.

VÍCTOR: Yo sí.
Beben.

CATALINA: Qué observador.

- VÍCTOR: Estamos casados.
- CATALINA: No tengo ninguna objeción.
- VÍCTOR: Lo decidí... Desde hoy dejo de fumar.
- CATALINA: ¿Me convidás un cigarrillo?
- VÍCTOR: Ahí está el atado.
- CATALINA: Me inventaste las ganas. Lo doy por regalado entonces. Dejan de beber.
- VÍCTOR: Sí, te inventé las ganas de fumar. De hecho fumás desde antes de conocernos por mi culpa. Es que yo también fumaba y lo mío siempre fue tuyo.
- CATALINA: No, solo tu corazón es mío, el resto es un anzuelo exquisito. Lo sabemos y te perdono también eso.
- VÍCTOR: ¿Qué cosa?
- CATALINA: Saber.
- VÍCTOR: ¿Y?
- CATALINA: Y hacer como si no. Mientras tanto administro nuestros bienes. Qué sucia está la habitación realmente.
- VÍCTOR: A tu favor.
- CATALINA: Por eso, administro.
- VÍCTOR: Sin embargo.
- CATALINA: ¿Qué?
- VÍCTOR: Te quiero... sos hermosa, muy hermosa...bueno, hermosa, lo que se dice hermosa, no.
- CATALINA: ¿No?
- VÍCTOR: Entrás en una categoría de belleza más clandestina.
- CATALINA: Qué alivio.
- VÍCTOR: La belleza que es belleza solo para mí. Linda, ambiciosa, hábil, despiadada, infiel...
- CATALINA: Alegre en una palabra.
- VÍCTOR: ¿Cómo es que te quiero?
- CATALINA: Dijiste "fumar" y me dieron ganas.

Víctor le enciende un cigarrillo.

Ganas de fumar también me dieron.

VÍCTOR: ¿Pensamos mucho en sexo?

CATALINA: Pensar sí.

VÍCTOR: Pensamos tanto en sexo que se abre un agujero en nuestra mente y por ahí nace Dios.

CATALINA: ¿Cómo me veo?

VÍCTOR: Bien. Muy. Pero deberíamos habernos cambiado, aloja más.

CATALINA: ¿Qué cosa?

VÍCTOR: Dos personas dedicadamente vestidas alojan más.

CATALINA: Bueno depende, ¿te dije que tu ropa es aburridísima?

VÍCTOR: Cualquier cosa cruel que se diga siempre se aproxima a la verdad.

Retoman la bebida.

CATALINA: ¿Vos también tomás?

VÍCTOR: ¿Qué puedo hacerle? cada vez me ahogan más las pequeñas interdicciones cotidianas, dejar de fumar, beber menos, dormir más, aprovechar los domingos. Son las pequeñas privaciones las que te dejan claro que solo se dura viviendo de manera neutra.

CATALINA: Te agradezco el dinero que me diste para la editorial. Me olvidé de decírtelo pero Ana te lo agradeció mucho y se siente en deuda.

VÍCTOR: Mentile. Decile que no hay ninguna deuda.

CATALINA: Yo no me siento en deuda.

VÍCTOR: No.

CATALINA: Estamos casados...

VÍCTOR: Falta que digas "y para qué me casé".

CATALINA: No puede ser.

VÍCTOR: ¿Qué?

CATALINA: Eso que dijiste.

VÍCTOR: Dije que mientas, lo que es absolutamente posible creo.

CATALINA: Lo anterior, lo de las privaciones. Tengo una fórmula para la percepción de la realidad. La prueba de que las circunstancias no pueden ser tal como las percibo es.

VÍCTOR: ¿Qué?

CATALINA: La prueba es que las entiendo.

Víctor enciende un cigarrillo.

A propósito, acerca de la cena...

VÍCTOR: ¿Sabés qué? Yo sé que es pasado, sin embargo...

CATALINA: Te escucho, me pongo cómoda nomás.

VÍCTOR: ... Sin embargo, cuando vi que tenías esos zapatos no pude evitar recordar la última vez que te vi con ellos.

CATALINA: Es que tengo muchos zapatos.

VÍCTOR: Sí. Cuando nos quedamos hablando toda la noche, ¿te acordás?

CATALINA: Hace mucho que no los uso.

VÍCTOR: La última vez que llovió fuerte.

CATALINA: Que fue en la primavera. Hace un montón.

VÍCTOR: Maso.

CATALINA: Si querés ir al tema del amante por favor servime otro whisky.

VÍCTOR: Encantado, sí quiero ir al tema. Quiero creer que todo eso ya es historia antigua, sin embargo, no es la primera vez que digo que quiero creer...

CATALINA: Víctor...

VÍCTOR: No es un reproche.

CATALINA: ... Sin hielo.

VÍCTOR: Pensé mucho, ¿no estamos tomando demasiado?

CATALINA: Vas a quedar aplastado por tus pensamientos.

VÍCTOR: Y por los cuernos, no importa, y creo que todas tus

infidelidades no han sido más que un intento por encajar en una imagen que ni siquiera te pertenece.

CATALINA: Ajá.

VÍCTOR: Una idea de libertad que se te ha vuelto ley y de la que fuiste súbdita. Ya pasó.

CATALINA: Totalmente.

VÍCTOR: Lo que quiero decir es que estamos en paz.

CATALINA: Desde ya.

VÍCTOR: Acepto todo lo que prometiste esa noche y no hablaremos más del tema, lo juro, pero evitemos los souvenirs.

CATALINA: ¿Perdón?

VÍCTOR: El calzado de lluvia. Se me hace muy difícil no pensar en otra cosa.

CATALINA: Pues eso es fácil. (*Se cambia el calzado*).

VÍCTOR: Además ¿qué podría agregarse? Vos me odiás por intervalos y yo te ofrezco una existencia confortable sin interferencias, estamos enredados en el misterio del equilibrio.

CATALINA: No hablemos más. (*Consulta la hora*). Tendría que llamar a Ana.

VÍCTOR: Además los amantes son tan vulgares.
Beben.

CATALINA: ¿Eso pensás?

VÍCTOR: ¿Qué ventaja aportan? Agrietan la rutina, es cierto.

CATALINA: Quizá no es lo más importante...

VÍCTOR: ¿No? Cogen mejor, es cierto ¿pero quién lo dejó todo por un amante?... Reconozco que en su momento me relajé pero que me hayas sido infiel con un deportista... me parece el colmo de la injusticia poética.

CATALINA: Tienen buen cuerpo.

VÍCTOR: ¿Quiénes?

CATALINA: Los deportistas.

- VÍCTOR: Nadie lo niega, pero desde cuándo los abdominales son más importantes que el sentido del humor, por ejemplo.
- CATALINA: Desde que la persona con la que estás casada no tiene sentido del humor.
- VÍCTOR: No lo había considerado. Vos tenés el juguete de la editorial, pero manejar una empresa no es el desiderátum de la juerga.
- CATALINA: Igual no te lo dije porque no tengas sentido del humor.
- VÍCTOR: ¿Entonces?
- CATALINA: Sino porque es lo que podés escuchar.
- VÍCTOR: A veces te odio.
- CATALINA: ¿De verdad?
- VÍCTOR: Pero se me pasa.
- CATALINA: Pues te guste o no yo no te odio.
- VÍCTOR: Si vos estás bien, yo lo estoy... ¿Estás bien?
- CATALINA: ¿Cómo?
- VÍCTOR: Si estás bien.
- CATALINA: Es al revés.
- VÍCTOR: ¿Qué cosa?
- CATALINA: Si yo no estoy bien nadie puede estar bien.
- VÍCTOR: Es verdad, sos casi el ombligo del mundo.
- CATALINA: No.
- VÍCTOR: No, la vagina infecta de mi inframundo.
- CATALINA: Tu nivel baja incluso con más velocidad que tu potencia sexual.
- VÍCTOR: Sin embargo me dijiste que me amabas.
- CATALINA: ¿Cuándo?
- VÍCTOR: Mientras teníamos sexo.
- CATALINA: ¿Y cuándo?
- VÍCTOR: Ayer.

CATALINA: Ayer sí tuvimos sexo, ¿no es increíble?... Víctor.

VÍCTOR: ¿Qué?

CATALINA: ¿Me escuchás?

VÍCTOR: Sí.

CATALINA: El amor como experiencia, al menos en mi caso, ocurre con desconocidos. La hora de la verdad siempre es con otros, Víctor. Somos adultos y los dos entendemos que el juego mejora con la transgresión de la regla. Lo elijas o no el corazón es algo que rueda.

Timbre. Ninguno de los dos se mueve.

Catalina y Víctor de entrecasa, Ana y Tomás vestidos pensadamente.

CATALINA: Bueno, es eso.

ANA: Por nosotros no te preocupes.

CATALINA: Sí.

VÍCTOR: No lo puedo creer.

ANA: ¿Sí qué?

CATALINA: Eso pasó justamente. No me preocupé.

VÍCTOR: Es increíble.

CATALINA: Últimamente no sé dónde tengo la cabeza.

ANA: Nos ponemos cómodos.

CATALINA: Por favor... si quieren podemos llamar un delivery.

VÍCTOR: Dios mío.

ANA: Catalina, de verdad, no te preocupes, ¿no, Tomás?

TOMÁS: ¿Eh?

ANA: ¿No?

CATALINA: Bueno, no llamamos a nadie.

VÍCTOR: ¿Es verdad que olvidaste preparar la cena?

CATALINA: ¿Cuándo me viste preparar la cena?

ANA: Sé cómo es Catalina. Somos de confianza. Me encantaría concederme tus permisos. A propósito, Tomás...

Tomás mira a su alrededor.

Tomás... Si me hubiera pasado a mí sentiría una culpa terrible que me perseguiría durante años. Sin embargo, al verlo en vos, Catalina, entiendo que no es grave y que solo sentiría culpa por una misteriosa inclinación a castigarme.

VÍCTOR: Tomemos algo...

TOMÁS: Tomás.

VÍCTOR: Claro, ¿de verdad no quieren comer? Tengo algo en algún lado...

ANA Y VÍCTOR: No, no..

VÍCTOR: Catalina me estuvo contando de la editorial. (*Prepara cuatro whiskies*).

TOMÁS: ¿Ah sí?

VÍCTOR: Sí.

CATALINA: Pero él no está en la editorial.

VÍCTOR: ¿Ah no?

CATALINA: No, ¿te acordás que te conté?

VÍCTOR: Sí, pero me estuviste contando de la editorial.

CATALINA: De la editorial sí.

ANA: Es profesor.

VÍCTOR: ¿Eh?

TOMÁS: Dramaturgo.

ANA: Bueno, es dramaturgo.

VÍCTOR: ¿Profesor de dramaturgia?

TOMÁS: No, no.

CATALINA: Tomás, qué lindo nombre.

VÍCTOR: ¿Y se gana bien?

TOMÁS: ¿Cómo?

VÍCTOR: Si se gana bien.

CATALINA: (*Ríe*). ¿Cómo se va a ganar bien?

TOMÁS: Se zafa.

VÍCTOR: Así que estoy rodeado de escritores.

CATALINA: Para ganar lo que se dice bien hay que heredar antes.

VÍCTOR: ¿Y estás montando una obra?... en este momento.

TOMÁS: No en este momento, no.

ANA: En realidad Tomás escribe muy bien. Pero muy raro.

CATALINA: Es personal.

ANA: Lo que no siempre es un mérito. Así que no se estrenó todavía una obra de él.

CATALINA: Hacen falta personas que no estén en catálogo.

VÍCTOR: Y si no montaste una obra ni se gana mucho, ¿de qué vivís?

TOMÁS: Soy profesor.

VÍCTOR: ¿Y no tienen hijos? (*Reparte los tragos*).

ANA: No en este momento, no.

VÍCTOR: Claro.

CATALINA: Yo me siento acá, todo lugar es cualquier lugar... ¿Entonces me perdonan por lo de la cena?

ANA: Olvidémonos.

CATALINA: Eso fue lo que me pasó.

TOMÁS: ¿Se puede fumar?

ANA: Además es como una película de Buñuel.

CATALINA: Todo lugar es cualquier lugar porque es del primero que llega. (*Ríe*).

Tomás ríe.

ANA: Ustedes tampoco tienen hijos.

VÍCTOR: Ah no, nosotros creemos que un hijo es un acontecimiento decisivo que debe ser fruto del amor. (*Tiempo. Ríe*).

TOMÁS: Es verdad que hay un placer oscuro.

CATALINA, ANA, VÍCTOR:

¿Eh?

TOMÁS: No, me quedé pensando... quizá productivamente hablando no soy dramaturgo sino solamente profesor de filosofía. Sea como fuere los padres de Ana me detestan.

VÍCTOR: Bueno, si yo tuviera una hija quisiera que viviera con un hombre rico, pero en recursos sexuales.

ANA: ¡Víctor!

VÍCTOR: Una hija satisfecha es más ambiciosa.

ANA: ¿Por qué?

VÍCTOR: ¿Por qué qué?

CATALINA: Claro, pero puede que no salga al padre y ya cuente con recursos sexuales.

VÍCTOR: El dinero no es importante si uno de los dos lo tiene, ¿no Catalina?

TOMÁS: En verdad hay un placer oscuro en enamorar a las hijas de nuestros amos.

CATALINA: Qué perverso eso que decís, qué sexi.

ANA: Es solo su resentimiento por no nacer en una familia como la nuestra. Tomás no sabe idiomas, y eso lo vuelve más mío.

TOMÁS: Al fin y al cabo.

VÍCTOR: ¿Qué?

TOMÁS: Al fin y al cabo el poder del mercado radica en que toma su funcionamiento de nosotros ¿no es así? por eso no tiene alma. Qué bien sienta un trago de esto.

VÍCTOR: Hay más.

TOMÁS: Solo una serie de objetos con precio e intercambiables.

CATALINA: Pero en el amor no somos intercambiables.

VÍCTOR: Por eso tengo una empresa, gracias a la cual puedo, si quiero, ser productor de una obra de teatro. ¿Qué le parece?

CATALINA: Trátalo de vos.

VÍCTOR: Tomás.

CATALINA: Yo te voy a tratar de vos, si me permitís Ana.

TOMÁS: ¿Sería posible?

VÍCTOR: Si Catalina puede malgastar mi dinero y la vida que invierto para generarlo ¿por qué no podría apostararlo yo? ¿Creés que puede dar ganancias?

TOMÁS: Sí... no sé.

VÍCTOR: Comprendo.

TOMÁS: En realidad mis obras no son... populares.

ANA: Es su forma de sentirse importante. Despreciar al mundo a través de sus obras. Es lo que hacemos todos de algún modo, intentar alcanzar altura sobre el cadáver del prójimo. Realmente está bárbaro, ¿es importado?

CATALINA: Estamos tomando demasiado.

ANA: ¿Estoy muy agresiva?

CATALINA: Vos nunca sos agresiva Ana, no quiero engordar, es todo. Víctor está calentando motores. De aquí al amanecer estará atiborrándonos de reflexiones envenenadas de odio y rencor, y solo ebria puedo tolerar el espectáculo.

VÍCTOR: Hablaría menos si hubieses preparado la comida.

CATALINA: Shhh.

TOMÁS: Simplemente pensar en el espectador quita riesgo.

VÍCTOR: En eso puede consistir la demora de su éxito.

TOMÁS: ¿Eh?

VÍCTOR: ¿No quiere estrenar una obra?

ANA: Tomás tiene el tipo de imaginación que el mundo nunca apoyaría. Se resiste a modificar sus obras para que las entienda más gente.

CATALINA: Es un romántico. Como vos, Ana. Hay que rogarte que incluyas muertes con mensaje en tus textos.

VÍCTOR: Ah la vanidad lo echa todo a perder. Para que una experiencia sea profunda lo fundamental no debe ser usted sino divertirse. Así lo apreciarán más y no se agotará

respaldando ideas importantes que a su vez son intrascendentes. Defienda el dinero, que hasta donde entiendo está en los bolsillos de su potencial espectador, una vez con él podrá defender una idea. A la sombra del efectivo cualquier idea florece. El mecanismo inverso lo devolverá a eso que usted dijo.

TOMÁS: ¿Yo?

VÍCTOR: Usted, vos.

TOMÁS: ¿Qué dije?

VÍCTOR: Un aspirante a conquistar hijas de amos, no de Mao, si me permitís, Ana, el pecado. Esto sí que es bueno.

CATALINA: Whisky importado.

ANA: Me deleita el whisky importado.

CATALINA: El whisky importado es bárbaro... es mejor que el de acá.

VÍCTOR: ¿No ha notado que las personas frívolas no son divertidas? Solo cuentan con esa alegría social tan repugnante e infecta.

CATALINA: No.

ANA: ¿Eh?

CATALINA: No.

TOMÁS: ¿No qué?

CATALINA: No encuentro nada más excitante e insolente que lo que llaman frivolidad.

VÍCTOR: Oh. Evitemos la autorreferencia.

CATALINA: Simplemente porque la profundidad no es más que una idea para desmerecer a los otros y protegerse de los otros, sobre todo de la alegría de los otros. No hay más placeres que los que llamamos frívolos, Víctor. Un auto importado deportivo a 200 kilómetros por hora rumbo a unas largas vacaciones, un whisky como el que estamos tomando, alguna propiedad con vista al mar, el mar, los días libres, la posibilidad de no pensar en nada, el sexo con un ser humano físicamente hermoso, la libertad del dinero gracias al cual podemos no pensar en dinero, cada capricho

naciendo de las cenizas del anterior, la belleza. Ninguna mujer bella, mientras dure su belleza, necesitará de la inteligencia, porque la belleza es ya la inteligencia de la vida puesta de rodillas. No olvides que las ideas solo se alzan para adorar a la sensibilidad, que es hija del misterio y no del intelecto. En cuanto a la sinceridad para vivir, tan familiarizada con la verdad, de la que los frívolos se privan, pues, no significa para mí más que una forma de control social.

Víctor emite un silbido irónico.

ANA: Los dos están diciendo lo mismo

CATALINA Y VÍCTOR:

¿Eh?

ANA: Están diciendo lo mismo.

CATALINA Y VÍCTOR:

No.

TOMÁS: Quizá, el teatro del futuro se expanda reduciéndose a un hombre que ama mientras acaricia a una mujer conmovida.

En algún momento prenderán un cigarrillo Ana y Víctor.

CATALINA: Lindo.

VÍCTOR: En esos términos ni sueñes que seré tu productor. Prefiero una mujer humillada que se venga en forma sanguinaria de un hombre traidor.

TOMÁS: Ya está hecha.

VÍCTOR: ¿Cómo?

TOMÁS: La piel dulce.

VÍCTOR: ¿Eh?

ANA: La película de Truffaut.

VÍCTOR: ¿Françoise?

ANA: Truffaut.

VÍCTOR: Ah. La cultura pica.

Estaba pensando... para los padres de Ana la pareja ideal seríamos Ana y yo.

TOMÁS: ¿Fuego?

ANA: Sí. *(Busca un encendedor).*

Catalina encuentra uno antes y le da fuego a Tomás.

CATALINA: Escuché fuego y me dieron ganas.

ANA: ¿De?

CATALINA: ¿Eh?

VÍCTOR: ¿De?

CATALINA: Me dieron ganas.

VÍCTOR: ¿Otra copa?

CATALINA: Dale, a los educados los prefiero después de las tres de la mañana y borrachos.

Víctor prepara los whiskies, luego distribuirá los vasos.

(A Tomás) ¿Fuego?

Tomás le enciende un cigarrillo con el suyo.

No sé qué hice con el encendedor. Últimamente tengo la cabeza en cualquier parte.

ANA: ¿Por qué después de las tres?

CATALINA: Se sueltan más, privilegian lo más bello a lo más interesante.

Todos fuman.

VÍCTOR: Nosotros estamos dejando de fumar.

ANA: Nosotros también estamos dejando de fumar.

TOMÁS: Yo no.

ANA: ¿Cómo no?

TOMÁS: No.

CATALINA: Yo tampoco.

Leí que en Europa cada vez se tienen menos hijos.

VÍCTOR: Qué terrible. ¿Y en quién van a vengarse?

TOMÁS: Víctor.

VÍCTOR: ¿Sí?

TOMÁS: ¿Es en serio lo de la posibilidad de producir?

VÍCTOR: Muy. Siempre y cuando a usted no le moleste hacer algunas pequeñas modificaciones a la obra y a mí se me permita darle menos dinero a Catalina.

Al fin y al cabo Catalina es hermosa.

CATALINA: Pero mantengamos distancia.

TOMÁS: ¿Y qué tiene que ver?

VÍCTOR: No es la hija de un amo, como Ana, pero tiene ese toque de maldad irresistible.

ANA: ¿Tomás?

TOMÁS: Sí.

ANA: ¿Me abrazás?

CATALINA: ¿Quieren que encendamos la calefacción?

ANA: Prefiero a Tomás.

VÍCTOR: (*Se aleja*). Cuidado Tomás, el amor exige lo que no sabe pedir.

CATALINA: Les dije. (*Susurra*). Va a haber que seguir tomando.

VÍCTOR: Te escuché Catalina.

CATALINA: Lo bueno de ser alcohólico es que siempre sabés lo que querés, ¿no, Víctor?

VÍCTOR: Habría que preguntarle a una borracha.

CATALINA: Podríamos bailar.

VÍCTOR: No hago otra cosa desde que te conocí. (*Tiempo*). ¿Qué pasa que no estamos teniendo hijos Catalina?

ANA: Catalina, ¿creés realmente que escribo bien?

CATALINA: Sí.

ANA: Catalina.

CATALINA: ¿Sí?

ANA: La verdad.

CATALINA: ¿La verdad? ¿Para qué?

ANA: No sé, estoy en brazos de Tomás y aunque te parezca anticuada me siento protegida, quizá fantasiosamente, pero en condiciones de escucharla.

CATALINA: Bueno, creo que escribís bien... pero que sos una persona tan social que teme escribir otra cosa que bien.

ANA: Entiendo.

CATALINA: Por eso escribís con corrección universitaria.

ANA: Sí, es verdad.

CATALINA: Y eso porque temés descubrir la verdad.

ANA: ¿Qué verdad?

CATALINA: No sé.

ANA: Dijiste que no creías en la verdad.

CATALINA: Ah sí, pero hablo de vos.

ANA: Ah.

CATALINA: Vos sí creés, ridícula y tradicionalmente. De hecho la ciencia ficción es un género estúpido si se va a tener un mínimo de prejuicios y una imaginación ingenua que les temen a las verdades inventadas, que por otra parte son las mejores y las únicas. Creo que podrías ser una buena escritora si vivieras con la falda un poco más corta y usaras ropa interior más diminuta, quiero decir que despertar deseos te asusta porque echa luz sobre la monotonía de tu vida y la terrible mojigatería que de algún modo se vuelca en tu escritura... Hace tiempo quería hacerte esta pregunta... ¿por qué se coge tan imperceptiblemente en tus libros?

VÍCTOR: Basta Catalina, ya contribuiste bastante.

CATALINA: Es que ni siquiera los extraterrestres se echan un buen polvo explícito.

- ANA: Prefiero lo sugerido.
- CATALINA: Pues entonces que sea verosímil.
- VÍCTOR: Evidentemente acá están faltando hijos.
- ANA: Gracias Catalina... lo tomo como una devolución honesta.
- CATALINA: Aun así tenés que publicar. El libro está bien dentro de todo. Y la editorial es nuestra, qué tanto.
- VÍCTOR: La falocracia no es otra cosa que la dificultad de una mujer para soportar la brillantez de otra. ¿Verdad Tomás?
- TOMÁS: Además es la red de tu vida.
- ANA: ¿Cuál?
- TOMÁS: ¿Qué?
- ANA: La red.
- TOMÁS: Tus padres.
- ANA: ¿Qué tienen mis padres?
- TOMÁS: La red... el dinero...
- VÍCTOR: Ah, un niño que corre propagando alegría por los pasillos, unos muebles más o menos dispuestos tradicionalmente. Unos adornos discutibles. Una tele encendida. Dos, tres, cuatro teles. Un hombre cansado, unos libros, una mujer insatisfecha, horarios parcelados, la mesa que da soporte y cobijo a la vez; esa distancia cada vez más pronunciada entre el corazón y sus alucinaciones. En fin, una perfecta suma de vulgaridades. ¿Qué más se puede pedir? ¿Qué otra cosa es un hogar? Lo elijo, una y mil veces ¡y saben por qué?
- CATALINA: No nos interesan tus porqués.
- VÍCTOR: Porque estarías dentro, Catalina. Porque estaríamos vos y yo dentro. Cuando me apetezca la revolución leeré libros de Ana o produciré obras teatrales. (*Va a buscar la botella de whisky*). Quizá nosotros, Catalina, estamos juntos por la misma razón por la que olvidaste preparar la cena. Comer nos habría impedido el despliegue de nuestro palabrerío que, al fin de cuentas, es nuestra arma más leal, puesto que

no matando nos permite especular inocencia. Cada bocado hubiese supuesto una bala menos y nuestra naturaleza solo sabe de destruir, de apuntar y estallar de placer.

CATALINA: (*Bebe del pico*). Ah... el chupito primal... Tomás, podrías hacerme un favor...

TOMÁS: Sí.

CATALINA: ¿Cerrarías los ojos para mí?

TOMÁS: ¿Los ojos?

CATALINA: Los tuyos.

ANA: Por mí...

Tomás no llega a cerrar los ojos interrumpido por Víctor.

VÍCTOR: No estamos preparados para la soledad que supone aniquilar al contrincante. En la empresa, uno de nuestros empleados... (*Se pasan la botella*) la historia se supo al instante como siempre en estos casos, descubrió a su mujer teniendo sexo con otro compañero. ¿Qué creen que hizo? ¿Matarse, matar a uno de los amantes? Pues fue a internet y en mercado libre puso en venta la cama. Al día de hoy la pareja sigue en pie y ambos empleados se saludan con corrección. Tal vez uno llega tan lejos como psíquicamente puede. Quiero decir que ahora temo producir una obra concebida por alguien al que le tiemblan las piernas si no es profesor. Es una broma... La mujer engañada de la piel dulce en cambio eligió la soledad de cargar con toda la culpa.

ANA: Dijiste que no la habías visto.

VÍCTOR: ¿Cómo?

ANA: *La piel dulce.*

VÍCTOR: ¿La de Truffaut?

ANA: Sí, *La piel dulce.*

VÍCTOR: Yo no dije que no la vi. ¿Catalina, yo dije que no la vi?

CATALINA: Todo lo que hay para decir ya lo dijiste esta noche.

VÍCTOR: Recuerdo cuando te conocí... La amé instantáneamente. El corazón humano tiene más capas que una cebolla.

CATALINA: Y para llegar al núcleo no hay nada como la acción.

VÍCTOR: Si hablo en exceso es porque no escuchás.

CATALINA: Aquella vez tuve dos orgasmos, lo recuerdo.

VÍCTOR: Sí, fue un error de cálculo.

CATALINA: Ahora coge como habla: solo. A Víctor le estorba el ser humano. Ya compraremos un surtido de muñecas inflables y un buen inflador. Aunque no lo creas en aquel entonces mi alma se desnudaba antes que mi cuerpo.

VÍCTOR: ¿Y volverá a ocurrir?

CATALINA: Tomás, ¿podrías cerrar los ojos por favor?

TOMÁS: Sí.

CATALINA: ¿Víctor, podrías cerrar los ojos?

VÍCTOR: Qué más da.

CATALINA: ¿Los dos tienen los ojos cerrados?

TOMÁS Y VÍCTOR:
Sí.

CATALINA: Tomás, no es necesario los brazos en cruz.
Bien, ahora, Tomás, ¿de qué color es mi calzado, mi cinturón, mis ojos y el bretel del corpiño?

TOMÁS: El calzado marrón, el cinturón marrón,
Víctor abre los ojos.
tus ojos... diría verdes... verde claro, y el bretel es blanco.

CATALINA: Nada mal.

ANA: No lo entiendo.

TOMÁS: ¿Qué? (*Abre los ojos*).

VÍCTOR: Es ridículo.

CATALINA: ¿Por qué?

VÍCTOR: Porque es ridículo.

CATALINA: Puesto que abriste los ojos cambio la orientación de la pregunta, Víctor, y juro que voy a romper esta botella en

tu cabeza si no me contestás... ¿de qué color era la ropa interior que me sacaste ayer cuando te dije que te amaba...?

VÍCTOR: Blanca.

CATALINA: Reverendo hijo de mil putas.

ANA: Catalina. Es tan agotador tolerarnos. Si pudiera ser todo más suave supongo que podríamos deslizarnos hacia la realidad, a la realidad se ingresa cuando se ama, pienso yo. ¿Estoy siendo solemne? Escribo sobre la irrealidad para no ser solemne, es inútil. ¿Por qué son reales la puerta, la mesa, un libro? Porque te amo. Lo intento, pero empiezo a creer que yo no soy real.

Tomás frente a la notebook, incapacitado para escribir, poseído por sus pensamientos.

Ana escribe sus notas en una hoja. Se destaca una jarra de agua sobre la mesa.

TOMÁS: Ser poseedor de cosas bellas aumenta la posibilidad de que nos elijan... ¿pero soñar cosas bellas?... ¿Me escuchás?

ANA: ¿Eh? Sí...

TOMÁS: No sé dónde tengo la cabeza últimamente. Mañana voy a tomarme el domingo.

ANA: ¿Otra vez?

TOMÁS: Voy a dar unas vueltas por ahí. Me estás escuchando.

¿Qué escribís?

ANA: Salí.

TOMÁS: Soy amable ¿no?

ANA: Intentá escribir algo.

TOMÁS: Ya intenté.

ANA: Es tu día libre.

TOMÁS: Mañana también. Hace días que intento. Últimamente la dramaturgia no se parece a la libertad.

ANA: En todo caso dejame anotar esto.

TOMÁS: ¿Más ciencia ficción?

ANA: No sé.

TOMÁS: Cómo no sabés.

ANA: A veces no se sabe.

Es sobre nosotros.

TOMÁS: ¿Drama o comedia?

ANA: ¿Eh?

TOMÁS: ¿Qué va mejor con nosotros?

ANA: (*Piensa*). Tristeza.

TOMÁS: Drama entonces.

ANA: Tristeza.

TOMÁS: Debe ser el agua, no estamos acostumbrados. Después de todo... ¿por qué tendría que proporcionar libertad la dramaturgia?

ANA: Punto y aparte. (*Deja la hoja*). Si hablás no se puede.

TOMÁS: Nosotros estamos bien.

ANA: ¿Te parece?

TOMÁS: Somos los de siempre. Un poco más callados.

ANA: Menos mal. (*Le da un beso rápido en la boca*). Tal vez tendríamos que coger más.

TOMÁS: Lo de los domingos es porque necesito un poco de aire. ¿Y este libro?

ANA: Es tuyo.

TOMÁS: ¿Mío?

ANA: Lo saqué de tu biblioteca.

TOMÁS: Yo no lo leí, que recuerde.

ANA: Lo leíste porque me lo recomendaste... hace mucho.

TOMÁS: Ah. (*Prende un cigarrillo*).

ANA: Nosotros estamos mal desde la reunión con Catalina y Víctor, y creo que sé por qué.

TOMÁS: Voy a dejar de fumar, lo decidí.

¿Y por qué?

ANA: ¿Por qué qué?

TOMÁS: Sacás el nombre de Víctor.

ANA: (*Se sirve agua*). ¿Querés?

TOMÁS: Hacía mucho que no tomábamos agua. Me había olvidado lo fea que es... (*Lee el título del libro*). *Bonjour tristesse*.

ANA: Hermoso título, ¿no?

TOMÁS: ¿No es algo anticuado?

ANA: Estaba en tu biblioteca. En una época estabas loco con eso. (*Toma otro libro de la mesa*). A ver qué lees vos... Harold Pinter.

ANA Y TOMÁS: *Traición*.

ANA: ¿Sabés qué creo?

TOMÁS: ¿Qué?

ANA: Que intuiste una cuarta dimensión en la casa de Víctor y Catalina.

TOMÁS: (*Lee a Pinter*). Una cuarta dimensión. ¿Y qué es esa cuarta dimensión?

ANA: Pues es, diríamos, el plano de lo posible aun improbable pero al alcance.

TOMÁS: Ah.

ANA: No sé cómo explicarlo... a veces, mientras hacemos cosas triviales, mirar el techo, hablar, beber, de pronto entrevemos la existencia de otra posibilidad, una especie de salida que sin embargo nos incomoda. ¿Por qué la mujer de la piel dulce se volvió una criminal en lugar de dejar al marido? Creo que sentimos que nuestra vida se está desperdiciando, lo sentimos como a un mosquito por la noche, que zumba

hasta que finalmente es vencido por nuestro sueño. Al otro día nos levantamos sin problema a invertir nuestra libertad en algo que no nos satisface para poder ser libres algún día. Quiero decir que para nosotros la libertad siempre ha sido poder elegir de entre todo lo que hay, no crear lo que no hay. Por lo tanto seguimos en el mismo sitio, sin atender al zumbido, gracias a lo cual me he transformado en la imitación social de una persona libre, sí, probablemente soy una imitación de una idea de libertad. Es estúpido cómo lo pienso pero supongo que ubico el whisky antes que las ganas de tomarlo, el agua antes que la sed. Evito así reconocer lo que en verdad necesito. Quizá todo esto de la libertad, y no creas que no me siento ridícula usando la palabrita, no es otra cosa que tomar una decisión.

Tomás abandona el libro y la actitud distante, la abraza.

Me levanto a la mañana, somnolienta, indolente, obligada; cumplo. Voy a la editorial, es mejor que otras cosas; cumplo. Trato de convencerme de que ese sentido me pertenece, de que soy la que necesito ser, cumplo. Quiero tener sexo, cumplo. Quiero coger más, cumplo. Te uso como un arma para obtener la independencia afectiva de mis padres. La paso bien, cumplo. Me enfermo, cumplo. Me curo, cumplo. Tomás, cómo podemos. Tengo miedo.

TOMÁS: Estás confundida.

ANA: Miedo de que estés conmigo solo por cumplir.

Tomás la abraza.

TOMÁS: De noche todo parece más grave.

ANA: Si uno de los dos no ama al otro, Tomás, entonces estamos actuando.

TOMÁS: Yo no estoy actuando.

ANA: ¿Y cómo lo sabés?

TOMÁS: No sé, lo sé.

ANA: ¿Qué?

TOMÁS: No sé, lo sé.

- ANA: No sabés.
- TOMÁS: Sí.
- ANA: No.
- TOMÁS: Bueno, no.
- ANA: Tengo miedo de amar más al miedo que a vos.
- TOMÁS: Ana...
- ANA: ¿Qué?
- TOMÁS: No te pongas más mujer de lo que ya sos.
- ANA: (*Llora*). ¿Y si fuéramos normales?
- TOMÁS: Al fin y al cabo siempre van a estar tus padres (*La suelta*) Para comprarte carilina y un psicoanalista. Ana, tranquila, los burgueses son un dado cargado. Además más que normal... (*Inicia juego de insultos*) formal.
- ANA: Banal.
- TOMÁS: Moral.
- ANA: Anal.
- TOMÁS: Cruel.
- ANA: Ginger.
- TOMÁS: Fred.
- ANA: Costia.
- TOMÁS: Bestia.
- ANA: Predecible.
- TOMÁS: ¿Predecible? Con lo que aguanté decirte histérica. ¿Me das un beso?
- ANA: No.
- TOMÁS: Creo que Víctor y Catalina te ponen insegura... (*Se apodera de los escritos de Ana*). Igual pudiste escribir algo... Si soy un artista o no, qué más da, hay que hacer negocios con tu mentira.
- ANA: (*Recuperada del llanto*) Ahora sí.
- TOMÁS: ¿Eh?

ANA: Ahora que tenés un productor.

TOMÁS: *(Lee lo que escribió ANA).*

Lo real es lo captable de la irrealidad.

La irrealidad crea.

La irrealidad es como el anochecer

que cubriendo protege a la senda

de su propio destino.

El resto es protocolo.

Ana le tapa los ojos con las manos desde atrás.

¿Qué hacés?

ANA: Adiviná.

TOMÁS: Qué ridícula.

ANA: ¿Yo? Catalina

TOMÁS: Pobre Catalina.

ANA: ¿Te pareció muy ridículo?

TOMÁS: ¿Catalina? Muy.

Catalina y Tomás. En ropa interior, ella con los zapatos de lluvia, él escribe en su cuaderno.

CATALINA: ¿Siempre escribís después de coger?

TOMÁS: ¿Eh?

CATALINA: Si siemp....

TOMÁS: No. Tengo que aprovechar.

CATALINA: Aprovechá. Te lo ganaste. Tocás bien, acariciás bien, sos tierno.

TOMÁS: ¿Sí?

CATALINA: ¿Fuego, me das?

Tomás le enciende el cigarrillo con un fósforo.

Estuve con Víctor. A veces tengo que estar con Víctor.

TOMÁS: Claro, es tu marido.

CATALINA: Hablando de tu obra. Haceme acordar que después te cuente algo.

TOMÁS: ¿Qué cosa?

CATALINA: Después te digo, no te quiero interrumpir.

Él sigue escribiendo, ella da unas vueltas mientras fuma, finalmente se acerca a él. Se besan.

Me alegra que te hayas fijado en mí, después de todas las señales.

TOMÁS: ¿Cuáles señales?

CATALINA: ¿Eh?

TOMÁS: ¿Cuáles señales?

CATALINA: ¿Cómo cuáles señales? Todas.

TOMÁS: ¿Cuáles?

CATALINA: Las que te di. Me la pasé dándote señales.

TOMÁS: A mí me parece que fui yo el de la iniciativa.

CATALINA: Qué coraje.

TOMÁS: Y sí.

CATALINA: Qué linda piel tenés.

TOMÁS: En cambio vos... sos toda linda.

Se besan. Tomás sigue escribiendo.

¿Fue muy cursi decirte que sos toda linda?

CATALINA: No pienses.

TOMÁS: Si fumo mucho Ana se va a dar cuenta... dejé de fumar.

CATALINA: Me alegra.

Ayer fui al *shopping* en un maravilloso impulso autodestructivo, me compré unos zapatos.

TOMÁS: Nunca repetís.

CATALINA: ¿La ropa?

- TOMÁS: Sí, claro.
- CATALINA: Pensé que decías los hombres. (*Ríe*). Debe ser el miedo a dejar de ser joven. El miedo a dejar de ser joven es un buen cliente. Joven y atractiva para los hombres. Qué ridícula, en realidad quiero gastar y ya. Aunque reconozco que a veces me asalta el temor.
- TOMÁS: ¿Qué temor?
- CATALINA: De noche sobre todo.
- TOMÁS: Ah, es normal.
- CATALINA: Tener miedo es más que normal. Es el origen de lo normal. Es la norma.
- TOMÁS: Digo que es normal que sea de noche.
- CATALINA: ¿Por qué? Porque tengo más tiempo debe ser. Hay que reconocer que el miedo a no ser linda y joven es un sabio miedo. A la gente le sienta muy bien ser joven y hermosa, además, ¿quién aspira a ser amado tal como es?
- Va a ser necesario ser amada, sí, ser amada es un buen plan. Más refinado que ser deseada, más prolijo, menos sudoroso, más de cabaña si se pasaron los cuarenta.
- TOMÁS: Quizá ya lo sos.
- CATALINA: ¿Qué cosa?
- TOMÁS: Amada.
- CATALINA: ¿Y vos cómo sabés? Cuando deje de ser medianamente joven me va a urgir ser elegida para siempre. Bueno, ya me las ingeniaré... todo a su tiempo. Sustituiré culo por encanto... A veces, conversando con amigas, no Ana sino esas amigas que una ya no respeta, las socias de la costumbre, advierto que nunca fueron alegres, que la alegría que les conocí no era alegría, era simplemente juventud... me da terror... verdadero terror.
- TOMÁS: ¿Tomamos un whisky?
- CATALINA: ¿Otro? Y Víctor no me ayuda precisamente cuando me acusa porque no tenemos hijos, “qué está pasando que no tenemos hijos”. Lo raro es que mientras se muestra con esa

ira vengativa en los ojos, casi deseando mi infertilidad es cuando más hombre lo veo. Quizá porque asume un lugar de dominador... Para compensar mis pesares también compré un vestido carísimo.

TOMÁS: ¿Y te queda bien?

CATALINA: Hace juego con muy pocos accesorios. Voy a tener que comprar. Qué gracioso. Lo vale y no lo vale. Me subyugó vérmelo puesto pero el precio es un crimen perfecto. Es la vida, Tomás, los que anhelamos poseer hemos nacido para ser estafados. Relax. ¿Hablo mucho? Si quisiera un amante solo para coger buscaría un deportista. *(Lo besa)*.

TOMÁS: ¿Cómo estás?

CATALINA: Bien. Muy. Me gusta besarte en cueros.

TOMÁS: Sí... *(Tiempo. Enciende un cigarrillo)*.

CATALINA: ¿Qué querrá decir que me pongo los mismos zapatos cuando llueve sin darme cuenta?

TOMÁS: Hoy llovió bastante fuerte.

CATALINA: ¿No es asombroso?

Tomás apaga el fósforo agitándolo en el aire.

Qué bien te queda ese gesto.

TOMÁS: Empecé a fumar para hacer este gesto.

CATALINA: ¿En serio? Te queda muy bien, muy varonil.

TOMÁS: Aunque últimamente me recuerda que le temo al cáncer.

CATALINA: Ya que estamos.

TOMÁS: Sí. No es por el cigarrillo.

CATALINA: ¿Qué cosa?

TOMÁS: El miedo al cáncer.

CATALINA: ¿No?

TOMÁS: No, cada grano que me sale lo adjudico a un cáncer fulminante pero no es por el cigarrillo.

CATALINA: Fumemos entonces.

- TOMÁS: Es porque cuando algo está muy bien me parece que también algo está muy mal. Quien piensa todo el tiempo que puede tener algo ¿no lo desea?
- CATALINA: Es verdad.
- TOMÁS: ¿Sí?
- CATALINA: Digo, es verdad. Estamos muy bien. Vení.
Se besan.
- TOMÁS: ¿Cómo estás?
- CATALINA: Bien, muy... tal vez tendríamos que dejar de vernos... por un tiempo.
- TOMÁS: ...También tendríamos que dejar de fumar.
Catalina se recuesta en el piso, Tomás la sigue.
- CATALINA: Pensás demasiado. En el sexo se nota bastante.
- TOMÁS: ¿Qué se nota?
- CATALINA: Que pensás... (*Susurra*). Las ideas defienden mal al corazón porque lo escuchan mal. No hay chances si tu cabeza está en mis manos.
- Ah esto es curioso. Esto es muy curioso... yo sé que a esta altura de la convivencia las relaciones se vacían de adrenalina y que hasta un gemido verdadero puede ser un slogan pero, es curiosísimo, mis mejores orgasmos son con Víctor. No mi mejor experiencia sexual sino el mejor orgasmo. Quizá sin darme cuenta recosté sobre él gran parte de mi vida, la más pesada, la que menos puedo sobrellevar y eso me deja entregarme. A veces creo que no es el hombre de mi vida porque es el hombro de mi vida. Si Víctor no estuviera creo que me caería al vacío. Me encargaría de que fuera un vacío muy confortable claro, pero incluso ahora, después del sexo, después de besarte, después de pasarla bien con vos siento que le fui totalmente fiel a Víctor. Totalmente leal, no con el cuerpo, que lo reservo para mis caprichos mundanales, sino fiel con el deseo de descubrir qué lugar ocupa en todo

esto. ¿No es curioso? Tal vez le soy infiel porque no puedo dejar de estar con él.

TOMÁS: Catalina.

CATALINA: ¿Qué?

TOMÁS: Quizá tal vez te amo.

CATALINA: ¿Eh?

TOMÁS: Me gustás mucho. Quizá te amo.

CATALINA: ¿Eh?

TOMÁS: Te amo. Te amo, te amo, te amo.

CATALINA: Esa palabra te queda realmente mal. No me importa lo que digan los progresistas, un hombre diciendo te amo es un pordiosero humillado.

TOMÁS: ¿Y si...?

CATALINA: No. Ah me acordé, está decidido a producirte. Cree que puede divertirse mucho.

TOMÁS: Es una suerte.

CATALINA: Siempre tuve la sensación de que la suerte cae del lado del mejor.

TOMÁS: Sos una mujer de sensaciones entonces.

CATALINA: ¿Servís otro whisky? Es como si lo prepararas bien.

TOMÁS: Un whisky no se prepara, ni bien ni mal.

CATALINA: Definitivamente...

TOMÁS: ¿Eh?

CATALINA: Definitivamente tenemos que dejar de vernos por un tiempo. Hay algo desordenado, incluso hasta siento culpa. Me conozco, si siento culpa es porque no la pasé del todo bien... ¿O es porque hoy es domingo? Igual no es por vos.

Tomás le pasa un vaso de whisky.

Salud. (*Bebe*). Decidió producirte después de releer la obra con las modificaciones.

TOMÁS: Qué suerte. (*Alza su vaso*). Salud.

CATALINA: Cuanto más lejos se está de lo buscado menos falta hace la suerte.

Ana y Tomás. Uno al lado del otro, beben whisky.

ANA: Me alegro mucho por tu obra.

TOMÁS: Y yo por tu libro.

ANA: Una pareja de escritores, ¿no?

TOMÁS: Hicimos bien en comprar importado.

ANA: Había que darle un toque especial.

TOMÁS: La verdad que sí... ¿Y para qué?

ANA: Para que no sea tan convencional.

TOMÁS: ¿Vos estás convencida?

ANA: Es extraordinario este whisky. ¿Puedo oler el libro?

TOMÁS: ¿Qué?

ANA: El antiguo, el que me gusta oler.

TOMÁS: Ah, sí. Está ahí, esperándote. Si querés saber qué estoy leyendo ahora podés fijarte también.

ANA: (*Huele*). Vos empezaste.

TOMÁS: ¿A qué?

ANA: A propósito... me acordé que la vimos. Actuaba Aznavour, de pianista.

TOMÁS: No.

ANA: ¿No qué?

TOMÁS: No actuaba Aznavour. Esa es *Disparen sobre el pianista*. La *piel dulce* es otra.

ANA: ¿*Disparen sobre el pianista*? Claro, es lógico. Aznavour. Tomá, llevalo.

TOMÁS: Te lo dejo si querés.

ANA: ¿Y entonces qué vimos juntos? Gracias.

TOMÁS: *La piel dulce*.

ANA: De Truffaut.

TOMÁS: De Truffaut, como *Disparen sobre el pianista*. Tus padres deben estar felices, ¿no? Por ahí les estoy alargando la vida.

ANA: No. Salud.

TOMÁS: Salud... ¿no?

ANA: ¿No qué?

TOMÁS: ¿No son ellos?

ANA: ¿Puedo quedarme con *Bonjour tristesse* también?

TOMÁS: Obvio. No recuerdo haberlo leído pero si vos decís que lo leí...

Ana se aparta de Tomás.

ANA: ¿Sabés? Empiezan a ocurrírseme cosas nuevas, como si empezara a ser otra. Es una estupidez, ya sé. Voy a tener que aprender a manejarme en la oscuridad que dejás. Tengo miedo de no poder, pero me entusiasma.

TOMÁS: También puedo quedarme. Nunca exijo mucho. Reconozco que a cambio no doy nada pero en fin.

ANA: Sos simpático a tu modo.

TOMÁS: A mi modo te quiero.

ANA: Querer es al modo del querido, al menos para mí.

Tomás junta unos papeles, saca los fósforos y los prende fuego. Contempla el fuego con melancolía.

¿Qué hacés?

TOMÁS: Son los exámenes de mis alumnos. No hay lugar para lo que estorba.

ANA: Sos tan autodestructivo. A tu modo.

TOMÁS: Así es.

ANA: Siempre fue tan difícil que te entregaras, sincera, trágicamente.

TOMÁS: Te dije que lo nuestro es una comedia. *(Se acerca a ANA, intenta darle un beso, ella se resiste).*

- ANA: No son mis padres, soy yo. ¿Servís otro?
- TOMÁS: Claro.
- ANA: Vas a tener que perdonarme que ya no te ame.
- TOMÁS: Sí, claro... ¿Tiene que ser hoy?
- ANA: Hace un tiempo que...
- TOMÁS: ¿Qué qué?
- ANA: Que creo que no te amo.
- TOMÁS: Digo si tiene que ser hoy que deje el departamento.
- ANA: Ah, absolutamente.
- TOMÁS: ¿Por?
- ANA: Cosa mía.
Beben.
- TOMÁS: Anuncian lluvia. (*Va a encender un cigarrillo.*)
- ANA: No lo prendas por favor. Deje de fumar.
- TOMÁS: Voy a tener que ir a un hotel. Anuncian lluvia.
- ANA: En realidad no quiero, con un vaso está bien para mí.

A veces cambiar las cosas de lugar, romperlas incluso ayuda a ver, no sé bien ver qué pero ver...

Tomás empieza a colocar en un bolso algunos libros, la computadora, su cuaderno. Duda ante el atado de cigarrillos, finalmente lo guarda.

... lo que antes estaba tapado por la costumbre supongo. En ocasiones nos tapamos los ojos con ideas o palabras o deseos que ni siquiera son nuestros, creo. A los dos nos va a beneficiar, vas a ver. Ahora es doloroso, pero el tiempo acomoda las cosas y vos vas a poder estar como siempre quisiste y nunca te animaste: libre, y yo voy a intentar descubrir quién soy, lejos de mis padres. ¿Te dije que estoy escribiendo un libro que no es de ciencia ficción? son relatos de amor. Espero que no sean una porquería. Por más cosas nuevas que descubra, esta inseguridad no me va a abandonar nunca, pero no quiero despertar cada día al

lado de alguien que no amo, ni tomar whisky sin ganas, ni estar con alguien que no piense que fui violada y descuartizada si tardo cinco minutos de más en llegar del supermercado. No quiero hacer negocios con mi mentira.

TOMÁS: *(Con el whisky importado)* ¿Puedo dejarme la botella?

ANA: Sí, claro. *(Tiempo. Lloro).*

Todavía no conseguí que la vida sea mi hogar.

Catalina y Víctor vestidos para una reunión nocturna. Ella a un lado, él en el sillón, leyendo.

CATALINA: Imaginé que declararte mi amor te provocaría algo especial. Pero veo que no rodás por la alfombra ni destapás champán. No veo siquiera que me estés escuchando.

VÍCTOR: ¿Vendrán?

CATALINA: ¿Ana y Tomás? Supongo.

VÍCTOR: Fue una idea un poco perversa.

CATALINA: ¿Invitarlos? Parece increíble que hayan estado juntos alguna vez. ¿Puedo interrumpir? *(Se sienta en el regazo de Víctor, le quita el libro).*

VÍCTOR: Catalina, claro que interrumpís. A los egoístas se nos interrumpe siempre aun en nuestro beneficio.

CATALINA: Hicimos bien en cambiarnos de ropa esta vez. ¿Cómo estoy?

VÍCTOR: Bien. A propósito ¿qué es eso de que mi ropa te aburre?

CATALINA: ¿Tu ropa?

VÍCTOR: Sí, mi ropa. Me volviste a decir la vez pasada que mi ropa te aburría.

CATALINA: Ah, sí, tu ropa... sí, es aburridísima.

VÍCTOR: ¿Cómo puede aburrir una ropa?

CATALINA: Pues hay ropa alegre, ropa neutral, ropa etcétera etcétera. La tuya a veces es aburrída.

VÍCTOR: Ropa aburrída, qué absurdo. Igual no debería asombrarme. Y no me sorprende que me declararas tu amor porque ya me dijiste te amo.

CATALINA: ¿Yo?

VÍCTOR: Sé.

CATALINA: ¿Cuándo?

VÍCTOR: Ya te dije, hace mucho.

CATALINA: Cómo voy a decirte te amo.

VÍCTOR: Cogiendo.

CATALINA: Qué horror. No, menos cogiendo.

VÍCTOR: ¿Y entonces?

Catalina se encoge de hombros, lo acaricia, se besan. Se calientan, caen al piso, ruedan por la alfombra. Tiempo con ellos rodando por la alfombra.

CATALINA: En el fondo me atrae tanto lo que no se modifica.

VÍCTOR: Dejame ver tu bombacha.

CATALINA: Salí. *(Se aparta, él queda tendido).*

VÍCTOR: El color... necesito estar prevenido antes de que lleguen los invitados.

CATALINA: Víctor.

VÍCTOR: ¿Qué?

CATALINA: ¿Creés en las oportunidades?

VÍCTOR: ¿Eh?

CATALINA: En las oportuni... en ocasiones, para darme ánimo, imagino que recién salí de la cárcel o que terminó una convalecencia luego de mucho tiempo de luchar con una enfermedad. Entonces, siento que la vida es hermosa.

VÍCTOR: Hablando de hermosura, tengo un dolor extraño en la cintura. Así se está muy bien.

CATALINA: ¿Qué harías si tuvieras una nueva oportunidad?

VÍCTOR: Muchas cosas pero seguramente ninguna de las que pienso. Lo más probable es que haría lo mismo y volvería a estar en la cárcel o el hospital.

Catalina se tumba a su lado.

Catalina.

CATALINA: ¿Sí?

VÍCTOR: El techo está tan sucio.

CATALINA: El techo no se limpia.

VÍCTOR: ¿No?

Se besan. Tiempo rodando por la alfombra.

CATALINA: ¿Estarán por llegar?

VÍCTOR: ¿A qué hora les dijiste?

CATALINA: A la noche.

VÍCTOR: Ah, entonces por ahí sí.

CATALINA: ¿Bajarías un poco la luz?... así fumamos antes de que lleguen.

VÍCTOR: ¿No tendrías que dejar de fumar?

CATALINA: ¿Qué puede hacerme el último?

VÍCTOR: Soy un esclavo de la persuasión femenina. (*Se levanta a bajar la luz. La luz baja al mínimo posible*). ¿Ahí?

CATALINA: Perfecto.

Víctor vuelve con Catalina, en el piso, encienden cigarrillos, fuman.

Ay, la estoy pasando bien.

VÍCTOR: Mentira.

CATALINA: No, cierto.

VÍCTOR: Ya nos pasó otras veces

CATALINA: ¿Que la pasemos bien?

VÍCTOR: El equilibrio es un fraude, la juventud también probablemente, solo que no duele la cintura... Hay algo de una victoria tuya en que esté todo bien.

CATALINA: ¿Victoria? ¿quién compite?

VÍCTOR: ¿Vos no? Aun así me siento derrotado. A diferencia del incauto a mí solo me gratifica lo que consigo sin esfuerzo

alguno, así que no estoy tan feliz de que te estés riendo conmigo... Además no es fácil olvidarse.

CATALINA: ¿Qué cosa?

VÍCTOR: Que el corazón es algo que rueda.

CATALINA: No lo olvides... A propósito, yo ya sé que no soy el ombligo del mundo, pero tampoco la vagina infecta de tu inframundo... ¿Sabés? No estoy nada satisfecha sexualmente y estoy harta de coger en la misma posición.

VÍCTOR: Si ese es el precio por tener verdaderos domingos, claros y silenciosos...

CATALINA: Hace casi un año que no salgo un domingo.

VÍCTOR: Puta.

CATALINA: No me digas puta. *(Se levanta, alza la luz, él se acerca, lo rechaza. Ella se recuesta en el puf, él sobre la mesa, alejados).*

Todavía es muy prematuro.

VÍCTOR: ¿Qué cosa?

CATALINA: ¿Eh?

VÍCTOR: ¿Qué es muy prematuro?

CATALINA: Dejar de fumar.

VÍCTOR: No es que no te tenga confianza. O que no nos tenga confianza. Es que ni siquiera creo en mí.

Lo que hacemos sin darnos cuenta suele ser hasta el fondo.
Suena el timbre.

¿Quién será de los dos?

CATALINA: El más puntual.

VÍCTOR: Ana, aunque está algo cambiada, ¿notaste que empezó a usar escotes?

CATALINA: No te burles, ¿sabías que está enamorada?

Timbre.

VÍCTOR: Sería bueno que se encontraran en la puerta.

CATALINA: Una situación incómoda...

Ríen.

VÍCTOR: Sí, una situación... ¿hay comida, verdad?

CATALINA: Por supuesto. Puesto que yo hice la comida vos vas a atender.

VÍCTOR: Ni sueñes.

Timbre.

CATALINA: Vos ni sueñes.

VÍCTOR: Yo no sueño, querida, yo te elijo.

Reunión. Catalina y Tomás.

TOMÁS: De verdad, tenerte cerca mejora las cosas, y cuanto mejor está todo más duele.

CATALINA: Basta.

TOMÁS: ¿Me das tu mano?

CATALINA: No.

TOMÁS: No entiendo.

CATALINA: No soportás entender. Olvidate de todo esto, nos seas estúpido.

TOMÁS: Catalina.

CATALINA: ¿Qué?

TOMÁS: Dame la mano.

CATALINA: Ya pasó tiempo suficiente.

TOMÁS: ¿Para qué?

CATALINA: Para que se te pase.

TOMÁS: No puedo, sos muy linda. Además dijiste por un tiempo.

CATALINA: ¿Quién?

TOMÁS: Vos, dijiste tomémonos un tiempo.

CATALINA: ¿De verdad?

TOMÁS: Lo juro.

CATALINA: *(Ríe)*. Pues te mentí. Basta. Es una decisión, realmente.

TOMÁS: Realmente es difícil.

CATALINA: Entonces tendrías que irte.

TOMÁS: Mirame.

CATALINA: Te estoy mirando.

TOMÁS: Incluso podría ser mejor que antes, más inevitable. ¿Te puedo besar?

CATALINA: Nunca más.

TOMÁS: Es demasiado tiempo.

CATALINA: La idea de que vinieran fue de Víctor. Espero que estés a la altura de un buen recuerdo.

TOMÁS: Creo que te amo trágicamente.

CATALINA: Con el tiempo esto va a pasar, y aquello va a pasar. Y seremos viejos con una acechanza más próxima, y vamos a estar tremendamente solos.

TOMÁS: Creo que te amo más que antes, con mayor claridad, con claridad trágica.

CATALINA: No seas autodestructivo.

Entran Ana y Víctor de la cocina.

VÍCTOR: Catalina ¿podrías venir a la cocina un segundo por favor? Ana es una ayudante espléndida pero algo innovadora.

ANA: La cocina es un arte.

VÍCTOR: Claro que es un arte, pero a decir verdad extraño a mi musa. Su manera de insultarme es ya un estímulo.

CATALINA: *(A Tomás)* Víctor está preparando el postre.

VÍCTOR: No vas a creerlo, Tomás, hay cena... lo que no hay es postre.

CATALINA: No puedo estar en todos los detalles, acompañame. *(Sale)*.

VÍCTOR: Ana, sos extraordinaria, pero mi mujer le pone el toque de descompensación e impertinencia. Tengo entendido que no hay arte posible sin una mínima participación del demonio.

CATALINA: *(Desde la cocina)* Víctor.

VÍCTOR: ¿No les incomoda esperar?

ANA Y TOMÁS: No, no.

VÍCTOR: Invitarlos juntos fue idea de Catalina. *(Sale)*.

TOMÁS: ¿Todo bien?

ANA: Sí, todo bien... ¿Vos?

TOMÁS: Bien....

ANA: Me alegra mucho que estrenes la obra.

Tomás le ofrece un cigarrillo.

No, no. No fumo...

Tomás enciende un cigarrillo.

¿Estás contento?

TOMÁS: ¿De qué?

ANA: Por la obra digo.

TOMÁS: Ah, sí, sí. Muy.

ANA: Me dijo Víctor que convenció a un buen director, va a ir mucha prensa.

TOMÁS: Es el productor, tiene que maximizar su porcentaje.

ANA: Claro...

TOMÁS: ¿Vas a ir, no?

ANA: ¿A?

TOMÁS: Al estreno.

ANA: Sí, sí... si no te molesta.

TOMÁS: No, no. ¿Por qué me va a molestar? Pensaba invitarte.

ANA: Ah.

TOMÁS: Te anoto en la lista entonces.
ANA: ¿La lista?
TOMÁS: De invitados.
ANA: Por favor.
TOMÁS: Te dejo...
ANA: ¿Eh?...
TOMÁS: ... Una...
ANA: ... Dos, por favor.
TOMÁS: Bien, dos entradas entonces. Tomo nota.

ANA: ¿No habías dejado de fumar?
TOMÁS: Desde que dejé de fumar que fumo más.

¿Desde cuándo te gusta la cocina?
ANA: Ah, desde hace un tiempo. Es extraordinario. Distiende.
TOMÁS: Me imagino.
ANA: Sí, me encanta cocinar... es un placer nuevo.

Entra Catalina, con dos whiskies.

CATALINA: ¿Interrumpo?
ANA Y TOMÁS: No, no.
CATALINA: Traigo los whiskies para el festejo.
TOMÁS: Espero mi turno.
Catalina le pasa un vaso a Ana.

ANA: El único que voy a tomar, lo juro. Solo para el brindis.
TOMÁS: ¿Qué se festeja?
ANA: ¿No le dijiste?
CATALINA: Tomás no te da chances de que le transmitas buenas noticias, igual nada del otro mundo.
TOMÁS: ¿Negocios?
CATALINA: Ponele, vamos a tener un nene.

TOMÁS: Eh.

CATALINA: Vamos a tener un nene. Con Víctor.

ANA: ¿No es maravilloso?

CATALINA: Hace un rato fue mi último cigarrillo, este va a ser mi último whisky.

Entra Víctor con dos whiskies.

VÍCTOR: Tomás, ¿bebe usted?

CATALINA: Igual, como todas las parejas de la tierra, la dama siempre concluye menos ebria que el caballero.

VÍCTOR: Por las dudas le traje.

CATALINA: Te traje.

VÍCTOR: Sí, te traje whisky.

ANA: Catalina lo estaba poniendo al tanto de las últimas novedades.

VÍCTOR: Importado. Si les parece después del aperitivo comemos finalmente... ¿Qué novedades?

ANA: Tu hijo.

VÍCTOR: Ah sí, hay un hijo... es que en nuestra pareja un final infeliz hubiese sido demagogia. A propósito, entendí por qué la mujer de la piel dulce elimina de un escopetazo al marido.

CATALINA: ¿Sí, por qué?

VÍCTOR: Porque no tienen hijos.

ANA: Puede ser, nada que perder.

TOMÁS: No, no puede ser.

VÍCTOR: ¿Eh?

TOMÁS: Sí tienen una hija.

VÍCTOR: Tomás, lo noto afligido, ¿o es el pánico previo a un estreno? No hay de qué preocuparse, un director correcto, algún actor de moda y mi dinero. Ya verá cómo los mismos que lo despreciaban por su condición de profesor serán los que le rindan pleitesía en cuanto aparezca su

primera foto en el diario sobre una crítica elogiosa. Y no salga con esa debilidad moral de que usted será el mismo que daba clases, un paraguas siempre es un paraguas y nunca sirve para otra cosa, pero, estimado socio, en nuestro mundo los paraguas son más caros cuando llueve, métaselo en la sangre, caso contrario usted no está entendiendo nada privándose, de paso, de una posibilidad privilegiada para divertirse. Además, con esa cara lo necesita. ¿Son muy torturados los dramaturgos?

TOMÁS: Depende de cómo les va.

VÍCTOR: Qué tontos... Muy *demodé*.

TOMÁS: ¿Qué cosa?

VÍCTOR: El *spleen*. Y ahora un brindis, pero, por favor, bajo el imperio del afecto. Por el nuevo libro, por la obra y por el nuevo mediocre que llegará al mundo.

ANA: ¡Víctor!

VÍCTOR: Es un chiste.

CATALINA: Sabrán que entre nosotros hay una tabla de valores inviolable, primero los chistes, después los polvos y, muy lejos, la verdad.

VÍCTOR: Salud.

Brindan.

Ana, ¿podrías deleitarnos antes de cenar con una lectura?

CATALINA: Ah sería fantástico.

ANA: Oh, no, no. No estoy preparada.

VÍCTOR: Pero si es solo una lectura. (*Va a buscar dos ejemplares*).

CATALINA: Ana, tomalo como un juicio de tu crítica más severa será un placer.

ANA: ¿Quieren?

VÍCTOR: Por favor Ana. (*Le pasa un ejemplar a Ana y otro a Tomás*).
¿Lo leyó?

TOMÁS: No, no.

VÍCTOR: Un libro por año. Ana desde su inocencia entiende perfectamente los ritmos del mercado. ¿Podrá escribir usted una obra por año?

CATALINA: Shh.

VÍCTOR: Hay en Ana una gran dramaturga. Tenga cuidado.

CATALINA: Shhh.

ANA: *(Lee)*. Quizá, el amor, en tanto perteneciente al mundo inmaterial, es la única irrealidad que nos puede ayudar a habitar la realidad. Así, no debo estar con alguien que no piense que fui violada y asesinada cuando al volver del supermercado tarde cinco minutos. El amor dota de intensidad a lo cotidiano, volviendo de vida o muerte el destello de una mirada, la intención de una frase, la cucharita al costado del café. *(Levanta la cabeza del libro, narra de memoria)*. Quisiera, al caer una flor, recoger tu tristeza. Responder a la góndola del supermercado con fe en sentir. Las ideas están de pie cuando adoran a la sensibilidad. Amar, como el tiempo, como el mar, quita. A cambio me deja en la indigencia original desde donde pedir un milagro.

Tiempo.

APAGÓN

Otilia Buena Ventura

Luis Serradori

LUIS SERRADORI

Nació en Monte Caseros, Corrientes, en 1980. Integrante del grupo de teatro Raíces. Actuó en obras como *Gurka*, *Una carretilla de música*, *La pasión del piquetero*, de Vicente Zito Lema.

Sus maestros son Susana Bernardí del grupo de teatro Raíces. Y en dramaturgia, Vicente Zito Lema. Recorrió junto con el grupo Raíces gran parte de Latinoamérica.

Autor, director y actor de *El gran fracaso*; director y autor de *La casa de los colores*, *Patria de Ostias* y *Las hijas idiotas*.

Participó como actor en la obra *Megafón o la guerra*, bajo la dirección de Adrián Blanco; coproducción del Teatro Nacional Cervantes y el Instituto de Cultura de Chaco. También actuó en *La riña* y en *Aquellos días felices*, series de televisión argentina dirigidas y escritas por Maximiliano González, realizadas en 2011 y 2012, en el marco del Concurso de Series de Ficción Federal promovido por el Instituto de Cine y Artes Audiovisuales (INCAA).

Es coautor de la serie ganadora del Concurso Nacional de Ficciones Federales del INCAA, *Pueblo que fue*.

Actuó en el telefilme *Ibarreña*, de Alfredo Rodríguez.

Fue ganador del concurso Corrientes escribe teatro del INT, con su obra *Las hijas idiotas*; obtuvo el Primer Premio en el concurso El NEA escribe teatro, por su obra *Los reídos*; y el Primer Premio en Concurso Nacional por región NEA con la obra *Otilia Buenaventura*.

Actualmente escribe teatro y guiones audiovisuales. Y dicta becas para teatristas de la región en actuación por el INT. Coordina al grupo de teatro Raíces representando a Corrientes en diferentes encuentros y festivales.

Acto 1

Estamos en un jardín, Otilia. En el centro del césped hay una mesita blanca y ahí te encontrás sentada en una silla, también blanca, y dormís sobre tus brazos apoyados en la mesa. Después de un tiempo (tiempo en el que suena un grillo hasta resultarnos casi insoportable) despertás. Compulsivamente te calzás tus gafas oscuras, compulsivamente te metés unas pastillas en la boca y, acto seguido, bebés el culito que le resta al vaso con whisky que hay en la mesa junto a otras botellas; vacías unas, y otras a medio tomar. Ahora, una sonrisa radiante congela tu rostro de 65 años seguido de un suspiro teatral; suspiro que pareciera intentar quitarte una maldición de encima, y que, con ese gesto, que es una instantánea de tu dolorosa dignidad, vemos el perfil pálido y la refinada tristeza de una mujer golpeada por el alcohol... y algo más. Cada tanto, cuando te aburrís o no sabés qué hacer, se escapa de tu boca una risita parecida a un gemido infeliz, es tu marca, Otilia, esta risa triste. Porque esto trata sobre eso.

La voz del autor, esta misma voz que escuchamos y que proviene del jardín, del espacio mismo donde se hallan las flores y las enredaderas que cubren las paredes, es suave y extremadamente humana, y es presencia en Otilia. Esta voz, Otilia, dialoga, conjura y ordena. Porque así lo soñaste.

Hola.

El autor está en camino.

Silencio, servite un trago.

He aquí... mi personaje.

Mas no una mujer.
Aunque soy mujer.
Una mujer... después de ser mujer.

Tiempo.

¿Calor, no? ¿O frío?
¿Frío o calor?
Vaya uno... una... a saber.

Risita-infeliz.

Tiempo.

¿Primavera-verano-otoño-invierno?
¿Parece viernes, no?
¿O lunes, parece... parece... sábado?
Sí. Sábado: noche de espectáculo.

Golpecito ágil en la sien.

¡Oh! qué más da.

Tiempo.

No se preocupen. El autor está en camino.

Silencio.

Hay una pregunta.

*Cuando hay eso, Otilia, silencio y una pregunta en el
aire... ¿qué te pasa?*

No respondas.

Mirá tu jardín.

Y sorbito de whisky.

Y seguimos.

Otilia.

Otilia Buenaventura.

Mujer soy.

De familia es Otilia.

Yo

Soy

Madre.

Tiempo.

Compra y venta. Madre: “Antigüedades Buenaventura”.

Tiempo.

Aparece un recuerdo.

¡Ah! Mi vida...

Linda vida. Buena vida, buen pasar: ¡e-du-ca-ción!

Buenos dientes, buenos psicólogos, buenas noches, buenos tiempos, buenos vinos, buen whisky, buenos amigos, buena piel, buen amante, buen orgasmo, buen apetito, buena digestión.

Tiempo.

Antes de la depresión, claro. Después... adiós alegría y buenos para nada: ni terapias, ni dientes, ni masajes, ni piscinas, ni un pedazo de pan y cagar como la hostia.

No te enojas. No todavía.

Buenos para nada.

Pero decilo.

Otilia caga mal.

Cruzada.

En primavera-verano-otoño-invierno: mala digestión.

Decilo.

Otilia sufre. Es una niña y la depresión rompe el bien.

Económica.

La depresión.

Y el padre de Otilia es la depresión y el estómago de Otilia niña se manifiesta.

Tiempo. Te angustia. No jodas con la angustia. No todavía.

Risita-infeliz y sorbito de tu whisky.

Ok.

Muere un hijo además. El más lindo, el más deseado. Se le muere un hermano a Otilia.

¿Dónde?

En las islas.

La familia llora. Pero chocha ella: la familia. Tienen el

retrato de un héroe de 18 años en la pared.
Después el dinero se hace mierda, se fuga, se va. Se
deprimen todos. Quedamos hechos...

Apurá el trago que te queda.

...unos fantasmas.

Tiempo.

Escuchamos al grillo.

Un poco más... del horrible grillo.

Cri, cri, cri, cri...

Tu hermano, Otilia ¿Cómo era?

Dulce como un mamón, un ser superior, dulce y trágico
como yo.

*¿En la familia todos fueron dulces como un mamón,
seres trágicos y superiores?*

No.

Absolutamente, no.

Solo los hijos. Nacidos con gracia, tocados por la varita,
como dicen.

Sí. Solo los hijos.

Los padres, no. Ellos... hicieron dinero.

Y después se hicieron mierda.

Hablame de ellos.

Ok. "Familia neurótica al mejor estilo freudiano".

Hachazo al espíritu de mi padre.

¿Hachazo?

Sí. ¡Y además!:

Madre enferma.

Padre no soporta verla enferma

Padre cae de un caballo jugando polo

Padre rompe su cadera

Un sal-pi-cón...

Risita-infeliz.

La cadera.

Risita-infeliz.

¡Ah! Y esto otro:

Internación de padre y madre
Padre brote sicótico.
Compulsivamente quiere matarnos a todos.
Compra y venta-compra y venta.
Vendemos todo.
¡TODO!
Hasta el enano de jardín.

Respirá, Otilia.

Recordá que son palabras, tienen que llegar.

Son palabras y es difícil trabajar con ellas.

Respirá.

¿Te gusta hablar conmigo?

Sí.

Seguimos.

Palabras.

Préstamos y deudas que una tiene.

Y madre enferma-hermano muerto-padre sicótico.

La combinación es explosiva.

Y yo, niña.

Yo y mi estómago y yo siempre.

La pobre niña, yo.

Madre.

Cruda.

Aguanto.

Cargo.

Me callo.

Cago como la hostia...

Estás mareada.

... y brindo. Mareada sí, me gusta hablar con vos.

Tiempo, Otilia. Tiempo.

Ok. Tiempo.

¿Por qué cruda?

Cruda por la tragedia.

Entiendo.

Te gusta hablar conmigo. ¿Cuánto hace que nos conocemos?

¡Puff! Añares.

Hacé lo único que sabés hacer cuando recordás este tipo de cosas.

Sí, eso. Bebé tu whisky, Otilia. Vamos bien, estás hablando conmigo.

No se preocupen...

El autor está en camino.

Me hacés reír.

Y cuando el autor está en camino... hay esperanzas.

Otilia también espera ¿no?

Sí.

Y al final vino gente, ¿eh?

Tenías miedo.

¿Miedo quién?

Miedo a que llegue el día y te encuentres sola en el escenario.

Ese tipo de miedos.

Mirá toda la gente que vino a verte a vos.

Aja. A Otilia.

Estás feliz, ¿no?

Mm... feliz es demasiado. Con estar alcanza.

Entiendo. ¿Y ahora estás silbando?

Sí.

¿Qué es? Me suena pero...

Una chamarrita. La tarareaba en el pozo.

Entiendo.

¿Hay recuerdos de eso?

Tiempo.

Sí, hay recuerdos sobre eso.

No todavía, ¿no?

No. Estamos bien. Vino gente a verte. Parecés feliz.

Feliz es demasiado. Un poquito, casi nada.

Y ahora te tapás la boca con la mano derecha; como jugando a no querer decir lo que estás pensando. Pero como sos incorregible lo vas a decir de todos modos.

Mi vagina es un resorte.

Incorregible. Tiempo.

Estoy leyendo un libro.

¿Ah, sí? ¿Otilia lee... todavía?

Con el ojo sano. El otro gotea su membrillo ¿viste? Un asco. Allá los ojos se apagan.

En el pozo.

La distancia es corta, viste. Y últimamente no me convencen los libros: *Ética y pornografía*, también leí hace poco *La extensión del espejo* y una trilogía que aborda el tema de la lucha de clases compuesta por Ayer, Hoy y Mañana.

Clásico.

Sí. Y la editorial ya anunció un cuarto tomo que no pienso comprar: *La lucha de clases y la vuelta de página a la vuelta de la esquina*.

Clásico. Te lo estás inventando.

Cínicos, diría yo. Y, sí. Me lo estoy inventando.

En fin...

Otilia lee.

Otilia se rasca una teta.

Otilia huele a sexo derretido.

Otilia y yo.

Mujer soy.

Actriz soy.

Y bicho raro, rarísimo, comienza a caminar en la lengua.

Ja. ¿Qué estás diciendo?

Bicho raro, rarísimo, comienza a caminar las mil millones de lenguas de un país llamado "Otilia Buenaventura".

Estás inspirada, ¿eh?

No. Yo no conozco eso, la inspiración nunca pasó por mi casa. Alcohol y ansiolíticos son mi talento.

Estás mezclando todo. Cuidado.

¡El libro que leí te estoy diciendo! *Bicho raro, rarísimo, camina las mil millones de lenguas de un país llamado "Otilia Buenaventura"*.

Y no. No se puede mezclar la medicación con alcohol. Pero si no lo hago soy un invierno todo el año.

Callate, Otilia. Cuidá las palabras.

¡Mi propósito te estoy diciendo!

¿A ver...?

Construir con estas palabras una máquina, un cuerpo... y salvar a ese país.

Delirios de grandeza.

Me decían, de joven-chiquitita: delirios de grandeza y trastornos alimenticios. Temporadas, gorda fría y temporadas, flaca caliente. Primavera-verano-otoño-invierno y...

¡Ah! Casi lo olvidaba.

¡Además!:

Otilia planchando y arará en el desierto.

Otilia chupando culo de ángel.

Otilia sangrando llamas.

Otilia con azúcar en los nervios.

Otilia babea, constipa pijas en su estómago.

Otilia caga pijas y bolas de toro.

Todo lo que se coge después se lo caga.

Come mierda, come y habla. Tiempo y habla.

Silencio. Sorbito.

Una locura la vida. Eso. Bebo. Fumo. Le dije al autor. Te lo dije. Que no llegás nunca y ponés la jeta acá. Te dije y estuviste de acuerdo. Estuviste conmigo allá en lo perdido y ahora estás acá.

Fiel. Fiel. Fiel.

Pero no ponés la cara.

Tiempo, acá, te dije. Me mata esta parte. Es tan confusa...

Estuviste de acuerdo. Tiempo, dijimos. Confundámonos.
Y más sorbitos mientras canturreo mi chamarrita.

Otilia canta. Otilia puede ser interpretada por un hombre, aunque Otilia es mujer, puede ser interpretada por un hombre o por una mujer. El punto es que, si Otilia es interpretada por un hombre, este debe ser un joven actor. Si Otilia es interpretada por una mujer, esta debe tener sesenta y cinco años.

Se aburren, pajarito, con esas intervenciones.

¿Quiénes?

Estos de adelante. Se les nota en la cara.

“Caprichosamente confusos” piensan.

Tanta libertad y se aburren. ¿Qué extraño no?

*No pienses en eso. No pienso en eso. Me llamaste.
Vamos a contar una historia.*

Ok. No pienso.

¿Cómo se hace para no pensar?

Mirá el culito de las botellas. El poquito whisky que les queda a las botellas es el tiempo que nos resta. Y ahora te distraés mirando las flores, pero antes quitate las gafas, y miralas como lo que son; tus flores, y el verde que te rodea en este jardín que inventamos. Después... te repetís; hablando para adentro.

Te repetís: extraño es el tiempo, acá, en este jardín, donde no sabemos bien lo que somos.

Pedos fantasmas.

Decilo aunque no te guste.

Extraño es el tiempo, acá, en este jardín. Donde no sabemos bien lo que somos.

Y seguimos con el espectáculo.

Mejor así.

Mujer soy.

Actriz.

Y este jardín es la última posibilidad.

Y hablar la lengua.

Intentar la lengua que no se puede.

La última realidad.

Sí. La última realidad. De eso trata... creo.

Mirá. Entre mi memoria que es un espanto y tus intervenciones poéticas estamos muertos. Pero me acuerdo. Leí hace poco, leí o inventé antes de dormirme: *La última realidad* y me pregunté, ¿qué corno viene después de eso... qué sucede después de la última realidad? Me dormí antes de que llegue la respuesta.

Hago eso ¿sabés?

Sí, claro que lo sé.

Antes de dormir, en ese momentito dulce entre Dios y yo, el único por el que vale la pena vivir, sueño libros de mil páginas en dos minutos y me pregunto cosas, sobre la vida... después me duermo. Me plancho como un tronco. Ronco y descascaro las paredes con la jeta abierta de vieja alcohólica que todavía sueña. ¡Un tufillo a castrados hay por la mañana en la habitación! Revienta el aire, pajarito. Tengo que correr en bombacha y abrir las ventanas. Entra el sol con sus herramientas y me pongo en clima.

Un espanto, mi memoria, ¿sabés? Parece puesta con alfileres sobre una tela de araña. Pero recuerdo los primeros versos de algún libro que soñé: "Luz de luna quema; una niña (yo seguramente) limpia como un espejo bajo el agua, vestidito blanco, zapatitos negros, y en la orilla se mira un joven, ve su rostro (y es el mío). Estamos bajo el agua".

¿Bello, no?

Es sólo un sueño.

El problema del sueño es que solo el joven ve su rostro (y es el mío), yo no puedo ver el suyo. Me desespera.

Silencio, Otilia. Acá silencio. Para que el que quiera entrar... entre.

Disparates. ¿Entrar, dónde?

Tiempo.

Tiempo nada. ¿Entrar, dónde?

En tu cabeza, Otilia, que es un país perdido. No hay que separar las cosas, hay que darles tiempo para que vuelvan a ser una sola.

Ya me dividieron en dos mitades una vez.

No entres ahí. No todavía.

Yo sé lo que siente una sandía cuando la cortan al medio.

Eso no. Otra cosa. No todavía.

El problema es que me cortaron en dos como a una sandía y no me convidaron ni las gotas. Escupieron las semillas.

¿Te gusta mi voz?

Da la cara, pajarón. Ok. Sigo con lo mío. Entiendo y no soy tarada. Sigo. Le dije al autor, te dije, hagamos de todo un poco. Un poquito de acá, un poquito de allá. Un poquito de mi mierda, de mis flores, y tu voz... que resplandece el jardín cuando llega... que no puede faltar. Una condición: no me hagas correr ni bailar como una demente. Por favor, no. No esas boludeces. Nada de danza ni música incidental ni nada de melodrama estilizado que se vende como tragedia de última estampa.

Poneme en un jardín, mi amor. Poneme y acompañaime porque sola no puedo. Completamente borracha poneme con mis flores y los dientes que me quedan y mis whiskys. Y yo me encargo de despertar, y mirá que cuando yo me despierto y comienzo a hablar, chao mundo.

Eso le dije, eso te dije.

La boca es este espacio.

Dijo él.

Sí, dije yo.

Y tu lengua es este jardín, flores y grillos.

Sí. Boca cuna y tumba, dije yo.

Y dije también: ¿a esta altura, pichoncito, quién puede pretender ser un Chéjov?

No causó gracia. Porque lo mío no es reír. Sin embargo... me puso en un jardín con toda mi mierda y el espectáculo avanza de lo lindo.

¿Aunque no tenga sentido?

¿Quién dice que no tiene sentido?

Los que te vieron, Otilia. Y algunas críticas...

¿Te referís a los claveles autores jóvenes esos?

No los llames así.

¿Esos?

¿Los ositos de peluche esos con urticaria que escriben “opiniones” y publican su foto al costado de la crítica y se ve la carita con el dedo en el mentón?

¿Los nuevos lavaplatos con sus obras maestras de tres páginas que son balbuceos de actores que no leyeron ni Corín Tellado. Ni hablar de *El Quijote* o *La Odisea*. ¿Esos, decís? ¿Que no tiene sentido, dicen? ¡No, chiquito! Ese es su problema. Yo tengo sentido. Soy el renacimiento del sentido.

Y si no preguntale a La Revolución Libertadora en los años cincuenta, donde mi mamá piloteaba uno de esos oscuros aviones que decían “Cristo vence” mientras yo iba en su panza, y la muy pajera echaba bombas y escupía a gritos: “¡Muerte a los negros!” sin saber que el renacuajo que llevaba en el vientre iba a ser años después uno de esos negros.

Con eso alcanza.

No. No alcanza, pajarito. Preguntale al primer peronismo de Perón, cuando yo no había nacido todavía, pero del que años después heredé la mística, mística que me hizo mierda dicho sea de paso, y preguntale al último peronismo de Perón en el que sí yo estaba vivita y coleando. Sí, que estaba viva, pendejo-lavaplatos-kamikaze-del monosílabo. Alcanzaba con lo primero, Otilia.

No. No alcanzaba. Acá se pajerea mucho escribiendo. Mirá, tienen que entender esos, que yo estoy acá y sé muy bien por qué estoy acá.

Respirá.

Respiro, claro que respiro, pajarito, si no me muero.

El último peronismo de Perón es parte de mi maldición y es una de las razones de que yo esté ahora acá sentada como una hiena apedreada. Y lo quiero decir ¿y qué? ¿Me van a censurar? ¿Me van a espantar con críticas? ¿A una

vieja que ya huele las calas que la van a acompañar bajo tierra? ¡Pero, por favor!

Basta. Ahora sí, con eso... alcanza y sobra.

No alcanza. Nunca alcanza. Porque las palabras están dormidas acá. Porque hay que pegarles un sacudón y cantar la justa. Que le pregunten a la última dictadura y al país entero que se la comió doblada.

¿Puedo acá hacer como que les hablo a ellos, no?

Pregúntenles estilistas y lavaplatos inapetentes al intento de democracia en la primavera más boluda que tuvo un país sobre esta tierra. ¡Y mirá que las primaveras son famosísimas, eh! Pues bien, tuvimos nuestra oportunidad y fue la más ñoña de todas. Avanzados los ochenta estornudaban flores de felices que estaban. ¿Y qué pasó? Se estropeó todo con el miedo.

Y por último: pregunten por los sueños masacrados y por los miles de muertos, si no tiene sentido estar muertos; muertos que se salvaron, porque los que en realidad estamos muertos somos nosotros los sobrevivientes, los que no sabemos qué conchuda cosa hacer con esta época de mierda y recién ahorita nos dimos cuenta que salvarse fue el error.

¡¡¡Ya sé, ya sé, ya sé!!!

Van a decir todos que esto que digo es viejo, que huele a tufillo y sepia. Solo me falta el paraguas de Rucci o el trapo sucio de Leonardo Fabio puesto en la cabeza. Aunque no soy ni uno ni otro. Soy Otilia.

Pero dejame decirle al autor de pacotilla ese, que MI SENTIDO está intacto y...

¿Y qué mierda seguía? Me olvidé la letra.

No importa, Otilia, ya sabemos todo, ya sabemos quién es Otilia.

Mis tetas saben quién es Otilia. O tendrían que saber. No saben nada. Soy mucho más que esta pavada que acabo de decir: pasto para diletantes. Lo sabés vos también. El asunto es otro.

¡Ah! Y casi me olvidaba de esta parte.

No digas eso. Acordamos que no.

Alzo una mano y digo: Hola y juro.

Otilia, se van a ir.

Juro nunca más volver a masturbarme en mi vida por la historia de este país.

Me hago cargo. Liberate. Que conste en acta: el autor que escribió esta obra no escribió esta parte. Lo pensé mucho y no es una decisión impulsiva-compulsiva-arrebatada. No queda una pizca de adolescencia en los actos que sucedan en este jardín. No. Toda la noche lo medité mientras estudiaba la letra de mi personaje.

¡¿Escucharon?! ¡¡¡Mi personaje!!!

No grites, Otilia.

Está bien. No grito. Pero lo digo.

No me hace bien. Después de 35 años me doy cuenta que la masturbación es mala. Me estoy consumiendo a mí misma, los dedos de los pies se me acalambran. Ramas secas los dedos de los pies. No quiero comer más de mi carne podrida, la llave del sabor perdido. No quiero pensar más y meterme los dedos en el culo y pellizcar las tetas muertas arañando con mi cabeza imágenes frías, muslos, vergas, abdominales y espaldas de terciopelo inalcanzable.
¡¡¡Yo!!!

No grites, Otilia.

Ok. No grito.

Otilia Buenaventura.

Juro por mi salud mental.

Por la salud mental de mi pueblo.

Por la sangre de los muertos que se tiran pedos bajo tierra, no masturbarme nunca más pensando en fetos revolucionarios que vuelven mi vagina una plancha a vapor, los ojos de mona alucinada, la carne se ofrece barata, me ofendo vacía, agotada en mí misma, calambres ordinarios y cólicos como mandíbulas de membrillo en el vientre.

Silencio.

¿Estás satisfecha ahora?

No.

¿Quieres que aplaudan?

No.

Bravo, aplausos para Otilia y su monólogo lisérgico que lo dice todo.

Ironías conmigo no, pajarito.

¿Qué buscás? ¿Qué querés lograr hablando así?

Lo que a mí me mata es esta democracia de masturbadores compulsivos.

¡Es un libro! ¡Es un libro! No lo estoy diciendo yo. Lo leí hace poco. Pueden bajarlo por internet. “La democracia masturbada” tenía el link anotado por ahí. ¿Dónde está la servilleta?

Basta. Tiempo, tiempo, hablá de otra cosa.

¿Calor, no?

Sí, eso.

Nuevamente... un calor inhumano.

El tiempo pasa y primavera-verano-otoño-invierno siempre. Y el tiempo pasa y así...

Cualquier cosa, Otilia, ya no importa.

Lo dulce se pone agrio... los jóvenes viejos... y después están los otros.

¿Los otros?

Los dormidos olvidados... que están hablando y nadie los escucha.

¿Quiénes?

Los dormidos olvidados.

¿Solo Otilia los escucha?

Están hablando, desafinando y desafiando porque ya perdieron el idioma los pobrecitos. Ya no pueden comunicarse.

Mierda, cómo me entristece esto. Hablando los olvidamos.

Vas directo al estrellato, Otilia.

Yo sé que estas palabras ya no le interesan al mundo... pero son las únicas que tengo. ¿Y qué puedo hacer? ¿Comerme mi propia lengua? No puedo, pajarito. No me animo. Acordate que el miedo es la peor de las adicciones de Otilia. Ojalá pueda cortarme la lengua como en la película horrible esa de Federico Luppi... ¿Cómo se llamaba? Bueno, no importa. ¿Y qué hago después sin lengua? Cuidar estas flores no me alcanza.

Son de plástico.

Autor, vos sos mi familia, no seas cruel. Sabés a qué me refiero.

Tomá uno de los ansiolíticos.

¿Otro? ¿No será mucho, Otilia?

No. Tomalo.

Lindo sería ser espacio y tiempo y nada más, y no cuerpo, no lengua, no vientre. Estar ahí, ser sin ser; la boca del espacio y el tiempo, que son como una forma de justicia que no busca nada. Un cuerpo más allá del cuerpo...

Otilia.

Qué.

Esto es imposible.

Quiero decir algo.

No.

¿Me dejás decir algo?

No.

Algo que no salga de tu boca.

No es mi boca.

Sabés que es tu boca aunque yo esté hablando.

No es mi boca.

Anoche escupí rosado.

No. Es más de lo mismo. Hablemos de tu hijo.

¿Qué?

Hablamos de tu padre y tu madre y tu hermano... pero no hablamos de él.

Yo no hablo de mi hijo.

¿Por qué?

Porque no se puede hablar del hijo que no tuve. ¿Sos tarado, pajarito?

No juegues conmigo.

Yo no hablo con lo que no me habla.

Todo el tiempo hablás de tu hijo, Otilia.

Eso quería decir.

Con otras palabras pero hablás de él.

No es difícil decir la verdad. Lo difícil es decirla bien.

¿Por qué se suicidó, Otilia?

¡Qué! ¿Cómo se va a suicidar algo que no nació?

¿No nació? Vos dijiste que nació. Hay un recuerdo, un gemido.

¿Yo dije eso? Seguro estaba borracha, o drogada o mal cogida. ¿Cómo voy a decir eso?

Mirá, tengo tres cuartas partes de mi cerebro arruinadas. Mi hijo está en esas tres cuartas partes. Aunque quiera llegar yo no puedo.

¿Dónde está?

¿Quién? ¿El que no existe...?

Sí, el que no existe.

En una balsita con el Quijote y el joven Werther y el príncipe Rimbaud flotando en el rincón olvidado de mi cerebro que es un mar de vidrios. Ya no puedo visitarlos ni me hablan. Se perdieron.

Él te habla. Todo el tiempo.

¡Pero qué mocos! ¡Qué farsante usurpador sos vos! ¿A quién querés hacer llorar con esto?

Está en tus diarios.

Yo no escribí eso ni dije eso. ¿Cómo podés creerle a una herida llena de alcohol y barbitúricos que habla estupideces cuando

está ebria y cuando está sobria se masturba! ¡Ingenuidad no, pajarito! La creación es brutal como un demonio.

Si la palabra no mata no existe. Lo escribiste, tenías 20 años, está en tus diarios.

Y ahora estás cumpliendo esa promesa.

¿Yo escribí eso? No recuerdo esas palabras.

Otilia. ¿A qué estás jugando?

Ok. Estoy jugando y no pienso tomarme el mundo en serio nunca más. Sigo mi juego y el que no quiere entrar se jode.

Sigo: no puedo aclarar si escupí o vomité, ya que fue una pequeña expulsión de líquido espeso que no llegaba al grado suficiente como para llamarlo “vomito” pero tampoco era tan pequeña como para decir “caramba, esto es un escupitajo”.

Un silencio de universos necesitamos acá. Y paciencia de oro para el espectador.

¿Te aburrís?

No importa.

Contestá. ¿Te aburre?

Eso no importa.

Mostrá la jeta entonces. Quiero conocer tus rasgos y como no me mostrás tu carita, el color de tus ojitos, el perfil y todo eso, sigo con lo mío.

Voy a decir algo increíble.

No.

Esto tenés que ponerlo. Divierte.

No.

Soy licenciada en literatura y soy especialista en hacerme la pelotuda. Hablo lengua francesa y tengo un doctorado en semiótica y semántica. Estudié en una de las mejores universidades del país y además soy actriz, psicóloga, psiquiatra. Fui jueza en un pueblo llamado Ernesto Sábato e imagino poemas surrealistas antes de dormirme. Mi vida es esa y me alcanza. Tres cuartas partes. Y anoche además

de escupir o vomitar rosado también cagué amarillo.

Es demasiado.

Es el hígado. Amarillo patito.

Demasiado.

Dicen que miento compulsivamente pero alguien tiene que revolver la sopa cuajada de caracoles en mi vientre. Soy hija de un demonio y...

Otilia, sos la máscara de Otilia, la chica joven que prometió escribir.

¡Pero qué barbaridad decís...! Mejor lo dejo ahí.

Dicen que un hígado malo hace que la gente mienta o delire o se comporte como una tonta, que es todo lo mismo.

Y yo me voy a encargar y te voy a arrancar esa máscara.

O este estómago de cangrejo heredado de mis ancestros.

Primero las gafas, después la pintura de los labios, la peluca barata y después... la piel del rostro. Otilia, queremos ver.

Y esto otro: bilis negra y amarilla, a veces sangre con pedacitos de carne, artefactos... a veces.

Con tus propias palabras te voy a arrancar la piel del rostro y voy a ver qué hay detrás, vieja mentirosa.

¡Ay! pero qué mocos más ingenuo. ¿Así querés llegar al gran público? “Con palabras te voy a despellejar la piel del rostro, Otilia...”

Te conozco, Otilia. Yo sé.

Dice el autor, espectadores: “Otilia, esto no tiene sentido si no te despellejás el rostro”. Mirá qué fácil.

Me miro al espejo y está todo: boca, nariz, orejas, labios, etc. Parecida a la burra pero una mente brillante.

Mi madre odiaba a los negros y a los indios, que para ella eran la misma raza. La muy burra. Vergüenza debería darme no decir lo que mi madre odiaba. Vergüenza debería darme no decir lo que este país odia. Yo no odio a los negros, ni a los indios, ni a los putos, ni a los que tengo poderosísimas razones para odiar.

¿Por qué? ¿Por qué no odias a los que tenés poderosas razones para odiar?

Porque yo me odio a mí misma, chiquito. Y es lo más parecido a estar en paz con mi conciencia.

Silencio. Escuchemos al jardín. Tarde o temprano... el rostro de Otilia va a caer, como la piel de una serpiente.

El jardín quizá diga algo sensato.

Esto es tremendo. Escuchá esto y juro que no hablé más de mi madre:

Seis meses de embarazo.

Yo ahí.

Re podrida, re agitada, hambrienta y pelotuda en el agua de la madre.

Y la madre, la pobre zorra que adora a Roca y a Sarmiento y se emborracha cada noche... Una aristócrata ella, eh. Le importa menos que nada la criatura de su vientre.

Sí. Se cae de las escaleras.

Se golpea todo mi cuerpo en el cuerpo de mi madre. Tong. Tong. Crash...

Se derrama el azul y...

Prematura.

Sin pulmones.

Sin orejas.

Apenas ojos.

Apenas boca.

Nace Otilia.

¡¡No!! Te equivocás, pajarito: nace la revolución. Y la partera grita: "¡Tiene una crisálida pegada a la carne este bichito!".

Se espantan todos.

Soy yo.

Soy yo.

Otilia Buenaventura.

No el bichito, eh...

No la niña recién nacida.

Tiempo, respirá.

Soy la crisálida pegada al cuerpo, mi amor, la revolución.

Y acabo de nacer.

Oscuridad sobre el jardín.

Escuchamos la música que el jardín ofrece.

Acto 2

Otilia enciende un cigarrillo, tose fiero. Se filtra entre la música, el grillo. Ya no molesta tanto. Hubo discusión sobre lo que debía seguir. Los ensayos, ensueños llenos de alcohol y pastillas. A veces ella llegaba con hombres que encontraba en la calle, policías, serenos, vagabundos. Llegaba tan ebria que la voz debía esperar, y esperaba y el hombre se aprovechaba. A veces, alguno se apiadaba y le daba un baño caliente y le preparaba un café dejándola sentada sola frente a su taza de café humeante en el jardín de invierno. Ella despertaba en su jardín y discutíamos. ¿Quiénes somos? ¿Cuántas voces hay acá? Hubo discusión sobre cómo seguir. No acordamos, pero seguimos adelante. Yo le dije: “Estamos cerca, Otilia”, y ella reaccionó regalándome una de sus mejores sonrisas, y avanzamos.

Descubrí un día que Otilia detesta la oscuridad, descubrí después, que no detesta la oscuridad, más bien le teme.

Le dije al pajarón del autor que me dejó olvidada: “Esos cortes de luz son una tremenda boludez”. Todo el mundo sabe que el teatro no va a desaparecer con un apagón. Que no va a cambiar nada. El viejo gordo sentado en la butaca diez con su cara rechoncha de pulpo con principio de asfixia sigue ahí, pero con la diferencia de que en la oscuridad se siente más ñoño todavía. Debe pensar: “Qué hago yo acá, viendo a esta vieja pajera y encima me deja en la oscuridad”.

Sos muy agresiva.

Yo le preguntaría al señor gordo boludo ese qué hizo mal

en su vida para terminar acá escuchando a esta vieja pajera... Necesariamente algo tuvo que andar mal con su vida.

No es así, Otilia. No entendés. El espectador quiere entender...

Si, es así. Cuando estamos viendo algo y nos dejan a oscuras, solo nos queda una mueca idiota que siempre estuvo ahí, pero que no la vimos porque la luz nos distraía. Dame la luz, chiquito. Soy una mujer mayor y no veo dónde está el cenicero.

Luz.

Gracias. ¿Decías algo del espectador?

Sí, hablaba del goce estético que buscan en el teatro. Gozar, Otilia, es entender y participar.

Forros.

No. El espectador no está en condiciones de destruirlo todo. Hay que protegerlo.

Pero yo vine a matar, pichoncito. Por eso te llamé. Cuando el autor me dijo: “El autor está en camino”, yo me dije: “Cagaste Otilia”.

Yo vine a matar, por eso me abandonó dejándome esa frase: “El autor está en camino”.

¿Cuidar al espectador, decís? Y yo nunca fui niñera de nadie. Y mirá que tuve que hacer de todo cuando me quitaron mi cátedra. Hasta en el puerto trabajé. Cogía como loca ahí. Pero el peor laburo: no. Aguantar niños ajenos es peor que arrancarse una uña del pie.

Dije: “Mi amor, mi angelito, escribime un personaje, ayudame a ser yo”. Lo escribió en un par de noches, nos juntamos, bajaban las botellas de whisky y la palabra llegaba a los ensayos.

Yo colaboré diciéndolo todo y después olvidándolo todo. Él le dio “algo de forma”, yo le dije “me cacho en la forma” y se fue.

No te abandonó, Otilia.

Sí, me abandonó. Si no quiere matar me abandona.

Después los ensayos. Poquísimos, brevísimos, mucha, mucha soledad. La creación es un lugar cruel.

Como parir.

Y ahora el presente.

Un presente extraño...

Pero presente al fin y hay que agradecerlo.

Las flores se marchitan.

¿No eran de plástico?

Quedan algunas flores reales... quedaron del estreno. Después compraste flores de plástico.

Así es la vida, cada función una muerte. Calor que hace ¿no?, y frío y algo de fiebre y un nudo de vestido de niña en las sienes de Otilia.

Le dije al autor en fuga: “Te dije, pajarito, que sea un buen personaje, una dama”. El autor es un niño enfermo. Una nada, angelito, que habla, una voz de niño sin alma, paciencia de oro, feto y verbo, sufre “el mal de Otilia”. Pobrecito, sufre su cuerpo, que es como sufrir una silla vacía, y yo sufro mi reuma y él es tan joven pero no sé por qué tiene reuma.

Otilia.

Sí, pajarito.

A esta altura el espectador entrenado ya se dio cuenta.

¿De qué hablás?

Sos tu propio hijo, Otilia.

¡¡Ja, Ja, Ja!! Mirá cómo me río.

Sos tu propio hijo, piensan y están en lo cierto.

Voy a hacer de cuenta que no dijiste eso, y que lo que me pareció escuchar en realidad fue un pedo fantasma.

Sos tu propio hijo y estás acá para terminar con él.

No pienso responder a esa locura. Soy Otilia. Un cuerpo sufre un cuerpo. Punto. Punto. Punto.

Ahora: tenía que ser visceral, romántico, también locuaz y

siniestro, algo común, algo desnudo, algo de sol para el teatro. Le dije...

Estornudá.

... te dije, escribime algo que diga algo, pero que no deje de ser como la vida misma...

Es el polen de las flores. Te hacen estornudar.

... como cuando nos levantamos bien temprano y echamos una buena cagada y el paquete sale del monasterio y eso nos alegra el día. Algo sincero, sencillo. ¿Es tan difícil? Pero me salís con todo esto.

Me llamaste llorando. Me llamabas cada noche llorando.

Y qué calor hace acá, ¿no?

"San Gabriel", repetías. Y llorabas cada noche.

No me metas ahí, pajarito.

San Gabriel, en el jardín, luchando contra los demonios.

Pichoncito, no me metas ahí. Al pozo, no. Está cerrado. La historia hizo justicia. No el tiempo y el espacio como hubiera deseado, pero no importa. Una no puede pretender que sus deseos sean ley.

Mientras vendían todo, mientras hablando los olvidaban, me llamabas y me llamabas y me llamabas y me decías: "El autor se borró, desapareció, el autor está en camino".

Sí. Hasta el enano de jardín. Y me quedé sola.

¿Cuántos cuerpos hay en Otilia?

No respondo locuras. A las gansadas las rebato comiéndome la lengua.

¿Cuántos? ¿Ni siquiera un cuerpo puede sostener la memoria?

La memoria sostiene a los vivos no a los muertos, no te confundas. Mi tía Serafina se arqueaba las pestañas hacia atrás y los ojos eran un horror y recitaba el *Martín Fierro* y lloraban verdaderos fantasmas en la habitación. Me crié así. La gente que me amamantó eran perros, con pedigrí, pero perros al fin.

La boca del comisario ese olía a iguana blanca...
... ese que vino al ensayo un día y habló de Juan Moreira.
¿Te acordás? Era maricón el comisario ese. Contó esa
locura del pibito que se lo garchó comiendo pizza.

*Mezclás todo, la historia del país con literatura y con tu
propia historia familiar. Hablás de todo menos de lo que
pide a gritos hablar. Tenés que separar las cosas para
que vuelvan a ser una.*

Estudí toda mi vida como una mona loca para no ser
como mi señora madre. Terminé en el mismo lugar. Un
jardín vacío.

*Por cada cuerpo perdido una botella de whisky, esa es
tu historia.*

Autor, vos sos mi familia. No seas cruel. Te dije: “Me
quitaron mi cátedra de filosofía esos buenos para nada, no
tengo un mango, escribime algo para hacer unos pesos,
para no reventar sola; el puchito y la botella”. Se fue un día
a comprar puchos y no volvió más. “El autor está en
camino”, dejó escrito con aerosol sobre la enredadera.

*Hablás de la tía Serafina, pero la tía Serafina tenía
bigotes y una verga de buey.*

El olor era a pozo podrido y la habitación se descascaraba.
¿Qué podía hacer? La primera luz que vi fue mi camino.
Me salvé. Mi tía Serafina comía sangre con acelga de bebé
mutilado.

*No existe la tía Serafina, Otilia. Solo el tiempo en el
pozo.*

Autor, vos sos mi familia, no seas cruel. Me echaron del
trabajo por borracha, porque el dolor molesta. Esos necios,
negros del espíritu me dijeron: “Estás borracha, Otilia. Los
alumnos lo notan. ¡Otilia! Dejá de beber”. Me echaron del
mundo cuando me quitaron mi cátedra. Me salvó la actriz.
Te dije que eso me dijeron y el pobre angelito apareció con
su voz y me escribió en una noche.

Llegamos hasta esta parte y el dolor me birló el alma y
empezamos a discutir: “No tiene sentido, no tiene sentido”.

Serafina no existe. El pozo es el recuerdo. Metete ahí,

Otilia.

¡¡No!!

Por el sentido. ¿Qué pasó ahí adentro?

¡Tramposo!

¿Lo dejamos todo por el puto sentido? ¿Eso querés?
¿Abandonarme dos veces cuando ni siquiera llegaste la primera?

¿Y la gente se va y habla pestes del espectáculo y de Otilia?
Ni em-pe-do.

¿Quieren espectáculo y cuando una... uno... se pierde, se atasca, te matan?

“No. Vamos hasta el fondo y que salten las costuras”, dijimos. Pero dame tiempo, pajarito, la agonía se expresa en cuentagotas.

Se están yendo.

Solo quieren matar el tiempo, y eso que les vamos a entregar todo. Mirá, ellos... no entienden el dolor, aunque intenten, no pueden. Parfraseando al General, y desvirtuándolo, pajarito, porque el General es la excusa ideal para decir cualquier cosa en este país, yo voy a decir: “La única verdad... es que una generación revienta y enseguida viene la otra a olvidarla”; a sentarse y pagar la entrada para presenciar el festín de desgracias de unos viejos arruinados. Aunque se desgarran las vestiduras, después salen del teatro y se van a tomar un café. ¡¿Entendés esto?! ¡Un café! Con un café solucionan el drama. No pueden con el dolor. Mirá, ellos...

Vinieron a verte a vos, Otilia Buenaventura, porque vas a decirlo todo pero no estás diciendo nada.

Me marea esta parte. Me parte el corazón. Necesito un aventón. Es de vieja decir aventón.

Están esperando, Otilia. Yo estoy esperando. Me llamaste. Llorabas y aparecí.

Pero la que sigue poniendo la jeta soy yo. Quiero verte la cara, pajarito.

Imposible.

Está bien. Imposible pero vamos a ir hasta el final, estamos llegando. Lo veo. Lo vemos juntos.

Me llamaste llorando y me dijiste: "Nunca hablé de esto con nadie. Sos el primero".

Justo a vos. Dije eso sí, dije eso. Ahí voy, estoy cerca.

Lo que sigue va de pie.

No quiero hacerlo de pie.

No lo hagas de pie.

Te estás convirtiendo en un puto dictador.

Tratar con Otilia provoca eso.

No te pases de listo. Yo te llamé llorando, sos mi criatura y yo no discuto con eso. Ok, va de pie.

No soy tu criatura. ¿De qué criatura hablás?

¿En qué estaba?

Mirá, ellos...

Mirá, ellos... se organizaron bien, están sentados en la oscuridad y alineados y numerados con la misma perfección que tiene un ejército un 25 de Mayo, y sus cinco sentidos afilados, afiladísimos como cuchillos para devorar al artista.

Respirá. Ordená las ideas. ¿Qué estás diciendo?

Tiene sentido. Ya vas a ver.

Una está ahí expuesta completamente. Se enamora de su personaje y lo entrega todo ¿y sabés qué te devuelven al final?

Decilo.

¿Después de masticarte y escupirte?

Decilo de una vez.

Aplausos.

Tiempo.

Aplausos te devuelven. (¿Cómo nace el aplauso?). Como si fuera la cosa más grandiosa del mundo, eso te dan. Un miserable y entusiasta aplauso con sus "¡bravos! y ¡vivas! y

¡hurras!” mientras una, uno, está ahí gota a gota derramando su alma, porque está enamorada.

¿Se puede ser... tan infinitamente ingrato?

Mezclás todo.

Yo conozco a este público. Estuvieron hace treinta años y siguen ahí. Hechizados con todo el horror. La fascinación por la cultura es un puente tendido de generación a generación por donde pasan un montón de muertos. Así como la paloma da la comida a su pichón, así se pasan ellos esta idea idiota de la cultura. Matan, pichoncito. No quieren entrar al mundo del artista, quieren echar una mirada nomás, y después... café y charla, café y charla, café y charla.

¿Y yo qué hago...? ¿Suspiro teatralmente como si me quitara una maldición de encima?

Aire, Otilia. Aire.

Hecha percha estoy. Me deja esta parte. ¿Cuánto vale esto... cuánto vale verme hecha percha? ¿La entrada digo?

Tomá aire, servite un trago.

¿Cuánto vale mi dolor?

Treinta pesos, Otilia.

Están organizados te digo, es sistemático. Me construyen: pagan mi entrada, pagan mi whisky y mi pucho y mis jodidas ganas de matar con palabras.

¿Entendés de qué estamos hablando?

Me mantienen con vida, pajarito. Respiración artificial.

Respirá, pensá con claridad.

Son... torturadores.

¡¡No!!

¿No qué?

No, Otilia.

Silencio.

¡No tenés derecho!

¡Sí, tengo derecho!

No. Aunque estás herida, aunque una herida hable acá no podés decir eso.

Quiero terminarlo ya. Me harté. Apagón y listo.

No.

Si vas a censurarme, si van a pedirme el cloqueo de una gallina prefiero no seguir.

Eso no importa, Otilia. No hay nadie allá adelante... o están todos. Podés terminarlo ya o nunca haberlo iniciado.

¿Entonces qué mierda hago acá?

Necesitamos tu verdad.

¿Y si no tengo una verdad... qué? ¿Y si Otilia no tiene una verdad sino muchas, demasiadas verdades y todas diferentes... qué decir entonces?

Tiempo.

Tiempo el loro que se garchó mi tío Ramón.

No existe.

Sé mi voz, pajarito. Sola no puedo.

Puedo fingir... pero no puedo ser tu voz.

Me gusta... igual es algo ¿no?

Sé que te gusta esta parte.

Me deja exhausta también.

Pero eso, no. Eso que dijiste no se puede decir.

Estoy triste, qué querés que haga. Las palabras salen, preguntan... hasta cuando no preguntan... preguntan. Ellos eligen dónde está la verdad. Son torturadores y están enamorados de Otilia.

¿Ah, sí? ¿Y eso?

Qué.

Son torturadores y están enamorados de Otilia.

Qué.

¿Qué significa?

Qué.

Son torturadores y están enamorados de Otilia.

¿Yo dije eso?

Sí.

¿Puedo...?

¿Puedo... quedarme callada un minuto... un minuto y llorar... hacer como... que lloro... ocultando mi rostro?

Claro que podés hacer eso, Otilia.

Solo un minuto.

Otilia oculta su rostro entre sus manos. Escuchamos un gemido naciendo suavemente desde su voz. Escuchamos al grillo y un viento suave entra al jardín.

1-2-3-4-5-6-7-8-9-10-11-12-13-14-15-16-17-18-19-20-21-22-23-24-25-26-27-28-29-30-31-32-33-34-35-36-37

Listo. Con eso alcanza. Seca, completamente, ni una lágrima. Perdí la magia. Tengo sed...

Pediles perdón.

¿...decías? No escuché bien.

No teagas la tonta. Sé que no te gusta esta parte.

¿Pedir perdón? ¿Justo yo?

Sí.

Ves a un perro que viene y en su boca trae a un pajarito.

Tiempo.

¿Le pedirías al pajarito en la boca del perro que pida perdón?

Estás enferma, Otilia.

La desesperación es mi música. Bailo sin mover una pestaña.

¿Y el músico contratado?

Te abandonó hace dos semanas.

Por algo la llaman miseria ¿no? Cuando llega... llega.

La propia actriz musicalizándose.

¿Te gusta Dvorak?

Clásico.

Para mí es alegre... a pesar de todo.

Escuchamos a Dvorak junto a Otilia. Escuchemos la música unos segundos para olvidar a Otilia y las más de cuatro mil palabras que viene diciendo.

¿Soñamos que amamos, pajarito, o nos sueñan amando?

Escuchemos la música, no a Otilia.

¿Soñamos que vemos, pajarito... lo que nos está mirando?

Escuchemos la música, no a Otilia.

No sirven estas frases, pajarito.

Hay que reescribirlo todo.

Necesitamos unirnos de una vez, Otilia. Es la única manera.

¿Te referís a alguna frase brillante que renueve las energías?

No. Me refiero a mi voz en este jardín, y a tu cuerpo, y mi voz que se apaga.

Yo te la doy. Escuchá esto: no sé si creo en Dios porque soy alcohólica o soy alcohólica porque creo en Dios.

Y esta otra: no sé si soy alcohólica porque soy argentina o soy argentina porque soy alcohólica.

Y esta: no sé si soy alcohólica porque mi hijo no me habla o mi hijo no me habla porque le corté la lengua.

Me cortaste la lengua.

Te reíste con las dos primeras.

Me reí con la última. Me cortaste la lengua.

Me pareció que sí. Eso sí es un chiste.

Querés fantasmas y yo odio a los fantasmas.

Otilia... siento que me estoy apagando.

Me compré un guante negro con la plata de la indemnización.

Tu miedo.

Con eso me meto mano. Se subsidia la tragedia, ¿sabías? Qué groseros son.

No entendés nada.

Ahora soy una víctima y no saben que las víctimas también

son monstruos. Por algo la llaman miseria, cuando llega, llega de verdad.

No sos un monstruo.

No importa. Estoy preparada. ¿Cuántas palabras dijiste?

4.254. ¿Sos ingenua, Otilia? Te dejaste destruir. Con el cuerpo mataste a tu hijo y con palabras lo resucitaste.

Adoro tu voz.

Me cortaste la lengua.

Me compré un matamoscas con la plata esa. Siete velas bien blancas. Un mantel con un dragón y había también un mantel sin un dragón y traje el mantel con el dragón.

Pero son solo palabras. Se terminan un día y no dejan nada en pie.

Compré una bolsa de tierra negra, unas semillas rosaditas que parecen ojitos las semillitas, ojitos rosaditos y compré un libro titulado *Renato tiene la nariz torcida* que no pienso leer. Compré almohadones de pluma, una almohada inteligente, dos cuervos embalsamados, cinco espejos y pintura negra para tapar los espejos, agujas de distintos tamaños, un videíto erótico de Gardel, dicen que es Gardel, lo vi al videíto y parece Gardel y ver la verga de Gardel aunque no sé si es Gardel es raro, extraño y maravilloso y agua mineral y un guante blanco para luchar contra el guante negro que me compré y con el que me meto mano hasta el fondo “las nieves del tiempo platearon mi sien”.

Olvidando y hablando pierdo mi voz.

Me meto mano todo el tiempo.

Me lastimo toda.

Me llamaste llorando.

Sangro.

Sucia.

Puerca, vieja.

Y una cátedra en semiótica y semántica.

Y no doy más y me importa menos que nada no dar más.

Lo que mataste y no existe comienza a despellejar el rostro, Otilia.

Ahora es el momento:

Mi mano es la encarnación de la mano del primer torturador que le metió la mano en la concha a una pibita de 26 años.

Olvidando escribiste la muerte.

Mano puta.

Mano nazi.

Vieja puerca.

Sangre.

Sucia.

Soy.

Se están yendo todos, Otilia.

¡Nooooooooooooooooooooo! ¡¿Por qué?!

Porque perdiste el juicio.

En este momento estoy pensando algo divino, que no se vayan, deciles que no se vayan: tengo 20 años y mi cerebro es una caracola llena de agua fresca.

Ya es tarde.

¿Cuánto pasó?

Lo suficiente.

Carajo. ¿Acaso nadie está triste en este país? ¿Nadie se equivocó? ¿Nadie fracasó?

¿Por qué vinieron entonces...? Si no vinieron a matarme es porque están de acuerdo.

El título es engañoso. Otilia Buenaventura es cruda.

Tengo veinte años y leo a Sartre y visiono películas de Godard y la primavera en el jardín está llena de amor.

No. Estás sola. Tenés sesenta y cinco años, sola y sentada en un jardín inventado. Soñando que mataste a tu hijo. Y hasta puede ser un joven actor el que te esté interpretando.

Es verdad... estaba sola ahí... y sonreía yo, mientras mataba al niño.

Me apago, Otilia... y oscurece tu jardín.

¡Nooooo! Oscuridad no. ¡No me bajás la luz!
Dame la luz, chiquito, me tiemblan las rodillas en la oscuridad. Me recuerda al pozo.

Se están yendo todos, ya no quieren escucharte.

Se aburren y es lógico. Yo misma no puedo escucharme. Esta época es la profesionalización del aburrimiento. Un himno al bostezo hay que fusionar con el himno nacional. Se estiliza, se estiliza, se estiliza, se estiliza, se estiliza, se estiliza, se estiliza... hasta la desintegración.

En el pozo una, uno, podía sentir cualquier cosa, menos aburrimiento.

¡Me estaba convirtiendo en un hijo muerto ahí, cómo me voy a aburrir!

Mujer soy.

Madre soy.

Adentro soy un hijo muerto desde que tengo 26 años.

Otilia. Sesenta y cinco años. Alcohólica y parricida, puede ser un joven actor.

Te digo que estoy en un pozo y soy un niño en un vientre, corazón.

Siguen saliendo de la sala.

¿Cuántos van?

No sé, no los cuento.

¡Ey! ¡Espectadores! ¡Miren que dentro de un rato me corto tres dedos de la mano! ¡No se vayan! Si corto tres dedos de diez me queda un setenta por ciento de posibilidades para seguir sosteniendo mi copa.

Ya no queda nada.

Por lo menos discreción, muchachos, la puerta no está aceitada.

Dejalos, papito. Lo peor es que están en su derecho.

Yo también me estoy yendo.

Mis problemas con el hígado coinciden con la muerte de mi madre.

Me estoy apagando y es una pena, no voy a escuchar la historia de la madre cruda.

Sí, tu abuela. Aguantá un poco. Aunque era una hija de puta, escuchá la historia de tu abuela.

Se me cierran los ojos, Otilia. Perdiste el tiempo y la última posibilidad.

Nunca te buscó. Ni a vos ni a Otilia. Cuando éramos el pozo. La familia vino de Europa y ahí no les interesan los pozos, mi amor.

Se incendia el aire y me estoy apagando. Oscurece tu jardín.

¿Querés que vayamos cerrando juntos los ojos... mientras yo hablo... nos vamos apagando despacito...y entrando al sueño?

Otilia.

Por el amor de Dios no me llames Otilia.

Otilia, de la voz... un hilo queda. Oscurece tu jardín.

¡Por el amor de Dios, decime mamá y que hablar sea como la música!

Imposible.

Consigo paz al hablar, no importa de qué, pañuelitos color carmesí o mitología griega. Importa que la boca se mueva, como una castañuela loca, no importa, hay que hablar, sola, pública, impúdica, hablar como estrangulándose.

Acá, donde me tenés desde hace años no hay nadie, Otilia. Dejame salir.

Aguantá un poquito. El autor está en camino y va a cerrar todo esto.

Se conoce a una madre el día de su muerte y vos nunca vas a conocerme.

Falta poco, poquito, casi nada.

Me salvé, Otilia.

Soy Otilia Buenaventura. La que posee todos los dones, y tengo la fuerza suficiente como para desaparecerme a mí misma.

Soy la madre antigua como el dolor y no tengo manchas.

Ese es mi destino.

Se hinchó el vientre un día, explotó blanco, me quedé muda y en el pozo comenzó una lluvia que duraría treinta años sobre mis huesos.

Un vientre en un pozo es una mala idea. El horror no tiene palabras. ¿Y la música? ¿Cuándo nacerá la música?

¿Quién te salvó?

La broma del destino, el miedo a la descarga y la pija nazi que se metió en mi concha de 26 años me salvó.

¿Y la voz nació ahí, y adónde fue la voz?

No sé. Nació ahí, nunca la escuché.

Solo un gemido.

Y después silencio.

¿Una parte de mí sonrió en la muerte? El miedo sonríe, sabés. Hubo una parte de mi cuerpo que se estremeció en el pozo y tuve que callarla, ahogarla en la carne, esa parte de mí se reía cuando la muerte me salvaba.

No sigas.

¿Qué parte de mí sonreía, se salvaba?

Hay tiempos, pajarito, en que el cuerpo se convierte en algo tan horrible que nadie quiere ver. Dame tu voz, pajarito, no puedo sola... no sé cómo seguir...

El viento, Otilia, va entrar el viento.

Después de decir esto voy a desmayarme sobre la mesa quedando como al inicio del espectáculo. Y un viento fuerte, fortísimo tiene que entrar al jardín y arrasarlo todo, arrancando las flores de la tierra, y todo el verde se va a teñir de rojo y por último, Otilia, va a ser despellejada por el viento... dame tu voz... no sé cómo seguir...

El viento satura el espacio y arranca las flores de la tierra, y debajo del rostro de Otilia está el hijo, pero estamos en el pozo y hay oscuridad. El jardín está vacío y Otilia tiene la mueca de lo que ya no expresa nada, al fin consigue lo que ha soñado: es el niño muerto.

Mientras todo el público desapareció de la sala, porque de eso se trata esto: desaparecer.

Otilia es la calavera de su hijo, y es la niña derretida en el piso por el miedo. Ahí, en el charco mi boca y su boca siguen hablando, la lengua encontrado a la lengua. Los dos, al fin somos uno.

Me oriné, pajarito, muerta de miedo como una muñeca derritiéndose sobre sus piernas cuando me torturaban. Porque yo estaba cambiando el mundo y ellos en el pozo me robaron el alma.

Las pijas nazis que dejó entrar al país el General no pidieron permiso. Las pijas nazis son seductoras para los generales.

Me salvé.

Cuajada.

Cogida.

Capada.

Cocida.

Comprada-vendida.

Me salvé.

Chupada.

Castrada.

Cantaba.

Mordían.

Putita peluda patada.

Me salvé.

Pica.

Punza.

Perro.

Pinza.

Pezón.

Agua y carne.

Quemada.

Me salvé.

Ponzoña la historia.

Pozo.

Pubis.

Parto.
Gemido y nada.

Me salvé.

Pater.

Mater.

Gemido.

Nacido.

Perdido.

Y leche.

Caliente.

Y dientes.

Sin dientes.

Me salvé.

Tiempo.

No llores, Otilia. No vas a llorar después de esto.

Tiempo.

Tiempo.

Dejá que transcurra el tiempo.

Huelo las tablas del escenario...

Ya está. Silencio, ya se terminó.

... y huelo las calas, que no son de plástico y sobreviven desde el estreno.

Quiere decir... que esto se acaba, y que algo todavía está vivo.

Tiempo.

¿Queda alguien en este lugar?

Tiempo.

¿Estás ahí todavía... entre las enredaderas... y las madre selvas, respirando?

Tiempo.

El autor que está en camino dijo: "El final pide desenterrar algo de este jardín".

¿Fue desenterrado lo que era necesario desenterrar?

Tiempo.

Al final... hablar del amor... aunque el amor ya no se parezca es mi justicia.

Tiempo.

Lo más parecido al amor... y con las palabras más honestas... y necesarias.

Tiempo.

Oscurece el jardín.

Toro, el detective de Dios

Mario Costello

MARIO COSTELLO

Nació en Tucumán. Escritor, director, actor y docente teatral.

Fotógrafo aficionado. Incursiona además en la realización audiovisual y la música.

Intérprete dramático, egresado de la Facultad de Artes, Universidad Nacional de Tucumán. Egresado del Taller de Teatro de la Provincia.

Ha participado en numerosos cursos y talleres en su formación y recibió capacitación con diversos maestros. Obtuvo en 2003 la beca del Fondo Nacional de las Artes, especialidad dramaturgia.

Participó en distintos festivales, congresos, fiestas de teatro y encuentros, y desde 1988 hasta la fecha ha participado en numerosas obras teatrales en calidad de actor, director, asistente, etc.

Varias de sus obras han sido estrenadas y recibió numerosos premios por su labor dentro del campo de la dramaturgia. Es autor de los siguientes textos teatrales: *Cómo mirar el sol tras el vestido*, *Tejiendo cenizas*, *Dulces sueños del rock*, *Encallados buques callados*, *Sexo, gorda y rojo a full*, *Guillo, el cantante*, *Borges Mead, el peatón amenazado*, *Pulsativo Olor Primordial (POP)*, *Lázarus y Toro, el detective de Dios*, entre otras.

Se desempeñó como jurado nacional de Calificación de Proyectos por la región NOA durante el período 2007/2009.

Como asistente técnico del Instituto Nacional del Teatro ha dictado talleres de Dramaturgia en Salta, Catamarca, Santiago del Estero, Jujuy y Tucumán.

Coordina en la actualidad su Taller de Escritura Creativa y Dramaturgia en San Miguel de Tucumán.

Contacto: costellomario @yahoo.com.ar

PERSONAJES

TORO
RITA
MADAME
GLORIA
DR. FABER
CAMILA
NIÑO
ENFERMERAS

Oscuridad.

TORO: Cuando la vi por vez primera pensé: qué cosa más linda. No me daba la imaginación. La imaginación es como una alergia, te da o no te da.

Y cuando te da alergia a algo, dicen ahora que en realidad es la emoción que se repite o se detona nuevamente. No sé, mirá, a mí me pica un mosquito y se me inflama hasta el culo.

Pero cuando la vi por primera vez, no había mosquitos. En esos lugares no hay moscas, ni mosquitos. Existen otros lugares en ese gran espacio para que se junten de juega los insectos. Una vez vi una mosca enfrentar a una avispa. Así como también vi a una gata enfrentar en igualdad de condiciones a una loba. No lo soñé, lo vi. Y ahora se habrían de reír, seguro, si hablara de la serpiente.

Pero yo ya no sueño con serpientes. Sueño con bocas.

Con tu boca.

Pausa. Luz. Toro está postrado en una habitación de hospital.

De qué me sirve escuchar como un estruendo el goteo que produce el suero. La enfermera de la noche es muy aséptica. ¿Por qué la habrán puesto en este turno? Nada que ver con la noche. La oscuridad no puede ser aséptica, más bien, es un proceso necesario para llegar a ella.

Rita, la santa, la que está en las mañanas o en las tardes, tiene las manos perfumadas con algo que no puedo determinar. Sus manos producen el arrullo de la sanación. Eso es, producen un sonido intrínseco sus manos. Pero, ¿a qué huelen?

De nada me sirve seguir la huella del olfato si no encuentro el origen y he de caminar en perpetuidad. Quizás de eso se trate el camino del perro, de seguir el inacabable rastro.

Pero yo estaba en lo que ahora pasa con mis oídos... Nada hay de silencio en ninguna parte, ni siquiera ahora que los familiares de la viejita del cuarto de al lado dejaron de llorar en los pasillos. Nada hay de silencio en el torbellino de personas, situaciones, acciones y hechos que bailan algo extraño en mi recuerdo. Ya ni siquiera las puedo diferenciar. Todo parece una continuidad, una cascada que deja caer la misma agua, todo el tiempo, una sola agua, una sola cosa. Uno y todo a la vez. ¿Aquella persona apareció antes en mi vida? ¿O fue ayer? ¿O hace cuarenta años? ¿Sucederá mañana o el jueves? ¿Tuyo fue el primer olor que detonó la explosión en mi olfato? ¿Y si no fuera el tuyo? ¿Y si yo solo lo imaginé? ¿Vos, podés oírme? ¿O soy además parte de este goteo absurdo que va mutando en distintos objetos que generan su sonido?

Ahora es metálico. Ahora es algo que inflige gravedad. Ahora es la canilla de aquella casa que nos prestaron para descansar, alguna vez. Ahora es la lluvia sobre las chapas y los aullidos de cachorros que tiritaban de frío. Ahora es algo que resuena sin origen aparente. Y es también los huesos de mis manos contra la pared. O alguna vajilla que corta en vuelo rasante el espacio entre la vereda y el

paredón. Es también la primera vez que dijiste mi nombre al amarnos. O cuando me odiaste. Son mis embestidas desaforadas y tercas contra el gran torero. Una percusión monótona sobre los parches del tambor de Dios.

Ingresa alguien a la habitación. Es un hombre mayor, quizás un doctor. Viste de blanco. Lee una carpeta. No mira a Toro a la cara.

DR. FABER: Bueno, Señor, mire, las cosas no están como esperábamos encontrarlas.

TORO: *(Sarcástico)* ¿Las encontraron?

DR. FABER: *(Sin escucharlo)* Se quedará unos días más con nosotros. Debemos seguir buscando y conocer el origen de lo que está produciendo esto.

TORO: Quizás necesiten una brújula.

DR. FABER: ¿Le duele?

TORO: No, para nada, nunca me sentí tan bien. Es como que algo se movió...

DR. FABER: Porque si le duele le podemos subir la dosis de la... *(Sigue hablando, ya no se escucha lo que dice, gesticula todo el tiempo, hace largas pausas, duda, continúa).*

TORO: *(Para sí)* ¿A quién irá a resonarle mi historia? ¿A alguien debiera resonarle? ¿Alguien la rescatará en alguna noche de fogón o de pena? Un montón de huesos molidos a punto de convertirse en fotones, partículas de morondanga conectadas a vos.

¿Quién me indica que serviría contarla? El ego de mis cuernos y el centro del universo detenido por unas sábanas desinfectadas por enésima vez.

Mi historia, si fuera real, verídica, algo que emocionó a mi propio juez y verdugo, no comenzó en tiempo exacto, ni en fecha, ni en coordenadas específicas, no. Habría que remontarse a un tiempo anterior. Yo ya lo hice. Ahora solo falta este lapso de tiempo.

Faber se retira.

Es lo que me tocó, y aquí estoy, revolcándome en ello. Rogando para que Rita venga de una buena vez a correr las cortinas del cuarto. No sé qué hora se supone que es, pero el sol lastima mis mojadas pupilas y cambian el color de lo que quiero ver. Solo deseo entrar en la sombra, volver. Solo allí puedo ver. Fundirme y confundirme en ella. Ser otra vez solo eso. Ser.

Ojalá se aproximara el horario de las visitas. Ojalá mis hijos trajeran los antifaces para detener el avance de la luz y poder dormir. ¿Tengo hijos? Ya casi no lo recuerdo con exactitud. Por lo pronto, esta almohada servirá como dique contenedor de la avalancha de fotones ciegos y colorinches. Ahí voy, con una nave de plumas hecha en Japón.

Ingresa una de las enfermeras, Camila. Mira el suero y despectivamente a Toro. Le ayuda, con desprecio, a beber algo. Oscuridad.

//

Toro camina por un lugar indeterminado, pantano o bosque.

TORO: Ahora que estoy en este hospital, no sé qué edad tendré. ¿Cincuenta? ¿Sesenta quizás? ¿Setenta? Pero ahora, también, que camino por este fresco lugar, quizás sí tenga cincuenta. Un paso y son cinco años que transité en la vida. ¿Entonces, si di cuatro con este que doy en este mismo instante, tendré cincuenta realmente? (*Salta, chapotea y juega en el mismo lugar*). Otro paso adelante y estoy en la terraza de aquel hotel, con ella. Cuarenta y cinco años parecían nada si miraba atrás. Y vuelvo, y dejo que mi pie se hunda, y ya, otra vez, cincuenta. No la había conocido aún. En realidad, conocía tan poco... (*Queda absorto mirando el barro y el agua bajo sus pies*).

Se escuchan sonidos de aves. Y el viento.

(Observa hacia un punto indefinido). ¡Pájaros! (Trata de moverse para observar mejor, trastabilla apenas).

¡Cincuenta y seis años y medio! Choca un navío contra un iceberg. Se hunde. Mueren cientos de personas. Una parte mía se sacude a miles de kilómetros. Siento el agua fría y salada dando brincos en la garganta. La desesperación estira sus brazos y su lengua hacia el sol. Yo lo veo pero no estoy ahí. Yo lo veo por televisión pero me revuelco en una cama que es el mismo mar. Me está sucediendo. Morir ahogado en una jarra de plástico que no alcanzo a tomar con la mano. Hace un par de días reía y bebía un líquido oscuro y dulce y mis pies producían burbujas en el recatado azul de una desfachatada piscina tibia. Ahora, en este preciso instante, doy brazadas estériles en lo profundo de mis entrañas. Agudo y monocorde dolor mientras pienso en los que se ahogaron. En vano no dejarme tragar, en vano resistir. El buque debía ser devorado con todos nuestros secretos mal gestados adentro. Entonces, tomé aire por última vez, conté hasta tres, y me zambullí al centro directo de la boca que me llamaba desde hacía tiempo.

Es una boca distinta. No es como la boca de esta serpiente que me buscó a los cuarenta y cinco y me tragó envuelto en chispas y colores que estallaban geometrías delante de mis azorados ojos.

La serpiente me tuvo un rato en su estómago. Sus jugos gástricos saben a zumo de frutas silvestres.

Cama del hospital. Rita limpia la boca de Toro, ha estado vomitando mucho.

Ella lo contiene, lo pone de costado.

RITA: Vomite, así, así, vomite tranquilo. Calma, ya está, ya está...
(Le tararea alguna canción, Toro se calma. Ella le limpia la boca y la frente con algo húmedo. Luego, le da de beber de un recipiente pequeño).

Oscuridad.

El tiempo ha pasado. Toro está desmejorado. Mira por la ventana. Es de noche. Ingresa Gloria.

GLORIA: Buenas noches.

TORO: *(Sin mirarla)* ¿Usted qué cree? ¿Uno deja de cumplir años al morir o los deudos debieran seguir festejándonos?

GLORIA: ¿Eh?

TORO: ¿Y qué pasa con los meses antes de nacer? ¿Quiero decir, en realidad uno siempre cumple años más nueve meses, ¿no? ¿O habría que cambiar la fecha del cumpleaños supuesto por la en que uno fue gestado?

GLORIA: ¿De qué trata ese libro azul que tiene en la cama? ¿Ya lo leyó?

TORO: *(Sorprendido, girando, contento de verla)* ¡¿Cómo le va?! El libro... ah... sí... el libro habla de muchas cosas. Le cuento si...

GLORIA: No, deje, estoy muy ocupada. Solo vine a traerle la pastilla.

TORO: Lo termino y se lo presto.

GLORIA: No tengo tiempo, gracias, usted sabe...

TORO: Pero un ratito por día, así, como quien no quiere la cosa. Entre paciente y paciente.

GLORIA: *(Mirando el parte diario)* Ah, me equivoqué. No le toca a usted. Usted ya se las tomó.

TORO: Me encantaría tomármelas. ¿Cuanto tiempo llevo aquí?

GLORIA: No, no, yo me refería a... Con su permiso.

TORO: No se vaya, quédese un ratito y yo le cuento algo que me pasó en todo este tiempo.

GLORIA: En otro momento. Buenas noches.

TORO: *(Finge)* No me siento bien. Un poco mareado. Quizás un bajón en la presión.

Se miran un rato. Gloria se da cuenta. Sonríe apenas.

GLORIA: Está bien.

TORO: *(Para sí)* Ese olor.

Gloria le toma la presión. Se concentra en observar el instrumental y la medición. Toro aprovecha para acercarse e inhalar profundamente el perfume de su cuello, ella lo deja hacer. Oscuridad.

Luz. Toro en un desierto. Lleva arrastrando un pesado bulto. Son libros. Arma un castillo.

Este me lo regaló algún tío. Este no sé de dónde salió. Este lo encontré en un baldío. Este es de mi época de estudiante. Estos otros de poetas que regalan la producción. Esta porquería no estaba tan mal. Este otro me lo entregó cierta amante que no se daba por vencida, arranqué la hoja de la espantosa dedicatoria. Este no sé cómo llegó a mis manos. ¡Ah...! este... este me lo compré yo. *(Pausa. Lee un tiempo).*

VOZ DE MUJER: Tantos libros. ¿De qué le sirvió la vaga erudición?

TORO: *(Buscando de dónde proviene la voz)* ¿Quién anda ahí?

VOZ DE MUJER: Se le va a arquear la columna por tanto peso. ¿Piensa llevárselos a la tumba antes de sanar? Pobre muchacho...

TORO: Gracias por lo de muchacho.

VOZ DE MUJER: ¡Uy!... ¿todavía atesora aquel libro con el cual durmió durante meses bajo la almohada?

TORO: Sí, ya lo devolví, pero lo guardo.

VOZ DE MUJER: Usted es raro, ¿lo sabía?

Aparece en escena una mujer mayor, Madame. Parece tener alguna dificultad en las piernas. Toro observa ese detalle.

MADAME: Libros, libros, pilas de papeles, cuadernos. Un escritito aquí, otro más allá y un escrito largo que baja y se pierde. Raro el muchacho...Horas mirando la enredadera en la tapia luego de leer. O en la habitación, con la luz prendida, a deshoras. ¿No me da un abrazo? ¿No se alegra de verme? ¿Por qué no me llamó para mi cumpleaños? ¿Ya no me quiere? ¿Se olvidó de mí?

- TORO: *(Desorientado)* ¿Usted me conoce?
- MADAME: *(Crispada)* ¡¡Claro, el señorito ahora no me conoce!!
¡Ingrato!
- TORO: Me resulta familiar, pero no estoy seguro de conocerla realmente.
Madame se enfurece. Comienza a destruir el castillo, pateando los libros, pisoteando, arranca hojas, destruye.
- MADAME: Sus talismanes. Sus asquerosos talismanes. ¿Qué es lo que quería saber?, ¿para esto quería estudiar? ¡No sirven para nada! *(Detiene su furia. Encuentra unas hojas sueltas)*. Ah... ¿qué tenemos aquí?
- TORO: Deje eso, ¡es privado!
- MADAME: ¿Cartas? Mi querido... Te extraño tanto... bla, bla... y la lluvia trae la música bla, bla. Ojalá podamos encontrarnos... momentos mágicos. *(Escupe)*. Recuerdo siempre tus manos... me alegro que... mis amigos... te hayan ayudado, son un sol, buena gente... ble, bla, bli. El clima ha estado raro sin vos en estos días... Es como si el aire... jajajaja.
- TORO: ¡Démelas!
- MADAME: ¡Putitas! *(Destroza los papeles y se los traga)*.
Toro ha quedado anonadado.
- MADAME: Y le digo más, muchachito, chiquito, chiquitito. Usted mucho librito, mucha lectura, ¡pero bien que lleva esas pornográficas bajo el colchón! *(Toma otros papeles)*.
Toro está apesadumbrado.
- ¿Esto escribió usted? A ver, a ver... Espere que me ponga los anteojos de leer.
(Lee).
- Georgie busca la madera que habrá de remontarlo a sus ancestros.
Busca bajo la enagua de una señora que le devuelve miradas insidiosas sobre cualquier mujer.

Nadie puede hostigarle el cargo ya que ella manda y canta. Canta como las matronas negras lo hacían apenas fueron liberadas. Pero la Doña de Georgie no es negra, aunque si esclava y carcelera.

Tampoco conoce los blues, ni sospecha de la existencia de las *work song*.

Ella sabe de remotos parajes porteños en donde a las minas también se les daba por competir.

Los machos erigían altares de plumas, para luego poder bordar colchones.

Y la madre de Georgie teme que su niño sea atrapado por los afilados dientes de una hembra más salvaje que ella.

(Breve pausa).

¡Ja, no se entiende una mierda! ¿No podrá escribir algo para que entendamos todos?

Seguro que esto lo escribió para el ciego ese, ¿cómo dijo que se llamaba?

¡Pero, por favor! Despierte de una vez, mi chiquito.

Oscuridad. Súbita luz. Gloria tomando la presión a Toro. Se abre intempestivamente la puerta. Ingresa Madame, es la jefa de enfermeras.

Señorita Gloria, ¿que hace aquí? La necesitan al final de la sala. La están llamando hace diez minutos.

GLORIA: Disculpe, señora, vine a ver si el...

MADAME: Vaya, retírese.

Gloria se retira. Toro observa las piernas de Madame.

¿Y usted, caballero, ya tomó su medicación? Pues entonces sea bueno y haga lo que se le indica. ¡No tocó la cena! ¡Pero qué cosa, ya se le debe haber enfriado! ¿No le gustó? Bueno, acuéstese. Trate de descansar. Apague la luz. Que tenga dulces sueños.

PENSAMIENTO DE TORO:

Vieja manipuladora hija de puta.

MADAME: *(Se detiene volviéndose sobre sus pasos)* ¿Dijo algo?

TORO: ¿Yo? No, nada.

MADAME: Buenas noches. (*Portazo*).

PENSAMIENTO DE TORO:

Me resulta tan familiar... ¿De dónde la conozco? Tan intenso su olor. Exagerado. (*Se recuesta. Mira el techo. Apaga el velador*).

Oscuridad.

IV

Toro camina por un lugar paradisíaco, pleno.

TORO: ¿Cuál es mi edad verdadera? ¿Tendré treinta y largos? ¿Treinta y tres? Ja... ¿Treinta y uno? ¿Cuál es el límite de la década y dónde comienza la otra? ¿He estudiado algo? ¿Concluí los estudios? ¿Me dedico o especializo en algo? ¿Estoy dentro de los veinte? ¿Me he recibido de mercantil, contador, astronauta, sanador, soldado? ¿Juez de Paz? ¿Albañil?

Toda esta energía exacerbada en mi cuerpo no hace más que confundirme... ¿A qué edad me fui de casa? ¿Me fui de casa? ¿De cuál de todas? ¿Volví? ¿Dónde carajo se supone que estoy? ¿Y mis familiares, antepasados y amigos?

Hay unos cuantos rostros que podría dibujar de memoria, como si fabricara varios *identikits* a pedido de Dios. Y entonces grito: ¡Ey, Dios, acá están! Mirá, estas personas son las que me hicieron entristecer. Estas otras rieron conmigo. Esta me amó. Esta, también, creo. A estas estafé o mentí sin ninguna consideración. Con estas pasé situaciones desbordantes de placer y felicidad.

Pero no logro descubrir, no recuerdo quién fue la que más me dañó y condicionó la construcción del precario *identikit*. ¿Ves?, mirá, está sumamente difuso. Se desdibuja o aparecen cositas al margen. Papelitos glasé, pegatina, collages, mocos, galletas con chiclets.

Porciones del *identikit* como paisajes borroneados, como esbozados con pésimos crayones, mala calidad, puro aceite. Yo dibujaba soles hermosos que sonreían díscolos detrás de nubes claras. Y una casita, bajo la sombra de un tupido árbol, extendía como brazos un caminito para arribar a ella.

¿Seré un adolescente ahora? ¿Dónde habré dejado aquellos discos?. Y la tortura de madrugar e ir dormido al colegio. Esperar. Esperar.

¿Estará la merienda o puedo seguir jugando y divagando? ¿Tengo menos de diez años? ¿En la vereda de cuál década estoy sentado?

VOZ: En todas y en ninguna a la vez.

TORO: *(Sorprendido)* ¿Quién anda ahí?

Se escuchan extraños ruidos y se ven sombras de personas que se esconden.

VOZ: Uf, ¡tiene miedito el mocito, ja! Tan machito que parecía. ¡Quizás se equivocó la partera!

TORO: ¡Identifíquese!

VOZ: Demasiado exigente como para ser tan putito, cagón y desamorado con las personas. ¡Usted olvida muy rápido!

TORO: Mire, a mí no me venga a tratar de...

VOZ: ¿Ya nos olvidó? ¿Quién lo cuida, le cambia los pañales chorreados, le da de comer, le acerca la medicación? ¿¡Quién cierra las cortinas para que no le moleste el sol al pobre señor!?

Ingresa al espacio las enfermeras que conocemos, Gloria, Rita, Camila, Madame y algunas otras. Están casi desnudas o vestidas de manera provocativa y sensual. Arman una formación comandadas por Madame.

Se observan largo tiempo. Toro se va acercando a cada una de ellas como buscando o tratando de descubrir algo. Las toca apenas, incrédulo. Les huele las manos.

MADAME: *(A Toro)* Esto es para usted solito, mi muchachito. Lo ensayamos bastante. Espero le agrade.

TORO: ¿Qué cosa?

MADAME: *(Da una señal marcando al aire)* ¡Para usted, señorito! Venga, acérquese, no sea tímido. ¡Y un, dó, trés, cuá!

Bailan una coreografía. Toro lo hace y luego se incorpora a la coreo, desorbitado. Algunas lo empujan, otras tratan de atraparlo en sus brazos, lo acarician o lo besan. Desarrolla una secuencia de acciones con Gloria, Rita y Camila. Luego con Madame. La coreografía es tan frenética que termina exhausto.

TORO: No doy más.

GLORIA: ¡Bah, qué pena! ¿Tendré que buscarme alguien más joven entonces para entregarle esto? *(Muestra algo en sus manos)*.

TORO: *(Agitado)* No, no, deme un minuto que me recupere.

GLORIA: Imposible recuperar el tiempo perdido. O el que va a pasar. Venga.

Toro se dirige hacia ella y en el camino se detiene frente a Rita quien lo mira con ternura. La empuja, o la cachetea y sigue hacia Gloria.

TORO: Démela, la necesito.

GLORIA: *(Jugando con un par de pastillas en la mano)* ¿Me lo está pidiendo o es una orden?

TORO: Por favor, deme lo que necesito.

GLORIA: Hmmm, no sé, no sé... ¿Se lo doy? ¿O no se lo doy?

TORO: Le pido perdón si la ofendí hace un rato, no me olvidé de ustedes. Le ruego me disculpe por toda mi descortesía llevada adelante en todo este tiempo. Pasa que yo... ¡Démelas, por lo que más quiera!

GLORIA: *(Se las guarda entre sus ropas)* ¡Ups! No tan, parece... ¡Magia! ¿Quiere buscarlas?

Toro se abalanza sobre ella, busca con sus manos por todo su cuerpo, ella ríe histéricamente. Gloria, levanta un brazo mostrando algo.

¡Aquí táaa!

Toro se aleja un tramo y observa.

¿La quiere? Pues venga por ella. *(Se la introduce en la boca).*

Toro se acerca sigilosamente, acaricia la cabellera de Gloria y la besa largamente. Rita mira hacia otro lado. Madame, Camila y algunas otras enfermeras, indignadas.

TORO: *(Deja de besarla. Sabe que tiene la pastilla en su boca)*
Gracias, la necesitaba tanto...

GLORIA: Ay, tan pero tan ingenuo... ¿Usted se cree que todo lo que brilla es...? Siga fiándose de sus juicios, así le va a ir. ¿Nunca oyó hablar de los placebos? Pobrecito.

Toro se enfurece, escupe. Gloria se aleja burlándose. Intenta ir hacia Gloria nuevamente pero lo detiene la voz de Camila.

CAMILA: *(Con un paquete en las manos)* No, déjela, es una chirusa. ¡Una tilinga! Solo yo tengo lo que usted necesita. Venga, confíe en mí, regrese por este camino. Le aseguro que encontrará lo que busca y no volverá a perderse. Venga, tómelo. Todo esto es para usted.

Toro duda, pero va hacia Camila. Se interpone en el camino Rita, lo mira tiernamente. Toro la golpea y la aparta del camino.

TORO: *(Acercándose a Camila)* ¿Es para mí, seguro? Mire que yo, hace un rato, ofendí a gran parte del plantel y no creo que deba...

CAMILA: Sh, confíe en mí. Todo esto y más. La leña ya está prendida en el hogar. Le garantizo calidez. Está todo acomodadito, planchadito, dobladito. No hay de qué preocuparse.

Toro toma el paquete, lo abre mas no se ve que contiene. Se enfurece. Se lo ve emitiendo gritos sordos contra Camila y gesticulando desahogado.

MADAME: ¡Basta! ¿Déjenlo en paz! ¿No ven lo débil que está? No les haga caso, muchachito. Tranquilo, venga con Madame.

TORO: Pero, yo...

MADAME: Venga, sea bueno. Yo lo espero desde hace tanto tiempo... ¿como en los buenos tiempos! ¿Recuerda?

TORO: No, la verdad que no.

MADAME: Haré de cuenta que no escuché eso. Y yo acá, solita, esperando por usted, buen hombre. Quién mejor que usted para cuidar todo el jardín. Tantas cosas por las que velar.

TORO: ¿Por qué no contrata un jardinero?

MADAME: Ja, qué ocurrencias tiene, hermoso. Venga, me duelen los brazos y las piernas de tanto esperar.

Toro duda, pero despaciosamente comienza a ir hacia Madame. En el trayecto, Rita lo mira, se lanza a sus pies, los abraza. Toro se desprende de ella.

(Estira sus brazos). Eso es, eso es. Venga con Madame. Así, un pasito más. Otro. Eso. Venga, mi chiquito.

Toro llega hasta ella y la abraza.

TORO: *(Se separa un tanto de ella, gira para señalar).* Mire, quiero denunciar que aquella enfermera, la de los pelos así, como bicicleta, me hizo hacer algo de lo que seguramente usted no aprobará. Ella, ¿ve? Y aquella otra, la de pelo como de camión de bombero o locomotora, agarró y me... *(Vuelve a mirar a Madame).*

Madame, aprovechando el descuido, lo besa apasionadamente.

Toro queda estupefacto. Rita le alcanza, disimuladamente, un pañuelo descartable, lo mira con compasión.

Chasquea los dedos y todas las enfermeras se esfuman. Quedan solos en el espacio Toro y el Doctor. Es el desierto. Faber casi nunca mira la cara de Toro.

DR. FABER: Muy mal hecho, muy mal. Pensar así de estas pobres criaturas. ¿No le da vergüenza?

Silencio.

¿Qué es lo que anda buscando? Quizás le pueda ayudar.

TORO: *(Compungido)* Nada me gustaría más. Ayúdeme, sí. Necesito ayuda.

DR. FABER: Bueno, entonces ¡pídala, hombre!. Pero antes, dígame qué es lo que anda buscando.

TORO: Estoy buscando la figurita difícil. Pasa que si lleno el álbum, me ganaré, seguro, como mínimo, una pelota. No sé si de básquet o de fútbol, al caso es lo mismo. Para jugar solo se requiere...

DR. FABER: *(Interrumpiendo)* Comprendo, pero estoy muy ocupado ahora. Sabe, siempre hay cosas más importantes para el mundo que unas figuritas de papel.

TORO: Pero dijo que iba a ayudarme.

DR. FABER: ¿Yo se lo dije? Ah, sí. Cuénteme entonces.

TORO: Bueno, le cuento, preste atención. Resulta que esta figurita la he buscado durante tanto tiempo, pero tanto tiempo, que ya no sé si cuando la consiga el premio seguirá en pie.

DR. FABER: *(Rodeando a Toro y siempre mirando hacia otras direcciones, concentrado)* Sabe, yo tampoco he encontrado tal figurita. ¿Por qué me cuenta esto? ¿Cree de veras que yo podría ayudarle?

TORO: Claro que sí, estoy seguro que usted sabe más de lo que aparenta.

DR. FABER: Gracias. No me hubiera imaginado semejante halago. Y menos viniendo de usted.

TORO: ¿Me conoce?

DR. FABER: ¿Usted no?

Pausa.

Mire, voy a enseñarle algo.

TORO: ¿De verdad me va a enseñar?

DR. FABER: Claro, confíe, yo sé lo que hago. Usted todavía no, pero ahora aprenderá.

Mire, para pescar se requieren. Primero, una caña. Luego, carnada. Tercero, peces. ¿Anotó?

TORO: No me dijo que anotara. ¿Debía hacerlo?

DR. FABER: Ay, esa cabecita hueca. *(Lo acaricia apenas).*

Bueno, le enseñé otra cosa. Pero prométame que sostendrá

con firmeza y apretará, no demasiado fuerte. Es necesario que un hombre...

TORO: *(Interrumpiendo)* ¿Vamos a pintar?

DR. FABER: ¡No me interrumpa! ¡Cuando yo hablo o explico, usted se calla! ¿Siempre habla así de alto en las siestas cuando la gente normal pretende descansar?

TORO: Lo siento.

DR. FABER: *(Reparándole)* Lo siento, lo siento... Parece una nenita. ¡Compórtese! Mire, ya que anda de fuego en fuego, de incendio en incendio. Busque y alcance algunas maderas. Vamos a hacer el mejor asado del mundo, acá mismo, en vivo y en directo, para que se caguen deseando los pobretes del barrio, ¡ja!

Toro trae unas maderas.

TORO: Aquí están.

DR. FABER: ¿Pero usted es pelotudo o se hace? ¡Maderas, dije, maderas! ¡No estas ramitas de mierda! Y encima, húmedas. ¡No las quiero, no sirven! *(Las arroja lejos)*. Bueno, se hizo tarde, debo irme. Nos vemos en otro momento.

TORO: Pero dijo que me iba a enseñar.

DR. FABER: ¿Eh, cómo? ¿Yo dije eso?

TORO: ¡Sí, lo dijo!

DR. FABER: ¡No se atreva a hablarme de esa manera!

TORO: No me muevo de aquí hasta que me ayude o me enseñe lo que prometió enseñarme.

DR. FABER: ¿Pero usted se percató de la hora? Debería estar adentro y dejar de andar vagando por los pasillos. ¿Por qué no vuelve a su cuarto!? ¿Qué es lo que busca? ¿Sábanas limpias? Yo se las consigo. ¿Un colchón? ¿Calor humano? ¡Ni en pedo le prestaría mi cama ahora que parto a retozar en ella! No sabe lo linda que es mi cama... grande... amplia... calentita.

TORO: ¡Hijo de mil puta! Traidor. ¡Te odio!

DR. FABER: ¿Cómo dice?

TORO: ¡Era mía!

DR. FABER: ¿Qué cosa? Ah, ¿se refiere a la habitación? Bueno, cama sola tiene otro precio. Ahora, con acompañante....

TORO: ¡Mía!

DR. FABER: No, no, caballero, de ninguna manera. Nunca lo fue. Yo estuve desde mucho tiempo antes que usted en ella. ¡Y deje de mirarme de esa manera! O le rompo la cara a piñas y le doy la cagada de su vida.

TORO: Yo no soy como vos, basura. (*Toro, desafiante, le sostiene la mirada*).

Dr. Faber se transforma en alguien demasiado parecido a Toro, su doble. Se abalanza contra Toro. Se produce una intensa, extrema y violenta pelea.

Finalmente, Toro yace vencido ante la mirada de Dr. Faber. Este se acerca, le levanta la cabeza hasta la altura de su mirada.

DR. FABER: Mírese. Al fin y al cabo no somos tan distintos como usted creía.

¡Míreme a los ojos! ¿Qué ve? ¿Se puede ver ahí, verdad? ¡Mírese!

¿Ya encontró lo que buscaba? ¿Me buscaba a mí? ¿Se buscaba usted?

Suena una llamada entre las ropas del doctor.

(Se fija). Lástima, debo irme. Tengo una emergencia. Juguemos otro día, ¿sí? ¿Sabe qué?, algún día agradecerá el hecho de haber transitado esto. Y sabrá que, para poder transformar algunas cosas, es necesario darse vuelta como una media. Así que, disfrútelo. Y si puede, baraje de nuevo, muchachito.

Ahora, es necesario que me trague e ingresar dentro suyo de una vez por todas.

TORO: ¡No!

Dr. Faber busca una soga. Ata de los pies a Toro quien grita de dolor.

Lo cuelga. Se ve la boca de Toro abriéndose de manera desmesurada, doblándose de dolor y asco. Todo el espacio

ha mutado al color rojo. Toro está empapado. Grita de dolor.

¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude por favor!

Se escucha un apenas audible viento. Un soplando. Una risa fresca.

¿Hay alguien ahí? Ayúdeme a salir de esto. ¡No aguanto más!

Se escuchan unos breves pasos.

(Pendiendo de la soga y bamboleándose por todo el espacio)

¡Bájenme de aquí!

Aparece en el espacio un niño. Juega con un auto pequeño. Es él mismo.

Observa en silencio a Toro. Sopla en dirección a él.

Sé que hay alguien ahí. Escucho ruidos, ¡mas no puedo ver!

PENSAMIENTO DE NIÑO:

Cerrá tus ojos para ver.

Silencio.

TORO: Por favor, ayudame a soltarme y a salir de aquí. Podría volver...

Silencio.

Ya no soporto el dolor. ¡Ayúdame, pronto!

El niño baja de su auto y se las ingenia para descolgar a Toro de donde pende.

El niño lava las heridas de Toro. Se quedan sentados frente a frente. Largo silencio. El niño acaricia la cabeza de Toro.

¿Quieres quedarte aquí conmigo? Para hacerme compañía, nada más.

Y jugar un rato.

Silencio.

Y nos vamos de paseo por ahí.

De pronto, el niño muestra alguna lastimadura en su cuerpo.

(Toro sana y limpia sus heridas). Déjame cuidarte y agradecerte.

El niño se queja de dolores. Sopla suavemente sus heridas.

O vamos a investigar bichitos, piedras, hormigas. Sé que tu curiosidad es grande y que todo lo querés saber, ¿sí?

Silencio.

Quedate conmigo, por favor. Yo te enseño. Y vos me enseñás.

El niño duda, lo observa en silencio. Toro acaricia su cabeza. Se dan un largo abrazo. El niño suelta bruscamente y se queda observándole. Busca algo entre sus ropas. Saca una lupa. Observa minuciosamente y en detalle a Toro. Se la entrega. Ríe con todas sus fuerzas. Sale corriendo y se sube a su auto.

NIÑO: ¡Pujame!

Toro lo hace. Juegan, tiempo. Sube con el niño. El auto marcha alocadamente entre gritos y felicidad.

Súbita oscuridad.

TORO: Quedate conmigo.

NIÑO: Sí.

Pausa.

TORO: Tanta humedad. Se siente bien.

NIÑO: ¡Lupi!

TORO: ¡Puedo nadar, no cuesta nada! ¿Dónde estamos?

NIÑO: Panza. Mamá.

Pausa. Silencio.

TORO: ¿Y ahora? ¿Qué es este lugar?... ¿Y toda esta gente?... ¡Hola!
Silencio.

Algo oprime mi pecho. ¡Quema! Algo ingresa al corazón.

Ayúdame a sacar esto de aquí.

Silencio.

Ah, qué alivio... ya...ya.

Comprendo. Ahora comprendo todo.

Una y otra vez. Y más atrás. Y otra.

Y otra vez.

Aquí voy.

Aquí estoy.

Súbitos sonidos mezclados. Silencio. Azul oscuridad.

V

Habitación del hospital. Rita está higienizando a Toro. Lava sus pies suavemente con un paño mojado.

TORO: ¿Cuántos días llevo aquí, Rita?

RITA: Cuarenta días.

TORO: ¿Creés que podré marcharme? ¿O cumpliré aquí adentro mi noche número 40?

Silencio.

RITA: No lo sé.

Pausa.

Ingresa el Dr. Faber.

DR. FABER: *(Siempre mirando una carpeta)* Buenos días. ¿Cómo se encuentra hoy, campeón! ¿Bien?

Bueno, escúcheme una cosa. No encontramos qué es lo que tiene. Representa un gran desafío para mí, para nosotros, su estado.

Quiero decir, lo que pensamos podría ser el origen, en realidad, ¿cómo decirlo? es como si algo se hubiera movido

de lugar. ¡Pero no hay nada por lo cual alarmarse!
Tranquilo.

Aunque también, por otro lado, estamos sorprendidos con otra cosa. Hay una notable mejoría en algo que pensamos sería grave... Eh... ¿se entiende? Bueno, no importa. (*Risa nerviosa*).

Mire, la verdad es que estoy, estamos, desorientados con su historial... En estos casos uno espera que el paciente se.... Bueno, nada, quizás esté cansado y no sea el momento adecuado para...

Hemos decidido corroborar el cuadro original con algunas otras pruebas...nada complejo... Yo diría nada grave ni doloroso... algo rapidito pero que pueda despejarnos algunas dudas... en fin...usted sabe. Pero tranquilo, hablaremos con sus familiares. Están ahí afuera. ¿Los hago ingresar? Bueno, hasta luego. (*Comienza a retirarse, descubre a Rita. A ella*) ¿Y usted, quién es?

RITA: Rita, doctor. La enfermera de la mañana.

DR. FABER: Ah. (*Se retira*).

Toro y Rita ríen de la situación. Tiempo.

RITA: (*A Toro*) Nunca lo había visto y escuchado reírse de esa manera.

Pausa. Brusco silencio. Se miran. Tensión.

(*Cambiando rápidamente de tema. Se incorpora, toma un cuaderno*). ¿Puedo leer lo que escribió anoche?... Lo vi dormido con el cuaderno sobre su pecho; hoy, llegué temprano... sin hacer ruido se lo saqué, lo puse en la mesa de luz. Apagué el velador. Corrí las cortinas... (*Silencio*). Pensé que a lo mejor, si le daban el alta, hubiese sido muy triste no poder despedirme de usted. ¿Puedo?

Silencio y sorpresa en Toro.

Está bien, disculpe, no quise ofenderlo. Solo es que me dio un poco de...

TORO: ¡Hágalo!

RITA: (*Feliz*) ¿De verdad? ¿Puedo?

Toro asiente con la cabeza. Se incorpora, comienza a caminar por la habitación. Rita se sienta en la cama y comienza a leer.

TORO: ¿Qué hace? Lea en voz alta, por favor. Yo también quiero escucharla.

RITA: (*Lee*).

El Paso: Cuando los hombres se encontraron, alta acontecía la noche. Decir hombres o mujeres no es más que otra errónea percepción de las formas que se fagocitaban en la oscuridad.

Pero, para situarnos, digamos mejor: Dos hombres.

Por esta vez, no le daremos importancia al contexto ni a las circunstancias dadas de la escena, ya que en sí mismo, sería irrelevante el impreciso dato. Aunque si todavía persistes en determinar y quisieras saber... ¿Notarías diferencia si fuera en algún lugar de la montaña o la ciudad? Podría haber sido en Ushuaia, en un barrio de Montevideo o en algún lugar de Córdoba.

Lo cierto, es que el encuentro ocurrió.

Llamaremos al hombre 1, A.

B será un personaje volátil, aunque no incoloro, ni insípido.

El hombre 2, será C.

Entonces, una vez aclarados los pequeños menesteres del recuerdo procesado, ahora, vemos a A caminando, envuelto en el manto de estrellas, por algún sendero de la montaña, de Montevideo, de Ushuaia o de Córdoba.

(A esta altura, el lector habrá ya seleccionado una opción o, incluso, impuesto otra).

No hacía frío, pero el hombre, A, temblaba.

Había escuchado la voz desde el interior del pequeño lugar y salió a buscarla.

Grillos, chicharras y sapos batían palmas bajo sus pies descalzos. ¿O eran bocinas, chirridos y portazos?

Posó su mirada distinta y desnuda sobre cada cosa que se presentaba ante ella. Ya fuera sobre un árbol, la sombra recortada de algún pájaro nocturno o algún pequeño sonido que parecía emitirse desde más allá de la oscuridad. A cada par de segundos, iba, de izquierda a derecha, de sur a norte,

escrutando el detalle del posible origen. En el suelo buscó sin suerte y al levantar la mirada, las estrellas pudieron más.

Ok, dijo, embelesado por las pequeñas luces. ¿Donde estás? Dónde estás, repitió.

C, con la firmeza de su tierna voz, exclamó: “Al lado tuyo”.

Entonces, pasó su brazo sobre el hombro de A. La tibieza de esa mano tranquilizó al corazón del hombre abrazado.

Sé que caminaron unos trechos juntos. Sé, además, que las charlas se extendieron en días sucesivos. Sé que pasaron de un tema a otro sin ningún reparo y se amigaron luego de un largo período de distanciamiento.

Sé, que la distancia que separa a la risa del llanto puede ser tan breve como pasar de una página a la otra.

Pero lo que realmente importa de este encuentro, es el extracto del diálogo que reproduzco a continuación. He tratado y trato de ser absolutamente fiel a mi memoria y reproducirlo sin cortes ni enmendaduras. Transcribo, tal cual me lo contaron A, B y C.

C: Deberás hacerlo.

A: No puedo. Mucho duele.

C: Pues a transformar.

A: ¿Tan sencillamente? ¿Así, como si nada? ¿Tan solo olvidar?

C: No se trata de eso. Comprender es transformar.

A: Pero, mis aliados están listos y tienen, te lo aseguro, mucha sed.

C: ¿Tratas de equiparar la venganza con la vida? Jamás podría saciar tu sed ese tipo de agua.

A: ¡Pero han destruido las murallas! ¡Han pisoteado los brotes que se henchían hacia el sol! ¡Cruzaron los alambres riendo como hienas y pisotearon todas las flores! Desvirtuaron los nombres de las calles, y las plazas, y los almanaques y cualquier tipo de señalización que encontraron a su paso. ¡Vendieron información al enemigo y sembraron falsas pruebas contra los aliados!

C: ¡Altisonante el teatro cotidiano al que valorizas y das fe! (Pausa).

Si tan solo pudieras ver allí donde radica la sencillez del acto, todo sería la dulce melodía del que ve con nuevos ojos las noticias del ayer. (Pausa).

Es un paso, un simple paso que deberás dar.

Si tus supuestos enemigos o los que crees que te hicieron algún tipo de daño estuvieran en peligro de muerte y dependiera de ti el devolverles la sonrisa, ¿qué harías?

A: No lo sé.

C: Si dependiera de ti el devolverlos a la vida, ¿darías sangre por ellos?

A: ...

C: ¿Estarías dispuesto a dar de tu sangre para resucitar a tu enemigo?

A: *(Largo silencio)*. Sí, lo haría.

C: Has comprendido el perdón, solo al hacerlo contigo.

B sonrió en silencio y bramó la tierra.

B esparció perfume en la brisa de la noche.

B abrazó a los dos hombres con un círculo de fuego blanco.

Silencio. Rita cierra el cuaderno.

Es hermoso lo que escribió.

TORO: ¿Le parece?

RITA: Lo es.

TORO: Muchas gracias.

Pausa. Rita se incorpora, siente el impulso de abrazar a Toro pero este, sutilmente, rechaza el abrazo.

RITA: Entonces, ¿usted ya lo hizo?

TORO: ¿Qué cosa?

RITA: Perdonar a sus enemigos. Debe ser un acto de suma gallardía. Me cuesta imaginar.

TORO: *(Para sí)* No es sencillo. A mí también me cuesta.

RITA: ¿Y usted?

TORO: ¿Yo qué?

RITA: ¿Ya lo hizo con usted mismo? Quiero decir, ¿se perdonó?

Silencio.

(Volviendo al cuaderno) Ah, ¡tiene otro! *(Lee)*.

El morir es volver a nacer, morir a lo anterior, continuar,

seguir. Morir a lo conocido que supura incesantemente, durante días y noches, con cada sol y cada luna, malolientes bacterias, pestilencias que algunos podemos y nos animamos a descifrar y revertir.

La verdadera muerte no es física, entendí. Es más bien un acto de magia frente a los ojos azorados del mundo y los apegos conocidos. Es desaparecer. Es dar la espalda a todo lo que fui, a todos los que fui, a ese mundo que nos cercó desde nuestras construcciones fantasmales. Es exigir que me llamen con mi nombre, el verdadero, el real, el eterno. Es agradecer infinitamente por los regalos. Es saber recibir o dar en la misma proporción y que, paradójicamente, nunca será la misma. En uno está el sopesar los hechos y agregar o quitar peso de esta balanza. Y determinar, más ya sin juicio alguno de valor sobre los mismos, los frutos y la importancia implícita que llevan ahora, conscientemente.

He prestado atención y el árbol creció. O se sacudió dejando caer algunas hojas.

Todo lo que fui jamás fue un accidente. Todo estaba absolutamente perfeñado bajo el gran microscopio, bajo la lupa de Dios. Cuando finalmente uno acepta lo que debe ser, todo es y fluye, una y otra vez.

Toro se sienta con esfuerzo en la cama. Recita de memoria este párrafo final.

RITA Y TORO: Si al fin y al cabo, solo buscamos el diamante entre la basura para rescatarlo de allí y así lograr, luego de limpiarlo, que vuelva a brillar como lo determina su naturaleza.

Solo de eso se trata, solo eso somos. Los detectives de Dios.

Toro se descompensa. Se escuchan los sonidos típicos de la situación que reverberan por todo el espacio. Rita desespera, trata de reanimarlo.

RITA: ¡No, mi amor! ¿Qué pasa?

Toro no reacciona.

Tanto dolor, mi hermoso. Calma, ya está, ya pasa, ya está. Ya pasará. Ya se termina. Sh... sh... *(Lo sostiene contra su cuerpo).*

Oscuridad.

Oscuridad.

TORO: ¿Tengo setenta y seis, ochenta años? ¿Cincuenta? ¿Sesenta? Mis hijos preparan un regalo sorpresa en el patio de la casa. Sé hace días de la fiesta que organizaron, mas nada diré. Escucho los ladridos de mis dos perros, alegres y desencajados. Yago, el siempre cachorro perro será caballito hoy de uno de mis nietos. Alguien ha pisado la cola de mi gato tigre. Escucho sus risas que silban melodías en el viento. "¡Abuelo, abuelo!", grita la más chica. No puedo determinar de quién es la voz que la hace callar. Informan que duermo. Otra voz informa que no, que estoy despierto. Que me desperté hace ya un rato largo.

Luz. Toro viste elegante blanco. Mira por la ventana hacia un jardín soleado.

VOZ: ¡Viejo!

TORO: *(Para sí)* Viejo las pelotas.

VOZ: ¿Amor, estás listo? ¿Te ayudo en algo?

TORO: ¡Ni que fuera un inválido, che! ¡Pero qué cosita inquieta esta!

RITA: ¿Ya estás?

TORO: ¡No, me falta un golpe de horno!

RITA: *(Ingresa. También viste elegante blanco. Acercándose feliz a Toro)* ¡Ay, pero qué viejito leche hervida y gruñón! ¡Hermoso! *(Lo besa)*.

TORO: ¡Bueno, suelte! Me arruga la camisa.

RITA: A ver, dejá. Yo te la arreglo. *(Le acomoda el cuello de la camisa)*.

Se miran largamente en silencio.

TORO: Bueno, ¿vos ya estás lista?

RITA: Si vos lo estás, yo también.

Pausa.

TORO: Gustavo diría: “Tengo todo por delante...”

RITA: Nunca me sentí tan bien.

Sonríen, cómplices. Silencio.

TORO: *(Le estira la mano)*. ¿Vamos?

RITA: *(Tomándose de la de él)* Vamos.

Salen de escena. Se perciben movimientos por el ventanal. Se los escucha en off.

TORO: ¿Pero por qué tanto alboroto estos desaforados?

RITA: Chicos del espacio jugando en mi jardín. Espero no pisoteen las plantitas que me regalaste.

TORO: ¡Sí, desaforados marcianos! Más azul, es la luz, si me alejo.

RITA: Y cuando te acercás, ¿se torna de qué color?

Vení, vení, quiero decirte un secreto.

Silencio.

Se escucha algarabía. Alguien grita “¡¡Sorpresa!!”.

Se oye muy suavemente, en la distancia, el Cumpleaños feliz.

Luego aplausos y vítores.

La luz crece en la escena cubriendo absolutamente todo el espacio.

Súbita oscuridad.

FIN

Sara, Sara, Sara

Alejandro Boim

ALEJANDRO BOIM

Nació en Buenos Aires en 1964.

Es egresado de la Escuela Nacional de Bellas Artes Prilidiano Pueyrredón en 1988 y docente de esa institución entre 1993 y 2002.

Ilustró para distintas publicaciones e hizo numerosas exposiciones individuales y colectivas de dibujo y pintura.

Algunas distinciones: 2011 Primer Premio de dibujo, Salón Municipal Manuel Belgrano, Buenos Aires; 2008 Gran Premio de honor de dibujo, Salón Nacional, Argentina; 2000 Segundo Premio de dibujo, Salón Municipal Manuel Belgrano; 1999 Segundo Premio de pintura, Salón Nacional, Argentina; 1997 Premio Banco Mayo, Salón Nacional; 1996 Primer Premio, Arte sacro, Arzobispado de Morón; 1995 Segundo Premio de pintura, salón Banco Provincia; 1988 Primer Premio de dibujo, Escuela Nacional de Bellas Artes, Manuel Belgrano; 2012 finalista, Premio Eugenio Cambaceres de novela, Biblioteca Nacional; 2014 escribe y presenta su primera obra de teatro, *Sara, Sara, Sara*, y obtiene el Segundo Premio de Dramaturgia en el 16° Concurso Nacional de Obras de Teatro, Dramaturgia Regional, concurso implementado por el Instituto Nacional del Teatro.

EN EL EXTREMO IZQUIERDO, UN PIANISTA DE NEGRO, ILUMINADO APENAS POR UNA LUZ DE CANDELA APOYADA EN UNA MESITA AL COSTADO, TOCA EN VIVO LO QUE LAS ACTRICES SIMULAN EN SUS PIANOS DE UTILERÍA.

APENAS A LA DERECHA DEL PIANISTA, ESTÁ SARA ACOSTADA EN LA CAMA. A SU IZQUIERDA CASI PEGADO A LA CAMA HAY UN PIANO DE UTILERÍA. ATRÁS Y ARRIBA DE SARA, CONTRA LA PARED, CUELGA UN DIPLOMA DE MÉDICA. TODO ILUMINADO CON UN INTENSO FOCO DE LUZ. EN EL EXTREMO DERECHO DEL ESCENARIO HAY UNA PUERTA, TAMBIÉN ILUMINADA.

EL RESTO ESTÁ ABSOLUTAMENTE OSCURO.

SARA, CON UN PAÑUELO EN LA CABEZA BLANCO Y UN CAMISÓN ROJO REVISAR RADIOGRAFÍAS.

HABLA HACIENDO UNA SUERTE DE REPIQUETEEO CON LA GARGANTA COMO CARRASPEANDO MÁS UNA TOS SECA (GESTO QUE VA A ACOMPAÑARLA EN TODA LA OBRA) Y MIRANDO UNOS Y OTROS, CON LAS DOS MANOS

SARA: Mi hígado es una desgracia y mi estómago ya tiene la forma de una galletita. (*Suspira*)... Lo malo de ser médica es que uno sabe de qué se está muriendo..., ahora... (*Mirando el piano*) lo bueno de ser músico es que, mientras tanto, uno se da aliento...

Sale de la cama, se sienta en el borde, toca unos acordes en el piano y gruñe de dolor. Saca una jeringa del bolsillo, se la inyecta y la deja sobre el instrumento. Ahora mira al público suspira, sonrío, vuelve al piano y toca.

La morfina y la música hacen un buen matrimonio...

Empiezan a golpear la puerta y se escucha la voz de Tití, el hijo de Sara de unos veinte años:

TITÍ: ¡Mamá, está cerrada la puerta!

SARA: Es porque le puse llave...

TITÍ: Pero mamá... ¿qué te pasa? ¡Tenés que ir al sanatorio, te esperan... abrí, querés!

Sara responde sin dejar de tocar el piano.

SARA: Tití, gracias... pero puedo cuidarme las tripas... (*En voz baja para el público*) o lo que queden de ellas... Mirá este diploma fantástico (*Y señala irónica*) "Sara Ruth Greenberg, médica".

TITÍ: ¡Mamá... abrí, por favor! ¡En un rato viene la ambulancia a llevarte!... ¡Ya te lo dijo el doctor Caruso: tenés que estar en terapia intensiva... abrí!

SARA: ¿Otra vez Caruso?

TITÍ: ¡Es tu médico!

SARA: ¡Pero Tití, no admiten pianos en terapia intensiva!..

TITÍ: ¡Mamá... abrí!

SARA: Tití, tengo poco tiempo y quiero terminar de estudiar esto... Escuchá... Ya tengo algunos compases...

La voz de Tití baja el volumen junto a los golpes de la puerta hasta desaparecer. Sara toca el piano.

Ahora, vamos con los nuevos... (*Ensayo unos cuantos acordes*). Este último no está tan mal... (*Repite los compases*).

¿Qué te pareció?

Vuelven a crecer la voz de Tití y los golpes en la puerta.

TITÍ: ¡Me vas a hacer enojar... abríme!

SARA: Tití, Tití, Tití... estoy muy cansada de los estetoscopios, los guardapolvos blancos, de los sanatorios, de los rayos, de las pastillas, del aliento podrido del doctor Caruso... ¡Y las operaciones! (*Se mira el vientre por el escote*). Donde tenía el ombligo me dibujaron un mapa de Islandia... Los cirujanos... los muy bestias, no te hacen un tajo... se expresan libremente...

TITÍ: ¡Pero tienen que atenderte!

Sara respira con dificultad.

SARA: El monstruo no se puede curar (*Y se señala el vientre*)... y no se puede curar... Lo sabe Caruso, lo sabés vos, lo saben todos... y lo más importante: lo sé yo.

TITÍ: ¡Mamá... no estás en condiciones! ¡Tenés que abrir, ser dócil!...

SARA: Tití, querido... entendeme... te pido perdón, pero esta es la forma en que quiero pasar el último rato: distrayéndome con el piano...

TITÍ: ¡Siempre hay una posibilidad más!

SARA: (*Vuelve a tocar el piano*) Ojalá fuera así, pero desgraciadamente, no todo tiene solución... y esto no la tiene.

TITÍ: ¡No seas caprichosa!

SARA: (*Haciendo gestos de resignación*) Está bien... termino de estudiar esta sonata... Después, te prometo, me pongo una peluca, brindo con un poco de suero fisiológico, y abro...

Se escuchan los golpes de la puerta y la voz de Tití que se va disipando. Sara vuelve al piano y le habla al público como cómplice.

(*Suspirando*) Uno se muere una sola vez como un tarado... sin instrucciones..., y la verdad es que tengo un poquito de miedo. De eso se trata: de ahuyentar al miedo tocando el piano... Además, desaprovechar este rato con hospitales llenos de olor a sopa de pollo y desinfectante me da asquete... Yo era adolescente cuando mamá, que era un ángel, y una buena pianista, se moría de esto mismo (*Y se señala el tórax*) en un hospital. Mamá que era pianista... Me acuerdo que estaba en la cama diciendo que la dejaran con un vaso de agua y la novelita que estaba leyendo porque el piano estaba lejos, que quería entretenerse y que, si necesitaba algo, llamaría... Pero nadie podía aguantar verla así porque había vivido una vida, casi, en estado de gracia, tocando, enseñando y componiendo... Y, de golpe, se moría, y la molestábamos moscardéándole alrededor... desesperados. Eso fue todo un día y el siguiente y el siguiente... hasta que finalmente... se murió..., y lo hizo

con una sonrisa... porque era un ángel... Y, sin embargo, ya que no podía tocar el piano en el hospital, le quedaba la novelita que no... había... podido... terminar... de... leer... que era lo que más hubiera querido hacer antes de agonizar... Pero mamá era especial y me acuerdo que, en una de esas idas y venidas, todos preguntándole cincuenta veces que cómo se sentía y que si quería algo, que si caca, que si pis..., y ella siempre respondía que no necesitaba nada... Ahora bien, escuchen qué raro esto: de pronto, lo tomó del brazo a su hermano Julio... al tío Julio, y le dijo, siempre con esa calma tan de ella : “Julio, me estoy muriendo... y es como si soñara que estoy en el aire... Te lo recomiendo”. (*Carraspea y, sin dejar de tocar el piano, sigue hablando*). Mamá dijo: “Es como si soñara que estoy en el aire... Te lo recomiendo”... ¿ Era o no un ángel? (*Ahora deja de tocar el piano, mira hacia un costado y cambia la actitud*) Pero a papá, que era médico, y se había divorciado de mamá a los diez minutos de haberse casado, la cosa le fue muy diferente... Le agarró una neumonía que se lo fue comiendo en pocos días. Yo tenía treinta años, iba al hospital cada mañana y lo veía, al pobre... perplejo. (*Imita a su papá*) Decía: “ Me estoy muriendo... y no me debería estar muriendo... soy médico... soy el que cura, no el que se enferma... Soy el que está del otro lado del mostrador”. Morirse lo volvió loco... Gritaba: “¿Fui o no el mejor promedio de mi promoción? ¿Salvé o no a un pueblo entero de esa bacteria que los estaba triturando y que nadie podía encontrar?... ¿Eh? ¿A quién llamaban a la madrugada cuando un grupo de cráneos no encontraba soluciones para un fulano desahuciado? ¡A mí, a Greenberg!... ¡Claro, el doctor Greenberg sabe!... ¡Preguntale al ruso que sabe! Sí, ¡sabe de los... cataplines! Porque ¡el extraordinario doctor Greenberg!... *¡moi!*, una noche se jugó un partido de paleta, transpiró como un cerdo... salió a la intemperie en pleno invierno a tomar una cervecita y se enfermó... Al otro día, por supuesto... el tipo con treinta y ocho de fiebre tenía que salir porque tenía hormigas en el *tujes*... y, pasan dos horas y, de pronto, tose... tose... tose, y ahora ya son cuarenta grados de

fiebre... y escupe mocos de todos colores. Al rato los pulmones ya son dos morcillas... y ahora estoy entubado hasta el upite. ¡Soy o no un reverendo imbécil!”... Papá estaba tan entusiasmado en odiarse en ese momento que no tuvo tiempo para tener miedo... (*Vuelve al piano*).

Pero yo sí tengo algo de miedo... y, además, no quiero molestar al prójimo. (*Vuelve al piano y sigue hablando para sí*). Y no quiero estar en un sanatorio... (*Suspira*). Mejor, acá, en mi casita... Me muero, de acuerdo, estoy absolutamente consciente de eso pero tengo este “mientras tanto” con el piano... Sí: mi casita, ventanita con cielo, mis olores y mi piano... (*No deja de tocar el piano. Y mira de costado, usando al público de cómplice*). Además el hospital es mi lugar de trabajo... (*Señala su diploma*) no suena bien como lugar de despedida... (*Sigue pensando*). Es curioso, los que se mueren en una cama, que son casi todos, lo hacen en silencio... Nunca vi a un moribundo, de esos a los que les queda un rato de vida, ponerse a hablar... a menos que se le pregunte... (*Deja de tocar el piano*). Y yo quiero tocar el piano y... también quiero conversar... Quiero conversar... no estar en silencio... (*Piensa*). Eso significa que me debe quedar un rato todavía... (*Vuelve a tocar el piano*). ¿Pero hablar con quién?... ¿con Tití?... ¿con los amigos?... Imposible..., me internan... y sin el piano.

Vuelven a crecer la intensidad de los golpes en la puerta y la voz de Tití.

TITÍ: ¡Mamá, en minutos llegan el doctor Caruso y la ambulancia..., abrí de una vez!

Sara saca de su bolsillo una gran llave.

SARA: No voy a abrir... Tengo la llave y la puerta está blindada...

TITÍ: ¡Voy a llamar al cerrajero!

SARA: Va a demorar horas en venir... son las que necesito para terminar de estudiar... Te prometí que cuando termine la sonata, abro.

Los golpes y los gritos de Tití vuelven a disminuir.

(Sigue mostrando la gran llave en la mano) Con esta llave en mi poder nadie va a entrar hasta que yo lo decida... *(Baja la voz)*. Aunque sí me haría feliz poder conversar con alguien...

Se escucha el sonido de una llave en la cerradura y la puerta que se abre. Sara se da vuelta y mira asombrada que es ella misma (un doble, su alter ego) quien entra.

SARA 2: *(Su alter ego, le muestra la misma llave)*. Es cierto, la única que tiene esta llave soy yo. *(Avanza unos pasos al medio del escenario y de pronto se enciende un foco iluminando –calcados– otro piano de utilería, la cama y el diploma colgado)*.

Sara se agarra la cabeza sorprendida. Sara 2 camina despacito, igual de absorta y se sienta al borde de “su” cama.

SARA: ¿De verdad esto está pasando?

Sara 2 se encoge de hombros. Las dos Saras, al unísono, agarran la jeringa que está encima del piano.

SARA Y SARA 2: “Evidentemente, estoy alucinando... Debe ser la combinación de esto más las treinta píldoras de dinamita que estoy tomando”...

Las dos se miran y hacen gestos de desconcierto, calcados y carraspean.

SARA Y SARA 2: *(Se miran)* Como fuere... esto es asombroso.

Ahora se ríen a destiempo.

SARA: Está bien, está bien, acepto... Esto es parte de los problemitas que una puede tener cuando está por espichar: medicamentos... adrenalina... y todo eso. *(Toma aire visiblemente y se agarra el pecho)*. No lo sé... *(Se queda mirando fijo por un instante a Sara 2 que también está mirándola fijo)*.

Pasan segundos.

(Con cara de asombro) Bueno... ¿Y qué parte de mí se supone que sos: la pesimista, la optimista?...

SARA 2: *(Se encoge de hombros)* Eso era lo que yo te estaba por preguntar...

SARA: ¡Pero si soy... la original!

SARA 2: *(Carraspeando)* ¿Vos la original?... debo haberme inyectado más de la cuenta...

Sara 2 se pellizca y las dos lanzan un grito al unísono.

La voz de Tití crece detrás de la puerta junto a los golpes.

TITÍ: ¡Mamá, abrí! ¿Qué pasó?

Las dos Saras, simultáneamente, responden.

SARA Y SARA 2: Me golpeé el codo con el borde del piano.

Los golpes disminuyen. Y las Saras se acomodan a destiempo. Sara junto al piano y Sara 2 se sienta en su cama.

SARA 2: Estabas tocando el piano...

SARA: Sí... entonces sí soy la original... soy la que sabe tocar.

Sara 2 se mira las manos como si se hubiera sorprendido de lo que dijo y Sara comienza a tocar.

SARA 2: ¡Ey... una octava más arriba y comenzaba en fa!

SARA: Es cierto... es cierto. *(Se equivoca de nuevo).*

SARA 2: No... fa, do, re sostenido... Así... dejame a mí. *(Tararea la melodía, se sienta a "su" piano).*

SARA: *(Levantando las manos del piano)* No la emboco porque estoy nerviosa... con un fantasma de público.

SARA 2: *(Tocando)* De este lado, el fantasma sos vos.

SARA: *(Se toma la cabeza).* Ahora sí que estoy preocupada... ¿No serás vos la original?

SARA 2: Estaba a punto de decirte eso. *(Deja de tocar).* Tu turno.

Sara toca.

SARA 2: Así vas mejor.

SARA: ¿Pasaré esto con frecuencia?... Digo, cuando uno se está muriendo

SARA 2: ¿Olvidarse las melodías?

SARA: No, boba... que se te aparezca tu... otro vos... Y yo que quería charlar con alguien...

SARA 2: Alguien... sí. Nunca me había pasado tenerme a mí enfrente... pero qué mejores orejas que las tuyas... propias. *(Mueve la cabeza de un lado a otro aceptando que son dos Saras. Luego mira la jeringa y se mira las manos).*

Sara 2 toma las radiografías que hay en su cama y las mira mientras Sara sigue tocando. Sara dándose, apenas vuelta mira que Sara 2 está observando las placas.

SARA: No sos ni la optimista ni la pesimista... sos la que revisa las radiografías... Me gusta: eventualmente, yo leo el pentagrama y vos las radiografías... ¿Hay algo que se me haya pasado?

SARA 2: Mejor no te digo lo que tenemos en los riñones...

SARA: Mejor no me digas...

SARA 2: *(Sigue mirando las radiografías)* ¿Te acordás cuando dudábamos entre seguir medicina o música?

SARA: *(Tocando el piano)* Sí, era votar por papá médico o por mamá pianista... Los dos nos miraban fijo a ver qué hacíamos.

SARA 2: Y fue tío Julio el que dijo *(Impostando la voz)*: “Sos hija única, y de padres separados: podrías conformar a los dos...”

SARA: *(Sin dejar de tocar el piano simulando contestar al tío)* Claro, el problema, tío, es que voy a ser una médica mediocre y... una pianista mediocre...

SARA 2: Y tío Julio, el genio de la familia, nuestro doctor en física de cabecera, contestaba *(Impostando la voz)*: “Sarita, Sarita... mi cabeza es un bodrio, cualquier fórmula matemática me produce palpitaciones de amor, veo una mosca y antes de ensartarle un paletazo me pregunto sobre la cantidad de energía que usa para volar... Vale decir: me quedé solo con el aspecto mecánico del universo... para todo lo demás soy un analfabeto... Y así me va. ¡Escuchame,

tontita!"... (*Pone su propia voz*). ¿Dijo tontita, no?

SARA: Dijo tontita.

SARA 2: (*Imitando al tío*) "Sé médica y música al mismo tiempo... o lo que fuera que te ponga un poco los pies en la tierra y otro en las nubes... si no te vas a convertir en alguien incompleto... como yo..., como... tu... mamá o sea mi hermanita y tu papá, o sea mi cuñado... ¡Tres personas muy respetadas... respetadísimas, pero tres bobos incompletos...! Te aseguro que nos faltan pedazos por todos lados... Bueno, no somos la excepción en este mundo".

SARA: Bien por tío Julio que era casi un genio... lo nominaban para el Nobel cada tres días pero se consideraba un desgraciado emocional... (*Siempre tocando el piano*) Y lo era... Con ese aliento podrido a café y tabaco que había acumulado durante cincuenta años... y los dientes cuadraditos y marrones... un poquito separados, como caquita de oveja...

SARA 2: La verdad es que su aspecto estaba un poco percutido... pero lo queríamos.

SARA: Sí. (*Se queda pensando*). Tío Julio era un caso raro: todos los querían menos tía Catalina que lo celaba sin motivo... y lo volvía loco. Y debería haber sido al revés... Ella, una esposa particularmente inteligente, una arquitecta renombrada, hermosa que olía siempre a flores... Es increíble que tía Catalina, durante treinta años, se metiera en la cama con tío Julio... Por qué no se divorciaron nunca es un misterio de la psiquiatría.

SARA 2: Dados los aromas del tío, más bien se trató de un misterio de la química... Como fuere, mamá opinaba que ellos dos estaban juntos porque se complementaban... Y tío Julio reventaba cuando escuchaba eso de complementarse. (*Impostando la voz*) "En una pareja los dos son parecidos o es un desastre, siempre... y la mía es un desastre". Y cuando murió tía Catalina, tío Julio, por supuesto, no lloró. Y cuando le preguntaban cómo se sentía, él respondía que estaba bien... Nada más se preguntaba cómo se habían

soportado toda la vida... sobre todo, ella a él... Eso me impresionaba de tío Julio...

SARA: ¿Qué?

SARA 2: Que él era consciente de su aliento a perro y de sus limitaciones... (*Impostando la voz*) “Me dejé estar... y no sé cuándo sucedió... Un día me levanté de la cama y mis dientes estaban hechos puré, la panza en caída libre... (*Y se señala*) bañarme ya no me parecía una prioridad... y, además, estaba casado con Catalina. Así que estate atenta, Sarita. Si pasan tres días, no te duchás... y te da igual... Andá corriendo y hacete ver... ¿Que por qué yo no lo hice?... Me parece que porque estaba muy anestesiado con los asuntos de la ciencia... o quizás porque quedaba bien que los científicos, como los artistas, se hagan un poco los chiflados... ¡qué imbecilidad! ¿No? Es como estar posando para nuestras biografías... (*Se ríe*). ¡Qué sé yo! Ahora, de verdad, ya no me importa: estoy viejo y me acostumbré a no mirarme al espejo... y a no olerme”.

SARA: El tío fue un gran desmitificador...

Sara 2 asiente.

Mamá nos dejaba hacer, papá ya se había casado de nuevo y tenía más hijos para criar y muchos pacientes... pero el tío siempre estaba allí donde lo necesitaríamos, contestando preguntas... (*Tocando el piano*) ¿A ver te parece este compás? (*Toca la melodía completa*).

Se escucha la sirena de una ambulancia creciendo.

SARA 2: Parece que viene Caruso con el Séptimo de Caballería...

SARA Y SARA 2: (*Simultáneamente*) ¡Tití, decile al de la ambulancia que vuelva en un rato!

La sirena de la ambulancia se pierde a lo lejos.

TITÍ: (*Creces los golpes en la puerta*) ¡Mamá... cómo querés que te lo diga... abrí... y esa ambulancia no es para vos... todavía... pero ya está en camino con Caruso!

Sara deja de tocar el piano y Sara 2, sentada al lado de su piano, hacen el mismo gesto y contestan al unísono.

SARA Y SARA 2: ¡Conseguite unos sandwichitos para compartir con Caruso y los que vayan llegando... porque hasta que no termine esta sonata no salgo!

TITÍ: ¡Mamá... que viene también un cerrajero!

SARA Y SARA 2: *(Al mismo tiempo, sacan del bolsillo con la mano izquierda la llave y la levantan)* ¡Ya dije que no va resultar fácil inventarse una llave como esta para abrir la maldita puerta blindada!

Bajan los sonidos de afuera y se vuelve a escuchar la llave en la cerradura y la puerta que se abre. Sara y Sara 2 se dan vuelta al unísono y aparece Sara 3 mostrando la misma llave. Al mismo tiempo se ilumina la tercera cama y un tercer piano. Sara y Sara 2 miran a Sara 3 y se miran entre ellas sorprendidas. Sara 3 se guarda la llave en el bolsillo, camina y se sienta al borde de su cama.

SARA 3: Estoy alucinando un *ménage à trois* del inconsciente...

SARA: ¡Ey, ey, ey ...! “Estamos alucinando”, ¡acá estamos nosotras dos!....

Sara 3 se pellizca el brazo y las tres Saras lanzan un grito al unísono.

¡No tan fuerte!... se ve que estás recién llegada.

Crece la voz de Tití y golpea la puerta.

TITÍ: ¡Mamá!, ¡¿qué pasa... por qué gritaste... con quién hablas?!

SARA: ¿Se lo dice alguna de ustedes o se lo digo yo? *(Y señala a las otras dos)*.

TITÍ: ¿Con quién estás hablando?... ¡Abrí!

SARA 2: Si le decimos la verdad, él mismo va a tirar la puerta abajo, a cañonazos...

SARA, SARA 2, SARA 3:

¡Estoy tarareando! Te pido, hijito, que me des un rato para terminar...

Sara se pone a tocar el piano.

SARA: *(Moviendo la cabeza negativamente)* Acomódense y

escuchen este compás nuevo. (*Mirando a las Saras primero y luego al público*). Quería tocar el piano y charlar y, de pronto, se armó una orquesta de señoritas... todas con mi cara...

Escuchan.

SARA 3: (*Sentándose al piano*) No está mal pero es muy mejorable...

SARA: (*Mirándola de reojo*) ¿Mejorable?... ¿Ajá?...

SARA 3: ¡Muy mejorable!...

SARA: Demasiada soberbia para ser un fantasma...

SARA 3: Ese es siempre el problema: desconfiar de tus propias opiniones...

SARA 2: (*Hablándole a Sara*) Tiene razón... dejala tocar.

SARA: (*Enojada*) ¡Che!.. a vos te recuerdo que vos fuiste la segunda en llegar.

Sara 2 y Sara 3 se miran y hacen un gesto como que Sara está loca.

(*Resoplando*) Las vi, las vi... Está bien, aquí nadie llegó primero... A ver, mostrame tus habilidades.

Sara 3 toca.

No está mal.

SARA 3: ...No está mal... para ser médica.

SARA: ¿Qué querés decir?

SARA 3: La verdad es que me hubiera gustado ser una música completa y no eso de mitad músico, mitad médico...

SARA: (*Señalando a Sara 3*) Por lo visto, es la pesimista del equipo.

SARA 2: Para mí estuvo bien eso de ser médico... además, no sé, me gustaba ser músico para los médicos y médico para los músicos... Fue una buena idea de tío Julio.

SARA: (*Señalando a Sara 2 y hablando a Sara 3*) Entonces ella es la optimista.

SARA 3: (*Sin dejar de tocar*) ...Más bien, como lo supimos desde el principio, fuimos mediocres en los dos rubros.

- SARA: ¡Che, que salvamos muchas vidas y tocamos bastante bien el piano..., inclusive compusimos algunas canciones... no del todo malas!
- SARA 3: Es cierto, pero... sin poner demasiado en ningún lado... total... un poco médicos, un poco músicos... un poco, poco...
- SARA: Sin embargo, sí seguimos el consejo de tío Julio y gracias a eso aprendimos cosas que de otra manera no hubiésemos... aprendido...
- SARA 3: (*Irónica y sin dejar de tocar*) Bueno... el Salvutemol atenúa los receptores beta para broncodilatarse, el Budesonide es un corticoide inhalado que trabaja sobre los bronquios de pequeño tamaño y los desinflama... etc, etc... De eso sabemos los médicos, de formulitas... que, por otro lado, ya están todas en Internet. La Facultad de Medicina es solo cuestión de memoria: uno pone el *tujes* en la silla, repite y repite y repite y del otro lado está el diploma planchadito esperándote (*Señala el diploma*)... La música es otra cosa... (*Piensa*) bueno, componer, porque la interpretación es bastante parecida a estudiar medicina... se trata, como ahora (*Y repite el mismo acorde tres veces*), de poner el *tujes* en el banquito y darle...
- SARA: (*Mirando a Sara 2 y señalando a Sara 3*) ¡Es una jodida!
- SARA 3: (*Sin dejar de tocar el piano*) No tanto... trato de no sobreactuar las cosas.
- SARA 2: Pero gracias a la medicina vimos en vivo y en directo gritar, patalear y espichar una cantidad de tipitos...
- SARA 3: (*Deja de tocar el piano y la interrumpe*). ¿Y me querés decir con eso que sabemos algo más sobre la muerte, el miedo... y bla bla bla?... ¿Eso querés decir?... ¡por favor!
- SARA 2: Pero siendo médicas (*Y señala a las otras dos Saras, encoge los hombros y se corrige*)... los vimos de cerca y...
- SARA 3: (*Interrumpiéndola*) ¿Y?... no caigamos en filosofías de maestra jardinera...
- SARA 2: Escuchame, querida, dejame terminar de hablar... Este es

un clásico: los mediocres, si prestan atención no son protagonistas... pero son buenos observadores... Y, quizás, nosotras somos el caso... Por lo tanto, después de ver a tanto paciente aterrado con la idea de sonar... aprendimos, y nunca mejor momento para poner en práctica eso ahora que estamos a punto de... ¡¡sonar!! (*Hace un gesto de muerte*) que para sacarnos un poco de miedo debemos distraernos...

SARA 3: (*Haciendo un gesto de sorpresa*) ¿Eh? ¡Eso está bien!...

SARA: Lo de “distraerse” se lo dije a Tití hace un rato... lo que pasa que ninguna de ustedes había llegado...

SARA 3: (*A Sara*) ¿Ahora todas las ideas son tuyas?...

SARA: (*Se toma unos segundos*). Tal parece que las tengo en comodato con ustedes.

SARA 3: Sigamos con la melodía.

Comienza a tocar el piano pero es interrumpida de inmediato por los golpes de Tití a la puerta.

TITÍ: ¡Mamá, seguís hablando sola... sé que te estás inyectando mucha morfina, más de la cuenta! ¡Abrí!

SARA, SARA 2 Y SARA 3:

¡No voy a abrir, todavía!

TITÍ: ¡Llega el doctor Caruso en unos minutos!

SARA, SARA 2 Y SARA 3:

¡Decile, entonces, que le tome la presión al picaporte...
¡Hasta que no termine la sonata no abro!

TITÍ: ¡Y llega también el cerrajero!

SARA 2 Y SARA 3: (*Al unísono y sacando la llave del bolsillo*) Con esta llave...

SARA: (*Las interrumpe en voz baja*) ¡Guarden eso!... cada vez que se muestra la llave... bueno, aparece una más... de nosotras. Como fuere... acá ya no hay más lugar...

SARA 2: (*Hablándole a Sara 3*) Tiene razón...

Guardan las llaves.

TITÍ: ¡Mamá, te estás comportando como una nena!

SARA, SARA 2 Y SARA 3:

¡Dejá de molestar, Tití... estoy tocando el piano!

SARA: *(Pone una expresión de sorpresa y les dice a las otras dos en voz baja)*
¡Eh, ustedes dos, tampoco esa es la forma de hablarle al chico...!

SARA 3 Y SARA 2: *(Llevantando la voz)* ¡Es mi hijo y yo le hablo como se me canta!

SARA: *(Se encoge de hombros acusando recibo)*. ¡Bueno, bueno... soy hija única y no es fácil acostumbrarse, a esta altura, a tener sucursales!

Se van perdiendo la voz y los golpes de Tití.

SARA 3: ¡Estás un poquito exaltada!...

SARA: *(Agresiva)* ¡Si vos te escucharas!...

SARA 2: ¡Che, che, che... tranquilas!... Acá estamos estudiando una canción... charlando un poco y muriéndonos... en ese orden... *(A Sara 3)* ¿Qué estabas tocando?

Sara 3 toca el piano.

SARA: Está bien... está bien... ¿Pero podemos hablar mientras Mozart se expresa?...

SARA 2: Sí, para eso estamos.

SARA: Entonces va una pregunta...

SARA 2: Si ya estamos calmaditas... pregunte.

SARA: ¿Por qué no aparecieron antes?

SARA 2: ¿Perdón?

Sara 3 deja de tocar el piano. Las tres Saras al unísono y haciendo los mismos gestos.

SARA, SARA 2 Y SARA 3:

¿Que por qué no aparecimos antes?

Y al mismo tiempo carraspean hacen un gesto de sorpresa. Sara 3 vuelve a tocar el piano.

SARA 2: *(A Sara)* Te voy a contestar una obviedad: casi siempre estamos.

- SARA: Escondidas, porque... nunca las vi.
- SARA 3: *(A Sara 2)* ¿Esta *(Señalando a Sara)* es un poquitín boba o me parece a mí?
Sara 2 se encoge de hombros.
- SARA: *(Enojada)* A ver... ¡¡Casi siempre estamos!!... ¿qué significa? Es la primera vez que veo a mi propio fantasma, y multiplicado por dos... Es una alucinación, yo lo sé. *(Señala la jeringa)*. Pero...
- SARA 2: *(Interrumpiéndola)* Escuchame, es la primera vez que estamos las tres frente a frente a nuestro fantasma... digamos, de carne y hueso...
Sara hace un gesto de no entender.
- SARA 3: *(Sin dejar de tocar el piano, a Sara 2)* ¿Me permitís desasnar a nuestra amiguita?
Sara 2 asiente.

Vamos con el gran ejemplo: nos enamoramos de Pedro ¿no?... Nos casamos con Pedro... perfecto... tuvimos un hijo con Pedro... *(Señala la puerta a Titi)* fantástico. Y Pedro era un buen muchacho, arquitecto... muy bien... Ganaba buena plata... muy bien... Era lindo y culto, muuuuuy bien... y, además me... bueno, nos amaba... magnífico. *(Deja de tocar el piano y se levanta)*. ¡Ahora... era bastante pavo... una máquina de decir lugares comunes... y encima se hacía el gracioso!...

- SARA: *(Alterada)* ¿Por qué trajiste a Pedro acá...?
- SARA 3: Porque nos casamos con Pedro.
- SARA: Sí, ¿y qué? teníamos los dos veinticinco años...
- SARA 3: *(Interrumpiendo)* ¡Veinticinco!... A los veinticinco uno ya puede ostentar un título universitario como Pedro... o ser elegido diputado nacional, o ser el padre de una caterva de hijos... Vale decir: a los veinticinco ya sos un pavo absolutamente formado ... y lo que es peor en el caso de Pedro, yo lo sabía... otra pava... Pero claro, Pedro era lindo... simpático... todos lo querían... a mis amigas les

parecía ideal... ¿Se acuerdan cuando le preguntamos a papá que pensaba de él? Nuestro papito, médico, más allá de una pússstula y o el color sospechoso de algún vómito, nunca opinaba nada. Y después le preguntamos a mamá que *(Con ironía)* como era un ángel, todo le venía bien. “Hacé lo que sientas”, nos dijo y se quedó tranquila ... Y Pedro era un pavo ... ¿Nos acordamos de eso, no?

SARA 2: *(Le hace un gesto a Sara 3)* ¿Puedo seguir?

SARA 3: *(Se sienta al piano y vuelve a tocar)* Toda tuya...

SARA 2: Hasta que le preguntamos a tío Julio: “Tío: ¿qué pensás de Pedro?...” Y el tío, dijo *(Impostando la voz)* “Traeme al chico”.

SARA: *(Sigue alterada)* ¿Por qué estamos hablando de Pedro?...

SARA 2: Ya vas a ver... ¿Qué pasó con Pedro y el tío?

SARA: *(Resoplando)* No me acuerdo...

SARA 3: *(Tocando el piano)* Respondo yo... Al tío lo único que realmente lo alteraba, además de su mujer, eran los ataques de obriedad... Y el bueno de Pedro era una enciclopedia de obriedades... El tío después de hablar con él nos advirtió... *(Impostando la voz)* “El muchacho será un gran arquitecto pero es medio pavo... En un par de meses lo vas a querer ahogar con la almohada... o bien tené un hijo para postergar el asesinato”... *(Hace un silencio se encoge de hombros y pone su propia voz)*. Y apareció Tití.

SARA: *(Enojada)* ¡Muy bien!... ¿Y qué tiene que ver tío Julio y Pedro... con nuestros fantasmas y el ¡¡Casi siempre estamos!!? *(Señalando a las otras Saras)*.

SARA 2: *(Muy calma)* Bueno... todo esto viene a cuento para decirte que cuando tenemos una certeza, cuando no tenemos dudas sobre esto o aquello... somos un bloque, somos una sola... *(Y se señala a sí misma y a las otras dos Saras)*. Pero cuando sí se duda, cuando “puede ser” esto o aquello, cuando empieza a darnos vueltas uno de esos temas que nos agarran por el cogote y no tenemos más remedio que hay que optar por sí o por no... entonces, uno se parte en pedazos... *(Vuelve a señalar a las otras Saras)* donde cada

pedazo es un punto de vista distinto.

SARA: ¿Y qué tiene que ver con Pedro?

SARA 2: Dudamos de estar con él varias veces... desde el principio, por eso, también, le preguntamos a tío Julio...

SARA: ¿Lo trajeron a colación a Pedro porque... fue motivo de muchas dudas?...

SARA 2: Acabo de decírtelo.

SARA: ¿Y con eso me quieren decir que ustedes dos son producto de mis dudas? (*Y señala a las dos Sara*). Vos sos una duda... y vos otra.

SARA 3: (*Siempre tocando el piano*) Y vos, mi querida.

SARA: ¿Qué? ¿También yo soy una duda?...

SARA 3: ¿Perdón?

Las tres Saras al unísono, haciendo el mismo gesto.

SARA, SARA 2 Y SARA 3:

¿También yo soy una... duda?

SARA: (*Gesticulando y sorprendida*) Bueno, es como que acá nadie llegó primero (*Y se señala*), segunda, tercera (*Y señala a las Saras*). Nadie nada... nadie es un fantasma... digamos que somos la misma con músculos, huesos, riñones... Sí... entendí. (*Resopla y dice irónica*) Disculpen mi ignorancia en la materia... y aprovechando que mi otro yo... por dos, está frente a mí con una cantidad abundante de sabiduría... ¿Cómo se avivaron ustedes... y yo no, de... digamos, el significado de esta superproducción del inconsciente?... Para mí se trataba solo de un exceso de jeringazos... Porque (*Y asiente exageradamente*) entiendo lo de la duda... pero, ahora, ¿de qué estoy dudando?...

SARA 3: (*Piensa y le dice a Sara 2*) ¿Sabés que tiene razón?... ¿De qué estamos dudando ahora?

SARA 2: ¡Che... no sean burras! Lo de los fantasmas, la duda y bla bla bla... ¿no se dan cuenta que hablamos en sentido figurado?... vernos las caras tiene, por supuesto, que ver con lo que nos estamos inyectando... Lo curioso (*Y se*

queda pensando) es que por primera vez vemos nuestras dudas frente a frente... corporizadas.

SARA: Entonces ya no es en sentido figurado.

SARA 2: Entonces ya no es en sentido figurado.

SARA: ¡Hubieras empezado por ahí!... Yo dije que se trataba de la morfina cuando empezó todo esto... pero después, no sé, me embrollaron...

SARA 2: De todas formas, vos y vos preguntaron de qué estamos dudando. ¿De qué estamos dudando ahora?... *(Y señala a Sara 3)* ¿Te escuchaste tocar el piano ahora?

SARA: *(Sonriendo)* Tiene razón, ¿te escuchaste?

SARA 3: *(Enojada)* ¿Eh?, que toque otra... pero sentémonos las tres al piano... la que tenga objeciones, grita y sigue.

Las tres Saras se sientan en la misma posición frente al piano.

SARA: Empiezo yo desde el principio...

Sara toca algunos acordes y de pronto las tres al unísono se quejan del dolor haciendo el mismo gesto. El quejido uniforme de las tres se hace más intenso. Los focos sobre Sara 2 y Sara 3 se apagan de golpe.

(Es la única que sigue en el escenario). El dolor sigue creciendo. Tomándose el vientre se da vuelta y busca a las otras dos. ¡Ahhh! ¿...dónde se metieron?

Comienzan los golpes de la puerta, primero suaves, luego muy fuertes, y la voz de Tití.

TITÍ: *(Golpeando y con un tono desesperado)* ¿Mamá, qué pasa ahora?... ¡Abrime... abrí, contestá! ¡¡Mamá!!

Sara habla con dificultad y sigue buscando a las dos Saras con desesperación girando su cabeza de un lado a otro.

SARA: Tití, solo es un pico de dolor... Ya se me pasa. *(Toma la jeringa y se inyecta).* Dame un ratito que termino la canción...

Los golpes de la puerta disminuyen igual que la voz de Tití.

TITÍ: ¡Llamo a los bomberos... para que abran la puerta... *(Como un eco)* ¡los bomberos... los bomberos... los bomberos...!

Sara hace gestos de alivio y sigue buscando a las otras dos Saras. De pronto se iluminan de nuevo las dos Saras (con sus pianos y camas) en la misma posición que ella. Las tres hacen los mismos gestos de alivio por el dolor que va desapareciendo.

SARA, SARA 2 Y SARA 3:

(Al unísono)... ¡Qué susto, pensé que las perdía!

Se reponen.

SARA 2: *(Resopla y le dice a Sara)* Estabas tocando vos.

Sara se pone a tocar.

¡Pará, pará ahí... esos tres últimos acordes no están bien...!

SARA: ¿Ah sí?...

SARA 2: ¡Ah, sí!... Escuchá.

Sara no para de tocar y Sara 2 trata de tocar pero no puede, se mira las manos pero el piano sigue sonando.

¿Qué pasa?

SARA 3: *(Señala a Sara)* Cuando una toca, las otras no pueden... Parecemos una orquesta pero, pero... solo parecemos... Así que cuando Baremboim pare vos podés seguir...

SARA: *(Deja de tocar)*. ¿Y cómo sabías eso?...

SARA 3: *(Encogiéndose de hombros)* Una sabe cada cosa hoy en día...

SARA 2: *(Empieza a tocar)*. Es en estos dos compases donde le pifiás... *(Toca los compases y sigue)*.

SARA 3: *(Señalando a Sara y sonriendo)* Es cierto, los últimos compases de ella son infinitamente mejores...

SARA: Bueno... ¡infinitamente!... tampoco es para que me lo refriegues así!...

SARA 3: Si ahora que estamos por pasar a mejor vida no digo lo que quiero... ¿cuándo?

SARA: Sonó más bien a un problema personal entre vos y yo...

SARA 2: *(Sigue tocando)*. Dejen de chichonearse... Te recuerdo... *(Hablando con Sara)* que las críticas son... autocríticas. Eso estamos haciendo...

SARA: Está bien pero, dicho sea de paso, ya que nos estamos muriendo... por qué no recordar cosas... lindas.

SARA 3: *(Irónica)* ¡Cosas lindas! ¡Cómo no! ¿Te acordás cuando nos disfrazamos de oso Panda para el primer añito de Tití...? ¡Todos esos nenitos a los alaridos metiendo las pezuñas en la torta y sus mamis corriéndolos por toda la casa con los ojos revueltos. ¡Qué hermoso!... por suerte hay fotos, ¿noooo? *(Cambia el gesto)*. Che, Sarita, ¡noooo!, eso está bien para una maestra jardinera militante,... para nosotras que tenemos un doctorado en culpa judía...

Sara sonríe.

SARA 2: *(Sin dejar de tocar el piano, a Sara)* ¿No te parece “lindo” que nos salga esta sonata... y, además... que estemos las tres aquí hablando, incluso de cosas no tan agradables?

Sara piensa y asiente.

(Siempre tocando el piano) Y si somos la duda... como somos, sería aún más interesante hablar de las viejas cosas en las que no nos pusimos de acuerdo, allá lejos... Y, nunca se sabe, quizás hoy podríamos arreglar algo... y eso sería también un acto de gran belleza...

SARA: *(Resignada)* Está bien... acepto. ¿Qué sigue en el menú?

SARA 3: Insistamos con Pedro... Es el gran capítulo que nunca resolvimos.

Sara 2 asiente.

SARA: *(Incómoda e irónica)* Si quieren, para que sea más divertido nos podemos martillar un dedo, aunque con tanta morfina encima no creo que lo sintamos...

SARA 3: Empecemos de nuevo por el principio.

Sara hace un gesto de resignación.

- SARA 3: Somos la misma... ¿cierto?
- SARA: Cierto...
- SARA 3: Sin embargo, te repito, en las grandes decisiones, siempre... siempre, siempre, se te aparece un pedazo tuyo que piensa distinto... y te advierte.
- SARA: *(Se rasca el cuello nerviosa)*. A ver si entiendo bien... ¿Me estás diciendo que estuviste allí para avisarme de no... casarnos con Pedro?
- SARA 3: Claro.
- SARA: *(Irónica)* Dejame que mi confusión se exprese un poquito más: si yo soy vos, y vos sos yo... ¿Quién decide qué cosa?
- SARA 2: Una grita más alto que las otras... Esa vez vos gritaste más alto... De las tres, vos querías casarte, ella *(Por Sara 3)* quería meterle una patada a Pedro y yo que solo fuéramos novios...
- SARA: Yo no las oí... ni siquiera las sospeché...
- SARA 3: No querés acordarte... porque allí estuvimos.
- SARA: Está bien, reconozco que dudé, por eso consultamos con el tío, pero... Pedro... era un buen arquitecto,... un hombre sensible...
- SARA 3: ¡Y un pavo!
- Sara 2 sigue tocando el piano.*
- SARA: *(Con cara de disgusto)* ¿Seguro que ustedes quieren rever el asunto completo?
- Sara 2 y Sara 3 asienten y Sara hace un gesto de resignación.*
- SARA 3: Nació Tití y lo dejamos a Pedro ocho años después, cuando no lo soportamos más. En eso las tres estuvimos de acuerdo.
- SARA: Bien... dejé a Pedro porque se convirtió en un tipo extremadamente predecible.
- SARA 3: *(Muy seria)* ¿Predecible?... eso había sido siempre. No, no lo dejamos, por eso.

SARA: ¿Entonces?

SARA 3: Lo dejamos cuando nos dio vergüenza mostrarlo...

Sara se toma la frente.

Fue exactamente esa noche que cenamos en casa de Benjamín y Aída con tres parejas más. (*Hace silencio y continúa*). Pedro abrió su bocota como de costumbre y lanzó una de sus clásicas pavadas chistosas... Lo miraron feo. En realidad nunca lo habían mirado tan feo... pero Pedro no acusó recibo... como de costumbre. Y, como de costumbre, se festejó la broma con una risotada. Nadie dijo nada... y pasó de largo.

Sara baja la mirada, solo se escucha el piano de Sara 2.

SARA 2: Pasó de largo para ellos... pero no para nosotras.

SARA 3: Así fue... ¿Cuántas veces le dijimos que midiera un poco lo que decía, que los demás, quizás, no tenían ganas de escuchar sus jovialidades?... y nada. Un pavo se mira a sí mismo, se escucha a sí mismo y... se festeja a sí mismo.

SARA: (*Casi murmurando*) A pesar de eso, era un buen tipo, un buen arquitecto y un buen padre. (*Hace un gesto de resignación*). Y hasta ese momento nos resbalaba. Le decíamos que no fuera tan pavo... pero en el fondo nos resbalaba...

SARA 3: (*Terminante*) ¡No nos resbalaba!

SARA: (*Haciendo un gesto de incomodidad*) Lo soportábamos.

SARA 3: ¡No!

SARA: Bueno, antes de eso nunca se nos había ocurrido separarnos.

SARA 3: ¡No es cierto!

SARA: (*Enojada, señala a Sara 3*). ¿Eh?... ¿ Vos me vas a decir qué es cierto y qué no es?

SARA 2: (*Asintiendo y sin levantar los ojos del piano*) Es el antiguo, clásico y siempre bien ponderado autoengaño...

SARA: ¿También vos?...

Sara 2 hace un gesto afirmativo sin sacar los ojos de piano.

(Resopla y trata de hacer memoria) Está bien, hubo llamadas de atención a Pedro para que dejara de decir... pavadas... Pero ganas de separarme, antes de esa cena, literalmente, así dicho... les juro que no me acuerdo.

SARA 3: ¿Cómo que no te acordás?...

SARA 2: *(A Sara 3)* No, realmente no puede acordarse.

SARA: *(Enojada)* ¡Claro que no me acuerdo!

SARA 3: ¿Y por qué sí nosotras?

SARA 2: *(A Sara 3)* Somos la misma, pero no exactamente iguales. Y ella ese asunto nunca pudo digerirlo.

SARA: ¿Qué asunto?

SARA 2: *(Sin dejar de tocar el piano)* La historia con Pedro, de principio a fin.

SARA: *(Moviendo la cabeza negativamente)* ¿Es realmente necesario hablar de eso... ahora?

SARA 2: Es el mejor momento...

SARA: ¿Por qué?

SARA 2: Porque nos queda muy poco tiempo... y como decía tío Julio: “De acá nos llevamos la nada... y la culpa”. Si podemos, vamos a intentar limpiar la culpa... y ese sería nuestro último acto de belleza.

SARA: *(Mira hacia abajo, hace gestos de resignación)*. ¿Puedo yo tocar el piano... y conversar al mismo tiempo?

Sara 2 levanta las manos.

¿Cuál fue el último acorde?

Sara 2 toca.

Bien... entonces sigamos...

SARA 3: Sigo yo...

SARA 2: Adelante.

SARA 3: A la mañana siguiente, después de aquella cena con Benjamín, Aída y compañía... le dijimos a Pedro que lo amábamos, que era un buen hombre pero que ya no lo

aguantábamos más... y lo íbamos a dejar... (*Hace silencio*).

Se escucha la música de Sara. Toca el piano con la cabeza gacha y Sara 3 sigue hablando.

SARA 3: Pedro nos miró, se agarró la cabeza con las dos manos... y se quedó mudo. ¡Mudo!... Es como si se le hubiera esponjado el cerebro de pronto... Nos mudamos (*Y señala a las Saras*) ese mismo día al consultorio y nos lo llevamos a Tití, que tenía ocho años...

SARA: (*Haciendo un gesto de disgusto, sigue tocando el piano*).
¿Hace falta seguir hablando de esto?

SARA 2: Más que nunca...

SARA 3: El nuestro, debe haber sido el divorcio más perfecto y rápido de la historia porque Pedro no puso abogados, no puso resistencia, no se quejó nunca, solo firmó todo lo que le pedimos que firmara... Fueron un par de encuentros en lo del escribano, un par de “¡hola, hola ... chau y chau...!” (*Hace silencio*). Lo cierto es que Pedro estaba hundido en una depresión fastuosa que se lo estaba tragando... y no nos dimos cuenta ... médicas y todo... Fantástico, ¿no?

SARA 2: Aunque, a nuestro favor tenemos que Pedro lo disimuló bien...

SARA 3: (*Hace un gesto levantando los hombros*) Si hubiéramos estado más atentas, pero no quisimos ni enterarnos... ¿Cuánto pasó hasta que le dio el infarto... dos meses?

SARA 2: Dos meses...

SARA 3: Fue un infarto por estrés... o depresión... lo mismo da para el caso.

Sara deja de tocar el piano, se da vuelta para mirar a las otras Saras y se produce un silencio de varios segundos.

Tití golpea la puerta con golpes que crecen en intensidad rápidamente.

TITÍ: ¡¡Mamá hay silencio!!... ¿Qué pasa? ¡Abrí!

SARA, SARA 2 Y SARA 3:

(Se dan vuelta al unísono hacia la puerta, hacen un gesto al

mismo tiempo y casi gritando) ¡Esperá... no todavía!

Baja la intensidad de los golpes y al mismo tiempo gruñen de dolor, se tapan la boca para no ser escuchadas y se inyectan morfina.

SARA 2: *(Recuperándose)* Sigamos recordando... Después del primer ataque, Pedro salió del hospital y fue a lo de su hermano José para componerse. Buena gente... ¿no?

Sara vuelve a tocar el piano.

A las semanas nos llamó José desesperado... no sabía qué hacer con Pedro que ya no quería levantarse de la cama... Fuimos... ¿se acuerdan? Cuando llegamos, Pedro, según contó José, increíblemente, se había levantado, se había bañado, vestido y nos recibió exultante como si nada pasara tratando de esconder los quince kilos que había perdido... ¡quince!... y ese temblor en las manos y el aliento a perro...

SARA 3: Fue extraño verlo en ese estado... gaseoso *(Mira a Sara que sigue ensimismada tocando el piano)* ¿eh, doctora Greenberg?

SARA 2: Me acuerdo que Pedro nos pidió disculpas por no poder hacerse cargo de Tití en esos días. El pobre dijo que se estaba recuperando... Después hablamos sobre la escuela de Tití, los amiguitos de Tití, la ropa de Tití y todas esas tonterías... *(Silencio y continúa)*. Nos fuimos sin saber qué decirle a José... que no nos reclamó nada... igual que Pedro...

SARA 3: *(A Sara)* Bueno, Sarita, ¿estás lista?...

SARA: *(Para de tocar)*. ¿De qué estamos hablando ahora... qué me estoy perdiendo?

SARA 3: Mejor, yo sigo tocando... *(Sara levanta las manos y Sara 3 sigue tocando)*.

SARA 2: Pedro estaba muy enfermo... y nosotras, de repente, no sabíamos qué hacer...

SARA 3: Aquí queríamos llegar.

SARA: Ustedes dos siguen adelantándose a mi cabecita drogada... ¿adónde queríamos llegar?

SARA 2: Aquel día que vimos a Pedro pensamos que por qué no llevárnoslo de nuevo a casa para cuidarlo... quién mejor que una para eso... ¿no?...

SARA 3: *(Tocando el piano)* Pedro era medio pavo... pero era un buen tipo y estaba enfermo...

SARA: Bueno, ¿y adónde queríamos llegar?

SARA 3: *(Deja de tocar el piano)*. Otra vez a la “duda”. Ese es el punto, mi querida... no sabíamos qué hacer con Pedro... y *(Poniendo énfasis)* éramos, en algún lugar, la causa de su desgracia.

SARA: *(Señalando a las tres)* ¿Y hoy estamos las tres “dudas” para aclarar eso?

SARA 2: Así parece.

SARA 3: Porque yo, en aquel momento opiné que debíamos traernos a Pedro a casa... ella en cambio *(Señala a Sara 2)* que debíamos ir todo el tiempo a visitarlo a casa de su hermano... y vos... vos... *(Y señala a Sara)* que había que dejar las cosas así... que ya mejoraría... y después haría su vida como cualquier divorciado...

SARA 2: Esa discusión empezó a las diez de la noche y duró hasta las seis de la mañana.

Sara, Sara 2 y Sara 3 hacen un gruñido de dolor al mismo tiempo. A partir de ahora, se nota el rápido deterioro de las tres.

SARA: *(Agarrándose la cabeza y tomando aire)* Me acuerdo bien de esa noche... Pero, otra vez: ¿cómo saben... quién decidió qué cosa?...

SARA 3: *(Empezando a respirar con dificultad)* Así fue, nos convenciste que había que dejar las cosas como estaban...

SARA: *(A Sara 2)* Vos, que parecés la más sensata... decime qué sucedió realmente esa noche... *(Moviendo la cabeza negativamente)* Ustedes... no... estaban... allí... *(Silencio, gesticula por el dolor, cambia la actitud, se vuelve ensimismada)*. Sí que estuvieron allí... todas mis dudas juntas estuvieron esa noche... porque yo sabía que Pedro se estaba agotando con ese infarto a los treinta y pico de años... y su aspecto de lombriz ojerosa...

- SARA 3: *(Sigue respirando con dificultad)* Y por culpa nuestra...
- SARA: Pero no podíamos prever que Pedro caería en una depresión semejante...
- SARA 3: Está bien, volvamos a esa noche donde se tomó la decisión de abandonarlo...
- SARA: Bueno... yo creía que traer a Pedro a casa no era más que un acto de piedad... y a ustedes les pareció igual ¿no?
Sara 2 y Sara 3 mueven la cabeza afirmativamente.
- SARA 3: Sí, era un acto de piedad para evitar la culpa... cuidarlo hasta que se curase... y listo.
- SARA: El gran problema fue pensar qué pasaría si tardaba en curarse... o no se curaba... Ese fue el meollo del asunto. ¿Hasta cuándo era prudente tenerlo?... ¿Eh?... ¿Un mes, dos meses... diez años?... *(Piensa)* ¿Cuándo deja uno de tener culpa?
- SARA 3: Nunca se deja de tener culpa cuando hay un motivo lo suficientemente importante... y este lo fue.
- SARA 2: A veces la culpa puede tener un límite... y ella *(Señalando a Sara)* lo puso claro en esa ocasión: con Tití para criar, trabajando de médica a tiempo completo... y con un depresivo... y cardíaco... en casa nos íbamos a enfermar también nosotras... Ese fue tu argumento *(Señala a Sara)* y, después de tironear toda la noche, me convenciste...
- SARA 3: *(Haciendo un gesto negativo)* No a mí... y te recuerdo que Pedro se murió cinco meses después.
- SARA 2: *(Calma)* ¿Cómo podíamos prever que se tiraría por el balcón?... y de haberlo sospechado ¿qué habría cambiado?
Sara 3 con una actitud nueva como si algo muy evidente se le hubiese quebrado dentro, se toma unos segundos para contestar y ahora hace un gesto afirmativo.
- SARA 3: *(Mirando a Sara y reflexiva)* En realidad, en aquel momento “no estuve de acuerdo”... pero tuviste razón.
- SARA: ¿Y cuándo te diste cuenta de eso?
- SARA 3: *(Piensa)* En este preciso instante... Haberlo dejado a Pedro

en ese momento quizás fue un acto de egoísmo pero viéndonos así, en este trance (*Y se señala*) me doy cuenta que tenemos un cuerpo débil... Teníamos, entonces, un cuerpo débil... Vos lo comprendiste y yo no... ¡Deberíamos festejar!

SARA: ¿Qué?

SARA 3: Que, probablemente, gracias a esa decisión, hayamos vivido mucho más tiempo... bueno, hasta hoy.

SARA: ¿Y qué hacemos con culpa?

SARA 3: No tengo idea pero mientras tanto, permiso. (*Hace un gesto y se pone a tocar el piano*).

Las tres Saras tosen al mismo tiempo.

SARA 2: (*Tomándose el pecho*) Uno se va de esta vida llevándose la nada y la culpa... ¿No?

SARA 3: (*Sigue tocando el piano*). Según el gran tío Julio...

SARA 2: Bueno... la nada, así como está, parece inevitable, pero a la culpa se la puede... digamos... trastornarla un poco... y con suerte convertirla en otra cosa.

SARA 3: Me gusta... me gusta mucho...

SARA: También a mí... ¿Pero cómo sería eso?

Las tres Saras vuelven a toser al unísono.

SARA 3: (*Señalando su pecho*) ... y que sea rápido.

SARA 2: Por de pronto las tres estamos de acuerdo que no nos hubiera ido bien con Pedro de nuevo en casa.

Sara y Sara 3 asienten cada vez más desmejoradas.

SARA 2: Haya sido, o no, eso verdad... igual nos sirve.

Sara hace un gesto de extrañeza.

SARA 3: Vos decís que no importa si se trata de un autoengaño...

SARA 2: Exacto...

SARA 3: La jodida es ella (*Y señala a Sara 2*)... pero me sigue gustando cómo va. ¿Entonces?

SARA 2: No le hicimos daño a Pedro, no al menos a sabiendas... Lo

único que tenemos que hacer para sacarnos esa culpa de encima, si lo logramos, es pensar que la cosa salió como salió.

Sara 3 piensa , sonríe irónicamente y mueve la cabeza negativamente.

SARA 3: ¿Vale decir que lo aceptamos y listo? ¿ Así de fácil?... ¿Nos decimos que (*ironizando*) “la cosa salió como salió”... y nos quedamos panchas esperando que la culpa se transforme en un ramo de margaritas?... ¿Es todo lo que tenías para decir?... ¡Eso es una tontería!... Creía que nos ibas a proponer algo más... interesante.

SARA: (*Señalando a Sara 3*) Esta vez mi amiga tiene razón...

SARA 2: (*Sonriendo*) ¡Qué fantástico esto!... somos la misma y sin embargo, casi, no nos parecemos...

SARA 3: Bueno, bueno... supongo que tenés algo más que eso... Metele que no nos queda mucho... tiempo.

SARA 2: (*Calma*) El asunto es ponerse del lado correcto del mostrador...

SARA: Vas a tener que ser más específica.

SARA 2: Se trata del tono con el que decimos las cosas...(*Hace silencio*). Si decimos (*Y actúa con rigidez y temor impostando la voz*) “¡La cosa salió como salió... y no se pudo mejor!”... (*Vuelve a su voz suave*). De allí no se puede salir más que con heridas... pero... ¿me dejás tocar el piano? (*Sara 3 levanta las manos de piano y Sara 2 empieza a tocar una melodía*) Gracias... Pero si, en cambio, decimos (*Respira profundo, sonríe de nuevo y con mucha calma y modulando la voz*): “La cosa salió como salió... y no se pudo mejor ”. (*Sigue tocando unos segundos*). Algo en esa forma de aceptación ya no nos golpea sino, más bien, nos acaricia en algún lugar blando que no puedo identificar pero hace que, de pronto, uno se sosiegue...

Segundos de silencio escuchando la melodía.

SARA: Es como una bella resignación...

SARA 2: Nunca mejor dicho: es una bella resignación... Solo tenemos que respirar profundo y cambiar el tono... Y aunque no

podemos hacer desaparecer el remordimiento, lo suavizamos hasta, casi, transformarlo en otra cosa... y nosotras tenemos, además, la música para ayudar. (*Sigue tocando*).

Pasan unos pocos segundos. Sara y Sara 3 se van ensimismando, con la mirada hacia abajo.

SARA: (*A Sara 2*) “La cosa salió como salió... y no se pudo mejor”. (*Hace silencio*)... ¡Gracias!...

SARA 3: (*A Sara 2*) Sí, gracias.

SARA 2: Ya lo dijimos ¿no?... (*Se encoge de hombros*). Somos diferentes caras de la misma Sara... por lo tanto se están agradeciendo a ustedes mismas...

SARA: ¡Qué raro! Puedo entender que la morfina esté causando esto. Que la morfina y... la muerte juntas estén causando esto y que, de golpe, nos hayamos dividido en tres alucinaciones. Puedo entenderlo..., lo que no puedo entender es que ustedes sepan, recuerden... o interpreten cosas que yo no... y, además (*Señala a Sara 2*) que eso me ayude a sentir... esta felicidad...

SARA 2: A decir verdad, tampoco yo lo entiendo...

Sara y Sara 2 miran a Sara 3.

SARA 3: ¿Qué me miran?... Tampoco yo entiendo.

Las tres Saras se ríen y tosen al mismo tiempo. Hacen los mismos movimientos, se toman el pecho y vuelven a toser.

Los golpes de la puerta empiezan a sonar cada vez más fuerte como la voz de Tití.

TITÍ: ¡Mamá, mamá, mamá, mamá... ya están Caruso, la ambulancia, los camilleros... y el cerrajero! Abrí, abríme, por favor...

Las tres Saras siguen tosiendo al mismo tiempo, sacan la jeringa del bolsillo y miran el contenido.

SARA: (*A Sara 2 y Sara 3, suspirando y en voz baja*) Ya no tengo fuerzas para caminar hasta la puerta...

No pueden inyectarse y la jeringa se les cae. Se escuchan los golpes en la puerta.

TITÍ: ¡Mamá!... ¿qué pasa?...

SARA, SARA 2 Y SARA 3:

(Desahuciadas, dicen un poco más alto) ¡Que ya no tengo más fuerza!

TITÍ: *(Sigue golpeando)* ¿Qué decís?...

SARA 3: *(Sentada en la cama se acomoda al piano y les dice a las otras Saras)* No importa...

Los golpes de Tití a la puerta y su voz bajan de intensidad.

SARA: Me duelen hasta los poros... pero por primera vez en mi vida siento que se pusieron en orden todas las estrellas.

SARA 3: Era hora... *(Se acomoda al piano).*

Siguen los golpes débiles a la puerta y ya casi no se escucha la voz de Tití. De pronto esos golpes se vuelven regulares, como un metrónomo. Sara 3 hace un gesto como prestando atención a la regularidad de los golpes y toca un par de acordes siguiendo esa "métrica".

¿En qué estábamos... con la música?

SARA 2: En los acordes finales...

SARA 3: Estábamos aquí para conversar y terminar de afinar la sonata ¿no?... Entonces no desaprovechemos el tiempo.

Sara deja de tocar y hace un gesto a las otras Saras. Sara y Sara 2 se acomodan al piano hasta que las tres toman la misma posición.

SARA: *(Suspira, se da vuelta y les dice a las Saras)* ¡Gracias de nuevo... porque esto, de alguna forma, se convirtió en una fiesta!

Se escucha el "metrónomo". Sara 3 toca algunos acordes antes del fin de la sonata, agacha la cabeza y se apaga la luz que la ilumina. Sara 2 toca dos acordes más agacha la cabeza y se apaga la luz que la ilumina. Sara toca dos acordes más, agacha la cabeza y se apaga la luz que la ilumina.

sara, sara, sara

Los últimos acordes los hace el "pianista" a la izquierda del escenario.

Cuando termina de ejecutar el último, apaga la vela que tiene sobre su piano.

FIN

mariposa
de pies descalzos

Luis Quinteros

LUIS QUINTEROS

Dramaturgo, director teatral e investigador en artes escénicas. Licenciado en Teatro de la Universidad Nacional de Córdoba, fue beneficiado y becado en la pasantía para directores teatrales dentro del Complejo Teatral de Buenos Aires. Fue seleccionado para participar como dramaturgo de Panorama Sur, Plataforma internacional de formación, intercambio y creación Teatral en 2013 y elegido en 2014 por Iberescena, Fondo de Ayudas para las Artes Escénicas Iberoamericanas, para realizar una residencia en dramaturgia con Juan Mayorga, dentro del Master en Creación Teatral, en la Universidad Carlos III, de Madrid.

Como director, obtuvo los premios Teatres y F.e.a.t.e.c. otorgados por la Municipalidad de Córdoba, en distintos proyectos. Fue beneficiado con el Premio Provincial a la Creación y Producción Teatral por la Agencia Córdoba Cultura. Fueron destacadas dos de sus producciones, con el Premio Teatro del Mundo.

Obtuvo distintos premios en dramaturgia: 1er Premio a Obra de Teatro Inédita, 2010 por *Línea de falla*, otorgado por el Fondo Nacional de las Artes; 2º Premio, del Primer Concurso Universitario de Dramaturgia Roberto Arlt, IUNA-Argentores, por *Abel, beautiful boy*; 2º Premio del Concurso Provincial de Dramaturgia, Facultad de Letras de la Universidad Nacional de Córdoba-Fondo Nacional de las Artes, por *Marilú*.

Mariposa de pies descalzos, además de ganar el 1º Premio en la Región Centro-Litoral del 16º Concurso Nacional de Teatro-Teatro Regional, fue premiada en el Concurso Nuestro Teatro, organizado por la Secretaría de Cultura de la Nación.

En investigación fue becado para finalizar sus estudios de grado, por el Instituto Nacional del Teatro, que además subsidió su proyecto de investigación, en coautoría con Gabriela Macheret, *Procedimientos escénicos en el teatro contemporáneo. Líneas de fuerzas que atraviesan el dispositivo teatral*.

Obras de teatro de su autoría: *A kilómetros de acá*; *Horario cortado*; *Línea de falla*; *Pentadrama*; *Marilú*; *Australe*; *Abel, beautiful boy*; *Nacido*; *Dignitas*; *Blanca*; *Mariposa de pies descalzos*; *Dejarse ir*; *Descendencia*, entre otras.

<http://luyiquinteros.blogspot.com.ar/>
luquinte@hotmail.com

A todos los actores y técnicos que me han acompañado hasta acá en el camino de la construcción teatral. A Ecléctica Teatro, agrupación con nombre de mujer que siempre se reconfigura. A Marcelo Bertuccio por interpelar los primeros intentos de escritura de este texto.

La circularidad del pasillo guía el recorrido hacia los palcos, mi cuerpo conoce de memoria la curva que debe seguir hasta el palco número veintiuno que es el segundo del ala derecha, es uno de los que no se venden, por el ángulo de visión. Los palcos superiores uno y dos en el ala izquierda así como el veintiuno y veintidós del ala derecha se usan para los amigos de los bailarines, para los conocidos de los figurantes, para la familia de los acomodadores. Yo no invito a nadie, familia no me queda, no tengo amigos a los que puedan interesarles conciertos, óperas o ballets.

Mi lugar especial, así le digo al pasillo curvo del ala derecha, el contorno de la sala principal, la periferia bordó, acolchada, blanda, que recorro cada día de función, en una intimidad casi infantil... Podría andar con los ojos cerrados o con las luces apagadas... Una especialista en moverme a oscuras y en silencio, eso soy. La alfombra esponjosa cubre el territorio por donde me muevo cada noche, cada velada. Ocasiones únicas. Dos semanas de ópera...

“... porque en esta ciudad se acaba el público, no es como en las grandes capitales donde la gente abunda...”

... Eso le escuché decir el otro día a un violinista. Dos temporadas de ballet, una en la primera mitad del año y otra en la segunda. La orquesta sinfónica y el coro polifónico tienen presentaciones únicas, ¿esporádicas, se dice? cada tanto, a veces, de vez en cuando.

¡Qué lástima! Pienso, tanto trabajo, tanto ensayo. Los músicos, los bailarines, los cantantes son empleados, igual que yo, cobran sueldo, pero tanto preparativo para tan pocos días... Como los grandes momentos que una espera vivir, se nos

pasa la vida esperándolos y cuando llegan... una se queda así como si nada, dura, como diciendo, ¿ah era esto? ¿No se supone que era más?

¡Qué lástima! pienso, una sala tan linda, tan grande. Un director famoso, que no voy a decir el nombre, porque no puedo. Soy una especialista en guardar secretos y también en custodiar objetos perdidos. Este señor, dijo algo así como que bueno, él está acostumbrado a viajar, trabaja en la Capital, conoce grandes teatros del mundo... dijo:

“Este teatro tiene una de las mejores acústicas de la región, comparable con los mejores de Europa. Este teatro del interior es uno de los mejores de Latinoamérica, es una reproducción a pequeña escala del teatro más grande de Buenos Aires”.

A mí me emociona escuchar eso, perdón, voy a llorar... Lo que pasa es que estoy indispueta, hace quince días que sangro, la ginecóloga dice que es parte de los síntomas previos.

Silencio.

En estas ocasiones únicas siempre deseo desde lo más profundo de mi corazón que el teatro esté lleno, no solamente en los estrenos, sino en todas las presentaciones de “La semana especial”.

Cada día que llego necesito confirmarlo, acercarme a la ventanilla y preguntarle a Vicente, el empleado de la boletería ¿cómo estamos para hoy?... Seriamente lo hago, con preocupación. Es emocionante llegar y no tener que preguntar nada porque está puesto el cartelito de LOCALIDADES AGOTADAS.

María Rosa, mi única amiga del teatro, la que me enseñó el oficio, me dice: “¡Qué te calentás, vos! si nosotros cobramos el sueldo igual, si se llena de gente es peor, más trabajo, los pies nos van a reventar de tanto ir y venir acomodando estúpidos que ni un billete te tiran, únicamente unas monedas miserables... con suerte. Para mí que en el Colón no pasa esto, en ningún teatro del mundo se deja sin propina a los acomodadores”.

Yo no opino lo mismo, me gusta mi trabajo, es una ceremonia entrar por la puerta principal, el gran acceso del público, aunque después tenga que cruzar todo por adentro para marcar tarjeta. Me gusta bajar del colectivo, cruzar impaciente la avenida Vélez Sarsfield... no voy hasta la esquina como debería para usar la senda peatonal, sino que lo hago por el medio de la calle.

Cada tarde de mi vida me enfrento con el gran edificio... Parece una iglesia, ¿no?... Yo no soy creyente, pero cada vez que esas columnas me miran del otro lado de la avenida tengo como una revelación. Pienso en los edificios que están desde siempre, como las iglesias y los conventos de nuestra ciudad. Aquí estaba este teatro cuando las calles eran de tierra durante el siglo pasado, desfilaron frente a su puerta

todas las manifestaciones, las luchas, los reclamos, el humo negro del Cordobazo acarició sus paredes, muchas gotas de sangre mancharon los escalones de mármol blanco de la entrada. Este enorme edificio estaba cuando el centro se inundaba por la lluvia, antes de que La Cañada encauce el río Suquía. Justo arriba de la entrada, la escultura traída de Europa para la inauguración del teatro en mil ochocientos noventa y uno me recibe; pasaron más de cien años y allí están las tres figuras, la del medio me mira desde las alturas con los brazos abiertos, en su mano derecha una antorcha y en su mano izquierda una corona de laureles, “bienvenida” parece que dijera y las otras dos a los costados acompañan el recibimiento tocando sus instrumentos, la de la izquierda mira hacia el centro de la ciudad y toca la lira y la de la derecha mira hacia el *shopping* que está pegado al teatro y tiene una trompeta o algo parecido. Podría jurar, asegurarles que suena, esa trompeta o corneta cuando cruzo la calle corriendo, suena.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis escalones subo, llego al descanso, giro lentamente mi cabeza hacia la izquierda y veo el cartel en la boletería LOCALIDADES AGOTADAS. Me sube como una convulsión desde el estómago, se me hace un nudo en la garganta y tengo ganas de llorar, mi cuerpo empieza a temblar desde los talones, pantorrillas, rodillas, muslos, estómago, pecho, brazos, manos y mejillas... ganas de saltar tengo, volver a la calle y frenar el tráfico y gritarles: “¡Localidades agotadas!”... Me paralizó, me da un sofocón, toda esa excitación se incendia, ardo, me viene un calor de golpe en la parte de arriba de todo mi cuerpo. Recuerdo que es otro de los síntomas. Vicente desde la boletería grita:

“¿Estás bien Inés? ¿Querés que llame a tu jefe? Estás muy colorada Inés, tenés la cara roja. ¿Qué son esas manchas en el cuello? ¿Te sentís bien? Me estas asustando. ¿Te acerco un vaso de agua? Inés, Inés...Inés”.

Escucho mi nombre sin poder entender del todo. Levanto el brazo izquierdo para que Vicente deje de gritar, después me calmo, respiro, me recompongo y entro al teatro. Antes de atravesar el hall principal dejo caer la cartera, el calor de mi cuerpo no baja del todo, lo voy soportando de a poco, me desanimo, decaigo. En general a esa hora no hay nadie porque todos mis compañeros entran por la otra puerta, la del costado, por la calle menor. Me saco los zapatos sin agacharme y los dejo caer, luego camino por el piso helado, subo los cuatro escalones blancos de mármol anteriores al descanso del acceso principal a la platea. Cuando voy subiendo la escalera, mi cabeza gira hacia la derecha y no me veo reflejada en el espejo dorado, dudo de mi existencia, no estoy segura de que ese momento sea real. Cuando mi frente se apoya en la columna izquierda de la arcada anterior al descanso y siento el frío del mármol, confirmo que sí es de verdad todo lo que está

pasando. Termina de bajar la temperatura, me doy cuenta que me hice pis. ¿Podrá ser un síntoma? me pregunto. Caen lágrimas calientes, otra señal de que estoy viva. De a poco dejo de abrazar la columna. A pesar de sentirme sucia, me repongo, me acomodo, respiro, miro un lado y otro del hall, no hay nadie... en realidad sí, siento algunas miradas pero esas no tienen voz... escucho algunos murmullos, camino hacia atrás volviendo sobre mis pasos, estoy algo desconcertada, me doy cuenta. Conozco cada centímetro del teatro, un detalle que esté fuera de lugar me pone alerta, avanzo de espaldas para tener una vista panorámica y ¡crac! Mi cola choca contra los barrotes dorados de la puerta cancel abriéndola apenas. El ruido de la calle entra de repente, un bocinazo me perfora los tímpanos y caigo al suelo. Todos mis sentidos se agudizan: el olor de las baldosas, el chillido punzante del vaivén de la puerta que me aturde hasta detenerse, los murmullos de las voces que más de cien años pisaron ese hall, el frío que recibe mi oreja izquierda del piso, mi respiración agitada y el corazón que golpea contra mi pecho por dentro doliéndome hasta la garganta en cada palpitación. Estoy toda mojada de transpiración y de pis, tiemblo por los escalofríos... recuerdo que es otro de los síntomas. Con la visión invertida alcanzo a ver una caja de cartón asomada detrás de la columna derecha, sobre el descanso anterior de acceso a la platea, eso es lo que desencaja, me doy cuenta. Luego me incorporo y sentada en el piso me aseguro de estar viendo bien y que esa caja no sea inventada por los síntomas. Está ahí, no hay dudas, me digo entre susurros... me pongo de pie, ya no estoy mareada pero siento una rareza en la cabeza, me acomodo el pelo húmedo de transpiración, me coloco los zapatos que están tirados en el piso y tomo mi cartera, miro de un lado a otro asegurándome de que no haya nadie, el sonido de mis pasos retumban en el ambiente... uno, dos, tres, cuatro escalones antes del descanso... vuelvo a mirar para todos lados y me detengo en la caja, espío adentro y veo los programas de mano, tomo uno con delicadeza, el pulso me tiembla a medida que lo voy subiendo hasta la altura de mis ojos, la cantante japonesa de la foto me mira, mi rostro emocionado se refleja sobre el brillo del papel, no me reconozco.

Silencio.

En el programa de cada ópera está todo detallado, el elenco, el director, los músicos, las autoridades oficiales de turno y demás... lo que más me gusta es leer la historia de cada parte de la obra, acto uno, acto dos, acto tres... el argumento se dice, me explicó un empleado de la oficina de prensa. Con María Rosa siempre leemos los resúmenes, somos especialistas en contar el cuento de cada ópera o ballet, de explicar de qué se trata lo que se va a ver en el escenario. También se nos pegan las canciones y jugamos a cantarlas en nuestro lugar de descanso, sin que nadie nos escuche.

Silencio.

Ese día me quedé paralizada, el impacto fue como un cachetazo, yo sabía que esa ópera iba a estrenarse esa noche, sabía lo que significaba para mí, hice un recorrido rápido en mi memoria rebobinando hacia atrás y me di cuenta que todos los momentos importantes de mi vida fueron acompañados por alguna versión de esta ópera, con cada estreno del pasado yo atravesé un situación especial en mi vida. Acontecimientos insignificantes para el resto del mundo. ¿A quién pueden interesarle los detalles de la vida de una acomodadora de teatro?

Lo que me impresionó fue ver una *Butterfly* envejecida, se supone que es una chica de quince años, pero en esta versión no. No reconocí en la foto al personaje, tampoco me reconocí a mí misma en el rostro reflejado.

Silencio.

Voy a tratar de recordar lo que leí, algo así. Primer acto: Un oficial de la Armada estadounidense llamado Pinkerton, o algo parecido, alquila una casa sobre una colina en Nagasaki, Japón, para él y su novia, una chica de quince años cuyo apodo es *Butterfly*... significa mariposa en inglés... El oficial consigue un matrimonio arreglado para llevar adelante una aventura amorosa, pero para *Butterfly*, casi una niña japonesa, el casamiento es de por vida. Él pretende, en secreto, divorciarse de ella una vez que encuentre una esposa estadounidense adecuada. *Butterfly* está tan enamorada que renuncia a sus creencias y se convierte al cristianismo. Por este motivo es maldecida por su familia.

La primera vez que vi *Butterfly* fue el día que empecé a trabajar en este teatro. Era muy joven, una linda morocha cordobesa. No sé qué pasó con aquella Inés.

Las óperas se repiten. Cada tanto se hace una nueva versión y no es que el público cambia tan rápido. Las caras son las mismas que van envejeciendo de una temporada a otra. Algún que otro joven que se suma a los que vienen todos los años. Algunos no vuelven más, como si se decepcionaran.

Esa primera vez, aquella Inés entendió a *Butterfly* de una manera que no se volvió a repetir...

Silencio.

Las mariposas no nacen volando, van cambiando... primero salen de huevos como larvas, una mariposa pone cientos de huevos luego de ser fecundada. De esos huevos salen orugas que se alimentan de plantas. En un momento de su desarrollo, la oruga se protege en un lugar resguardado y allí se transforma en crisálida. En este estado no se alimenta, y sufre grandes cambios. Es como cuando la mujer se desarrolla, primero crecés en altura, todo el cuerpo se estira, queda desproporcionado, los dedos largos, los antebrazos torpes, las piernas demasiado flacas para sostener tu estatura. Después los pechos te crecen y con el primer

sangrado no sabés bien qué sos. De alguna manera también te resguardás para terminar de transformarte. Yo tenía uno de esos diccionarios enciclopédicos y busqué mariposas cuando supe que Butterfly significaba eso. Metamorfosis, así se llama el cambio que tiene la oruga luego de ser crisálida. La mariposa adulta sale rompiendo el esqueleto externo de la crisálida, como recién parida.

Silencio.

Me sentía húmeda de transpiración y de pis. El programa colgaba de los dedos de mi mano derecha que miraba desde arriba. Empezó a ponerse colorada, las venas se hincharon de sangre y pensé ¡cómo se notan los años que una tiene en las manos! Por más que intente mejorarlas con cremas y adornos, por más que las cuide obsesivamente, la sequedad se nota, las manchas de la piel se multiplican, primero un grano que revienta con el tiempo, luego una mancha rosada, luego una peca marrón que se va oscureciendo, finalmente una protuberancia oscura sobre la mano flaca que perdió la gracia.

Después de leer el resumen del primer acto parada en el descanso del acceso a la platea, ¡zas! las cortinas de terciopelo se abrieron sorpresivamente como si alguien me hubiese estado espionando y la música del primer acto sonó estruendosamente desde el foso. Fue como la corriente de un río cuando viene crecido. Los músicos probaban las partituras bajo la batuta del director musical. Los cantantes ensayaban movimientos, los técnicos ajustaban los cambios de luces. Yo corrí avergonzada apretando el programa con mi mano derecha, llegué al vestuario donde nos cambiamos, donde dejamos nuestras cosas, tiré mi cartera y el programa aplastado sobre la mesita del mate. Me escondí en el baño pensando que me vieron.

Silencio.

Escucho la voz de María Rosa que grita como siempre, yo sentada en el inodoro un largo rato, apoyada contra la pared, cansada, cada tanto miro por entre mis piernas el líquido rojo dentro del inodoro. Los gritos de María Rosa me aturden:

“Vos siempre igual nena, no fallás nunca, con cada estreno te viene la regla y hay que aguantarte llorar. Te ponés reboluda con la música, te escondés por ahí... ni que fueses vos la actriz. Veo la misma cosa todas las noches durante una semana, escucho la misma ópera que se repite, medio que me harta. Pero a vos no, te ponés rara, todos los años lo mismo...”

Ella no sabe que esta vez es especial, que a lo mejor sea la última, que el ginecólogo me dijo que algo se está terminando, que tenga paciencia.

“¿Te acordás de tu primer día de trabajo? ¡Qué chiquita que eras! No se te entendía nada lo que decías, hablabas para adentro... Me acuerdo que estabas pálida, te habías manchado el pantalón del uniforme nuevo ¡qué manera de sangrar!... te tuve que prestar uno mío. ¿Te acordás cómo te ayudé? Ahí nos hicimos amigas para siempre, cuántos años pasaron dios mío ¿Era esta misma ópera o me equivoco? Contestá che”.

Sí era la misma ópera, pero no se trata hoy del sangrado de siempre. Tampoco era la regla aquella vez. Nunca le conté a María Rosa que en mi primer día de trabajo, venía de un consultorio, que había interrumpido... Eran años difíciles, no se podía andar por la calle, andábamos mirando el piso con temor a que nos pararan para pedirnos el documento... Tenía una minifalda de lana turquesa con unas botas negras, hacía un viento helado que traspasaba el can can y me cortaba la piel de las piernas, yo sentía cómo la sangre me chorreaba desde el apósito por las ingles, las medias de lana absorbían la sangre. Estaba mareada, todos me miraban en la calle supongo que por mi forma de caminar. Pasé por un puesto de diarios: un teatro en Buenos Aires se había quemado en la madrugada de ese seis de agosto de mil novecientos ochenta y uno. Compré ese diario de la tarde que todavía conservo, no decían las causas del incendio. Tiempo después lo supimos, se había tratado de un atentado. A mí la política no me interesa, poco entiendo, pero esa noticia trágica marcó mi vida, se sumaba a las catástrofes que estaba viviendo, desde entonces con cada estreno me da una hemorragia, como si algo me castigara, como una condena. La música se grabó a fuego en mi piel. Conozco cada melodía, cada aria como si fuese una especialista.

Silencio.

¿Por qué el apodo de ella es Butterfly? Tiene que haber una explicación. Yo busqué en ese diccionario enciclopédico. Los machos se exhiben volando cerca de las hembras y producen feromonas sexuales, en las maniobras de vuelo cubren a las hembras y las llenan de olor. Después de aparearlas evitan que la hembra sea copulada de nuevo taponando los genitales de la mariposa con un líquido pegajoso. Por eso se llama Butterfly...

Silencio.

Es una ocasión única, todas las entradas vendidas, el teatro lleno. El público se está acomodando, me duelen las mejillas de tanto sonreír. Yo sé perfectamente lo que va a suceder. Los clásicos se repiten cada ocho años más o menos, eso le escuché decir a una bailarina. Ese tiempo pasó desde la última vez, este día es especial para mí, esta música me hizo vibrar, aquel día de mil novecientos ochenta

y uno, de una forma que no se repitió más. Hoy voy a saber si el hechizo se vuelve a producir, si me quedan todavía algunos restos de vitalidad. Camino por la alfombra esponjosa, mis zapatos de taco se hunden en la blandura, casi como andar descalza, siento el roce de mi pantalón negro, en la parte interna de las piernas, antes no me quedaba tan ajustado, mi cuerpo está cambiando, pienso. Otro de los síntomas. Voy pasando de puerta en puerta, dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve... Aplausos dan comienzo al segundo acto.

Silencio.

Yo sigo en el baño. Ya me duché pero volví a meterme en la intimidad del inodoro. No quiero hablar, no quiero dar explicaciones. Estoy en un momento crítico... como si fuese castigada por lo que hice. Mi cuerpo se está secando y es una tragedia. María Rosa se da cuenta y trata de entretenerme leyendo el programa que dejé sobre la mesita del mate:

“Después de la boda el oficial se fue. A pesar de que pasaron tres años Butterfly aún espera que Pinkerton vuelva de Estados Unidos, su criada Suzuki intenta convencerla de que él no va volver, pero ella no la escucha y en un apasionado intento por convencerla de lo contrario es cuando canta la famosa aria. ¿Me escuchás?”.

La música suena en mis oídos y tengo todos los síntomas juntos, calor, sudoración, ganas de reír y de llorar a la vez. Me parece que María Rosa intenta levantarme el ánimo cantando. No me pregunta más nada, solo canta... como puede:

*Un bel dì, vedremo
Levarsi un fil di fumo
Sull'estremo confin del mare
E poi la nave appare*

Su dulzura me hace reír, ella es una de las personas que más me conoce. Sin preguntarme nada, sin molestar, sin insistir. Ella está, su verborragia tapa mi silencio. Debería contarle la verdad. El día que nos conocimos acá en el teatro, cuando me descompuse, venía de hacerme un aborto, era muy chica, él se fue y me dejó sola, tenía una vida por delante. Una intenta hacer como si nada, seguir viviendo se dice, pero hay un lugar que no se puede superar, la carga pesa, el silencio ahoga. Cada estreno me hace acordar a esa noche y sangro como aquella vez. Hoy se termina todo porque me estoy secando como una planta. El sangrado no va a estar más, va a ser como dejar de llorar. ¿Un alivio?

Silencio.

Las fantasías y los sueños pasan en ese escenario, nunca de este lado. No le importamos a nadie, nunca nos van a aplaudir. Me parece injusto, yo no seré una cantante lírica ni una primera bailarina pero conozco cada rincón de este teatro mejor que mi propia casa. Pienso todo esto junto y se me escapa un sollozo, lloro. María Rosa se da cuenta y para tapar sigue cantando:

*E poi la nave è bianca.
Entra nel porto, romba il suo saluto.
Vedi? È venuto!
Io non gli scendo incontro, io no.*

Su brutalidad me hace reír, hablar durante horas del aumento de los precios es su tema preferido, su simpleza me hace quererla más. Intenta repetir el aria que conoce de memoria de estar en los pasillos del teatro durante las funciones.

“¡Bueno no te riás che! Me agarrás para la joda.
Te sigo leyendo:

Quieren casarla con otro hombre pero Butterfly no acepta. Llega un cónsul americano para decirle que el oficial va a volver a Japón pero no para vivir con ella. Intentan convencerla de que se case con otro hombre y ella cuenta que tuvo un hijo de Pinkerton, producto de su noche de bodas... acá es cuando dice que él podrá olvidarse de ella pero no de su hijo... El cónsul promete informar al oficial del asunto y trata de persuadirla a casarse con otro hombre que la pretende pero ella no quiere.

Más tarde Butterfly corre a observar con un catalejo por la ventana hacia el océano y ve un barco con bandera estadounidense. Ella decora toda la casa con flores para esperar la llegada de su amado, cae rendida y duerme.

¿Te das cuenta Inés? Ella pone flores en toda la casa para recibir a su amor. Las mariposas comen el polen de las flores... por eso se llama Butterfly... ¿me escuchás?”

Silencio.

Salgo del baño después de tirar la cadena, la hemorragia se detuvo, un poco. Al abrir la puerta con violencia María Rosa se asusta y me hace un chiste, yo sonrío. Faltan algunas horas para el espectáculo. Hay muchas corridas e histerias, gente que va y viene, cantantes, músicos, asistentes. Todo ese despliegue me emociona.

El espejo me devuelve una imagen agradable de mí misma, a pesar del entrecejo fruncido. Me gusta esta mejoría... me veo bien. Esta semana mandé mi mejor uniforme negro a la tintorería, se ve impecable, ni una arruga, a pesar de que me queda ajustado me siento como un guante. Hoy antes de tomar el colectivo para el teatro fui a la peluquería, me tiñeron y plancharon el pelo, me hicieron las manos... El esmalte rojo y la pintura de labios del mismo color quedan bien con el traje negro. Estoy lista con lo mejor de mí.

El público ya fue acomodado en tiempo y forma, las mismas caras un poco más viejas. Algunos saben mi nombre, yo saludo como si fuesen viejos conocidos, me entregan dinero, limosnas que recibo con una sonrisa, sobre todo monedas que pesan en mi bolsillo izquierdo. Comienza el espectáculo, los músicos vestidos de negro afinan sus instrumentos, el director musical entra y desde su atril saluda, los espectadores conocen la convención y aplauden.

María Rosa sospecha algo porque no me saca los ojos de encima, la tengo a diez metros y a cada rato me sonrío levantando el dedo pulgar de la mano derecha junto con las cejas interrogativamente.

El teatro está lleno, es día de estreno y no quedó un solo lugar vacío, solo los palcos que no se venden, el dos del ala izquierda, el segundo de la fila y el veintiuno del ala derecha, anteúltimo de la hilera de palcos altos. Tampoco fueron ocupados los primeros palcos de los extremos, el uno y el veintidós, esos directamente dan sobre el escenario.

Estoy parada del lado de adentro de las cortinas de terciopelo bordó en el sector de la platea, mirando ese primer acto, la cantante que hace de Butterfly es muy buena. No entiendo por qué en esta versión tiene alrededor de cincuenta años, seguramente el director lo decidió por algo... No puedo dejar de tomármelo como algo personal. Qué van a decir en el diario mañana. ¿La crítica le va a dar duro? No quiero ni pensarlo. Los instrumentos suenan mejor que nunca, el vestuario es bellísimo y el decorado más sencillo que el de otras versiones. En un momento me distraigo y leo el tercer acto de uno de los programas que quedaron en mis manos.

Tercer acto: al enterarse de la existencia del hijo, Pinkerton llega a la casa de Butterfly con su nueva esposa americana llamada Kate para apropiarse del niño y criarlo en Estados Unidos. Cuando Pinkerton ve cómo Butterfly ha decorado la casa con flores para recibirlo, se da cuenta de que él ha cometido un gran error. Admite que es un cobarde y no puede enfrentarse a ella, de manera que Suzuki la criada y Kate le dan la noticia a Butterfly. Ella se muestra conforme con entregar al niño pero pide que Pinkerton venga a verla antes de despedirse de su hijo para siempre. Mientras tanto, ella se disculpa y se retira a sus habitaciones. Ahí se suicida con el cuchillo de su padre, se tambalea, besa a su hijo y muere. Pinkerton se apresura a entrar, pero es demasiado tarde.

Dos lágrimas calientes corren por mis mejillas. María Rosa me mira y levanta otra vez el dedo pulgar de la mano derecha junto con las cejas interrogativamente. Yo sonrío disimulando y hago el mismo gesto, luego señalo hacia el escenario y cierro los ojos abriendo mis brazos y luego juntando las manos en mi pecho, como diciendo que estoy emocionada por la música. María Rosa frunce los labios y mueve su cabeza de un lado a otro, como diciendo no.

Finalizado el primer acto la gente abandona sus asientos para ir al baño o salir a fumar. Yo aprovecho el tumulto para escaparme de la mirada de María Rosa. Me escondo entre los espectadores que van y vienen. Algunos me preguntan cosas porque reconocen mi uniforme, otros me piden programas. Llego al nivel de los palcos altos y me quedo oculta entre las cortinas de terciopelo hasta que todo vuelva a la normalidad. Ahí escondida recuerdo la enciclopedia. El ciclo de las mariposas... Machos y hembras se buscan activamente, usando como guía visual su aleteo característico, y empleando el sentido del olfato. Después de la fecundación, la hembra pone varios cientos o miles de huevos. En algunos casos la vida adulta es breve, no durando más que el tiempo necesario para asegurar la reproducción... Por eso se llama Butterfly pienso.

Silencio.

Se anuncia el comienzo, las corridas que escucho desde mi escondite van disminuyendo. La música del segundo acto arranca luego del aplauso que el público ofrece al director musical, conozco la convención. Si salgo ahora es poco probable que me cruce con alguien, me asomo y no veo a nadie.

Siento la misma emoción que la protagonista, conozco la música de memoria, podría explicar el argumento de muchas maneras. Primer acto: ella se casa con un oficial estadounidense y es feliz, el matrimonio es para toda la vida, tiene quince años y es oriental, renuncia a su fe para casarse con un extranjero, su familia la odia por eso. Aplauso. Segundo acto: tengo las llaves de los palcos en mi bolsillo derecho que equilibran el peso del bolsillo izquierdo lleno de monedas. El recorrido del pasillo curvo del ala derecha es más extenso de lo normal, dura casi como el segundo acto, me cuesta caminar, los pies me pesan, parezco una escultura de piedra que de a poco cobra vida, que lentamente va teniendo signos vitales. El pasillo bordó, acolchado parece que latiera en carne viva, nazco de nuevo como si recordara salir del útero de mi mamá. Segundo acto de la ópera: tres años después. La protagonista, abandonada por su amor sufre la espera, le aconsejan casarse con otro hombre pero ella no quiere, confiesa que tuvo un hijo fruto de su noche de bodas, ahí suena la música que conozco, vuelvo a vibrar, dejo de ser de piedra del todo. Me pesa la ropa, voy dejando caer a medida que avanzo, los programas de mano, mis zapatos, el saco con las monedas, las llaves de los palcos, menos una.

Ahora sí siento la alfombra debajo de mis pies descalzos, todo se acentúa y los síntomas vuelven, mucho calor sobre todo en el cuello y en la cara, mareo, agitación, angustia y excitación a la vez. Vuelvo a sentir la misma emoción pero distinta, casi que podría ser la protagonista... dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve...

Tercer acto: ya entré al palco veintiuno y me encuentro en ese lugar neutral y pequeño que está entre la puerta de madera y la cortina de terciopelo bordó. Final trágico. Podría esperar el tercer acto de la ópera cuando la heroína sabe que le van a sacar el hijo y acepta... Una mujer oriental, no puede decidir demasiadas cosas... Esperar la música conocida para los finales trágicos, la voz de la cantante que hace de oriental despidiéndose del hijo como un lamento. Hacerlo ahí, justamente cuando todos los espectadores se pongan de pie en el final, pero no sería acertado porque el público vería el espectáculo completo, por lo tanto no cambiaría nada, podría quedar como parte de la tragedia del escenario, como otra decisión del director, si Butterfly tiene cincuenta años en esta versión podría pasar cualquier otra cosa rara. Entonces no, el momento más importante del segundo acto es el ideal. Ahí sí que no seré inadvertida, a lo mejor lo toman como un atentado o como un accidente. ¿Qué van a decir los diarios mañana? Trato de no pensar en eso.

Accedo al palco número veintiuno, el escalón es muy alto cuando levanto la pierna derecha casi se rompe mi pantalón, estoy hinchada y sangro. Arrastro los pies descalzos por el piso de madera hasta la columna que separa el palco veinte del veintiuno, apoyo mi mano izquierda en esa columna, subo a una de las sillas de terciopelo, el pantalón se desgarró del todo. La joven japonesa de cincuenta años insiste en que Pinkerton va a volver porque la ama, su criada Suzuki intenta convencerla para que asuma que eso no va a pasar. Pero Butterfly insiste y canta, eso marca la música, eso resalta su canto.

*Un bel dì, vedremo
Levarsi un fil di fumo
Sull'estremo confin del mare
E poi la nave appare
E poi la nave è bianca.
Entra nel porto, romba il suo saluto.
Vedi? È venuto!
Io non gli scendo incontro, io no.*

Estoy parada haciendo equilibrio en la baranda del palco, veo mis pies hinchados, el esmalte rojo de las uñas agarradas como garras a la madera suave, abajo el gran público mira el espectáculo, un poco más a la derecha los músicos

bailan con sus instrumentos guiados por la mano del director, arriba del escenario Butterfly canta y llora, mi ojos siguen hacia arriba y alcanzo a ver a María Rosa en el Palco de enfrente, el número dos... el que tampoco se vende. Ella intenta detenerme, me hace señas, aparentemente me nombra pero la música tapa sus gritos, solo veo sus gestos, después sale corriendo por detrás de las cortinas del palco.

El público no se da cuenta de nada, es el momento más conocido de la historia, la del escenario. Calculo el tiempo que María Rosa demora en correr por el pasillo curvo desde el palco número dos hasta el veintiuno, tomé precauciones y cerré el palco por dentro, tengo la llave en mi mano derecha. Escucho golpes en la puerta detrás mío, la música supera los golpes y los gritos, "Inés... Inés... Inés..." Me balanceo, estoy mareada, sofocada de calor y sigo sangrando, los pies y las manos húmedas, la boca seca como una piedra, la llave se escapa de mi mano derecha y cae al foso. Escucho tumultos en el palco veinte, accedieron por ahí para detenerme. Aplauso al final del aria, me aturdo, luego quedo sorda, el público grita ¡Bravo! ¡Bravo! Y yo caigo hacia abajo volando descalza y sin alas.

Silencio.

Desde entonces ando por acá, ya no sangro, no necesito zapatos, el uniforme negro se transformó en kimono, mi piel se puso blanca y mis labios resaltan en un rojo intenso como una japonesa. Somos muchos los que quedamos en este teatro, en todos los teatros, ustedes y yo, las voces acalladas por el fuego y el olvido. Antes podía escucharlos en los momentos difíciles sobre todo. Ahora los puedo ver, sus caras, sus máscaras, sus vestuarios. Recorro cada rincón del teatro, mármol, terciopelo, madera, metal dorado... cuando me aburro vuelvo al pasillo curvo que me lleva al palco veintiuno y lo recorro, repito el ritual cada noche, me vuelvo a parar en la baranda y me dejo caer.

FIN

Esta obra se estrenó en el teatro El Picadero, el 13 de mayo de 2014, en "Nuestro Teatro, ciclo de obras en homenaje a Teatro Abierto", organizado por el Ministerio de Cultura, Presidencia de la Nación.

Ingrid Pelicori (actriz), Laura Yusem (directora), Julieta Alfonso (asistente).

las quietudes
resplandecen su deseo

Carlos Guillermo Correa

CARLOS GUILLERMO CORREA

Carlos Correa. Autor y director de teatro. Alumno del taller de dramaturgia de Patricia Zangaro. Estudió en el teatro El cuervo, bajo la dirección de Pompeyo Audivert.

Autor de *Las quietudes resplandecen sus deseos* 1er Premio Concurso Nacional de Teatro del INT. *Garabatos* 1er Premio Bernardo Canal Feijóo, para textos teatrales. *Las calles laterales* Mención del jurado Concurso Nacional de Dramaturgia Nexo 2004. *La duda* Mención del jurado Concurso de Dramaturgos del NOA 2001.

Fue alumno de la carrera de Teatro de la Facultad de Artes UNT. Realizó seminarios de perfeccionamiento con Ricardo Bartís, Alejandro Tantanián, Mauricio Kartun, Ricardo Monti, Marcelo Bertuccio, Marco Antonio de la Parra (Chile), Ana Alvarado, entre otros.

En 2008 auspiciado por UNICEF, llevó a cabo la puesta en escena de *Tres tristes trigos*, en un programa organizado por la AFIP y el INT, realizando 250 presentaciones teatrales en escuelas de Tucumán, Salta, Jujuy, La Rioja, Santiago y Catamarca.

Como docente teatral trabajó en el Hogar de Menores Roca y Centro de Integración Comunitaria La Florida. Es creador del proyecto “Debate en las Escuelas”, en el que abordó temas pertinentes a la problemática adolescente a través del teatro. También realizó a través de estos trabajos charlas y puestas en escenas en la Cárcel de Mujeres de la provincia, Cárcel de Villa Urquiza y diferentes internados de menores.

Dos cadáveres en un mausoleo.

FLOR: Se está poniendo oscura la tarde, ya comienza a nacer la luna, como un medallón dorado sobre mi anhelo palpitante. ¿Será que alguien me piensa en estas horas? ¿Será que algún visitante emprendió su camino con una flor, y un recuerdo entre sus manos? ¡Hay que desear, Ana! ¡Hay que desear! ¡Vos deseás poco! ¡Siempre fuiste de desear poco!

ANA: Vos, siempre tan ilusa.

FLOR: ¿Vos sentís?

Silencio de Ana.

Yo siento algo en este huesito, pero no sé qué es. Ahora lo que siento es que alguien viene. Aunque es extraño que la gente visite los mausoleos a la oración. A veces de mañana. A veces a la siesta, después de comer. Hacen la digestión mientras lloran. Se deterioran, pero de otra forma, distinto al deterioro nuestro. Siento algo en este huesito, pero no sé qué es...

ANA: Nosotras ya no sentimos, Flor. A una le quedan sensaciones de lo que va perdiendo.

FLOR: ¿Y nosotras seguiremos siendo sensaciones de alguien? Estoy incómoda, Ana. Me siento sucia.

ANA: Somos las sensaciones que le quedaron a la familia. Como un brazo amputado que se sigue sintiendo. Somos el miembro que falta y se siente.

FLOR: De la peonada debemos ser miembros faltantes, también.

- ANA: ¡A mí no me mezcles con la peonada! ¡La peonada tiene sus propios miembros faltantes!
- FLOR: Esos bultos borrosos en el horizonte, que van apareciendo lentamente, hasta hacerse estampa del paisaje campestre. ¡Mirá el changuito, cómo se acerca al auto para tocarlo, carita sucia! ¡Se conforman con poco ellos!
- ANA: Esa gente que vive cantándole a lo que no tiene. Lo que les atrae es la pureza ajena.
- FLOR: Con Julieta nos reímos, desde el auto, de las ubres de las vacas. Nos gusta el olor a bosta mezclada con el pasto y calentada por el sol. La bosta es pasto resucitado, por eso abona. Las vacas son buenas para la vida, dan alimento y cagan vida. Son pintorescas, como la peonada.
- ANA: Pero más domesticables. ¡Lindas las vaquitas! ¡Pero hay que tener cuidado de no embarrarse las patas! Vos sos descuidada, Flor, sos de acercarte mucho y arrastrar cualquier sorete con el vestido. Por eso te sentís sucia.
- FLOR: Se arrastra de todo, Ana. Aunque te levantes el vestido por encima de los tobillos, la soretada siempre deja huella. Imposible vivir entre las ubres de las vacas sin quedarse con el olor a leche de campo clavada en el medio de nuestra pureza. Julieta se ríe porque es inteligente y sensible. Porque se da cuenta de que la vaca cuando te mira, inexpresiva, te está dejando una huella. Como la peonada, que te deja una marquita en forma de pregunta. Y eso a una la inquieta. Es la yerra del espíritu.
- ANA: ¡Ni marca, ni huella! ¡A la peonada se le marca la tranquera! ¡Las vacas se marcan! ¡La yerra es para marcar las cosas de uno, uno no es para ser marcado por cualquier pensamiento ligero y ordinario!
- Silencio.*
- FLOR: La luz de la luna se estira sobre el suelo... Cuando llegue a la punta del cajón, es porque ya está formada. ¡Es el reflejo del sol en la luna, que nos llega de rebote, Ana! ¡Cuánto sol! ¡Mirá como se acerca la gente a la villa! ¡Vienen para la yerra! ¡Los Paz traen esas manzanas

enormes y los Iraola traen al hijo tonto! ¡El abuelo y papá los reciben, estrechándoles los brazos! ¡Los perros le ladran al carro de los Paz! ¡Me gusta que sigan usando el carro para trasladarse! ¡Me gusta que el amanecer nos pinte como un cinematógrafo destellante! Mamá llega después y se disculpa por estar atendiendo la cocina. La peonada prepara las carnes para el asado, y con Julieta movemos las nalgas de un lado al otro, con nuestros pañuelos nuevos al cuello. ¡Nos cuesta sujetar los pañuelos por el viento, y también nos cuesta sujetarnos los impulsos por Leandro Terán, que vino a marcar el ganado! ¡Trajo una montura que talló con sus propias manos, para regalársela al abuelo! ¡Cuando se la entrega, de reojo repasa nuestras figuras, como un domador experimentado! ¡A vos también te cuesta sujetar tu pañuelo, Ana! ¡Hay que tener cuidado, porque cuando el viento sopla, arrasa con todo! Lo miramos a los ojos a Leandro Terán. “¡Qué lindo que trabaja el cuero!”, dice Julieta. Luego ella gira, y apoyando sus labios en el borde de mi oreja, me la roza con una pregunta: “¿Habrá alguna potranca a la que quiera marcar primero?”, a mí me hace cosquillas, la pregunta, y el roce. ¡La montura golpea fuerte sobre la mesa, en manos del abuelo! “¡Hay que marcar el ganado antes que se haga al campo!”, dice el abuelo, Julieta me da un codazo y nos reímos. Ahora, nos vamos a ver al toro nuevo, porque el abuelo nos dijo que no vayamos. “¡Es un semental peligroso!”, nos dice el abuelo, y más queremos ir. Vos nos decís que hagamos caso, pero Julieta me tira del brazo y me lleva, por eso la amo a Julieta.

ANA: Esa es otra sensación de ausencia, el amor.

FLOR: ¡Pero la marca te llega hasta el hueso!

Silencio.

El techo tiene otra manchita de humedad. Parece un animalito, la manchita. No me acuerdo qué animalito era ese. ¿Qué animalito parece, Ana?

Silencio de Ana.

Está frío. ¿Irá a venir alguien, con este frío? A la gente le gusta más visitar los mausoleos cuando hace calor, y si no lloran, transpiran. El frío de ellos es distinto al frío nuestro. Yo lo siento aquí, en mi huesito. Siento el frío en el huesito, y también siento cosas que no sé qué son. ¿Para qué servía este huesito? ¿Ana...? ¿Ana...! ¿Ana!

ANA: Qué.

FLOR: ¡Contestame, Ana! ¡No me hagas asustar! ¿Para qué servía este huesito? ... Ahí siento el frío yo. En el huesito frío. Mi huesito frío. ¿Vos te acordás dónde sentías el frío antes? ¡Cuando llegamos yo lo sentía en los pies! ¡Se me congelaban los pies! ¿Viste que nos pusieron el mismo calzado a las dos? Eso es un descuido. Si mamá no hubiese estado tan descompuesta no se le pasaba ese detalle. ¡Nunca el mismo vestido, nunca el mismo moño, las dos!

ANA: ¡Menos mal que no nos pusieron moños! ¡Como si no hubiese sido suficiente venir a parar aquí! ¡Lindo hubiera sido que nos adornasen con moños! ¡Como si fuéramos dos muñequitas, de esas que se coleccionan!

FLOR: Yo siento algo en este huesito, pero no sé qué es... Si este huesito no es el del amor, debe ser el del deseo, porque cuando miro para afuera se me inquieta el huesito... ¿A vos adónde se te inquieta?... ¿Adónde se te inquieta, chinita inquieta? Así me decía el abuelo, “¡Chinita inquieta, chinita inquieta!” “¡Quedate quieta, chinita inquieta!”... Vos eras la chinita quieta. Quieta, como una muñeca.

ANA: ¡Lo mío no era quietud, sino buen juicio!

Silencio.

FLOR: ¡Así una cosa de grande, tenía el toro! ¡Cuando dobló el cuello y apuntó el entrecejo hacia nosotras, se me heló la sangre! ¡Movié la musculatura como de gusto, como un diablo negro! ¡Julieta me agarra la mano y me transmite sus estremecimientos, y me invade todo el olor del campo, la temperatura del sol, el eco de un pájaro que corta el silencio sensual del mediodía, y me invade el manchón azul grisáceo, tirado como de espátula, del horizonte,

interminable! ¡Los segundos se agitan en mi pecho! ¡Se me comprime la respiración desde el vientre hasta el seno y se abre paso como puede entre las aletas de mi nariz!... ¡El diablo negro nos clava los ojos un instante! ¡Toda la vida, toda la naturaleza, y toda nuestra arrogancia juvenil queda suspendida en el aire por su presencia! ... ¡Gira de nuevo, y se aleja moviendo el culo como un bailarín!... Nosotras caemos mirando el cielo y nos quedamos calladas, respirando entrecortado, con el sudor en el cuerpo y el resplandor sanguíneo golpeando los parpados... Así nos quedamos... Percibimos la presencia de la peonada que pasa lenta. Los miramos con Julieta. Cuando nos pasan al lado, arrastrando el viento, uno nos mira... Un silencio caliente separa nuestras miradas... Entonces llegás vos y nosotras nos ponemos de pie rápidamente.

ANA: ¡El más oscuro mira mucho, no me gusta que nos miren!

FLOR: Dejan huella.

ANA: ¡Nada! ¡Dejan nada! ¡Me aburren, prefiero pintar!

Silencio.

FLOR: La manchita de humedad parece como una gota de pintura aplastada, con forma de bicho. ¿Qué bicho era ese...? ¡Ni siquiera encuentro las palabras para describirlo! ¡Le marcaría los contornos, si lograra llegar hasta ahí! ¡Le pintaría los ojitos como los tenía Leandro Terán!... ¡El que sí era virtuoso, para pintar, era el abuelo! ¡Su sensibilidad fluía en colores, tan naturalmente como su respiración!

ANA: ¡Como vos nunca pudiste desarrollar ninguna virtud propia, debés saber mucho de observar virtuosismos ajenos! ¡Por eso también te dedicás a armar esas frases adocenadas de flores, solcitos y cuanto objeto cursi encontrás por ahí!

FLOR: ¡No pude desarrollar nada porque me cinchó la yerra de la familia! ¿¡Cómo se puede desarrollar algo, con las iniciales de nuestro apellido atravesadas como tranquera!? ¡Me hubiera encantado actuar, pero papá se hubiera levantado la tapa de los sesos antes de tener una hija actriz! ¡Para él

todas las actrices eran unas ligeras y unas casquivanas! ¡Será por eso que vivía metido en los camarines de cuanto tugurio encontrara por ahí!

ANA: ¡¡Que querés decir!?

FLOR: ¡Que papá era un putañero!

ANA: ¡Lavate bien la boca, Florencia! ¡Papá era un Señor! ¡Un marido ejemplar y un padre preocupado! ¡De lo único que podemos estar orgullosas es de nuestro apellido!

FLOR: ¡Vos quedate tranquila, que se te nota bien el pedigree! ¡Basta con verte cabalgar para darse cuenta, hay que ver cómo llevás la montura por estos campos de la villa, Ana!

ANA: ¡La buena monta se trae en la sangre! ¡Está en toda nuestra familia! ¡Hay una serenidad heredada que el jinete transmite, y un acompasar delicado en el andar! ¡La imagen es la de un conjunto majestuoso que se desplaza en armonía!

FLOR: ¡Una amazona, montada sobre la Siambretta! ¡Qué bien llevabas la Siambretta, Ana, con orgulloso linaje! ¡Todo un conjunto heráldico, la Siambretta y vos! ¡La peonada te miraba, sorprendida, porque para ellos la monta no se hereda, se aprende a rebencazos sobre el lomo bravío de un potro arisco!

ANA: ¡Los rebencazos te los tendría que haber dado en el lomo, nuestro padre, para enderezarte las ideas! ¡Y con un buen bozal hubiera ayudado a sujetarte el modo de rumiar una y otra vez el pasado!

Largo silencio.

FLOR: Ya se ha formado luna. Todo lo cubre con su manto lechoso, y dibuja caídas de ojos en el follaje de los árboles. Más tarde, cuando camine un poco más en el cielo, iluminará mi quietud nacarada, donde se configurarán seres azules. La luna, silenciosa testigo que mira curiosa... Ana... Ana...

Ana resopla.

¡Me asustás, Ana, contestame!... Era linda la Siambretta, eso lo tengo que admitir, y vos la manejabas bien. Me gustaba cuando salíamos las dos y la invitábamos a Julieta... ¡Es día de yerra, vos le pedís a papá que lustre la Siambretta, y él lo hace, mimosamente, cuidando cada detalle! Cuando termina de hacerlo, se queda mirándonos en silencio, con una media sonrisa tierna... ¡Doy un saltito de alegría y me subo detrás tuyo, que ya estás al volante! ¡Julieta se ríe atrás mío, y me sopla el pelo! ¡Es un día hermoso para la yerra y para pasear en la Siambretta hasta que estén cocidas las carnes del asado, que prepara la peonada! ¡Les pasamos al frente a las hermanitas Terán para que nos vean! ¡Julieta les tira un beso para que nos odien con una sonrisa!

ANA: Yo las saludo con ambas manos, a las Terán, y vos entras en pánico.

FLOR: ¡Porque casi nos damos un porrazo! ¡A mí la tierra me gusta sentirla con los pies descalzos, no con la trucha a la rastra por la Siambretta! ¡Yo lo cuido y lo quiero al cuerpito este! ¡Vos no le das importancia a los golpes en el cuerpo, te haces la dura! ¡En los ojos sin embargo, se te clava el horizonte lejano!

ANA: ¡Lejano el mundo vulgar, y el conformismo campestre y romántico! ¡Mi horizonte era extenso!

FLOR: Pero pintabas casas con patio y jardín.

ANA: ¡Las hacía para mamá! ¡Por eso pintaba casas con patio y jardín! ¡Para rescatarla de la desgastante contemplación de la vida de campo!

FLOR: El horizonte lejano.

ANA: ¡Extenso, extenso! ¡Mi horizonte era extenso!

FLOR: Y lo cercaste de casitas pintadas.

Silencio.

Mamá nos enseña a ser coquetas, nos hace caminar como señoritas. “¡Siempre como señoritas”, dice mamá!, “¿Y si no hay muchachos que nos miren, también tenemos que

caminar como señoritas?”, le pregunto, “¡También!”, me dice. ¡Me enamoro cuando recuerdo!... ¡Julieta no caminaba como señorita, movía las caderas!... ¡Quiero caderear y que nos miren! Me lo imagino. “¡Qué mujer pierde el mundo en mí!”.

ANA: ¡Las caderas no se mueven! ¡Solo el buen andar! ¡Solo la espalda recta y la mirada en el horizonte extenso! ¡Los hombres, siempre lejos, aunque no estén! ¡La buena monta se trae en la sangre! ¡Como se trae el ritmo de un baile de salón! ¡Se hereda! ¡Los que creen en los rebencazos y en el galope salvaje creen que es aburrido! ¡Qué pueden entender de delicadas líneas? ¡No entretiene, que es distinto! ¡Y no tiene por qué hacerlo! ¡El campaneó de los vestidos de las damas, no es un entretenimiento chabacano, es la belleza de las formas que se van dibujando! ¡Círculos y diagonales, que ya están establecidas, que ordenan los espacios y los cuerpos, y que van creando belleza! ¡Combinación de colores y velocidades, como un óleo con esfumato! ¡Las piernas rectas de los hombres van cortando ese aleteo alegre, y así se manifiesta un pensamiento! ¡Saber delimitar los espacios que nos corresponde ocupar es vital para sostener esa belleza, chinita inquieta! ¡El movimiento es un juego de rigores! ¡Así que a mí no me vengas con ningún huesito bailarín! “¡Qué artista pierde el mundo en mí!”

Silencio.

Nos fuimos sin despedirnos.

Largo silencio.

FLOR: ¡Ahora ya parece un hombre, la manchita, porque la luna le estira una sombra! ¡Un hombre que nos observa!... ¡Mirá cómo se toca el tonto de los Iraola! ¡Qué chico tan inquieto! ¡Con Julieta decimos que la que más le gusta de las tres, sos vos!

ANA: Dejá de mirar, ¿querés?

FLOR: ¡Uy, se viene para aquí! ¡Arrancá, arrancá la Siambretta, Ana! ¡Llevanos a recorrer la villa! ¡La vida se nos amontona en el pecho, para luego estallar carcajadas en fuga! ¡El sol

brilla en nuestras sonrisas! ¡Vamos con nuestras gafas oscuras, para que no nos entren los bichos ni el sol! ¡Apretadas las piernas para que no nos entren las miradas de los hombres! ¡Los volados de nuestras ropas aleteando al compas del día! ¡Nuestros pañuelos blancos al viento! ¡Somos tres Isadoras, al viento! ¡Cielo celeste, enorme como el iris de un Dios sonriente, llanura verde y caminito sinuoso, nosotras, las tres, montadas en la Siambretta! ¡¡¡Soltá el embrague, Ana, nos espera el horizonte extenso!!!

ANA: ¡El impresionismo de nuestras vidas tajeando el horizonte!

FLOR: ¡El gorgoteo de nuestros senos retumbando en la villa! ¡Entramos y salimos de la arbolada, esa donde los árboles parecen señores gordos con abrigos gruesos! ¡Vos acelerás en una curva para hacernos reír, y nosotras reímos, pletóricas de dicha! ¡Canto rodado que se interpone en el camino a nuestra felicidad, pequeño saltito, los tres pañuelos blancos van a enredarse en los rayos de la rueda trasera y...! Como tres Isadoras, llegamos al fin de nuestros días.

ANA: Nos fuimos sin acordes finales... La muerte es tan poco teatral.

Silencio.

FLOR: Recuerdo un arrullo de infancia acompañando mi agonía... De repente, en mi último instante de vida, soy nuevamente una niña, y acompasadas manitas blancas me despiden detrás de las campanas de los vestidos. “¡Adiós, Florcita!”, me dice mi maestra de grado.

ANA: ¡Un sabor a sangre y tierra en la garganta! ¡La línea de mi espalda deambula de un lado al otro, sin ninguna rectitud ni sostén! ¡¡¡No es digno morir así!!! ¡Cuidado con los espacios y los movimientos! ¡No me desacomoden, por favor! ¡¡¡Sigo siendo yo, Ana Campos!!!

FLOR: ¿Dónde está Julieta? ¿Alguien la vio? ¿Dónde la pusieron?... ¡Tantos rostros alrededor!... ¡Muchas gracias, muchas gracias por haber venido! ... ¡Ni sé quiénes son, pero qué amables! ... Caminan silenciosos, entre los claroscuros de

la habitación, silueteando los ramos de las flores más tristes que nunca vi. Alguien toca mi mejilla para sentirme la piel gélida. Afuera hay sol. Alguien dice que soy hermosa. Otro me da un beso en la frente, y a pesar del frío de la habitación, puedo sentir el calor de sus labios. ¡Cuando empiezan a cerrar, les tiro un besito que se cuele entre los últimos rayos del sol, que entra parpadeando por las rendijas, entre la tapa y el cajón! ¡Adiósos, adiósos... adiós!

ANA: ¡Déjenme decir mis últimas palabras antes de ponernos las tapas! ¡Mamá, dejá de llorar a los gritos, que la gente mira! ¡Yo, Ana Campos, la mayor de las hijas de Isidoro Campos y...! ¡Esperen!

Silencio.

No nos escuchan. Siguen hablando entre ellos. Hablan de cosas que ya no entiendo. Al principio oía las conversaciones de mamá. Sus recuerdos de nosotras. Su silencio ante la mirada de papá. Su servilismo necesario.

FLOR: ¿Te acordás el desfile de gente, cuando llegamos aquí? ¿Sabés qué me viene de repente? ¿Te acordás el olor a rosas que tenía el mausoleo en los primeros días?

ANA: Soy el olor rancio de los muebles. El rincón frío de la casa. Soy el retrato familiar del comedor. Soy el silencio de mamá. La espalda recta y la mirada distante. No nos escuchan, y está bien que así sea. Soy silencio necesario. Soy la diagonal vacía del salón, donde se cruzaban las parejas para hacer el lazo. Soy rambla solitaria. Soy jardín olvidado entre el yuyal.

Silencio.

FLOR: ¡Viene un auto, puedo sentirlo!... ¡Es papá, con las flores nuevas!

ANA: Es un auto precario.

FLOR: ¡Mis manos buscan un abrazo, como pichones estirando el cuello fuera del nido!

ANA: No tiene chofer, no es papá.

FLOR: ¿Cuántos vienen? ¿Traen flores, señores visitantes? ¿Vienen a buscar su parte faltante?

ANA: Mis últimas palabras, fueron absolutamente cotidianas.

Silencio.

FLOR: No disminuyen la velocidad, Ana.

Silencio.

Pasan sin vernos. Ellos miran el horizonte... Ana... Ana...

Largo silencio.

Un mar de estrellas, allí afuera... La luna besa el horizonte. El horizonte, impredecible y cautivante. La luna, hermosamente joven. Tan delicadamente femenina y presumida, la luna. La luna, es mi deseante resplandor, como el fondo nácar de la silueta de un auto que se aleja, lentamente, hacia el horizonte.

FIN

la negación del fruto

Fernando Pasarín

FERNANDO JOSÉ PASARÍN

Es licenciado en Economía. Estudió en la Universidad Nacional del Nordeste (1997). Realizó un Postgrado en Dirección de Empresa por la Universidad Pompeu Fabra, Barcelona, España y un Master en Marketing por la Universidad Pontificia Comillas, Madrid, España (1999).

A su llegada al Chaco en 2008 trabajó con diversos grupos de voluntarios en diferentes proyectos sociales, enfocados en colectivos vulnerables y en riesgo de exclusión; utilizando las artes y la cultura como herramientas en el desarrollo social, participando en teatro comunitario, festivales populares de artes escénicas, teatro de calle, teatro del oprimido, bibliotecas de aula en escuelas rurales y soporte a menores en situación de encierro.

PERSONAJES

ETELVINA: *Etelvina Cazorla es una mujer de unos 75 años nacida en Sevilla, España. Proviene de una familia andaluza acomodada la cual tuvo que salir del país perseguida por el franquismo al vincularse un miembro familiar con el movimiento de izquierda. En la huida de España han perdido casi toda su fortuna en bienes inmuebles. A su llegada al país, ya no pudo recurrir a una formación como la que tenía en España, pero desde pequeña le fue inculcada la idea de vincularse a la alta sociedad. En su juventud conoce al doctor Mendieta Urzúa, uno de los más prestigiosos cirujanos del país, se casan luego de unos años de noviazgo y ella asciende en la escala social. No quería tener hijos pero queda embarazada en edad avanzada, a los 35 años. En una complicación en el parto por una anestesia epidural experimental mal colocada, le dañan la columna y queda con defectos en la movilidad por lo cual tiene que caminar con un aparato ortopédico el resto de su vida. Se queda viuda a los 53 años y su estatus económico cae notablemente aunque socialmente aparenta opulencia y le perduran algunas amistades de la época aristocrática.*

MARIANA: *Mariana Mendieta Urzúa es la única hija de Etelvina con el doctor. Es una mujer a punto de cumplir los 40 años. Desde que murió su padre tuvo que ponerse a trabajar y no pudo tener una educación universitaria como le habría gustado a él. Trabaja como empleada en una fábrica textil y esto le molesta mucho a su madre: tener a una hija de clase obrera. Es una mujer muy sencilla a la cual no le interesan las preocupaciones de su madre por su posición social o, mejor dicho, por la percepción de dicha posición.*

FACUNDO: *Facundo Bachmann es un hombre de unos 43 años, el tercero de tres hermanos varones. Como miembro de una de las*

familias más aristocráticas del país, tiene un nivel de vida tradicional de la alta sociedad. Economista de profesión, estudió en Oxford, Inglaterra. Trabaja en el grupo empresarial familiar y tiene gran afinidad por las causas sociales, de las cuales es un gran benefactor. La familia Bachmann es descendiente de alemanes llegados al país a principios del 1900 y comenzaron una actividad empresarial que fue creciendo hasta llegar al imperio de hoy en día.

LA OBRA SE DESARROLLA EN UN ÚNICO ESPACIO ESCÉNICO QUE CORRESPONDE A LA SALA DE DESAYUNO: UNA MESA, SILLAS, UNA ARAÑA COLGADA DEL TECHO. TIENE UN ESTILO VICTORIANO PERO ALGO DESDEÑADO POR LA INCAPACIDAD DE REALIZAR EL MANTENIMIENTO DEL MOBILIARIO Y DEL LUGAR EN GENERAL. EL AMBIENTE TIENE UNA ATMÓSFERA DE ANTIGUA GRANDIOSIDAD DE CLASE ALTA VENIDA A MENOS. HACIA EL FONDO EN LOS LATERALES HAY DOS PUERTAS QUE COMUNICAN A LA COCINA Y AL RESTO DE LA CASA RESPECTIVAMENTE.

ESCENA I

Etelvina y Mariana.

Entra a escena Etelvina caminando con aparato ortopédico (andador o bastón trípode) y se sienta a la mesa. Se pone inquieta, mira el reloj, y se enfada.

ETELVINA: ¡Mariana! ¡Por Dios, Mariana! ¡Apúrate que ya son las ocho y cuarto!

Se escucha la voz de Mariana que aparece en escena mientras contesta.

MARIANA: ¡Ya voy! ¡Por favor! ¿Tanto alboroto por quince minutos?

ETELVINA: Entiendo que tu tiempo no valga demasiado, pero no juegues con el mío pues lo aprecio en demasía.

MARIANA: No es para tanto, quince minutos no son para tanto. Me costó levantarme porque anoche no pude dormir hasta la madrugada.

- ETELVINA: ¡Si sabes que los fines de semana desayunamos a las ocho, por qué te quedas despierta hasta tarde! (*Con desdén*) Te habrás quedado mirando alguna tontería en la televisión.
- MARIANA: No fue eso, solo que no podía dormirme, nada más. Voy a preparar el té. (*Sale de escena hacia la cocina y vuelve con unas tazas*). Voy a hacer unas tostadas con el pan de ayer, el de hoy no fui a comprarlo aún.
- ETELVINA: (*Disgustada*) ¡Qué dices! ¡No quiero tostadas! ¡No me gusta el pan viejo recalentado, y lo sabes! Esas costumbres campesinas que tienes... no sé de dónde las habrás heredado.
- MARIANA: ¡Estás viendo que me acabo de levantar y me armás este escándalo! Increíble... Está bien, termino de preparar el té y voy a comprar pan.
- ETELVINA: ¡Deja, deja! Luego no hará falta, se me enfriará el té para cuando regreses. No sirves ni para hacer un simple desayuno. Así nunca te podrás conseguir un hombre decente... O sin decencia, lo mismo da, a tu edad no encontrarás quien te toque ni con el haz de luz de una linterna.
- MARIANA: No me interesa conseguir un hombre que me quiera por hacerle el desayuno.
- ETELVINA: Pues desconozco las capacidades con las cuales podrías seducir a un hombre si quitas un buen desayuno y una satisfactoria comida. Tú misma...
- MARIANA: No te preocupes, yo me encargaré de eso.
- ETELVINA: (*Con sorna*) ¡Ja! No me preocupo, niña, no me preocupo. La que debería preocuparse eres tú. Dentro de semanas cumplirás 40 años, te estás poniendo vieja y áspera. Los hombres de bien quieren formar familia, y a tu edad dudo puedas hacerlo. Además, a nadie le agrada tolerar los hábitos de una solterona.
- MARIANA: Justamente de eso quería hablarte...
- ETELVINA: Por favor, no me arruines el desayuno hablándome de tu soporífero celibato, no quiero comenzar el día con un mal sabor de boca y que me termine fastidiando el sábado.

- MARIANA: No hace falta mi ayuda para arruinarte los días, de eso te encargás vos eficientemente. Te quería hablar de otra cosa, mejor dicho, de alguien.
- ETELVINA: *(Fingiéndose desinteresado)* ¿Alguien? ¿Acaso te has enterado de algún chisme de baja ralea en los sitios sórdidos que frecuentas?
- MARIANA: No es un chisme de alguien, es alguien que vendrá de visita a esta casa dentro de un momento. *(Se levanta de la silla y sale de escena hacia la cocina).*
- Etelvina se queda pensando en lo que le dijo Mariana. Mariana vuelve a escena con la tetera y con otro juego de tazas, sirve el té.*
- ETELVINA: *(Extrañada mira el juego de tazas sin decir palabra).* Tu escasa habilidad para la comunicación me tiene desconcertada. ¿Quién puede venir de visita un sábado sin anunciarse con anterioridad como corresponde?
- MARIANA: No debía anunciarse porque yo lo invité, es un invitado mío que deberías conocer.
- ETELVINA: ¿Debería... yo? Estoy en pleno desacuerdo con ese deber. Me parece inapropiado conocer a tus amistades porque no creo que podamos compartir un diálogo con cierta lógica y aceptable calidad. Recuerda que nada sé sobre la “ciencia” de la cumbia, el vino en caja de cartón o los tatuajes en las nalgas. Lo siento, reconozco con humildad mi ignorancia en tales saberes populares.
- MARIANA: Entiendo, y siendo esta ocasión muy especial, haremos un esfuerzo por no ahondar en esos temas. Pero tomo nota que has pronunciado la palabra “humildad”, desconocía que tuvieras noticias sobre su existencia. Quien vendrá en unos minutos no es una amistad, es algo más, es una persona con la que estoy saliendo hace ya un tiempo, por tanto creo necesario que la conozcas.
- ETELVINA: ¿Que la conozca? ¿Es un hombre o una mujer? Hace años no te conozco varón, así pues no me sorprendería que sea una mujer. Si bien para ti supondría una comodidad, ya sabes, evitar el mal trago de ser madre entrada en la cuarentena. *(Angustiada)* Aunque no quiero ni pensarlo, lo

que me faltaba, esta desviación de tu parte ya no la podría explicar con ningún resquicio de verosimilitud.

MARIANA: No madre, dije “la conozcas” porque me refería a una persona, no porque fuera una mujer. Es un hombre. Jamás te daría el gusto de ser lesbiana para que me azotes con tu juicio hasta el día de tu muerte.

EVELVINA: Mide tus palabras, no des por sentado que tú serás quien me cierre los ojos y no a la inversa. Solo observa la vida libertina que llevas y luego me cuentas.

MARIANA: En eso estoy de acuerdo, si debo esperar sentada aquí hasta cerrarte los ojos, preferiría perecer antes perdida entre vicios y excesos.

EVELVINA: Pues parece lo tienes bien estudiado, y si ese es el plan, estás en el sendero indicado. ¿Así que en esta empresa te acompaña tu nuevo amante? ¿A perderte entre exabruptos e inmoralidad? No sé por qué habría de esperar algo más superior de tu parte, siempre besando los zócalos de la sociedad.

MARIANA: A veces pienso en relacionarme con la gente que te imaginas solo para verte sufrir ante tus amistades al pretender una explicación sensata sobre mi círculo gremial. Pero no, no te alteres, él no frecuenta esos ámbitos lujuriosos con los cuales me sueles involucrar.

EVELVINA: Me dejas perpleja, pues considero apropiadas esas tabernas para que las personas como tú puedan establecer sus contactos afectivos. Todos tienen derecho a la intimidad.

MARIANA: Ya ves, hasta tú te puedes equivocar.

EVELVINA: Te concedo la admisión. Nunca podría imaginarte conociendo gente digna en un concierto de Johann Sebastian o en algún seminario de Estética del Renacimiento. (*Fingiéndolo inquietud*) Pero lo que realmente me tiene intrigada no es el “dónde” lo has conocido, sino el “qué”. Es decir, qué pudo ver ese hombre en ti.

MARIANA: Parece que él ha visto en mí cualidades para ti imposibles.

EVELVINA: No subestimes mi poder de observación. Una de tus escasas virtudes es que no posees notables virtudes, y

curiosamente ese don te hace predecible e ingenua, lo cual por otro lado ayuda bastante a mantener contigo una proximidad que de otra manera sería agotadora y asfixiante.

MARIANA: ¡Qué elaborada observación! Pero poco me importan tus opiniones, no promuevas el acostumbrado protocolo de boicot, es un intento al vacío.

EETELVINA: No lo intento, no. Es un pensamiento en voz alta, lo que me conduce a una inquietud cuasi científica fascinante de la raza humana: el vínculo a través del instinto básico.

MARIANA: Por suerte hay claridad más allá de la ciencia elaborada por personas amargadas y oscuras, como tú.

EETELVINA: Es curioso que llames oscuridad al proceso mediante el cual pretendo poner luz a una realidad abyecta. Pero comprendo que tu bagaje interpretativo te impida poder discernir la diferencia. No tienes más que analizar la información. ¡Prueba! Hasta tú podrías hacerlo.

MARIANA: ¿Hacer qué?

EETELVINA: (*Se pone en actitud docente*). Evaluar tu persona, pero no te preocupes, yo te puedo dar una mano. Mírate, tú eres una mujer demasiado madura de una belleza con graves limitaciones, y conste que pretendo ser generosa porque eres mi hija. Eres tediosa y sin gracia, con algún mínimo de agudeza para sobrepasar las convenciones protocolares. Sin artes, saberes ni cultura que provoque alguna chispa en tu carácter. Con una educación más próxima a la tosquedad que a la iluminación. Una persona que se gana la vida como obrera manual en una triste fábrica textil donde hacen... ¿Hacen qué? Pfff... da igual. (*Dolida*) Mira tú, la hija del ilustre doctor Mendieta Urzúa, uno de los más prestigiosos cirujanos que ha tenido este país, es una vulgar operaria fabril... una simple empleada de trabajo mecánico... (*Con porte de desprecio*) De todas las anomalías que posees, creo esto último es lo más tortuoso y humillante para mí.

MARIANA: Lo sé perfectamente, es uno de los pequeños placeres obtenidos por trabajar allí...

- EVELVINA: No sé por qué te empeñas en seguir malgastando el poco valor que posee tu vida en ese lugar, a cambio de los cuatro duros que te deben pagar. A veces creo que te deberías quedar en casa a colaborar aquí en vez de trabajar en esa desdichada fábrica, ya nos arreglaríamos para el tema del dinero con la pensión de tu padre, más aún si debido a ello prescindieramos de los servicios de Mónica.
- MARIANA: Ten presente que me puse a trabajar porque no podíamos vivir con la pensión de papá. Además, te recuerdo, que a Mónica le pago yo con mi salario fabril.
- EVELVINA: Faltaría más, pues en nada contribuyes en la casa porque estás fuera todo el día.
- MARIANA: Y con ese sueldo miserable también pago las cuentas de la casa.
- EVELVINA: Si no pagas alquiler viviendo aquí, lo menos que puedes hacer es pagar las cuentas, ¿no?
- MARIANA: Y de esa mensualidad también sale la comida que comemos cada día.
- EVELVINA: ¡Basta! ¡Pero bueno! ¿Acaso también me sacarás en cara un plato de comida? ¿A tu madre? ¿Pretendes que salga de compras con este artefacto? (*Señala el aparato ortopédico*). ¿Y me mate por las calles? ¿Eso es lo que quieres? ¿Matarme? ¡Pues dílo de una vez si es lo que quieres!
- MARIANA: Aunque puede sonar hipócrita, no quiero matarte. Nunca me perdonaría si murieses entre las góndolas de un supermercado al intentar tomar un yogur y caer estrepitosamente al suelo. Lo que si me gustaría es que dejes de opinar sobre mi trabajo.
- EVELVINA: ¿Que no opine? ¿Sabes lo que yo sufro por tu empleo?
- MARIANA: ¿Perdón?
- EVELVINA: (*Compungida*) Hace veinte años me resultan inexplicables tus prácticas laborales y les narro a nuestras amistades tal cuento que tú estás en una etapa de “experimentación socio-cultural popular”. Por supuesto dejaron de creerme hace quince años... yo finjo que me creen y ellos fingen que es cierto. Por suerte son personas ejemplares, incapaces

de hacer sentir mal al prójimo... queda poca gente con tanta nobleza de alma.

MARIANA: Mi trabajo es un empleo digno, y quizá demasiado bueno para alguien con mi preparación.

EVELVINA: ¡Ja! ¿Preparación? ¡Si apenas has terminado el secundario!... Y tu padre, el pobre, quería que fueras cirujana como él, vaya cosas... ¡En este país cualquiera es universitario, menos tú!

MARIANA: La universidad... Buen invento... La universidad es un fetiche aristocrático de segregación social para el mantenimiento del status quo de la clase dominante. Y no caigas en la inocente idea que cualquiera puede ser universitario, por favor, tu talento supera con creces ese cliché.

EVELVINA: *(Con enfado)* ¡Por Dios! ¡Esto no te lo permito! ¿Debemos ahora desempolvar del establo la hoz y el martillo y comenzar una revolución? Es el típico discurso trasnochado de hombres barbudos mientras fuman tabaco negro en una inmunda cantina de carretera de imposible pulcritud, debido a esa peste a alcohol y vómito atornillados en los pisos. Bastante he tenido que sufrir en mis huesos la ideología de las banderas rojas, a la cual nuestra familia les adeuda infelicidad, miseria y destierro. No se te ocurra volver a correrme por izquierda con la biblia del proletariado, porque tú no lo has padecido más allá del romanticismo enamorado de unas páginas rebeldes. Puedo reparar con asombro que hoy es un día de decepcionantes sorpresas, solo como tú las puedes proporcionar.

MARIANA: Si crees...

Suena el timbre e interrumpe su parlamento.

Voy a abrir la puerta, debe ser Facundo, mi invitado. *(Se dirige a abrir la puerta. Sale de escena).*

ESCENA II

Etelvina, Mariana y Facundo.

Entra en escena Mariana con Facundo.

MARIANA: Madre, te presento a Facundo.

FACUNDO: Que tal señora, buenos días. Le traje estas flores.

ETELVINA: *(Con saña)* ¿Flores de plástico? Joven, con ánimos de instruirle, le aconsejo que cambie de estrategia si pretende congraciarse conmigo o con cualquier dama que conozca.

FACUNDO: *(Prorrumpie)* ¿Cómo? ¡No!... Perdón... Quiero decir... no son plásticas, son de tela.

ETELVINA: ¿De tela? Su aclaración no diluye mi desdén por este... esta... ¿cosa?

Mariana toma las flores que Etelvina suelta con desprecio y las coloca en un florero sobre una mesa de arrime.

FACUNDO: *(Avergonzado)* Disculpe usted, señora, no pretendía ofenderla.

ETELVINA: Pues sus pretensiones y sus acciones transitan por alternativas divergentes.

MARIANA: Mamá, no seas grosera, por favor te lo pido.

FACUNDO: No, está bien, debo explicarme. No soy devoto de las flores cercenadas, es decir, me gustan las flores pero no aquellas de florería cortadas en el tallo, no me atrevería a traerle un ramillete de ellas. Pero le he traído estas que las hacen unos niños de un hogar de menores, no son tan perfectas como las que fabrica la naturaleza pero se puede ver el esfuerzo de los niños... ¿No le parecen fantásticas?

ETELVINA: Ahora soy yo quien no quiere ofenderle a usted, caballero. Este obsequio me parece, y para no seguir ahondando en el escarnio sobre su persona, por lo menos horroroso. Reparando en su criterio sobre lo que el buen gusto significa, ahora puedo discernir las razones que lo llevaron a posar sus ojos sobre mi hija.

- FACUNDO: Puede ser que esa belleza artesanal me haya cautivado, pues nunca me han atraído los brillos ni las luces. Soy una persona sencilla con gustos simples.
- MARIANA: (*Intentado apaciguar la atmósfera*) ¿Una taza de té, Facundo?
- FACUNDO: Sí por favor, gracias.
- MARIANA: (*Mirando a la madre con la tetera en la mano*) ¿Madre?
- EETELVINA: No, está bien. (*Transición*). Y dígame Facundo, ¿trabaja usted con Mariana en la fábrica?
- FACUNDO: (*Vacilando en la respuesta*) Y... no, no en ese sitio. Yo en realidad trabajo con mi familia.
- EETELVINA: ¿Y qué lugar físico es ese?
- FACUNDO: En la peatonal, ahí trabajamos.
- EETELVINA: (*Con sarcasmo*) ¡Me parece estupendo! ¿Tienen un puesto de comida al paso? ¿Panchos? ¿Choripanes tal vez? ¿Venta ambulante?...
- FACUNDO: No señora, estamos en el Edificio Luxor.
- EETELVINA: (*Burlonamente*) ¡Ah! ¡Qué bien! ¿Y ahí qué hacen? ¿El servicio de limpieza del edificio quizás? Es muy grande, deben tener mucha tarea y hasta empleados...
- FACUNDO: (*Con modestia*) No exactamente... La empresa de mi familia tiene las oficinas centrales en ese edificio, la cual, a su vez, es propietaria de la fábrica donde trabaja Mariana.
- EETELVINA: (*Impactada por la noticia inesperada*) Así que usted es un miembro de la familia Bachmann... (*Pausa*). Me deja usted muy confundida, nunca lo hubiera pronosticado viendo las prendas que le visten. Además, me cuesta concebir que una figura de su alcurnia se deje otear por sus pares acompañado con los afectos de la calidad y pertenencia de una persona como mi hija.
- FACUNDO: Mire usted, señora, una de las pocas bondades de una encumbrada condición es que podemos prescindir de los juicios inferiores. Puede sonar altanero y soberbio, pero así funciona el medidor social. Esto me permite transgredir las normas, como el de las simpatías por conveniencia o el

protocolo de casta; o bien como el del buen ropaje, confinando el traje y corbata solo durante la semana.

ETELVINA: (*En estado de moderada indignación*) No necesita usted desplegar ante mí su modestia complaciente. Usted puede darse la osadía de vestir de ordinario, privándose de hacerlo con caros lienzos, y ostentando rebeldía ante los rituales de clase con aire de progresismo popular. No le juzgo por eso, pero puedo prever que ni bien usted sienta amenazado el cálido confort que le otorga su linaje, su modesto estilo de vida rural será rápidamente relegado, demandando los fueros que le otorga su condición... No se engañe Facundo, no confunda la cotidianidad del proletariado con su baño de masas en fines de semana y feriados.

FACUNDO: (*Conteniendo el golpe*) Me juzga usted con una vara muy dura sin conocerme. ¿No es posible me dé una oportunidad?

ETELVINA: (*Hurgando en la herida*) De poco sirve darle otra si ha desaprovechado la otorgada para defender su causa. Dudo tenga sentido proseguir en el intento. (*Mirándolo con altanería*) ¿No le parece? Pero podemos persistir en la cruzada pues tampoco me considero magnánima. Dígame, ¿cuántos años tiene usted?

FACUNDO: (*Haciendo un ejercicio de paciencia*) Tengo 43 años.

ETELVINA: ¿Es usted soltero o ya se ha casado con anterioridad?

FACUNDO: No señora, nunca me casé.

ETELVINA: Me conmueve saber cómo ha permanecido soltero tanto tiempo alguien como usted, que debe tener miles de cuerdas rodeándole el cuello.

FACUNDO: Cierto es, pero nunca me han atraído las mujeres con un lazo en su mano. Y, con honestidad, si esas mujeres me conocieran, no aceptarían estar con un hombre como yo, por más dinero que fluya debajo de mi porte.

ETELVINA: No ha caminado usted lo bastante si es capaz de decir tal cosa sin sonrojarse siquiera. Por dinero, mujeres falsas se casan con falsos hombres para formar matrimonios falsos.

Por favor, no juguemos a ser crédulos que nuestra inocencia ha caducado.

FACUNDO: No quería ser descortés. Hablando con franqueza, las mujeres no tienen interés en hombres con mis intereses.

ETELVINA: Me fuerza usted al chiste fácil. Las mujeres no le seguirían a usted por sus intereses sino por su capital. Pero no termino de comprender lo que quiere expresar con esa idea ¿Qué es aquello que tanto podría espantar las féminas de la alta sociedad en la que se desempeña?

FACUNDO: *(Con cierta timidez)* La afinidad mencionada se refiere... *(Duda, pausa)*. Quizá a usted le resuene un tanto absurdo... Pero en fin, alude a la beneficencia. Al trabajo social.

ETELVINA: *(Perpleja)* ¿Cómo dice?

FACUNDO: Le estoy comentando que tales intereses atípicos están íntimamente unidos a la labor social y filantropía en temas como la niñez, educación, etcétera.

ETELVINA: *(Más asombrada)* ¿Perdón?

MARIANA: *(Ayudando a Facundo)*. ¿Qué parte no has entendido? ¡Filantropía! ¿No sabés lo que es?

ETELVINA: ¡Por supuesto, niña! ¡Es que no puedo terminar de comprender lo que acabo de escuchar!

FACUNDO: Ahora quizá pueda entender que no con todas las mujeres pueda tener una atracción seria.

ETELVINA: *(Desconcertada y punzante)* ¿Esa es la razón para involucrarse con una plebeya? ¿Es una obra de caridad, acaso un proyecto social que está desarrollando?

MARIANA: *(Levantando la voz)* ¡No te permito que utilices esas expresiones! ¡No te admito que lo hagas delante de mi invitado!

FACUNDO: *(Calmando a Mariana)* Está bien, tranquila, por favor. *(Dirigiéndose a Etelevina)* Es una observación interesante la que ha propuesto, pero no es este el caso. Su hija me ha demostrado su sensibilidad en temas comunes y su escasa fascinación por mi fortuna, lo cual hace de ella una buena compañera.

- ETELVINA: Disculpe usted, joven. Me toma por sorpresa, nunca podría llegar a soñar siquiera que alguien como usted me dijera algo semejante. Uno de los miembros de una de las familias más adineradas de nuestra sociedad se presenta un sábado por la mañana en mi casa, el cual dice tener una relación con mi hija, una chica simple de clase media baja ya crecida en años, y luego remata el cuadro descriptivo diciéndome que sus intereses discurren entre la caridad y el humanitarismo... Me deja usted absorta, espero pueda entenderlo.
- FACUNDO: Le puedo entender perfectamente, pues hay gente que aún después de años es incapaz de comprenderlo.
- ETELVINA: (*Señalando las flores*) Supongo que esa cosa que ha traído está relacionada con tal actividad.
- FACUNDO: Así es, hace varios años colaboro en un hogar de menores.
- ETELVINA: (*Atando cabos*) Claro, el hogar que mencionó antes.
- FACUNDO: Sí señora, ese mismo. Allí puede encontrar huérfanos, menores en conflicto con la ley, niños abandonados por sus padres...
- ETELVINA: (*Haciendo un gesto muy sutil de resignación*) Niños abandonados por sus padres... en fin... ¡Así que usted es el protector de niños desvalidos!
- MARIANA: Cuida tus palabras, por favor.
- ETELVINA: (*Mirando fijamente a Facundo*) El joven caballero es lo suficientemente inteligente para saber que no es mi intención irrespetarlo.
- MARIANA: Aunque así sea, no caigas en la grosería.
- ETELVINA: En absoluto, no es mi estilo. (*Dirigiéndose a Facundo*) Pero bueno, por lo menos esta afición suya adhiere en paralelo beneficios para su actividad empresarial, ¿no?
- FACUNDO: (*Confundido*) Ahora no le entiendo a usted, señora.
- MARIANA: (*Haciendo un sonido de enfado*) ¡Ja! Yo sé a qué hace referencia la señora... (*Mirando a la madre con indignación*) Él no hace beneficencia para obtener un rédito en la empresa, no corresponde a una estrategia comercial. Resulta difícil que puedas comprenderlo.

- ETELVINA: No digo yo que ese sea el espíritu, pero se podría aprovechar el placer para incrementar el negocio. Una empresa con responsabilidad social hacia los desvalidos es una muy buena campaña de imagen. ¿No le parece Facundo?
- FACUNDO: Claro que se podría explotar y hacer de ello una buena campaña de marketing, pero no lo haría, lo considero una bajeza. Esa es mi opinión y mi acción, otros que lo hagan si lo desean, yo no negocio en este punto.
- ETELVINA: *(Sorprendida)* Vaya, sí que se toma usted en serio este pasatiempo...
- FACUNDO: *(La interrumpe con delicadeza)* No señora, no es un pasatiempo. Es algo que me hace realmente feliz, y es algo que me da las fuerzas y energías necesarias para emprender una semana de arduo trabajo en la empresa.
- ETELVINA: *(Desconcertada)* Ahora vuelvo a quedar en ascuas. Si tanto le gusta el altruismo, ¿por qué no se dedica de lleno a eso? No muchas personas en el mundo están en la posición que está usted para realizar actividades humanitarias... Lady Di... No se me ocurre quién más... Y usted. No le veo obstáculo hacia aquello que le otorga felicidad. Siendo así, ¿por qué no renuncia a su empleo y se dedica a esas dignas labores de socorro al menesteroso?
- MARIANA: *(Enfadada)* ¡Madre! ¡No seas indiscreta, por favor!
- FACUNDO: *(Conmovido y calmado a Mariana)* No, no, está bien Mariana... *(Pausa, camina mientras piensa)*. Resulta muy sugestivo que sea usted quien me interrogue en tal aspecto. *(Pausa)*. Puedo llegar a conjeturar que nadie de mi ámbito familiar me lo consulta por temor a mi respuesta, pues interpretarían que yo podría ver cierta venia en la pregunta. Y ahora, valiéndome de su inquietud, voy a responderle en voz alta mis pensamientos sobre la espinosa cuestión. *(Pausa, camina mientras piensa, se detiene. Las dos mujeres expectantes)*. Mire, señora Etelvina, durante años me he cuestionado el camino a seguir, si los negocios de la familia, de los cuales me debo responsabilizar en determinados sentidos, o dedicarme a lo que usted y casi

todos denominan “mi *hobby*”. Le puedo decir que lo decidido a día de hoy es que no puedo abandonar los negocios familiares, porque somos una familia y nos ayudamos unos a otros, y hoy mi familia necesita de mis servicios y no pienso dejarla a la deriva sin mi aporte mientras puedo hacerlo. Hace poco hemos comprado una fábrica nueva en el exterior y tengo una tarea importante por hacer. Hay que revisar el cuadro gerencial, ordenar las finanzas, analizar el producto, temas del personal, en fin, cuestiones técnicas. En algún futuro, puede ser, hoy le digo que mi decisión es dedicarme a los negocios de la familia.

ETELVINA: No se lo tome usted como una ofensa, pero algo ha llamado mi atención: en toda su argumentación nunca mencionó el dinero.

FACUNDO: ¿Cómo dice?

MARIANA: ¡Por favor, madre!

ETELVINA: Solo observo que en su discurso nunca mencionó obstáculos económicos. ¿Cómo va a vivir usted si se dedica a la beneficencia? Bien puedo suponer que su salario como ejecutivo debe ser bastante superior a la renta percibida como accionista de vuestras empresas, mientras dedica su vida al prójimo en estado de ociosidad laboral. Es por todos sabido que el altruismo no da buena paga, excepto si trabaja en la ONU u organizaciones similares.

FACUNDO: Respecto de esa imagen que usted tiene de la ONU, tengo algunos amigos que pueden rebatirla...

ETELVINA: *(Interrumpe)* Y yo tengo varios que pueden documentarla... Pero por favor, no es menester debatir ahora sobre la rentabilidad laboral de la ONU. No ha realizado comentario alguno sobre lo que le acabo de mencionar.

FACUNDO: Tiene usted razón, no le he contestado. Trabajo con mi familia porque a ellos les hago falta, pero si fuera por mí, lo dejaría y me dedicaría de cuerpo entero a las actividades de ayuda social, aunque esta decisión me ocasione perder calidad de vida en un sentido estrictamente económico, y le digo señora, con respeto, no me importa para nada.

- ETELVINA: (*Impactada por la revelación*) Le debo revelar que no estoy habituada a dosis tan altas de sinceridad. En determinados círculos, la hipocresía es el modo idóneo para mantener amistades a lo largo del tiempo, y le confieso que me había aburguesado en esa postura. También le debo reconocer el valor inusual para decirlo frente a mí sin temor a ser juzgado impropriamente. Pero lo que usted me acaba de mencionar solo hace reverdecer lo que le he dicho anteriormente. Presiento que mi hija es para usted una misión humanitaria mientras se encuentre trabajando en los negocios de su familia.
- MARIANA: (*Enojada*) ¡Te he dicho que no me faltes el respeto!
- ETELVINA: (*Dirigiéndose a Mariana*) No te llames al martirio pues nada tiene que ver mi inquietud con tu sentimiento de humillación. Lo que estoy planteando, hablando en plata, es si el joven Facundo se ha enamorado de ti o se ha enamorado de la idea de enamorarse de una proletaria caída en desgracia por razones de fuerza mayor, una mujer con una aceptable genealogía que garantiza buenos modales y protocolo básico para ser mostrada en sociedad evitando el ridículo. (*Dirigiéndose a Facundo*) Y usted, un caballero noble con la quijotesca labor de volver a la primavera romántica a una muchacha ya madura. Y yo me pregunto ante tal escena, ¿cuál es el sentido? Y apresuro una respuesta. Lo hace usted para de esta manera sedar su conciencia y dormir tranquilo cada noche pensando que ha cumplido con su tarea de hacer del mundo un lugar mejor, en tanto siga trabajando en una actividad que le aliena, pero que no puede abandonar.
- FACUNDO: (*Estupefacto*) Me deja usted sin habla, su análisis es impecable, si me permite el cumplido. Quizá tenga usted razón, pero no puedo afirmar ni una cosa ni la otra. Lamento que así sea, pues me gustaría complacerla en una respuesta acorde a su inquietud. Lo único que hoy puedo decirle es que mi amor es genuino, sea cual sea su origen.
- MARIANA: (*Con ironía*) No creo que lo puedas comprender, madre. En ocasiones los sentimientos son tan humildes que reconocen el principio de la duda pero no el final del sentido.

- ETELVINA: Le acepto la honradez, aunque poco influye esto en las nupcias. Quien no se matrimonia por lástima lo hace por dinero, o por aburrimiento, o por mandato, o por rutina, o por cultura:.. Todo menos por amor y convicción.
- FACUNDO: (*Ocultando la sorpresa por el comentario*) Por lo visto ya estamos hablando de boda...
- MARIANA: (*Salta con vehemencia*) ¡Madre, por favor! ¡Tu incorrección no conoce límites!
- FACUNDO: (*Sobrepuesto*) Le puedo admitir que hemos hablado seriamente del tema y estamos en ese sendero...
- ETELVINA: (*Asombrada*) ¡Vaya! ¡Esto sí que marcha a un ritmo frenético! Este si que es un sábado para el recuerdo... De la más absoluta nada a primera mañana, ya teníamos novio para el desayuno, y acariciando el mediodía.. ¡ya tenemos marido!
- MARIANA: (*Avergonzada*) No puedo creer lo ordinaria que puedes llegar a ser.
- FACUNDO: Le pido disculpas, señora, si mis palabras fueron un tanto toscas... Pero no estoy acostumbrado a que me hablen sin rodeos y le respondí con la misma franqueza que usted me ha depositado. Al igual que usted, yo también soy un inexperto en comunicarme de manera cruda y real, toda la gente a mi lado emplea la sutileza discursiva en versos de doble sentido, se disfrazan las palabras con modales y estética... Nadie dice lo que siente sino lo que debe. Lo siento.
- ETELVINA: Usted habla en algunos instantes como un estudiante de filosofía o letras, como un utopista bohemio en busca del cáliz perdido de la bondad humana. Y no me inquieto por su persona, claro está, acabo de conocerlo, sino me preocupo por usted en tanto y en cuanto el destino de mi hija estaría eventualmente unido al suyo.
- FACUNDO: Comprendo su temor de madre.
- MARIANA: (*En tono de burla*) No es necesario que interpretes el papel de madre delante de él, ya conoce tus detalles.

- ETELVINA: (*Con grandeza*) No confundas las situaciones, mi tristeza contigo no enturbia mi intuición de madre.
- MARIANA: Claro, la intuición, y justamente de madre, debí suponerlo...
- ETELVINA: (*Mirándola a ella*) Debiste, no sé cómo se te ha pasado por alto. (*Mirándolo a él*) Lo que usted llama temor es más una intranquilidad de mi parte. Puede intuir mi desasosiego. Mi hija se une con usted con una determinada perspectiva de vida, y luego de indeterminados acontecimientos usted, supongamos, se convierte en un activista social radicalizado que se marcha a vacunar a niños pobres al África. ¿Y Mariana? Ella queda aquí, sola, condenada social y económicamente porque un día cualquiera su compañero rompió el corsé de sus pasiones idealistas y zarpó al fin del mundo. ¿Me comprende?
- FACUNDO: Le comprendo perfectamente. Lo que usted propone es de rara ocurrencia, aunque no imposible. Por mucho que me atraigan esas pasiones, nunca arrastraría a su hija hacia ese lugar. Tal he confesado antes, mi amor por Mariana lo considero puro y genuino en mis cabales, lo que haya más allá de mi entendimiento presente no se lo puedo garantizar porque me resulta desconocido. Pero si ocurriera que por algún motivo perdiera mi juicio por una pasión africana relacionada a la vacunación, no se preocupe usted señora, su hija estará legalmente protegida para que jamás deba enfrentarse a necesidad de algún tipo. Si ese era su temor, puede volverle a usted la tranquilidad a su espíritu.
- MARIANA: (*Incómoda*) Me siento realmente incómoda teniendo que escuchar esto, no era necesario.
- ETELVINA: No será necesario para ti, que estás en medio de un temporal de emociones desnudas, pero yo debo poner un paño frío al brío candente de tu ímpetu.
- MARIANA: (*Avergonzada*) Hablas como si padeciera la fiebre adolescente del romance.
- ETELVINA: Tú no te das cuenta pero eso le hace el amor a la gente, sin distinciones, a todos les sodomiza con el mismo rasero.
- FACUNDO: (*Asintiendo*) Comparto con tu madre tales expresiones.

- MARIANA: Lo que me faltaba a mí... ¡No solo tengo que lidiar con la causticidad de mi madre sino que también te colocás a su vera!
- ETELVINA: No deberías criticar los comentarios acertados.
- FACUNDO: (*Intentando equilibrar*) Bien, comparto la idea que cuando los sentimientos irrumpen, se altera la lucidez del razonamiento para dar lugar a otros procesos muy interesantes. No hago juicio de valor, solo digo que ocurre con asiduidad.
- ETELVINA: Muy emotivo de su parte joven, pero su comentario sobreabunda entre gente instruida.
- FACUNDO: Por supuesto, tiene usted toda la razón. (*Pausa, mira hacia todos lados como quien busca un reloj*). Me deberán dispensar ustedes por favor, pero me tengo que retirar. He quedado pasar por el Hogar de Menores antes del almuerzo y casi es la hora. Ha sido un placer, señora Etelevina, compartir con usted esta mañana, estaría muy complacido si pudiéramos repetir otra velada en algún momento.
- ETELVINA: Muy bien Facundo, ya le mandaré a decir con Mariana para tomar el té en una próxima oportunidad. Gracias por la visita.
- FACUNDO: Hasta luego señora.
- ETELVINA: Hasta luego joven.

Mariana acompaña a Facundo hasta la puerta de calle. Ambos salen de escena.

ESCENA III

Etelevina y Mariana.

Mariana entra en escena. Comienza a juntar las tazas.

- ETELVINA: (*Groseramente*) Así que este es tu noviecito.

- MARIANA: (*Indignada*) No es mi noviecito. Es mi pareja.
- EETELVINA: ¿Y cuál es la diferencia?
- MARIANA: No, la diferencia es el veneno de tus palabras.
- EETELVINA: (*Irónicamente*) No sabía que te importara mi opinión sobre tus amoríos, quizá porque nunca los has tenido.
- MARIANA: No me importa tu opinión, lo que no quiero es que lo corrompas a él con tu mezquindad.
- EETELVINA: (*Punzante*) Dime, cuando termines de satisfacer tus apetitos sexuales postergados, ¿qué harás con él?
- MARIANA: (*Incrédula por lo que acaba de escuchar*). Vaya... Por lo visto tu boca se ha transformado en una alcantarilla.. estás perdiendo condiciones.
- EETELVINA: No sé qué tan delicada se puede ser cuando es evidente que tus instintos primarios necesitan ser regados debido a su extrema aridez.
- MARIANA: (*Contrariada*) Desconozco en ti una cuota tan alta de vulgaridad, con la ambición de hacer siquiera una mueca de daño. ¿Acaso tus nervios te están jugando una mala pasada y ya ni puedes insultar con el estilo que siempre te ha caracterizado?
- EETELVINA: (*Sintiéndose superada*) El insulto frontal nunca tiene estilo, se insulta con la ironía... pero pierdo contigo el tiempo si pretendo desasnarte, no tienes remedio.
- MARIANA: (*Con ironía*) Así somos los peones, patrona.
- EETELVINA: ¡Bien! Veo que interpretas correctamente ese papel, debe ser el que te corresponde. Pero debes estar contenta, te ha salvado tu patrón, has cumplido el sueño de la campesina y el príncipe. ¡Enhorabuena!... La esclava rescatada por el amo... digno de novela latina... Eres tan tonta siendo ya tan vieja... ¿Acaso no te das cuenta que te dejará tirada cuando se canse de jugar a la beneficencia contigo?! ¡Solo eres su proyecto de caridad personal! ¡No te das cuenta que un día encontrará a alguien de su linaje y te dejará antes que despiertes por la mañana! Eres solo un capricho romántico... Por Dios, cómo no te das cuenta...

- MARIANA: (*Altanera*) Otra vez, te equivocas.
- EVELVINA: ¿Me equivoco? Vamos, por favor, te hablé de matrimonio como todos para lo que sabemos, y te lo has creído.
- MARIANA: (*Intrigante*) Algo así, hemos hecho planes.
- EVELVINA: ¿Planes? ¡Tú tendrás planes con él, él debe tener planes con otras! (*Con sorna*) Qué ingenua eres...
- MARIANA: Tenemos planes, hemos realizado planes, juntos.
- EVELVINA: (*Con sarcasmo*) Planes... Claro, hicieron planes, construyeron juntos castillos de humo mientras fumaban hierba tirados en la cama... ¿No?
- MARIANA: No en ese sentido... Planes de vivir juntos...
- EVELVINA: ¡Por favor! ¡A otra con el cuento! ¡Tú metida ahí en ese ambiente...! Su familia le quitaría nombre y fortuna si se llegara a involucrar con alguien de tu posición... Por favor... Tú... Ahí... Vamos...
- MARIANA: (*Estocando con la palabra*) Por mucho que te duela mi bien, te informo que nos vamos juntos a Brasil.
- EVELVINA: (*Escéptica*) ¡Pero qué dices, desquiciada!
- MARIANA: (*Apacible*) Lo que oyes, nos vamos a vivir juntos al Brasil. Facundo debe ir a hacerse cargo de la nueva empresa que compraron, te lo dijo antes.
- EVELVINA: (*Nerviosa, comienza a caminar*). ¡Nunca dijo nada sobre Brasil!
- MARIANA: Ah ¿No? Se nos habrá pasado por alto. Salimos mañana para Río de Janeiro. Facundo me pasa a buscar a las 5 de la mañana, nuestro vuelo sale a las 9.
- EVELVINA: (*Inquieta*) ¿Mañana? No digas tonterías, por favor ¿Y los papeles, el pasaporte, las maletas?
- MARIANA: Ya tengo el pasaporte, los papeles los hacemos allá. Las valijas las estuve haciendo anoche, por eso me costó despertarme esta mañana.
- EVELVINA: Pero tú... ¡Qué vas a hacer tú ahí! No sabes hacer nada, ya ves, ni un desayuno... ¡No conoces siquiera el idioma!

- MARIANA: Ah, eso, hace más de seis meses estoy estudiando portugués todos los días, por eso llegaba aún más tarde cada día.
- EDELVINA: (*Desquiciada, salida de sí*) ¡Así que lo tenías todo planeado! ¡Esta era tu idea, cretina! ¡De esta manera pretendías vengarte de tu madre! ¡Con el engaño y el zarpazo por la espalda!
- MARIANA: (*Sigue inalterable*) No tenía en mente la venganza, aunque hubiera funcionado. Solo no quería adelantarte nada porque estaba segura que harías lo imposible para frustrar y arruinar cualquier propósito que me permita cambiar mi vida o apartarme de esta prisión.
- EDELVINA: ¡Esta prisión ha sido tu techo, ingrata desagradecida!
- MARIANA: Ese tema no pretendo discutirlo ahora, ni lo haré. Solo te informo que me voy de esta casa mañana temprano.
- EDELVINA: (*Un poco más calmada*) Ahora no entiendo una cosa... si el objetivo de conseguirte el noviecito opulento era para poder fugarte de la casa o para ascender socialmente.
- MARIANA: Supongo más te molestaría que el objetivo sea la escalada social, así pues prefiero que pienses eso.
- EDELVINA: (*Intentando hacer daño*) No me sorprende, me resultas patética... Obrar para disgustarme a mí más que para construir tu propia gesta... triste... pero muy tuya esa actitud ante la vida...
- MARIANA: Entiendo tus intentos para menoscabar mi autoestima, pero te aconsejo que lo dejes, no hacen mella.
- EDELVINA: Tus hormonas están tan revolucionadas que no puedes ver con claridad lo evidente. Ustedes están destinados al fracaso. Una proletaria que sueña ser noble junto a un aristócrata que ambiciona ser plebeyo... Si ambos tienen éxito en su empresa, se distanciarán, pero si no lo logran... también lo harán. Es una historia de amor imposible.
- MARIANA: (*Fingiendo indiferencia*) Deja de decir tonterías... tus argumentos son vacuos.
- EDELVINA: Vaya... Ahora mis argumentos son vacíos...
- MARIANA: (*Cortante, cambia de tema*) He hablado con Mónica.

EDELVINA: (*Desconcertada*) ¿Mónica?

MARIANA: (*Con naturalidad*) Sí, Mónica. Ha dejado su otro trabajo y a partir de mañana domingo vendrá todos los días para asistirte. Vendrá por las mañanas para prepararte el desayuno y el almuerzo, y luego volverá por las tardes y te preparará la cena. Además de hacer las compras y limpiar la casa, por supuesto.

EDELVINA: (*Dolida*) Vaya, veo que ya lo tienes todo pensado y ejecutado con premeditación.

MARIANA: No tienes de qué preocuparte por el dinero. Todos los meses recibirás dos cheques de la empresa de Facundo, uno para pagar los servicios de Mónica y otro para todos los gastos referidos al mantenimiento de la casa.

EDELVINA: Me dejas azorada, te felicito por la organización. Por lo visto dejar esta casa era una mera cuestión económica. Ahora que te puedes valer con el acaudalado, el obstáculo de tu madre se ha solucionado a golpe de talonario. Pero si tu intranquilidad era el dinero, no te preocupes, me las puedo arreglar sola con la pensión que me ha dejado tu padre.

MARIANA: Ya lo sé.

EDELVINA: (*Dubitativa*) ¿Qué sabes?

MARIANA: Que te puedes arreglar sola económicamente con la pensión de mi padre. ¿Acaso piensas que soy tonta?

EDELVINA: (*Paralizada, intenta desviar el tema*) Pues claro que lo pienso, creía que lo sabías.

MARIANA: (*Comienza a emocionarse*) Pues va a ser que no. Desde que murió papá, hace 22 años, sé cuánto cobras de pensión, y sé lo bien que podríamos haber vivido con ese dinero desde siempre, podría haber estudiado sin necesidad de salir a trabajar... Pero ¿sabes? No me importa, nunca he trabajado por el dinero, por eso tampoco me importa gastar todo mi sueldo en el mantenimiento de la casa. Trabajo para no estar aquí dentro... a tu lado todo el día... ¿No te has percatado que desde siempre tomo horas extras en la empresa? Si pudiera trabajaría los sábados y

domingos... hasta las Navidades... pero me dicen que es ilegal... Es una contradicción que la ley me proteja en episodios donde yo deseo que me castigue. Sé que cobras de pensión cinco veces más de lo que yo gano como obrera en la fábrica, pero me da igual, trabajaría gratis si fuera el caso.

ETELVINA: (*En shock*) Eres hostil y tosca como... como buena jornalera que eres... ¿Ves? En eso no defraudas, estamos frente a la grosería de tu ser, nada de más, nada de menos, tú en esencia pura.

MARIANA: (*Con la voz quebrada*) Pues por lo visto lo sabes, esto es lo que soy y ya deberías comenzar a aceptarlo. Nunca supe qué has pretendido de mí, nunca he llegado a comprender por qué me odias tanto cuando se supone que las madres no odian a sus hijas.

ETELVINA: (*Imperturbable*) Siempre te empeñas en interpretarlo como un ataque personal y siempre te has equivocado. Yo no te odio, simplemente nunca te he querido.

MARIANA: (*Grita*) ¡¿Y entonces por qué finges quererme?!

ETELVINA: (*La toma por sorpresa el grito*) Debido a que nunca he sido demasiado virtuosa para encontrar otra excusa de aceptable credibilidad ante nuestras amistades. Fingir es una destreza que se me da bien, no poseo algún otro talento decente para sortear el tema.

MARIANA: (*Descorazonada*) No sé... no sé por qué razón decidiste tener hijos... (*Pausa, negando con la cabeza*) No sé por qué motivo la naturaleza regala ese don a personas tan impasibles.

ETELVINA: Yo nunca decidí tener hijos, quedé embarazada, lo cual no corresponde a un acto de voluntad. Debes recordar que en mi época de juventud, los hijos llegaban sin aviso previo, como le ataca a uno la enfermedad de la gripe en una noche fría. Por inexperiencia podías descuidar algún frente un par de minutos y ¡zas! La preñez te asaltaba el útero por sorpresa cual pirata.

MARIANA: Me conmueve tu analogía tan poética para describir tu

maternidad. Pero si tan repugnante te resulta tenerme a tu lado, no sé por qué te molesta tanto que me vaya, deberías festejar mi partida.

- ETELVINA: El convivir juntas es una cuestión de eficiencia funcional.
- MARIANA: De eficiencia funcional... una respuesta fría e inerte, muy tuya...
- ETELVINA: Además, yo también te podría recriminar que si no estabas a gusto, te hubieras podido marchar antes... antes de convertirte en una mujer acaudalada.
- MARIANA: *(Sentida)* Es cierto, pude haberme marchado de esta casa antes, pero creo que en el fondo... *(Pausa)*. En el fondo creo que siempre tuve la esperanza de vivir la experiencia de tener una madre y ser tu hija... muy a pesar de lo que eres...
- ETELVINA: Te reconozco como a mi hija, si te sirve de consuelo. Puedo recordarlo día a día, hace cuarenta años, cada vez que me tengo que sujetar *(Señalando el aparato ortopédico)* a ese pulpo metálico para hacer un paso...
- MARIANA: *(Indignada, levantando la voz)* ¡Eso fue un accidente, yo no he tenido la culpa, deja ya de atormentarme con eso!
- ETELVINA: Me cuesta no recordarlo, si no hubieras nacido, yo no sería una inválida.
- MARIANA: *(Gritando)* ¡Fue un accidente, lo que te pasó a ti ocurre cuatro veces por millón de casos! ¡Y la responsabilidad fue tuya! ¡Tú optaste parir de esa manera!
- ETELVINA: Di lo que quieras, los hechos son los hechos.
- MARIANA: *(Con desprecio)* No sé si tenerte lástima o asco. Ahora lo entiendo a papá.
- ETELVINA: ¡No lo metas a tu padre! ¡Deja a los muertos en paz!
- MARIANA: En eso te equivocas, papá no es que se haya muerto, solo que el pobre no encontró una manera adulta para escapar de tu lado, fue su modo de liberarse.
- ETELVINA: ¡Deja a los muertos te he dicho!
- MARIANA: Tienes razón, pobre mi padre... Cada uno con su destino...

- ETELVINA: El destino tiene sus misterios. Yo probablemente debería estar muerta, y tú... tú seguramente deberías estar casada. Ya ves, puedes observar nuestro fracaso, ninguna de las dos hemos cumplido el deber que nos hubiera correspondido de haber obedecido al pasado que nos tocó de sino.
- MARIANA: Mi destino no vive en el pasado.
- ETELVINA: ¡Ja! La juventud... (*Mirándola con desaire*) Bueno, por decirlo de alguna manera. Si todavía no te has dado cuenta que el futuro está escrito en el pasado, es que no has aprendido nada de tus años... nada... Dios mío, si se pudiera rever el paso transitado...
- MARIANA: No te quejes tanto, una persona como tú no hubiera encontrado más ventura en algún otro paradero emocional.
- ETELVINA: En cierto sentido me hago cargo de mis actos. Salir de la decadente España franquista, que corría hacia América tras una triste porción de garbanzos, para tropezar y terminar cayendo en la mediocre Argentina, que corría hacia Europa tras una triste porción de identidad... Ya la fortuna poco tiene que ver en las artes del destino. Nuestras decisiones nos determinan, nuestras acciones nos condenan.
- MARIANA: Si tus decisiones fueron tus yerros, intentaré que las mías no me hagan lamentarlas dentro de algunos años... (*Pausa*). Iré a mi habitación a terminar de preparar mis cosas para el viaje, y luego iré con Facundo a terminar unas cosas pendientes. No me esperes en lo que resta del día de hoy. Te dejaré preparados en la cocina antes de marcharme el almuerzo y la cena para esta noche.
- ETELVINA: Está bien, ya me las arreglaré por mi cuenta, no te preocupes.
- MARIANA: No estoy preocupada.
- ETELVINA: Debo reconocerte tu sagacidad en tal ardid. Has sido lo suficientemente astuta para tomarme por sorpresa, no lo he visto venir.
- MARIANA: De haber sido de otra manera, nunca hubiese sido.
- Mariana sale de escena. Etelvina se queda sentada, dolida pero con el temple firme. Se apagan las luces.*

ESCENA IV

Etelvina y Mariana.

Etelvina entra a escena, se sienta a la mesa. Espera impaciente. Mira su reloj.

ETELVINA: ¡Mariana! *(Espera unos segundos)*. ¡Mariana! ¡Ya son las ocho y diez de la mañana, el té, por favor! *(Espera unos segundos más)*. ¡Mariana! ¡Despierta ya de una vez! ¡Son más de las ocho y diez! *(Espera y nadie viene. Comienza a ponerse muy nerviosa)*. ¡Mariana! ¡¿Mariana?! *(Comienza a mirar preocupada hacia el fondo)* ¿Mariana? *(Le recorre una angustia)*. ¿Mariana, dónde estás? *(Se le quiebra la voz)*. No me hagas estas bromas... *(Busca su aparato ortopédico y se comienza a poner de pie. Con la voz rota)* ¿Mariana? ¿Dónde te has metido? ¿Mariana? *(Desesperada toma el aparato, casi se cae hasta ponerse en pie. Con la voz cercana al llanto)* ¡Mariana, hija! ¡Hija! ¡Dónde estás hija! ¡Mariana! *(Se pone de pie y comienza a caminar hacia el fondo)*.

En ese momento Mariana entra a escena. Camina pesadamente con gesto cansado y sueño. Etelvina la ve ingresar y se sienta nuevamente.

(Con tono seco mientras se seca los ojos sin que la vea Mariana) ¡Por Dios! ¡¿Dónde te habías metido?! ¡Ya son casi las nueve de la mañana y aquí se toma el té a las ocho! ¡Un poco de responsabilidad, por favor!

MARIANA: ¡Ya va! ¡Me tienes harta con los horarios! Y no fui a comprar pan, yo prepararé el té, si quieres pan del día, sales y te vas a la panadería a buscarlo.

(Sale de escena en dirección a la cocina).

Etelvina se queda sentada, con expresión de asombro. Se apagan las luces.

Termina la obra.

el animal que todos
llevamos adentro

María Elvira Guitart

MARIA ELVIRA GUITART

Traductora y profesora de francés. Estudió en Buenos Aires y en Esquel con distintos maestros de teatro y dramaturgos.

Se ha desempeñado en el ámbito teatral como actriz con el grupo de Teatro del Tablón de la ciudad de Esquel en las siguientes obras: *El curso* de Manuel Cruz; *El Nuevo Mundo* de Somigliana; *El partener* de Mauricio Kartun, entre otras puestas.

Como dramaturga ha escrito numerosas obras, entre ellas se destacan: *Eterno ensayo*, 2º Premio Provincial, *Fragmentos hospitalarios*, que participó de la muestra anual en Mendoza, *De la eterna lucha de Ulises*, 2º Premio en Regional patagónico.

Actualmente dirige el grupo de teatro Efectos Colaterales en Esquel que ha puesto en escena *Los hijos llegan como el agua*, 2º Premio Provincial, de su autoría, *Querida Emma* sobre la novela de G. Flaubert, 2º Premio Provincial.

PERSONAJES

MABEL 1

MABEL 2

SARITA

RENATO

El único personaje real es Mabel, la que cuenta. Toda la obra es el relato de los acontecimientos pasados. Las escenas forman parte de la memoria de Mabel. Por esta razón se plantea la puesta con dos Mabel: una la narradora y la otra la que aparece en los recuerdos.

Se piensa una puesta centrada en la narración. Las escenas que forman parte de los recuerdos se arman y se desarman o aparecen borrosas superpuestas al relato de Mabel. En la escena también estarán otros tres actores que harán los coros o cantarán las canciones y además se encargarán de hacer todos los ruidos de las escenas: de animales, objetos, tal como se hace en los radioteatros pero a la vista del público.

El personaje de Doña Eulalia también puede aparecer en escena.

El mecanismo de la memoria no es el de la copia fotográfica. Es una reconstrucción de lo sucedido pasado por el punto de vista subjetivo de quien recuerda por lo que en el trabajo con la obra se investigarán diversos procedimientos que den cuenta del proceso mental puesto en marcha al recordar. Por ejemplo: repetición de una escena con alguna diferencia, detención de las acciones u otros que vayan surgiendo en el trabajo con los actores.

Mabel 1 está sentada, cara al público, pensativa. Se nota el esfuerzo que hace por recordar mientras sucede la escena.

ESCENA I

Interior de departamento. Entra Sarita.

SARITA: ¡Tuqui, corazón, llegó mami...!

Pausa. Entra Mabel.

MABEL 2: Al Tuqui se lo llevó el señor. Vino al mediodía.

SARITA: ¿Y vos lo dejaste?

MABEL 2: Sí...

Se escucha el timbre.

Ya voy.

Entra Renato.

SARITA: ¿Qué hiciste con el Tuqui?

RENATO: Calmate. Está bien. Por ahora.

SARITA: ¡Mabel Llamá al 911!

Mabel mira a Renato. Mira a Sarita. No sabe qué hacer.

RENATO: Si llamás, el Tuqui es boleta.

MABEL 2: Señor, por favor.

RENATO: Está bien, Mabel. Si la señora entra en razones el Tuqui vuelve esta misma noche. Vos sabés que lo quiero como a un hijo. ¿Te acordás cuando lo traje? Un mes tenía. ¿Quién le enseñó a no hacer sus necesidades dentro de la casa? Y cuando se masticó la sandalia turquesa de la señora, ¿quién fue de zapatería en zapatería buscando el mismo modelo para que la señora no se diera cuenta y no se enojara con el Tuqui? ¿Te acordás, no?

Mabel asiente todo el tiempo.

RENATO: A mí me duele más que a ustedes si al Tuqui le pasa algo. No sé si lo podría soportar pero no tengo otra opción. *(A Sarita)* No me dejás otra salida.

SARITA: *(Intentando pegarle a Renato)* ¡Hijo de puta!

RENATO: ¡Pará, pará! *(Saca el teléfono y oprime un botón).*

Sarita lo suelta

SARITA: ¡Dejame hablar con él!

Tuqui, corazón, la mami lo va a rescatar de las garras de este monstruo.

Se escuchan ladridos.

(A Renato) ¿Qué querés?

RENATO: Vos sabés lo que quiero. Lo sabés muy bien.

SARITA: ¡Mabel, traé la jaula del balcón!

RENATO: No, por favor, no. Calmate.

Renato saca el teléfono, cuando va a hablar aparece Mabel con una gran jaula. Dentro hay un periquito. Se lo escucha cantar alegremente. Sarita abre la jaula y lo agarra del cogote. Se escuchan trinos distorsionados.

SARITA: Mirá a papá. ¿Sabés lo que hizo? Se lo llevó al Tuqui. Sí. Al Tuqui lo tiene secuestrado. Sí, lo está haciendo sufrir mucho. ¿Te duele si te aprieto un poquito? Yo no quiero lastimarte pero si papi no entra en razones...

Trinos desesperados.

RENATO: Pará, pará. Dejo el teléfono. Mirá, lo guardo. Tranquilo, Raulito. Mami está un poco nerviosa pero ya se va a calmar.

MABEL 1: ¡Esto no puede empezar así! No. Quiero contar todo desde el principio. Necesito que me escuchen con atención. Pero tengo que ordenar un poco mi cabeza. Quiero que entiendan las causas y las consecuencias, ordenar los acontecimientos. A veces es difícil porque se me amontonan las imágenes y se me desordenan las palabras. Pero ya que vinieron ténganme un poco de paciencia. Ya ven que estoy entrada en años...

Bueno...Ya está. Hilvano este discurso ante ustedes con toda la sinceridad de mis recuerdos.

Trabajo en la casa de Sarita y Renato, bueno ahora no se llama más Renato, desde que se casaron. Bueno, desde antes porque yo me crié en la casa de doña Eulalia. La

madre de Sarita. Sarita siempre fue un poco, cómo decir... un poco... nerviosa. No es mala, no quiero decir eso, todo lo contrario, para mí es como una hija... o una hermana. Doña Eulalia me hizo prometer que no me separaría nunca, nunca de Sarita. Hija única y además el marido de Doña Eulalia... sí, el padre de Sarita... tampoco estaba bien de los nervios. Así decían en aquella época.

Ay Mabel, andá a ver si el señor salió de la bañera. Yo iba, miraba por el ojo de la cerradura porque me daba miedo. Le golpeaba la puerta, muy flojito. Como para sentir que cumplía con doña Eulalia, pero el tenía un oído de tísico, este dicho era de mi mamá, nunca le pregunté qué era un tísico, bueno ahora no importa. Yo hacía un toc, toc casi sin tocar con los dedos en la puerta y esperaba sin respirar. Sabía lo que se venía... "¿Por qué no vas a golpearle el culo a la Virgen Desatanudos?!" Yo muy creyente no fui nunca pero la virgencita sí me salvó de muchas. Por eso me lo decía, porque sabía que yo tenía una virgencita en mi mesita de luz. ¿Qué cómo lo sabía? Bueno, eso es otra historia.

Ahora no voy a contarla. No hace al asunto que tengo que desarrollar. Pero no quiero empezar por el final. Quiero contarles de cuando empezó esta historia. De cuando Sarita y Renato, que ahora no es más Renato, se casaron.

El casamiento fue precioso. Era temático. Sí ahora está de moda pero en ese momento era una novedad. Para quedarse con la boca abierta. ¿Cuál era el tema? El lago de los cisnes. Sarita había ido un tiempo a estudiar baile clásico. Y hasta estuvo un tiempo en la escuela del Colón. Pobrecita... Pero ella es así, se le mete algo entre ceja y ceja y ahí va. Hay que reconocer que es perseverante pero bueno... Lo del Colón no pudo ser...

El casamiento fue precioso. Había cisnes por todas partes: blancos y negros. Cisnes coronando los respaldos de las sillas, cisnes de tul colgando del techo. Sarita tenía un vestido blanco de gasa y en la cabeza una diadema que remataba en un cisne blanco hecho de flores naturales. Todavía lo tengo en casa, porque me lo regaló. El señor

Renato tenía un penacho de plumas que le tapaban media cara pero estaba muy elegante. En la pileta nadaban cisnes de verdad que hacían la coreografía del ballet. Doña Eulalia era el cisne madre, con plumas que le salían desde la cintura y formaban como alas en la espalda. El marido era más reacio pero de todas formas se comportó y tenía un chaleco de plumas de cisne negro.

Canta. Vals "Con tus besos". Escena de casamiento superpuesta. Baile. Fotos.

Todo divino y los novios felices como pájaros. Cuando llegó la torta de bodas se hizo un silencio sepulcral... de sepulcro. En los cementerios nadie habla, porque todos están muertos ¿no? Es una metáfora. ¡La torta! Cinco pisos, y en cada uno una familia de cisnes hechos de chocolate blanco y negro. Parecía que ahí mismo se iban a poner a volar. Hasta los ojitos brillosos tenían.

¡Cómo se querían esos dos!

ESCENA 2

- SARITA: ¿Tenés todo listo? En cinco minutos llega el taxi. Ay, Mabel. ¡Soy tan feliz! ¿Te acordaste del repelente de mosquitos?
- MABEL 2: Sí, acá tengo la lista que nos dejó la agencia de turismo: botas de trekking usadas, zapatos tipo náutico, vacunas, analgésicos, antidiarreicos, antihistamínicos, aspirinas, repelente, cremas protectoras solares, betadine. Eso falta...
- SARITA: No importa. Qué bien lo vamos a pasar. Ver todos esos animalitos en libertad corriendo por la sabana. ¿No estás contenta?
- MABEL 2: Es que me parece que yo no tendría que ir. Es una luna de miel...
- SARITA: ¡Ay! No, Mabel. Sabés que yo sin vos no puedo ir a ninguna parte.

MABEL 2: Pero el señor Renato...

SARITA: Ya te lo dije. Está encantado. ¿Cierto mi amor?

RENATO: Pero sí, Mabel, sin vos somos como dos cachorros abandonados por su madre.
Safari. Los tres con prismáticos arriba de un jeep.

SARITA: ¡Qué emoción! Vamos a ver los *big five*.

MABEL 2: ¿Los *big* qué?

RENATO: *Big five*, Mabel. Los cinco grandes: elefante, búfalo, león, rinoceronte y leopardo.

MABEL 2: ¿Todos juntos?

RENATO: Juntos, juntos, no. Pero este es su hábitat.

SARITA: Como su casa, Mabel. Cada uno en la suya pero todos en el mismo terreno.

MABEL 2: Yo prefiero verlos en la tele.

RENATO: Miren, miren, el guía nos señala algo. *¿What is that? ¿What do you say? Oh, chiiita. Not big five. Okey chiiita, gue-par-do. Okey, thank you.*

SARITA: Guepardo, también llamado chita. Es un miembro atípico de la familia de los félidos. Es el animal terrestre más veloz alcanzando una velocidad punta entre 95 y 115 kilómetros. Su presa fundamental es la gacela. Cuando nace la cría no tiene manchas. Acostumbrado a que los animales carroñeros de mayor envergadura o fuerza le roben las piezas de caza se ha habituado a cazar en las horas centrales del día, cuando los otros depredadores duermen.

RENATO: No Sarita. La velocidad punta es entre 80 y 108 kilómetros.

MABEL 2: Bueno, quien dice 80, dice 90 o 95. ¿Quién le tomó el tiempo?

RENATO: No, Mabel. Sarita nos miente. Y además el porcentaje de gacelas no es superior al de otras presas pequeñas.

SARITA: ¿Qué decís?

RENATO: Lo que escuchás. No te hagás la tonta. Nos estás dando datos incorrectos para confundirnos.

- SARITA: ¡Es el animal terrestre más veloz alcanzando una velocidad punta entre 95 y 115 kilómetros!
- MABEL 2: A mí me da lo mismo. 80, 90, 95 hasta 120.
- RENATO: No, Mabel. Sarita tiene que reconocer que no dice la verdad.
- SARITA: ¡Que no digo la verdad! ¡Su presa fundamental es la gacela!
- RENATO: Bueno. No te pongas así que te hace mal.
- MABEL 2: Qué importa señora, gacelas, búfalos o cualquier bicho. ¿Quiere agua? Hace mucho calor.
- SARITA: Claro que importa, Mabel. ¡Claro que importa! ¡Qué te creés! Yo estudié dos años de biología antes de conocerte a vos.
- RENATO: Bueno, capaz que no mentís pero lo que estás diciendo no está bien. No son datos correctos.
- SARITA: ¿Pero quién te creés que sos vos? ¿Sabés con qué plata se pagó este safari?
- RENATO: Bueno, basta. Ahora estás mezclando las cosas.
- SARITA: ¿Mezclando las cosas? Vos podés ver a ese guepardo de mierda que alcanza una velocidad punta entre 80 y 108 kilómetros por hora porque yo...
- RENATO: Calmate, calmate. Vení, dame un beso.
- MABEL 2: El guepardo está por alcanzar a una gacela. Ahí va. Corre rápido. Ya está cerca. Ya la alcanza. Le clavó los dientes en el cogote. La gacela todavía se mueve pero ya está muerta. Ahora, dentro de unos minutos va a respirar por última vez.
- SARITA: Abrazame Renato. No quiero ver. No quiero ver...
- MABEL 2:
- MABEL 1: Sí, yo fui a Tanzania de safari. El tour se llamaba Baobab safari. Después me enteré que era un árbol. Creo que no vimos ninguno. Pero sí vimos a los *big five*: elefantes, montones de elefantes cerca de una laguna. Se bañaban y

se metían en el barro. Muy lindo. Parecía una postal. Y también vimos búfalos, leones de bastante lejos, rinocerontes, ¡qué bicho raro! Tiene un cuerno por acá, en la mitad de la cabeza y también leopardos. Vimos a los *five*. Tuvimos mucha suerte, eso nos dijeron.

Ellos se querían. Bueno, tenían sus cositas pero en toda pareja siempre hay claros y oscuros. Ya les dije que Sarita era un poco nerviosa, heredado de su padre porque doña Eulalia era una santa. Qué sensata esa mujer. Un día me dijo señalando a su marido: “Este viejo de mierda me tiene harta. Ya no me quedan muchos años, así que decidí comprarme el boleto de un crucero que da la vuelta al mundo dos veces. Dos años voy a estar en ese barco, cuando vuelva espero que esté muerto”. Así era doña Eulalia para todo. Tuvo que volver al año y medio porque el marido se tragó un caballo en la ruta a la chacra. “Por suerte el caballo se salvó”, esto decía doña Eulalia “porque o si no no me lo hubiera perdonado nunca”. Y bueno ahí fuimos Sarita, Renato, en ese tiempo le decíamos así, y yo a la chacra. Doña Eulalia se volvió a embarcar, parece que le había agarrado una gran afición a eso de estar sobre el agua. “Ya ni bajo en los puertos” me dijo. “Cuidá a Sarita”.

ESCENA 3

RENATO: ¿Qué hacés? Vos tenías que darles de comer a los chanchos. ¿No quedamos en eso?

SARITA: Sí, sí. Ya voy. Es que vino mi primo. Viste que sus animales están más gordos que los nuestros así que me vino a decir cuál es el alimento más conveniente.

RENATO: ¡Mabel! ¡Mabel! Tenés que ir a darles de comer a los chanchos porque la señora no tuvo tiempo.

MABEL 2: Pero señor... Yo estaba viendo si hoy por fin hay algún huevo.

- SARITA: Ya voy yo y mañana vamos a ir al pueblo a la forrajería para cambiar el alimento.
- RENATO: ¿Cambiar el alimento que yo compré?
- SARITA: ¿Tenés la factura, no? Así nos hacen el cambio. Mi primo me dijo que encima el que él usa es más barato.
- RENATO: Ah, sí ¿y qué más te dijo?
- SARITA: ¡Huy! Un montón de cosas me dijo. También me explicó por qué nuestras gallinas no ponían huevos.
- MABEL 2: Hoy había solo dos huevos y ayer uno. Esos bichos no quieren poner, yo ya se lo dije el mes pasado.
- RENATO: Ah, sí y ¿qué más?
- SARITA: Los lechones. Dónde podemos vender los lechones y que nos van a pagar casi el doble.
- RENATO: ¿Eso es todo?
- SARITA: ¿Te parece poco? Hace más de un año que nos hicimos cargo de la chacra desde lo de mi papá y no llegamos a la docena y media de huevos. ¿Te parece poco? Por fin alguien que sabe nos da una mano.
- RENATO: ¿Una mano nada más?
- SARITA: Sí, una mano.
- MABEL 2: Voy a darles de comer a los chanchos. Escucho que gritan. Deben tener hambre.
- RENATO: Claro que deben tener hambre. Mabel, quedate acá. No es tu trabajo. La señora va a ir, ahora que sabe tanto de alimentos y chanchos, ¿no?
- SARITA: ¿Qué te pasa? ¿Estás celoso de mi primo?
- MABEL 2: Escuche cómo gritan. Tienen hambre los pobres.
- RENATO: Vos te quedás acá. La señora es la que va.
- SARITA: Está bien, Mabel. Ya voy yo y mañana les cambiamos el alimento. Después te cuento lo de las gallinas.
- MABEL 1: Fue una desgracia. Lo del primo de la señora fue una desgracia. Cambiamos el alimento y los chanchos empezaron

a engordar, las gallinas a poner huevos. El primo de la señora venía casi todos los días. Bueno, no le costaba nada porque tenía el campo de acá al lado. Siempre se daba una vuelcita. Al señor no se lo veía muy bien. Algo del estómago, úlcera o algo así me dijo.

El día que pasó lo del primo de la señora yo estaba en el gallinero. Ahora me pasaba media mañana juntando huevos. Escuché los gritos. Eran de la señora. Fue ella la que lo encontró en el chiquero cuando fue a darles el alimento a los chanchos. Parece que le había dado algo como un ataque y se había caído ahí. Eso creíamos. Usted sabe, los chanchos tienen su fama, comen cualquier cosa que se les ponga a mano.

Pobre señora. La tuvimos que internar. El señor también estaba mal, no se vaya a creer. No lo quería al primo pero la chacra funcionaba muy bien. No dábamos abasto. Por eso el señor la vendió y a muy buen precio. Él me lo dijo, le pagaron un montón y nos fuimos a la ciudad. Compramos un departamento grande, con una terraza enorme

La señora volvió después de seis meses. Y también volvió a pisar tierra doña Eulalia. Por última vez. Vino a ver a su hija. Le costaba caminar derecha porque se había acostumbrado tanto al vaivén de los barcos que la tierra firme ya no era su elemento. Me contó que había conocido a un marinero que ya estaba a punto de jubilarse y tenía un barquito chico, no como los de los cruceros, pero que se iban a dedicar a navegar por los ríos de Europa. (*Canta "Amor de Marinero"*).

Se la veía muy contenta. Fue ahí que me volvió a repetir "ocupate de Sarita". Y bueno es lo que yo había hecho siempre. Me dio pena dejar la chacra porque ahí yo había conocido a Julio y la pasábamos muy bien entre el chiquero y el gallinero. Yo le contaba de los animales raros que había visto en África y él se reía. "Eso lo viste en la tele, en Discovery Chanel". Yo le insistía que no, pero ahí nos reíamos y pasábamos a otra cosa. El señor Renato, todavía no sabíamos que no se llamaba así, me dijo que si él quería le conseguía un empleo en la ciudad, de portero o algo así. Pero Julio no

quiso. Igual yo de vez en cuando me tomo el colectivo y voy a verlo.

Ahí vivimos unos años tranquilos. La señora no estaba demasiado bien pero iba tirando como quien dice. No volvimos a probar el chanco, nada, ni carré de cerdo, ni jamón, ni costillitas a la riojana que tanto le gustaban al señor.

ESCENA 4

Sarita y Renato miran un documental de National Geographique sobre África.

RENATO: ¡El Serengeti! Por ahí estuvimos. ¿Te acordás? Esos son los guerreros Masai. Ahí fuimos también. Vení, Mabel. Sentate. Mirá. Fue lindo el viaje, ¿no? Tendríamos que repetirlo.

MABEL 2: Sí señor, muy lindo.

RENATO: ¿Qué decís, Sarita?

SARITA: Por mí te podés ir a peinar monos al Congo si querés. Mabel, traeme una pastilla de las azules.

RENATO: Esperá, Mabel, esperá. Mirá qué lindo, ¿Te acordás del safari en globo? Es el mismo recorrido que hicimos nosotros.

MABEL 2: Yo un poco me mareé.

SARITA: Mabel, por favor traeme una pastilla azul.

MABEL 2: Ya voy.

RENATO: No, Mabel, esperá, escuchá. Te acordás de los *big five*. ¿A ver si te acordás cuáles eran? Yo te ayudo. El primero... grande... con trompa.

MABEL 2: ¡Elefante!

RENATO: ¡Muy bien! Vamos por el segundo...

SARITA: La pastilla, Mabel.

RENATO: Esperá, jugá con nosotros. *One, elephant, very good. Second, primo del toro...*

MABEL 2: ¡Búfalo!

SARITA: ¡Es un animal vigoroso, pesa de 800 a 1.200 kilos aproximadamente, de orejas peludas y provisto de un enorme par de cuernos que terminan en agudas puntas!

RENATO: Está bien, Sarita. Calmate.

SARITA: ¡¡¡Herbívoro!!!!

RENATO: Bueno, bueno, calma. Dale, Mabel, traé la pastilla.

SARITA: ¡¡¡Reproducción vivípara!!!!

RENATO: Tomá. Acá está la pastilla. Tomala. Muy bien, muy bien...

MABEL 1: Ahí fue que el señor trajo al Tuqui. Sí, menos de un mes tenía. Hay que reconocer que fue una idea muy buena. La señora se dedicó en cuerpo y alma al animalito, ya casi no estaba nerviosa y al señor también se lo veía bien. Todas las tardes salíamos a pasear los cuatro. No era un animal fácil, como dice el dicho popular, “no hay prenda que no se parezca al dueño” y el Tuqui era nervioso. Se comió dos edredones de plumas de ganso traídos de china, todos los almohadones y almohadas de la casa, las patas de la mesa de la cocina, el colchón de la habitación de huéspedes, menos mal que no recibíamos visitas. Doña Eulalia ya se había muerto. Había naufragado en el Sena. Sí, en París.

Cantan "Sous le ciel de Paris".

Nunca supimos los detalles de tan infortunado episodio. El señor Renato no tenía a nadie o por lo menos eso era lo que nos había dicho. Bueno, un desastre el Tuqui. La señora estaba tranquila pero yo un día me harté.

ESCENA 5

MABEL 2: Señora, yo le prometí a su madre estar siempre a su lado pero no puedo más.

SARITA Y RENATO:

¿Qué pasa, Mabel?!

MABEL 2: El Tuqui... Hoy se comió mi Virgencita Desatanudos. Yo no puedo más...

RENATO: Está bien, Mabel. Vení, sentate. Sarita traele algo para tomar.

SARITA: ¡Ay Mabel, qué pena! Pero era solo una imagen. A la virgencita vos la llevás acá adentro en el corazón, ¿no?

RENATO: Bueno, Sarita. Últimamente el Tuqui está un poco descontrolado.

SARITA: ¿Qué querés decir?

RENATO: Que vos lo ponés un poco nervioso y no tiene ningún límite.

SARITA: Ah, sí, ¿que yo lo pongo nervioso? Y vos, ¿dónde estuviste todas estas noches?

MABEL 2: Oh, Madre Divina, oh Virgen María. Mi corazón estará abierto hacia ti. Ven siéntate en mi corazón. Desata los nudos que bloquean mi vida.

RENATO: Te lo dije. Un negocio. Estamos esperando un envío del Amazonas.

SARITA: Al Amazonas te voy a mandar yo de una patada en el orto.

MABEL 2: Santa María Virgen la que los siete nudos desata, el Señor es contigo...

RENATO: Mañana te voy a traer un periquito. Ya lo tengo elegido. Va a ser una compañía para el Tuqui.

MABEL 2: ... y contigo la humildad. Madre de Dios tú, la mediadora que jamás caíste, que jamás te enredaste...

SARITA: Mirá, mejor lo dejamos ahí...

MABEL 2: No nos dejes caer en ninguna tentación y líbranos de todo mal.

SARITA: Yo sé que no es lo mismo pero mañana vamos a comprar otra virgen y la vamos a llevar a bendecir a la catedral... Sabés que el Tuqui no lo hizo a propósito pero igual lo voy a poner en penitencia y vamos a mandarlo a tomar unas

clases. Vos sabés que sos lo que más quiero, ¿no? Recemos juntas.

SARITA Y MABEL 2:

Oh, Madre Divina, oh, Virgen María. Mi corazón estará abierto hacia ti. Ven siéntate en mi corazón. Desata los nudos que bloquean mi vida.

MABEL 1: Y sí, me terminé quedando. Las cosas mejoraron un poco. El periquito que trajo el señor fue una distracción. Le pusimos Raúl. Éramos como una familia.

ESCENA 6

SARITA: Mabel, tengo que contarte algo muy grave.

MABEL 2: No me asuste, señora.

SARITA: Yo sé que he estado muy nerviosa desde lo de mi primo. Pero quiero que sepas que eso que pasó no fue un accidente.

MABEL 2: Pero, señora...

SARITA: Escuchame bien. Fue Renato el que preparó todo para que pareciera un accidente.

MABEL 2: Pero, el señor no pudo...

SARITA: Sí y nosotras estamos en peligro también. Está esperando el momento para atacar de nuevo. Descubrí que Renato no es quien dice ser.

MABEL 2: ¿Cómo puede ser?

SARITA: ¿Te acordás del casamiento? Ni un pariente ni un amigo. Nos pareció raro pero yo estaba tan enamorada que le creí la historia del accidente aéreo donde viajaban toda su familia y sus amigos.

MABEL 2: Una historia muy triste.

SARITA: Mentira, todo mentira.

MABEL 1: Yo no sabía qué hacer. Si creerle o no. La señora había tenido sus problemas... y el señor Renato, todavía no me puedo acostumbrar a llamarlo de otra forma, siempre había sido muy bueno conmigo. Parece que la señora contrató a un detective privado para que investigara el pasado del señor. El accidente de avión no había aparecido en ningún diario. Eso sí me pareció un poco raro porque el señor nos había contado que ahí iban sus dos padres, los cuatro abuelos, cuatro hermanos, dos tíos de la línea materna y tres de la paterna. También viajaban los 22 compañeritos de segundo grado. Un total de 37 personas más la tripulación merecían salir en algún diario, me parece, ¿no? Me entró como una duda. Pero eso no fue todo. El detective, que era un señor muy amable y venía casi todos los días a dar cuenta del avance de la investigación nos dijo que el señor Renato no era el señor Renato. No sé si se entiende. Que no se llamaba así. Se llamaba Santo Cuffaro. Lo buscaba la Interpol, el FBI y no sé cuántas siglas más. Yo no lo podía creer. ¡El señor era tan bueno...!

ESCENA 7

SARITA: Convencete, Mabel. Es un asesino. Mirá, mirá estos diarios. “Masacre en el Tigre”. En un criadero de cerdos fueron encontrados restos humanos que pertenecerían a 12 miembros de la mafia china desaparecidos hace una semana. Todo apunta a que se trataría de una vendetta entre distintos grupos mafiosos que pugnan por adueñarse del mercado clandestino de animales. Todas las sospechas recaen sobre Santo Cuffaro, conocido mafioso dedicado al negocio del tráfico de animales.

Entra Renato.

RENATO: ¡Hola, hola! ¿Dónde están mis bichitos? ¡Tuqui!, ¡Raulito!

MABEL 2: Están en la terraza.

Se lo escucha hablar con los animales. Canta una canzoneta italiana.

SARITA: Tomá Mabel, guardá todos estos recortes.

RENATO: ¿Vieron cómo Raulito está aprendiendo a cantar? Y cómo le gustan las canzonetas que me cantaba la nona. ¿Lo escucharon?

SARITA Y MABEL 2:

Sí, sí, muy lindo canta.

RENATO: ¿Pasa algo?

SARITA Y MABEL 2:

No, no pasa nada.

RENATO: ¿Por qué me miran así?

SARITA: Voy al balcón. El Tuqui llora.

RENATO: Acá pasa algo raro, Mabel. Contame qué está pasando.

MABEL 1: ¡Ay, qué susto! Yo no sabía qué decir. El señor me miraba fijo y yo sentía que ya tenía un chanchito mordiéndome los talones. No podía articular palabra.

RENATO: Bueno, ahora me tengo que ir, pero cuando vuelva charlamos y me vas a contar todo.

SARITA: ¿Ya se fue?

MABEL 2: Sí, señora.

SARITA: Creo que sospecha algo. Tenemos que mantener todo en secreto hasta que tengamos todas las pruebas para llevar a la policía. Hay que actuar como siempre.

MABEL 2: Oh, Madre Divina, oh Virgen María. Mi corazón estará abierto hacia ti. Ven siéntate en mi corazón. Desata los nudos que bloquean mi vida.

MABEL 2 Y SARITA:

Oh, Madre Divina, oh Virgen María. Mi corazón estará abierto hacia ti. Ven siéntate en mi corazón. Desata los nudos que bloquean mi vida.

MABEL 1: Esa noche leí todos los recortes que había traído el detective. Lo que más me impresionó fueron las fotos del FBI, Interpol y las otras siglas. No había dudas, era el señor Renato. ¡Dios mío! Me temblaban las manos pero no podía dejar de leer. Otra masacre con el mismo modus operandi de los chanchos. Esta vez miembros de la yakuza japonesa. Este recorte era de la época en que el señor Renato, o como quiera que se llame conoció a Sarita en ese baile de disfraces del club.

ESCENA 8

RENATO: ¿Usted se llama Sarita, no?

SARITA: Sí.

RENATO: Disculpe mi atrevimiento pero hace rato que la estoy mirando y creo que la conozco. Le vendí a su padre algunos ejemplares exóticos de pájaros carpinteros para acabar con la plaga de mosquitos que acechaba a sus animales en la chacra.

SARITA: ¡Ay, sí! ¡Qué lindos que eran! Yo domesticué uno. Se llamaba Claudio y fue mi compañía durante toda la adolescencia. ¿Te acordás, Mabel?

MABEL 2: Sí, sí.

RENATO: Usted está más hermosa de lo que recordaba y eso que su imagen me persigue desde el día que la vi. ¿Me permite esta pieza?

Bailan, cantan "Sueños de juventud".

MABEL 1: Se pusieron de novios enseguida. Los padres de Sarita estaban encantados porque ellos la habían tenido de grandes, casi 50 años doña Eulalia y 60 el señor. Un milagro, como me contó la señora, sobre todo que en esa época el señor venía a visitar a mi Virgencita desatanudos

con bastante frecuencia y pasaba de largo la puerta de la habitación de la señora Eulalia. Bueno, estaban encantados con Renato... ¿o Santo? porque así sabían que Sarita iba a tener a alguien que la cuidara y Renato... ¡qué lío! Santo parecía estar muy contento con la vida que llevábamos. Casi nadie nos visitaba nunca, no había ningún pariente cercano.

¡Dios mío! El detective venía casi todos los días a traernos nuevos datos sobre el pasado del señor a cual más truculento y espantoso. Cuando él tenía 18 años mataron a sus padres. Parece que ya estaban en este negocio del tráfico de animales. Los cuerpos de los padres fueron encontrados en Punta Lara. Parece que habían sido picados por avispa marina. Son una medusa de forma cuadrada que solo habita en las aguas de Australia. El veneno actúa rápidamente sobre el sistema nervioso y después de una reacción inicial del tejido afectado que puede desarrollar ulceraciones y/o necrosis se produce una parada cardiorrespiratoria. Tiene 60 tentáculos de 3 metros de largo cada uno y suficiente veneno para matar a 60 personas. ¡Qué horror!

Sarita canta "Lo que me hablaron de vos".

Él se escondió durante dos años y ahí fue que planeó la venganza hacia los asesinos de sus padres. Durante 10 años fue eliminando sistemáticamente a todos los competidores siempre con el mismo método: los chanchos. Parece que no le gustaban los medios más exóticos. Un chancho siempre está a mano, eso es verdad, en cambio una avispa marina, una tarántula son animales que podían romper el ecosistema por no pertenecer al entorno. Sí, era cuidadoso del medio ambiente.

Cuando conoció a Sarita ya había cumplido la misión que se había propuesto y se disponía a vivir una vida tranquila en el anonimato. Lo del primo fue un acto irreflexivo llevado por la costumbre. Seguro que a usted también le ha pasado. Como un vicio que se deja pero que nunca se deja del todo porque en el momento menos pensado volvemos a caer en las garras.

Pero la señora Sarita tenía razón ahora que el vicio se había hecho presente estábamos en peligro.

ESCENA 9

SARITA: Renato, quiero el divorcio.

RENATO: ¿Qué decís? ¿Escuchaste, Mabel?

SARITA: Mabel ya lo sabe. Nos vamos juntas a un convento dedicado al culto de la Virgen Desatanudos.

MABEL 2 Y SARITA:

Oh, Madre Divina, oh Virgen María. Mi corazón estará abierto hacia ti. Ven siéntate en mi corazón. Desata los nudos que bloquean mi vida.

RENATO: Pero, somos una familia. ¿¿Cómo se van a ir?!

MABEL 2 Y SARITA:

Tuvimos una revelación en la que la Virgen nos pedía que hiciéramos este sacrificio para ayudar a salvar las ballenas de manos de los pescadores japoneses.

RENATO: ¿No pueden colaborar con Greenpeace en vez de ir al convento?

SARITA: No, Renato. Ya está decidido. La semana que viene nos vamos. Acá están los papeles del divorcio. El Tuqui viene con nosotras.

MABEL 1: ¡Cómo se puso el señor! Ahí no más agarró los papeles y los rompió. Agarró una valija con casi todas sus cosas y se fue.

SARITA: ¡Ay, Mabel! ¡Qué miedo! Este hombre va a sacar el monstruo que tiene adentro.

MABEL 2: ¿Le parece?

SARITA: Cuando la bestia se revela puede pasar cualquier cosa.

MABEL 1: Lo primero que hicimos fue cambiar la cerradura. Todas las mañanas llegaba un ramo de flores y una carta en la que el señor le pedía que no lo dejara. Que era lo mejor que le había pasado en la vida. Vivir con nosotras era lo único que lo mantenía lejos de las sombras. Cuando la señora me las leía yo no podía parar de llorar. Para mí era verdad y al final todos tenemos un pasado, ¿no? Pero ella no paraba de decir que era un animal, una bestia espantosa, un engendro del infierno, un lobo disfrazado de cordero, una cucaracha, un insecto repugnante. Yo creo que exageraba así que ese día en que la señora había terminado de juntar todas las pruebas para llevarlas a la policía, cuando apareció el señor para pedirme que dejara que el Tuqui saliera a dar un paseo con él para poder despedirse yo lo dejé.

ESCENA 10

SARITA: ¡Tuqui, corazón, llegó mami...!

Pausa. Entra Mabel.

MABEL 2: Al Tuqui se lo llevó el señor. Vino al mediodía.

SARITA: ¿Y vos lo dejaste?

MABEL 2: Sí...

Se escucha el timbre.

Ya voy.

Entra Renato.

SARITA: ¿Qué hiciste con el Tuqui?

RENATO: Calmate. Está bien. Por ahora.

Pausa.

SARITA: ¡Mabel, llamá al 911.

Mabel mira a Renato. Mira a Sarita. No sabe qué hacer.

RENATO: Si llamás, el Tuqui es boleta.

Sarita intenta abalanzarse sobre Renato. Mabel la sujeta y la lleva a una silla. Sarita se desmorona.

MABEL 2: Señor, por favor.

RENATO: Está bien, Mabel. Si la señora entra en razones el Tuqui vuelve esta misma noche. Vos sabés que lo quiero como a un hijo. ¿Te acordás cuando lo traje? Un mes tenía. ¿Quién le enseñó a no hacer sus necesidades dentro de la casa? Y cuando se masticó la sandalia turquesa de la señora, ¿quién fue de zapatería en zapatería buscando el mismo modelo para que la señora no se diera cuenta y no se enojara con el Tuqui? ¿Te acordás, no?

Pausa. Mabel asiente todo el tiempo.

A mí me duele más que a ustedes si al Tuqui le pasa algo. No sé si lo podría soportar pero no tengo otra opción. *(A Sarita)* No me dejás otra salida.

SARITA: *(Intentando pegarle a Renato)* ¡Hijo de puta!

RENATO: ¡Pará, pará! *(Saca el teléfono y oprime un botón).*

Sarita lo suelta.

SARITA: ¡Dejame hablar con él!

SARITA: Tuqui, corazón, la mami lo va a rescatar de las garras de este monstruo.

Se escuchan ladridos.

(A Renato) ¿Qué querés?

RENATO: Vos sabés lo que quiero. Lo sabés muy bien.

SARITA: ¡Mabel, traé la jaula del balcón!

RENATO: No, por favor, no. Calmate.

Renato saca el teléfono, cuando va a hablar aparece Mabel con una gran jaula. Dentro hay un periquito. Se lo escucha cantar alegremente. Sarita abre la jaula y lo agarra del cogote. Se escuchan trinos distorsionados.

SARITA: Mirá a papá. ¿Sabés lo que hizo? Se lo llevó al Tuqui. Sí. Al Tuqui lo tiene secuestrado. Sí, lo está haciendo sufrir mucho. ¿Te duele si te aprieto un poquito? Yo no quiero lastimarte pero si papi no entra en razones...

Trinos desesperados.

RENATO: Pará, pará. Dejo el teléfono. Mirá, lo guardo. Tranquilo, Raulito. Mami está un poco nerviosa pero ya se va a calmar.

SARITA: Sos un monstruo. Sé todo lo horrible que hiciste en tu vida. Vos mataste a mi primo. Tengo todas las pruebas y ya las llevé a la policía.

RENATO: Sarita, somos una familia. Por favor, escuchame.

MABEL 2: Escúchelo señora.

SARITA: A ver. Qué tenés que decir. Dale que ya llega la policía. Accioné el botón antipánico.

RENATO: Sí, ya lo sé. Cometí muchos errores. Pero fue culpa del mundo de violencia en el que me habían criado. Yo no conocía otra cosa hasta que te vi. Hasta que las vi a las dos. Vos también, Mabel sos parte de mi recuperación. Sos esa madre que no tuve. A mi madre le importaba más el cuidado de los animales, que después mi padre tenía que vender, que mis propias tristezas y soledades.

Renato se abraza a las dos mujeres. Sarita se suelta y saca un cuchillo que tiene en el bolsillo.

Mi primer compañero fue un gato montés que había traído mi papá. Era como un gato y yo lo crié como tal. Dormía conmigo, me acompañaba a la escuela y venía a buscarme a la salida. Yo le había puesto Gian Franco. Un día de primavera, me acuerdo porque ya habían florecido los árboles, salí como siempre a las cinco y cuarto. En la puerta de la escuela busqué a Gian Franco. No estaba. Corrí a casa aterrado por un mal presentimiento. Entré a la cocina con el corazón que me saltaba fuera del cuerpo. Mi papá desollaba a Gian Franco mientras cantaba una canzoneta. Grité, lo golpeé pero yo era muy chico para poder hacer algo...

MABEL 2: Por favor, no siga... no quiero escuchar más... (*Le acaricia la cabeza y llora*).

RENATO: No Mabel, tengo que contarle todo. Es la primera vez que lo hago. Me tengo que liberar de estos recuerdos que me llevaron al odio y a la violencia.

Se escuchan sirenas de autos policías.

MABEL 2: Señora, por favor...Dígales que no entren, que todo está bien.

SARITA: ¡No quiero escuchar más! Es un asesino. ¿No lo ves, Mabel? Quiere convencernos para después matarnos a nosotras también. ¿No te das cuenta, Mabel?

RENATO: Mi padre estaba desollando a Gian Franco... solo quería la piel. Por eso lo había criado con tanto esmero.

SARITA: Callate. Mabel, soltalo. Ya viene la policía. Están subiendo la escalera. ¿Escuchás? ¡¡Se te terminó la carrera, monstruo, bestia!!

RENATO: Tenía vendida la piel desde que era cachorro. A una actriz muy conocida que tenía un programa en la televisión. Para hacerse una estola...

MABEL 2: ¡¡¡Basta Sarita!!! Sos una malcriada estúpida. Yo también quiero desahogarme y ahora vas a saber toda la verdad.

SARITA: Mabel, ¿qué te pasa? ¿Qué verdad?

MABEL 2: Toda la verdad. Pero ahora vas a decirles a esos policías de mierda que en esta casa está todo bien. Que disculpen pero que fue una confusión y les devolvés el botón antipánico. Dame el cuchillo.

SARITA: Pero...No entiendo...

MABEL 2: Ya vas a entender. Andá. Tranquila. Agarrá el botón.

Sarita, enmudecida va a buscar el botón y sale.

MABEL 1: Ay, dios mío. Ya no podía volverme atrás. Era el momento de contar lo que había callado por más de treinta años. Sí, ustedes seguro que ya lo habían adivinado. Sarita era mi hija. Y yo le había prometido a doña Eulalia que nunca se lo diría. Pero bueno ya estaba hecho.

SARITA: Mabel, ¿qué pasa? Me estás asustando.

RENATO: No llores, Mabel. Contame, contame todo...

SARITA: La policía ya se fue. ¿Qué tenés? Contestame por favor.

RENATO: Andá a buscar algo fuerte. *(A Sarita)*

SARITA: Qué me das órdenes vos, gusano. Seguro que esto tiene que ver con vos.

RENATO: ¿Qué estás diciendo? Basta, Sarita. Andá.

SARITA: ¿Como lo de mi primo, no? ¿Qué le hiciste?

MABEL 2: ¡No! Él no tiene nada que ver y yo me quiero morir.
(*Agarra el cuchillo como para matarse*).

RENATO Y SARITA:

No, soltá ese cuchillo.

MABEL 2: Oh, Madre Divina, oh Virgen María. Mi corazón estará abierto hacia ti. Ven siéntate en mi corazón. Desata los nudos que bloquean mi vida.

MABEL 1: Me sacaron el cuchillo. Yo no podía parar de rezar. Renato y Sarita me dieron un cognac y se sentaron a esperar que yo me calmara. Pasó media hora, una hora... y ellos dos ahí, sin decir nada, sin pelearse. Sarita rezaba conmigo. En un momento pude ver que se habían agarrado de la mano y ahí tomé coraje.

MABEL 2: Sos mi hija, Sarita.

SARITA: Yo siempre lo supe.

MABEL 2: ¿Cómo... cómo que lo sabías? Nunca me dijiste nada.

SARITA: Tenía miedo de que te fueras, o te enojaras o qué sé yo...

RENATO: ¿Cómo lo supiste?

SARITA: ¿No ves que somos muy parecidas?... y mi mamá, mi supuesta madre biológica me lo contó pero me dijo que no se lo dijera a nadie porque si se sabía le iban a hacer un juicio político a mi papá. En ese momento él era senador del Partido Patria, Tradición, Propiedad y Familia. Eso me dijo, que le iban a hacer un juicio político y no íbamos a tener ni para comer porque el viejo de mierda, eso dijo mi madre biológica, no servía para nada.

MABEL 2: Ay, esta Eulalia. Pero sí, así fue.

SARITA: Lo que nunca me animé a preguntarle es si vos y mi papá se amaban.

MABEL 1: No sabía qué contestarle porque yo eso del amor, de las telenovelas, de los boleros, nunca me lo creí mucho. El señor era bueno conmigo y nunca, nunca me trató mal cuando estábamos solos. Siempre olía muy bien y era muy cariñoso. “Mabelita de mi corazón, sos lo mejor que me pasó en la vida”, me decía siempre. Y por qué no iba a creerle. También doña Eulalia... ahora que todo había salido a la luz, había que reconocer que la señora tenía sus cosas también.

MABEL 2: Sí, nos amábamos pero también queríamos a doña Eulalia. Había amor para todos y sobre todo para vos.

SARITA: Ay Mabel, qué bien hace desnudar el corazón.

RENATO: *(Llora y se abraza de las dos mujeres)* No me dejen. Es ese amor que ustedes irradian el que me redimió de mi pasado. Soy otro. Ya nada queda de la violencia. Si ustedes se van solo me queda morir. *(Agarra el cuchillo)*.

SARITA Y MABEL:

¡¡No!! *(Le sacan el cuchillo)*.

SARITA: Yo también necesito abrir el alma. ¿Te acordás, Mabel, cuando dejé el Colón? Tenía 13 años y la posibilidad de entrar en el elenco estable. Pero me enamoré del pianista. Nadie lo supo nunca pero ese año no fui a ni una clase y el pianista tampoco. Nos echaron a los dos. Nada me importó. Yo solo quería estar desnuda en su cama. Sí, el descubrimiento del sexo me volvió loca. De los 13 a los 18 me acosté con todos los hombres que se me cruzaron. No voy a dar detalles pero era como una necesidad de piel, algo incontrolable. Cuando entré a la universidad mi ansia pareció calmarse y pude hacer los dos años de biología casi sin sexo. Pero al comienzo del tercer año, el profesor de Introducción a la Biología Celular y Molecular volvió a despertar en mí ese afán de cuerpo de hombre. Sentí que caía otra vez por la pendiente, así que decidí abandonar la carrera y recluirme en casa. Justo coincidió que nos mudamos porque papá fue elegido senador.

MABEL 2: Mi pobre chiquita. Cuánto ha sufrido también. Me

acuerdo que te quedaste en casa y fue ahí que empezaste a rezar conmigo a la Virgencita Desatanudos.

SARITA, MABEL 2 Y MABEL 1:

Oh, Madre Divina, oh Virgen María. Mi corazón estará abierto hacia ti. Ven siéntate en mi corazón. Desata los nudos que bloquean mi vida. Oh, Madre Divina, oh Virgen María. Mi corazón estará abierto hacia ti. Ven siéntate en mi corazón. Desata los nudos que bloquean mi vida.

SARITA: Todavía no terminé. Renato, tenías razón de estar celoso de mi primo. Pero fui yo la que lo sedujo. Yo te quería pero ahí en el campo todo ese mundo animal me encendió otra vez y no podía estar cerca de él sin tocarlo. Vos te ibas todo el día y yo no pude contenerme.

RENATO: ¡Amor mío! Perdoname. Yo no quería hacerlo pero pensar en que te fueras con otro hombre me enloqueció. Yo no quería matarlo, solo quería darle un susto pero las cosas se complicaron. Empezó a insultarme y a contarme lo que hacían juntos todos los días ahí con los chanchos...

SARITA: Vení, vení. No me cuentes nada más. Abrazame.

RENATO: Perdoname, por favor, perdoname. Soy una bestia, tenés razón. Un animal...Pero te quiero y no quiero que te vayas.

SARITA: Acá estoy. No me voy a ningún lado. Vamos a buscar al Tuqui que nos debe extrañar.

MABEL 1: Y sí. Se puede empezar de nuevo. Yo ya estoy entrada en años como les dije al principio. Este es mi testimonio. Para ustedes. No quiero dar lecciones de vida. Todos tenemos un animal adentro y no siempre es bueno domesticarlo. ¿Que por qué vengo acá a contar esta historia? No sé. Me pareció que ustedes tenían cara de buena gente. Que me iban a escuchar sin interrumpir y sobre todo sin juzgarme porque estoy harta de todos esos que tienen las cosas tan claras. Que piensan que en la vida todo es blanco o negro. En el fondo me dan pena porque si hay algo por lo que

vale la pena estar en esta vida es para sorprenderse. Bueno, me voy porque seguro que después de mi historia debe haber mucha gente que quiere tomar mi lugar para contar algo. Me parece que usted quiere decir algo, ¿no? Anímese. O usted, la de allá. Sí, usted, venga. No dejemos este espacio vacío.

Estoy cansada. Me voy a casa. Ya es tarde y tengo que ocuparme de la cena. Gracias y buenas noches.

FIN

> Índice

- > **ultracán** Pág. 3
Omar Lopardo
- > **otro país. el mundo de los trebejos** Pág. 31
Mariela Alejandra Domínguez Houlli
- > **al vals del plomero** Pág. 51
Sandra Franzen
- > **el viaje de clara** Pág. 89
Mauricio Martín Funes
- > **los paraguas son más caros cuando llueve**..... Pág. 131
Héctor Trotta
- > **Otilia Buenaventura** Pág. 187
Luis Serradori
- > **Toro el detective de Dios** Pág. 229
Mario Costello
- > **Sara, Sara, Sara**..... Pág. 259
Alejandro Boim
- > **mariposa de pies descalzos** Pág. 295
Luis Quinteros
- > **las quietudes resplandecen su deseo** Pág. 311
Carlos Guillermo Correa
- > **la negación del fruto** Pág. 325
Fernando Pasarín
- > **el animal que todos llevamos adentro** Pág. 355
M. E. Guitart

> ediciones inteatro

- narradores y dramaturgos
Juan José Saer, Mauricio Kartun
Ricardo Piglia, Ricardo Monti
Andrés Rivera, Roberto Cossa
En coedición con la Universidad
Nacional del Litoral
- el teatro, ¡qué pasión!
de Pedro Asquini
Prólogo: Eduardo Pavlovsky
En coedición con la Universidad
Nacional del Litoral
- obras breves
Incluye textos de Viviana Holz, Beatriz
Mosquera, Eduardo Rivetto, Ariel Barchilón,
Lauro Campos, Carlos Carrique, Santiago
Serrano, Mario Costello, Patricia Suárez,
Susana Torres Molina, Jorge Rafael Otegui y
Ricardo Thierry Calderón de la Barca
- de escénicas y partidas
de Alejandro Finzi
Prólogo del autor
- teatro (3 tomos)
Obras completas de Alberto Adellach
Prólogos: Esteban Creste (Tomo I), Rubens
Correa (Tomo II) y Elio Gallipoli (Tomo III)
- las piedras jugosas
Aproximación al teatro de Paco Giménez
de José Luis Valenzuela
Prólogos: Jorge Dubatti y
Cipriano Argüello Pitt
- siete autores (la nueva generación)
Incluye obras de Maximiliano de la Puente,
Alberto Rojas Apel, María Laura Fernández,
Andrés Binetti, Agustín Martínez, Leonel
Giacometto y Santiago Governori
Prólogo: María de los Ángeles González
- dramaturgia y escuela 1
Prólogo: Graciela González de Díaz Araujo
Antóloga: Gabriela Lerga
Pedagogas: Gabriela Lerga y Ester Trozzo
- dramaturgia y escuela 2
Textos de Ester Trozzo, Sandra Vigianni,
Luis Sampedro
Prólogo: Jorge Ricci y Mabel Manzotti
- didáctica del teatro 1
Coordinación: Ester Trozzo, Luis Sampedro
Colaboración: Sara Torres
Prólogo: Olga Medaura
- didáctica del teatro 2
Prólogo: Alejandra Boero
- teatro del actor II
de Norman Briski
Prólogo: Eduardo Pavlovsky
- dramaturgia en banda
Coordinación pedagógica: Mauricio Kartun
Incluye textos de Hernán Costa, Mariano
Pensotti, Hernando Tejedor, Pablo Novak,
José Montero, Ariel Barchilón, Matías
Feldman y Fernanda García Lao
Prólogo: Pablo Bontá
- personalidades, personajes y temas
del teatro argentino (2 tomos)
de Luis Ordaz
Prólogo: Jorge Dubatti y Ernesto Schoo
(Tomo I) - José María Paolantonio (Tomo II)
- manual de juegos y ejercicios teatrales
de Jorge Holovatuck y Débora Astrosky
Segunda edición, corregida y actualizada
Prólogo: Raúl Serrano
- antología breve del teatro para títeres
de Rafael Curci
Prólogo: Nora Lía Sormani
- teatro para jóvenes
de Patricia Zangaro
- antología teatral para niños
y adolescentes
Incluye textos de Hugo Álvarez, María Inés
Falconi, Los Susodichos, Hugo Midón,
M. Rosa Pfeiffer, Lidia Grosso, Héctor
Presa, Silvina Reinaudi y Luis Tenewicki.
Prólogo: Juan Garff

- nueva dramaturgia latinoamericana
Incluye textos de Luis Cano (Argentina), Gonzalo Marull (Argentina), Marcos Damaceno (Brasil), Lucila de la Maza (Chile), Victor Viviescas (Colombia), Amado del Pino (Cuba), Ángel Norzagaray (México), Jaime Nieto (Perú) y Sergio Blanco (Uruguay)
Prólogo: Carlos Pacheco
- teatro/6
Obras ganadoras del 6º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye obras de Karina Androvich, Patricia Suárez, Luisa Peluffo, Lucía Laragione, Julio Molina y Marcelo Pitrola.
- becas de creación
Incluye textos de Mauricio Kartun, Luis Cano y Jorge Accame.
- historia de la actividad teatral en la provincia de Corrientes de Marcelo Daniel Fernández
Prólogo: Ángel Quintela
- la luz en el teatro manual de iluminación de Eli Sirlin
Prólogo de la autora
- diccionario de autores teatrales argentinos 1950-2000 (2 tomos) de Perla Zayas de Lima
- laboratorio de producción teatral 1 Técnicas de gestión y producción aplicadas a proyectos alternativos de Gustavo Schraier
Prólogo: Alejandro Tantanián
- hacia un teatro esencial Dramaturgia de Carlos María Alsina
Prólogo: Rosa Ávila
- teatro ausente Cuatro obras de Arístides Vargas
Prólogo: Elena Francés Herrero
- el teatro con recetas de María Rosa Finchelmann
Prólogo: Mabel Brizuela
Presentación: Jorge Arán
- teatro de identidad popular En los géneros sainete rural, circo criollo y radioteatro argentino de Manuel Maccarini
- caja de resonancia y búsqueda de la propia escritura Textos teatrales de Rafael Monti
- teatro, títeres y pantomima de Sarah Bianchi
Prólogo: Ruth Mehl
- por una crítica deseante de quién/para quién/qué/cómo de Federico Irazábal
Prólogo del autor
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo I (1800-1814)
Sainetes urbanos y gauchescos
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
Presentación: Raúl Brambilla
- teatro/7
Obras ganadoras del 7º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye obras de Agustina Muñoz, Luis Cano, Silvina López Medín, Agustina Gatto, Horacio Roca y Roxana Aramburú
- la carnicería argentina
Incluye textos de Carolina Balbi, Mariana Chaud, Ariel Farace, Laura Fernández, Santiago Governori, Julio Molina y Susana Villalba
- Saulo Benavente, ensayo biográfico de Cora Roca
Prólogo: Carlos Gorostiza
- del teatro de humor al grotesco Obras de Carlos Pais
Prólogo: Roberto Cossa
- teatro/9
Obras ganadoras del 9º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye textos de Patricia Suárez y M. Rosa Pfeiffer, Agustina Gatto, Joaquín Bonet, Christian Godoy, Andrés Rapoport y Amalia Montaña

- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo II (1814-1824)
Obras de la Independencia
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- nueva dramaturgia argentina
incluye textos de Gonzalo Marull, Ariel Dávila (Córdoba), Sacha Barrera Oro (Mendoza), Juan Carlos Carta, Ariel Sampaolesi (San Juan), Martín Giner, Guillermo Santillán (Tucumán), Leonel Giacometto, Diego Ferrero (Santa Fe) y Daniel Sasovsky (Chaco)
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo III (1839-1842)
Obras de la Confederación y emigrados
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- dos escritoras y un mandato
de Susana Tampieri y María Elvira Maure de Segovia
Prólogo: Beatriz Salas
- 40 años de teatro salteño (1936-1976). Antología
Selección y estudios críticos:
Marcela Beatriz Sosa y Graciela Balestrino
- las múltiples caras del actor
de Cristina Moreira
Palabras de bienvenida: Ricardo Monti
Presentación: Alejandro Cruz
Testimonio: Claudio Gallardou
- la valija
de Julio Mauricio
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- el gran deschave
de Armando Chulak y Sergio De Cecco
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- una libra de carne
de Agustín Cuzzani
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo IV (1860-1877)
Obras de la Organización Nacional
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- referentes y fundamentos.
hacia una didáctica del teatro
con adultos I
de Luis Sampedro
- una de culpas
de Oscar Lesa
Coedición con Argentores
- desesperando
de Juan Carlos Moisés
Coedición con Argentores
- almas fatales, melodrama patrio
de Juan Hessel
Coedición con Argentores
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo V (1885-1899)
Obras de la Nación Moderna
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- técnica vocal del actor
Guía práctica de ejercicios -parte 1-
de Carlos Demartino
- el teatro, el cuerpo y el ritual
de María del Carmen Sanchez
- tincunacu. teatralidad y celebración popular en el noroeste argentino
de Cecilia Hopkins
- teatro/10
obras ganadoras del 10º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye textos de Mariano Cossa y Gabriel Pasquini, Enrique Papatino, Lauro Campos, Sebastián Pons, Gustavo Monteros, Erika Halvorsen y Andrés Rapoport.
- la risa de las piedras
de José Luis Valenzuela
Prólogo: Guillermo Heras

- concurso nacional de obras de teatro para el bicentenario incluye textos de Jorge Huertas, Stela Camilletti, Guillermo Fernández, Eva Halac, José Montero y Cristian Palacios.
- concurso nacional de ensayos teatrales Alfredo de la Guardia -2010- textos de: María Natacha Koss, Gabriel Fernández Chapo y Alicia Aisemberg
- piedras de agua cuaderno de una actriz del Odin Teatret de Julia Varley
- el teatro para niños y sus paradojas reflexiones desde la platea de Ruth Mehl Prólogo: Susana Freire
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo VI (1902-1908) Obras del siglo XX - 1ª década- I Selección y prólogo: Beatriz Seibel
- rebeldes exquisitos conversaciones con Alberto Ure, Griselda Gambaro y Cristina Banegas de José Tcherkaski
- ponete el antifaz (escritos, dichos y entrevistas) de Alberto Ure Compilación: Cristina Banegas
- antología de teatro latinoamericano 1950-2007 de Lola Proaño y Gustavo Geirola (3 tomos)
- dramaturgos argentinos en el exterior Incluye obras de J. D. Botto, C. Brie, C. Castrillo, S. Cook, R. García, I. Krugli, L. Thénon, A. Vargas y B. Visnevetksy. Compilación: Ana Seoane
- el universo mítico de los argentinos en escena de Perla Zayas de Lima (2 tomos)
- air liquid de Soledad González Coedición con Argentores
- un amor de Chajarí de Alfredo Ramos Coedición con Argentores
- un tal Pablo de Marcelo Marán Coedición con Argentores
- casanimal de María Rosa Pfeiffer Coedición con Argentores
- las obreras de María Elena Sardi Coedición con Argentores
- molino rojo de Alejandro Finzi Coedición con Argentores
- teatro/11 obras ganadoras del 11º Concurso Nacional de obras de teatro infantil Incluye obras de Cristian Palacios, Silvia Beatriz Labrador, Daniel Zaballa, Cecilia Martín y Mónica Arrech, Roxana Aramburú y Gricelda Rinaldi
- títeres para niños y adultos de Luis Alberto Sánchez Vera
- historia del teatro en el Río de la Plata de Luis Ordaz Prólogo: Jorge Lafforgue
- memorias de un titiritero latinoamericano de Eduardo Di Mauro
- teatro de vecinos De la comunidad para la comunidad de Edith Scher Prólogo: Ricardo Talento
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo VII (1902-1910) Obras del siglo XX -1ra. década II- Selección y prólogo: Beatriz Seibel
- cuerpos con sombra -acerca del entrenamiento corporal del actor- de Gabriela Pérez Cubas

- gracias corazones amigos
la deslumbrante vida de Juan Carlos Chiappe
de Adriana Vega y Guillermo Luis Chiappe
- la revista porteña
teatro efímero entre dos revoluciones (1890-1930)
de Gonzalo de María
Prólogo: Enrique Pinti
- concurso nacional de ensayos
teatrales Alfredo de la Guardia -2011-
textos de: Irene Villagra, Eduardo Del Estal
y Manuel Maccarini
- antología de obras de teatro argentino
-desde sus orígenes a la actualidad-
tomo VIII (1902-1910)
Obras del siglo XX -1ra. década III
Selección y prólogo: Beatriz Seibel
- Apuntes sobre la historia
del teatro occidental - Tomos I y II
de Roberto Perinelli
- Los muros y las puertas
en el teatro de Víctor García
de Juan Carlos Malcún
- Historia del Teatro Nacional
Cervantes - 1921-2010
de Beatriz Seibel
- antología de obras de teatro argentino
-desde sus orígenes a la actualidad
tomo IX (1911-1920)
Obras del siglo XX: 2ª década – I
Selección y Prólogo Beatriz Seibel
- el que quiere perpetuarse
de Jorge Ricci
Coedición con Argentores
- freak show
de Martín Giner
Coedición con Argentores
- trinidad
de Susana Pujol
Coedición con Argentores
- esa extraña forma de pasión
de Susana Torres Molina
Coedición con Argentores
- los talentos
de Agustín Mendilaharsu y Walter Jacob
Coedición con Argentores
- nada del amor me produce envidia
de Santiago Loza
Coedición con Argentores
- confluencias: dramaturgias serranas
Prólogo: Gabriela Borioli
- el universo teatral
de Fernando Lorenzo
Compilación de Graciela González
Díaz de Araujo y Beatriz Salas.
- Jorge Lavelli -de los años sesenta
a los años de la colina-
Un recorrido en libertad
de Alain Satgé
Traducción: Raquel Weksler
- Saulo Benavente -escritos sobre
escenografía-
Compilación: Cora Roca
- antología de obras de teatro argentino
-desde sus orígenes a la actualidad-
tomo X (1911-1920)
obras del siglo XX- 2ª década- II
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- teatro/12
obras ganadoras del 12º Concurso Nacional
de Obras de Teatro
Incluye obras de Oscar Navarro Correa,
Alejandro Ocón, Ariel Barchilón, Valeria
Medina, Andrés Binetti, Mariano Saba y
Ariel Dávila
- una fábrica de juegos y ejercicios
teatrales
de Jorge Holovatuck A.
prólogo: Raúl Serrano
- teatro/13
Obras ganadoras del 13º Concurso Nacional
de Obras de Teatro -dramaturgia regional-
Incluye obras de Laura Gutman, Ignacio
Apolo, Florencia Aroldi, M. Rosa Pfeiffer,
Fabián Canale, Juan Castro Olivera, Alberto
Moreno, Raúl Novau, Aníbal Friedrich,
Pablo Longo, Juan Cruz Sarmiento, Aníbal
Albornoz y Antonio Romero.

- 70/90 -crónicas dramatúrgicas-
Incluye textos de Eduardo Bertaina, Aldana Cal, Laura Córdoba, Hernán Costa, Cecilia Costa Vilar, Omar Fragapane, Carla Maliandi, Melina Perelman, Eduardo Pérez Winter, Rubén Pires, Bibiana Ricciardi, Rubén Sabadini, Luis Tenewicki y Pato Vignolo.
- teatro/14
obras ganadoras del 14º Concurso Nacional de Obras de Teatro -30 años de Malvinas-
Incluye textos de Mariano Nicolás Saba, Carlos Aníbal Balmaceda, Fabián Miguel Díaz y Andrés Binetti
- teatro/15
obras ganadoras del 15º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye textos de Laura Córdoba, María Sol Rodríguez Seoane, Giuliana Kiersz, Manuel García Migani, Santiago Loza, Ana Laura Izurieta
- doble raíz
de Leonardo Goloboff
- el pensamiento vivo de Oscar Fessler
tomo 1: el juego teatral en la educación
de Juan Tríbulo
Prólogo: Carlos Catalano
- el pensamiento vivo de Oscar Fessler
tomo 2: clases para actores y directores
de Juan Tríbulo
Prólogo: Víctor Bruno
- Osvaldo Dragún. La huella inquieta
-testimonios, cartas, obras inéditas-
de Adys González de la Rosa y Juan José Santillán
Prólogo: los autores
- circo en Buenos Aires.
cultura, jóvenes y políticas en disputa.
de Julieta Infantino
Prólogo: la autora
- la canción del camino viejo
de Miguel Franchi, Santiago Dejesús y Severo Callaci
- febrero adentro
de Vanina Corazza
- mujer armada hombre dormido
de Martín Flores Cárdenas
- el director teatral ¿es o se hace?
procedimientos para la puesta en escena
de Víctor Arrojo
- la *commedia dell'arte*,
un teatro de artesanos
guiños y guiones dell'arte para el actor
de Cristina Moreira
- un teatro de obreros para obreros
jugarse la vida en escena
de Carlos Fos
Prólogo: Lorena Verzero
- teatro/16
Obras ganadoras del 16º Concurso Nacional de Obras de Teatro -dramaturgia regional-
Incluye textos de Omar Lopardo, Mariela Alejandra Domínguez Houlli, Sandra Franzen, Mauricio Martín Funes, Héctor Trotta, Luis Serradori, Mario Cosello, Alejandro Boim, Luis Quinteros, Carlos Guillermo Correo, Fernando Pasarín, María Elvira Guitart
- concurso de ensayos sobre teatro
Celcit - 40º aniversario
Incluye textos de Alfonso Nilson Barbosa de Sousa, José Emilio Bencosme Zayas, Julio Fernandez Peláez, Roberto Perinelli, Ezequiel Gusmeroti, Lina Morales Chacana, Loreto Cruzat, Isidro Rodríguez Silva
- teatro de objetos
manual dramatúrgico
de Ana Alvarado
Textos dramáticos para Teatro de Objetos:
Mariana Gianella, Fernando Ávila y Francisco Grassi
- museo medea
de Guillermo Katz, María José Medina, Guadalupe Valenzuela
- ¿quiénáy?
de Raúl Kreig
- quería tamarla con algo
de Jorge Accame

teatro/16. concurso nacional de obras de teatro -dramaturgia regional-

Este ejemplar se terminó de imprimir en Kolen S.A.

Agustín de Vedia 3533 / CABA - Argentina.

Septiembre de 2016 - Primera edición: 2.500 ejemplares